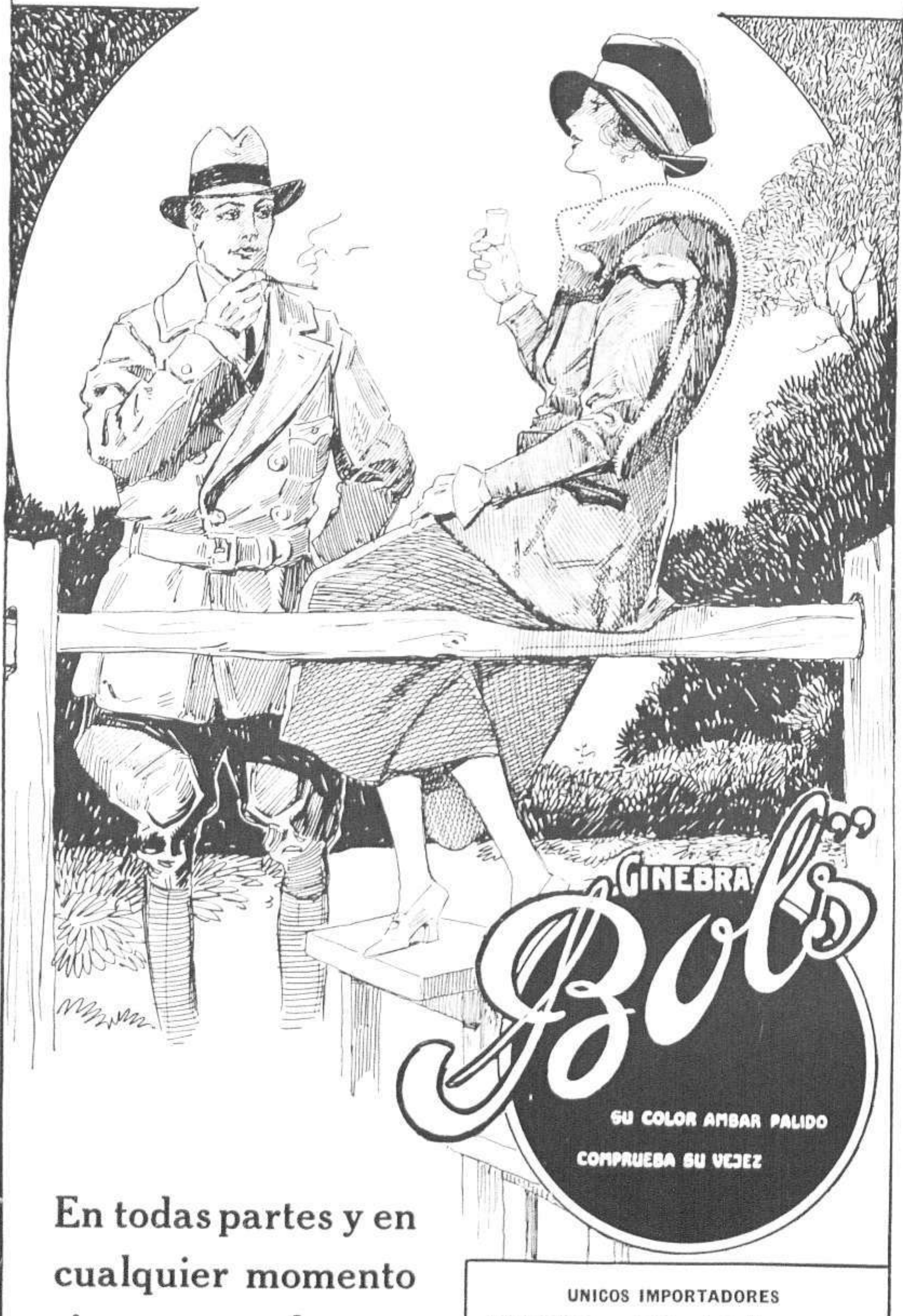
CARAS Y CARETAS



TODO ESTA PRONTO, PERO
LOS INVITADOS NO APARECEN.

LA BEBE TODO EL MUNDO



En todas partes y en cualquier momento siempre es buena.

UNICOS IMPORTADORES
MOSS y Cía. Ltda. S. A.
ALSINA, 641 — Buenos Aires



CON un éxito extraordinario el concurso de CARAS y CARETAS se cerró el día 21 de septiembre a las 12 de la noche.

A más de 800 asciende el número de trabajos literarios que nos han remitido.

Ha sido ya leída una regular cantidad de novelas presentadas al concurso, pudiendo anticipar que entre ellas no escasean las que merecen ser premiadas.

El próximo número comenzaremos a publicar la lista de los títulos y lemas que hemos recibido.



EL SIFON SANGRIENTO

por

PIERRE L'ERMITE



La mano del tratante en bueyes se posó, pesada y velluda, sobre el picaporte de la puerta.

El despacho de vino, aislado en la gran carretera departamental, estaba aquella tarde vacío de todo parroquiano, y el dueño, ayudado de los dos mozallones de sus hijos, alineaba las botellas en el fondo de la trastienda.

— ¿Nadie? — gruñó el tratante con tono interrogador.

— ¡Hola! ¡Hola! Es usted, amigo Koufman... Buen calor se ha descolgado hoy en la carretera, ¿eh?...

— ¡Ya lo creo!... Buena ración de polvo he tenido que tragar.

— Lo que es como tuviéramos tantas piezas de cien *sous*, ¿verdad? ¿Qué quiere tomar usted? ¿Ajenjo? ¿Cognac? ¿Champagne? ¿Madera? ¿Ron?

— ¡No!... Deme sólo un vaso de trípoli para limpiar el fusil.

Mientras que el tabernero le sirve el vaso, Koufman se deja caer sobre una silla, saca un gran pañuelo a cuadros del bolsillo de su larga blusa azul, y con el palo entre las piernas se enjuga la frente, soplando como sus bueyes.

— Lo que es como polvo, hay polvo de veras, y a montones...

Mas para contrarrestarlo tenía en su bolsillo cuatro mil francos, cuatro billetes de mil francos. Había vendido Niverneses con doscientos francos de beneficio en cada par de bueyes...

Si todos los días fueran como aquél, pronto plantaba sus berzas en sus tierras, y de las mejores.

— ¿Conque dice usted que lleva?...

— Cuatro billetes.

— ¿De mil?

— De mil.

— ¿Y no teme usted volverse esta noche solo por esos caminos?

— ¿Temer? ¿Me cree usted tan mandria como todo eso? Además, yo tengo mis convicciones... ¡Bah!... ¡Mire usted!...

El tratante en bueyes, abriéndose la camisa de franela, descubrió entonces un pecho velludo, tiró de la punta de un bramante, negro de sudor, y enseñó dos modestas medallas enmohecidas, que besó respetuosamente.

— ¿Ve usted estas dos medallas?... ¡Son San Benito, patrón de los viajeros, y San Antonio, protector de los pobres, dos famosos santos que no dejan jamás en el atolladero al que los invoca! Con ellas encima puedo partir a medianoche y atravesar la garganta de los Lobos, que aunque estuviera rebosando de judíos, saldría ileso y con armas y bagajes...

El vinatero soltó una carcajada estrepitosa. ¡Cómo era posible que un hombre inteligente, que llega a ganar doscientos francos con un par de bueyes, crea en tales candideces de salvaje!...

— ¡Pues así lo creo!

— ¿Es posible?...

— Usted puede creer lo que guste...

— ¡Es que yo no creo en nada!

— ¡Perdone..., usted tiene la creencia de que no cree en nada! ¡Viene a ser lo mismo!

Y el tratante, desviándose los bigotes, tiesos como dos cepillos de uñas, tomó un buchito de su licor de fuego.

— ¡Estas charlas le animan a uno! ¡Estaba aplanado por el calor!...

— De modo — dice el vinatero, sin perder de vista su idea, — de modo que usted cree que con sus dos chismecillos..., ¿cómo ha llamado usted a esos dos perendengues de metal?... ¡Ah, sí! ¡Medallas!

— ¡Eh!... ¡Mi amigo! ¿Es que usted quiere chunguearse conmigo? En ese caso hagamos punto, porque si usted no lo sabe, se lo diré ahora... ¡Yo tengo malas pulgas!

El tabernero reprimió un gesto, y cambiando la conversación:

— ¿Quiere usted que le sirva otro vaso?

— ¡Bueno! ¡Eso no se rechaza nunca! Pero, ¡qué polvareda, señor, qué polvareda!

* * *

Un cuarto de hora después el sol poniente alargaba una sombra inmensa en el campo.

Era Koufman, que se dirigía plácidamente por el camino que conduce a los Ecouchies.

El viento de la tarde soplaba, hinchando su larga blusa azul, y parecía agitarla ante el horizonte sin fin como un saludo de despedida.

Durante algunos minutos el tabernero le vió marcharse. Luego, acometido súbitamente de una idea, dió un silbido llamando a sus hijos, que vinieron como perros a los que se atiza un puntapié, enjugándose las manos chorreantes con un pico de su delantal negro.

— ¿Veis ese perillán que va caminando adelante?... Es Koufman, el tratante de bueyes. ¿Le veis bien?

Los dos mozallones alargaron la cabeza como dos sabuesos a los que se hiciese olfatear una pista.

— Ese pedazo de bruto lleva consigo cuatro mil francos. ¿Os enteráis? ¡Cuatro mil francos! ¡Vanagloriándose de que no hay quien se los quite porque lleva encima no sé qué medallas!

— ¿Y qué?

— ¿Es que eso no tiene valor para vosotros?

— ¿Valor?

— Si no sois unos poltrones holgazanes, vais a echar por el atajo que cruza el prado de las avenas, llegáis al bosque, sin perder un segundo os adelantáis, dejando atrás la casa del peón caminero, y esperáis a Koufman en los Gueremeaux... Supongo que no tardará sino una media hora en llegar después de vosotros... Le atrapáis como se os antoje, con el menos ruido posible, y dentro de dos horas los cuatro mil francos están aquí, en este cajón. ¿Quedáis enterados?

— No puede estar más claro — gruñó el primogénito.

— Más claro que el agua — añadió el más joven.

Y volvieron a meterse en la taberna para coger los instrumentos de *trabajo*.



Y el mozallón sacó por toda respuesta un cuchillo de hoja larga y terrible.

— Llevaos el hacha — dijo el padre.

Pero cada cual de ellos manifestó sus preferencias. El más joven había robado un día en la estación una de esas espigas de hierro de doble punta redonda, enormes, que sirven para apretar los ganchos de enlace de los vagones.

— Yo prefiero este juguete.

El mayor esperaba ya preparado.

— ¿Y tú?

— ¿Yo?

Y el mozallón sacó por toda respuesta un cuchillo de hoja larga y terrible.

— ¡Como será preciso hacerle una sangría suelta!

Por un solo instante el vinatero vaciló...

— ¡Sí! No hay más remedio... ¡Las cosas se hacen como es debido, o no se hacen!

Y los dos muchachos, después de escudriñar a derecha e izquierda el camino desierto, atravesaron la carretera y desaparecieron por un sendero que se hundía en un sombreado de altas avenas.

* * *

Apenas el sol se hunde tras los ribazos bajos y lejanos que orlan de negro todo el horizonte, la sombra cae rápidamente sobre el campo, siendo ya completamente de noche cuando el bueno de Koufman penetra en el bosque de Gueremeaux, más negro que un horno.

El buen tratante en bueyes marchaba pesadamente, cansado de la larga jornada.

En aquel sitio la carretera parece extinguirse, casi, desaparecer entre las dos líneas obscuras del bosque, y a cada paso el tratante en bueyes se ve obligado a aflojar el paso para esquivar los hoyos o las ramas de árbol que barren el camino.

Llega al fondo de los Gueremeaux y comienza a subir la cuestecita que lleva otra vez a la carretera, cuando súbitamente un agresor miserable se precipita sobre él por detrás; un brazo de hierro le sujeta por los hombros; una mano crispada le tapa la boca, y como en una pesadilla horrible en que todos los sucesos se precipitan, siente en la cabeza un choque terrible; la sangre se le agolpa, enloquecida, a las sienes, todo le comienza a dar vueltas alrededor, y el boyero se desploma, sin dar un grito, sobre la hierba húmeda.

* * *

¿Cuánto tiempo permaneció así, tendido, sin conocimiento?

Koufman no pudo precisarlo, pero cuando volvió en sí no tenía en su cuerpo una fibra que no le vibrara dolorosamente.

Desde la frente abierta la sangre le había corrido

deslizándosele desde el pelo a la barba, pegándole a la cara toda una máscara de barro; su blusa, casi existía hecha un puro jirón; todos sus bolsillos estaban vueltos de dentro afuera, y en las articulaciones de brazos y piernas las arterias galopaban en una carga insensata, como si todo se le fuera a deshacer en el cuerpo.

Después de varias tentativas inútiles, acertó al cabo a ponerse derecho, se arrastró hasta la cuneta, y allí, desvanecido aún a medias, se lavó el lodo y la sangre de que estaba cubierto.

Esta ablución le devolvió el vigor... Koufman, entonces, vió alrededor de él su sombrero, su garrote, los restos de la blusa...

Pero no se sintió con bastante fuerza para terminar la larga cinta de camino que todavía le quedaba por hacer, y dijo, en voz baja, como hablándose a sí mismo:

—¡Yo creo que me conviene volver a la taberna! El camino va casi todo al descubierto... Allí podré reponerme y buscar mañana un coche que me lleve...

Entonces arrastrando su pingajo de cuerpo humano todo sangriento, volvió la espalda a los Guremeaux y tornó sobre sus pasos.

Ya en el camino y rumiando lo que le había acontecido, se dijo:

—El golpe ha debido darlo cualquier leñador, o algún trajinante... En fin, gracias a Dios, he escapado con vida y no han dado con los cuatro billetes de mil...

Y como en aquel momento Koufman saliera del bosque, detuvo el paso, y bajo el cielo de un azul negro en que centelleaban innúmeras estrellas, elevó una humilde oración besando devotamente sus medallas, las que se ha encontrado en tierra y junto a la cuneta.

* * *

Desde hace una hora el tabernero está furioso, fuera de sí, con los ojos inyectados en sangre, a punto de escapársele de las órbitas.

De buena gana hubiera hecho tajadas a los imbéciles de sus hijos, que no sirven para nada y que vuelven aturullados como dos brutos.

—¡Ah! ¡Cuando uno es un animal, lo es para toda la vida! — rugió el padre paseando a grandes zancadas la taberna, todavía iluminada, que proyecta sobre la carretera una mancha brillante, casi siniestra, a través de las botellas de ajenjo del escaparate.

Los dos mozallones se mantienen lastimosamente de pie ante él, tartamudeando excusas que nadie quiere oír.

—¿Por lo menos le habéis quitado del todo de en medio?

—No... Debe tener un cráneo de pedernal.

—¿Y no habéis encontrado nada?

—Nada..., y eso que hemos revuelto todo: blusa, bolsillos, chaleco..., los zapatos..., la camisa... ¡Nada! ¡Nada!... ¡Ni rastros de billetes!

—¡Imbéciles! — rugió el padre.



Cuánto tiempo permaneció así, tendido, sin conocimiento, Koufman no pudo precisarlo, pero cuando volvió en sí no tenía en su cuerpo una fibra que no le vibrara dolorosamente.

—Pero ¿qué es lo que hubiera hecho usted en nuestro pellejo?

—¡En vuestro pellejo, después de apiolar al buen hombre, me lo hubiera traído aquí a remolque para registrarle en plena luz... hasta en la barriga!...

Acababa de pronunciar tales palabras, cuando, de repente, una mano cansada dió dos golpecitos en la vidriera.

Es Koufman, que vuelve todo cubierto de sangre, y que no ha podido entrarse de rondón a causa de haber echado el pestillo a la puerta.

* * *

El vinatero fué a abrir.

Cayó entonces, sobre todo en la taberna, un silencio de muerte.

Los dos hijos, espantosamente pálidos y sudándoles la frente, retrocedieron, buscando tras de sus manos crispadas una pared en que poder apoyarse.

Sólo el padre permaneció de pie en la estancia, con los ojos dilatados de espanto.

— Comprendo vuestra estupefacción al verme en este estado — balbuceó el viejo Koufman.

— ¡Ah!

— ¡Estáis aterrados! — repitió con una sonrisa triste, que iluminó su faz de viejo, mientras se dejaba caer sobre una silla. — ¡Dadme un vaso de cualquier cosa..., de algo excitante! ¡No puedo más!

El vinatero le sirvió con mano trémula, que apenas podía soportar la botella, un alcohol cualquiera.

— Figúrense — continuó Koufman — que llegaba yo a los Gueremeaux, cuando, de pronto, me cae encima un bandido, y en un dos por tres héteme derribado sobre la hierba, sin ver nada..., aplastado.

— ¿Sin poder haber visto nada?

— ¿Ni siquiera al asesino?

— No — respondió el boyero a esas dos preguntas que le dirigen casi juntas.

Entonces aproxímanse todos con un unánime impulso instintivo, y Koufman relata su historia con voz entrecortada.

Pero el padre no le deja concluir.

— ¿De modo que le han robado a usted todo? — pregunta el tabernero acentuando su pregunta.

— ¡Nada! — responde triunfalmente el boyero. — ¡Absolutamente nada!... ¡Ah! Usted se ha reído antes de mis medallas, y no obstante, me remito a la prueba; yo tengo aún los cuatro billetes de mil... sin una desgarradura...

El desgraciado no advirtió el modo singular con que tres pares de ojos le miraban.

— Pero, ¿dónde se los ha escondido usted? — preguntó el tabernero con voz trémula.

— ¿Dónde?

— ¡Sí!

— En el forro del sombrero...

Y de nuevo un silencio terrible se desplomó en la taberna.

Durante algunos momentos las miradas de los tres hombres se encontraron con una mutua interrogación siniestra. «¿Conviene obrar de seguida, o esperar para ajustarle las cuentas?», parecen decir.

Koufman, muy preocupado con sus heridas, pide una cama.

— ¡La mía! ¡Le cedo la mía, amigo Koufman! — exclamó el tabernero.

— Sólo algunas horas, entiéndalo bien — respondió el boyero. — Yo no quiero causarle el menor trastorno.

— Como usted guste — replicó el tabernero con un aire inquietante, como si no pudiera contenerse más, — como le plazca; pero entendido que no molesta en lo más mínimo..., ¡al contrario!

* * *

Koufman se tira penosamente en la cama del cuarto del primer piso, precisamente emplazado encima de la taberna.

Las heridas le duelen mucho, muchísimo, y de tal modo, en medio del acceso de la fiebre, le resultan insoportables, que al fin resuelve levantarse para que le den sebo o aceite con que poderse frotar todo el cuerpo.

Y a tientas, sin luz, con los pies desnudos, baja lentamente la escalera, cerrada en su arranque por una puerta que comunica con la taberna.

De pronto, se para en firme: acaba de oír pronunciar su nombre.

Un rumor de voces quedas llega hasta él, al principio confuso, preciso después, y lo que comprende es tan horrible, que por muy boyero que sea se deja caer temblando sobre un escalón.

— ¡Imbéciles! ¡Brutos! — exclamaba a la sordina el vinatero. — ¿De modo que no se os ha ocurrido mirar en el sombrero, precisamente el sitio más a mano para esconder las cosas? ¡Quitaos de ahí! ¡Me da vergüenza hablaros! Ahora seré yo el que le ajuste las cuentas... Esperad sólo una hora, a que esté más dormido, y ya veréis si yo tengo un puño de algodón al extremo del brazo... y si sus medallas le sirven de algo...

Luego el tabernero preveía lo que iba a suceder, explicando todos los detalles... Iba a estrangular limpiamente al tratante en bueyes...

¡Valía más!... Así no se vería obligado a cambiar de ropa, y antes de que enfriara le echaría por la ventana al jardín del fondo, donde ellos, sus dos hijos, cavarían a escape una fosa profunda, una zanja de tres metros, por lo menos, bajo el montón del estercolero..., como si fuera para una vaca...



Loco de espanto, entonces, el boyero, ahogando sus pasos, vuelve a subir a su cuarto...

* * *

Loco de espanto, entonces, el boyero, ahogando sus pasos, vuelve a subir a su cuarto y mira por la ventana, buscando un medio de salvación, no importa cuál.

¡Salvarse! ¡Imposible! De un lado el jardín, de otro la carretera, sin duda... Y de seguro que de arrojarse por aquí caería como una masa precisamente delante de la puerta de la taberna, iluminada por tres lámparas de petróleo...

La caída, haciendo revivir sus heridas, le dejaría con toda evidencia en la imposibilidad de huir, aun en el caso improbable de que no lo descubriesen...

Entonces una resolución terrible le sube al cerebro.

¿Quieren matarle? ¿Y lo quieren con decisión inquebrantable, porque es el segundo atentado en el espacio de dos horas?...

¡Pues bien, él es el que matará por defenderse!... ¡Está en su derecho, reconocido por todas las leyes del mundo!...

En el acto busca un arma en torno suyo... ¡Nada, ni un cuchillo..., ni un bastón..., ni un palo!... ¡Nada!

Sin embargo, a fuerza de investigar, descubre un pesado sifón, lleno de agua de Seltz, olvidado en un armario.

Ello constituye una maza terrible en manos que no sientan el miedo. Se levanta, pues, las mangas de la camisa y se esconde tras de la puerta por la que deben entrar.

Allí aguarda lo que va a suceder, pudiendo, durante esta espera en medio de la noche silenciosa, seguir al detalle todos los preparativos de su asesinato.

Ya en el jardín cavan la fosa, precisamente bajo una pirámide de estiércol. Las paletadas de tierra que los dos mozallones lanzan a pleno vuelo, caen pesadas y sordas.

— ¿Es bastante honda? — pregunta uno de los hijos.

El padre debió inclinarse y reflexionar un instante.

— Ahóndala más — gruñó; — por lo menos unos cincuenta centímetros...

— ¿No le vas a dar el golletazo en seguida?

— Cuando hayáis acabado...

Y los tres hombres reanudaron el trabajo, sin añadir palabra.

Cinco minutos después el padre se detiene.

— ¿Dónde has puesto la maza?

— Detrás de la puerta... ¿Por qué?

— Porque he cambiado de idea... Voy a aplastar el cráneo al viejo en vez de estrangularle.

Durante unos minutos busca la maza, y luego vuelve furioso al jardín; no ha encontrado nada en la taberna.

Entonces uno de los muchachos se va con él, volviendo juntos al cabo de un minuto.

El padre ha encontrado la maza, pero aun quiere cerciorarse de que la fosa está bien concluída.

— ¡Esto está corriente!... ¡Fijaos bien!... Yo os lo echo aún caliente por la ventana, vosotros lo cogéis y en el acto lo zampáis en la fosa antes de que se quede tieso... ¡Se entierra mejor el cuerpo antes de que se enfríe! Luego, el tiempo de rellenar la zanja de tierra y rehacer el estercolero y os entráis en casa al galope... ¡Sobre todo nada de luz! Bastaría cualquier transeúnte en la carretera para estropear el negocio... Conque ¿quedáis enterados?

— ¡Quedamos!

— Pues ahora me toca a mí...

* * *

El boyero, pegado entre la pared y la puerta, oyó al tabernero descalzarse... El primer peldaño de la escalera crujió suavemente... Subía...

Envueltos en la noche, los dos hombres retenían la respiración para no delatarse uno a otro... Llegado al descansillo, el tabernero se detuvo un segundo, como si hubiera vacilado un último momento...

Luego, con precauciones infinitas, empujó la puerta, y, adelantándose de puntillas con cautela, se dirigió hacia la cama.

Mas no había dado dos pasos, cuando el pesado sifón de Seltz, blandido por una mano desesperada, enloquecida de espanto, cayó sobre su cráneo una vez, dos veces, como un hacha que hiere golpe tras golpe a un roble que se resiste a caer.

El tabernero dobló, al fin, las rodillas, tendió las manos, atrozmente crispadas, y luego, exhalando largo suspiro, se desplomó cuan largo era sobre el piso..., muerto.

— ¡Eso está hecho! — murmuró uno de los muchachos que había oído el terrible golpe de maza.

Por toda respuesta el boyero quita al tabernero el delantal y el chaleco, se los pone rápidamente, viste al cadáver con su propia y larga blusa, desgarrada y llena de lodo, lía en un trapo el amasijo sangriento de la cabeza y arroja a los hijos el cuerpo, de tal suerte atado, de su padre.

Luego les oye arrastrarse febrilmente hacia el agujero; después, sin mirarle, a toda prisa arrojar la tierra y apisonarla fuertemente a cada paletada.

Pero los minutos están contados... El sifón se ha hecho pedazos, y lo que queda se halla lleno de sangre... El boyero, a todo evento, coge la maza de hierro, y sin olvidar el precioso sombrero donde duermen los billetes de banco, se precipita por la escalera, cruza la taberna desierta y huye a todo correr por la carretera, de tal modo excitado, que no siente el más mínimo dolor.

* * *

Dos horas después, cuatro gendarmes echaban pie a tierra ante la taberna, siguiéndoles detrás el tratante en bueyes, en un coche guiado por un campesino.

Los dos muchachos, sentados en un rincón, hablan excitadísimos, no explicándose la desaparición de su padre, el cual debía rodar por el campo como loco, con los bolsillos llenos de billetes de banco.

La llegada de los gendarmes los dejó clavados en el suelo...

Y cuando en pos de los anchos tricornios vieron surgir la silueta, siempre sangrienta e hinchada, de Koufman, al que ellos creían aplastado y enterrado, miráronse uno a otro pensando que soñaban e intentando comprender la verdad.

— ¿Dónde está tu padre? — preguntó bruscamente el sargento mayor.

— ¡No lo sé!...

— ¿Conque no lo sabes?... ¡Pues yo te lo voy a enseñar!

Y yéndose derechamente al jardín:

— ¡Coged ambos una horquilla — exclamó el sargento — y desalojad el estiércol de ahí!

Todo el pueblo había seguido el galope de los gendarmes, y en medio del espanto general los hijos desenterraron a su propio padre.

En su prisa de amontonar la tierra habíanle pateado, molido enteramente la cara, y al extenderse su cadáver, ya rígido, sobre la arena del jardín, el sol naciente rebasó la línea del horizonte iluminando toda la llanura.

Hubiérase dicho la manifestación anticipada de la inagotable, de la ostensible justicia de Dios...

El boyero hizo una larga señal de la cruz y murmuró:

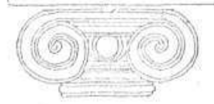
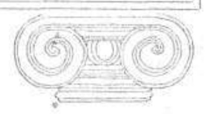
— ¡Que Dios te perdone en lo alto como yo te perdono en la tierra!

Luego se volvió hacia los dos hijos:

— ¡Muchachos! Yo os aconsejo que gastéis cada uno una medalla, que creo que necesitáis de toda necesidad!

FÍN

LOS DOS CAMINOS



CASIODORO y Anadyomeno, muellemente tendidos sobre tapices de Persia, charlaban por vez postrera, mientras de la sala del festín llegaba apagado el eco de la alegría de los invitados. Ambos adolescentes, en el dintel de la vida, disponíanse a partir, por opuestos caminos, en busca de la felicidad.

—Al cabo de un lustro, nos volveremos a encontrar, Casiodoro. Si tú encuentras la felicidad, me harás partícipe de ella. Te juro por el Arquero Divino que igual cosa haré yo.

—Hablas, Anadyomeno, cual un buen camarada. Yo en el estudio, tú en los placeres; tú por la senda que florece de rosas Epicuro, yo por los austeros caminos de Zenón, los dos buscaremos la felicidad. Somos jóvenes y ricos; el mundo semeja un puño a nuestra ambición. Y, aunque Alexandros se ría escépticamente de los que buscan la felicidad, nosotros la hallaremos doquiera que se halle.

Se miraron sonrientes y melancólicos. El recuerdo de los días felices de la infancia entristecíalos en el momento de la partida.

—Partamos —dijeron ambos a un tiempo— partamos y dejemos que nuestros amigos se diviertan en tanto que nosotros nos despedimos.

Besáronse en la frente mudos y graves. Luego Anadyomeno abandonó la estancia, secándose furtivamente una lágrima.

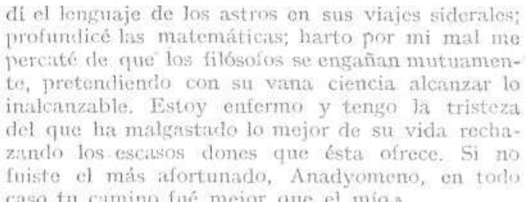
Cuando de nuevo se encontraron Anadyomeno y Casiodoro, ambos tenían impresas las huellas que deja la vida colmada muy de prisa. Casiodoro estaba amarillento y con los ojos enrojecidos. Sus largas manos huesudas, casi transparentes, semejaban dos rollos de papiro. Anadyomeno había perdido la floridez de la juventud. En sus pupilas ensombrecidas y tristes se asomaba el desengaño.

Tendidos uno al lado del otro, como en aquella tarde en que se despidieron, mirábanse impacientes y angustiados, queriendo cada cual penetrar sus secretos.

Casiodoro habló el primero.

—Nos empeñamos en una partida vana, Anadyomeno. A juzgar por lo que se lee en nuestros rostros, antes hallamos el desencanto que no la felicidad.

«Cuando nos separamos me dediqué por entero al estudio. Adquirí una biblioteca, harto famosa ya, en la que no hay menos de treinta mil rollos, que mis esclavos copistas aumentan día a día. Llamé a mi lado a los filósofos de todas las sectas; desentrañé el secreto de las religiones; estudié todos los sistemas y todas las teorías. Enflaqueció mi cuerpo, perdieron mis ojos su brillo primitivo y, lo que es más grave, dejé de ser joven sin lograr la experiencia y la serenidad de la vejez. He arruinado mi corazón y mi inteligencia llenando mi espíritu de congoja y escepticismo. Aprendí el lenguaje de los astros en sus viajes siderales; profundicé las matemáticas; harto por mi mal me percaté de que los filósofos se engañan mutuamente, pretendiendo con su vana ciencia alcanzar lo inalcanzable. Estoy enfermo y tengo la tristeza del que ha malgastado lo mejor de su vida rechazando los escasos dones que ésta ofrece. Si no fuiste el más afortunado, Anadyomeno, en todo caso tu camino fué mejor que el mío.»



—Te engañas, Casiodoro. El regusto amargo que deja el placer apurado febrilmente, es tanto o peor que el hastío que producen la meditación y el estudio. Si estás cansado y enfermo, yo no lo estoy menos. Además, una extraña congoja hace presa en mi corazón. Siento un vago anhelo de un no sé qué, algo, en fin, que se parece mucho a la angustia. Pero será mejor que te cuente lo que hice en estos dos lustros pasados.

«Viví en el triclinio aturdido por las músicas del festín. A mi mesa acudían los hombres más ingeniosos y las mujeres más bellas, atraídos por las delicadas suculencias que les brindaba mi cocinero alejandrino, y que yo prodigaba con largueza. Tuve joyas suntuosas, y carros ligeros con los mejores tiros de caballos del desierto. La tela de mis clámides era expresamente tejida para mí, y nada era comparable a la riqueza de mis muebles y a la exquisitez de mis perfumes. Cypris me amaba, la misma Cypris por quien se disputan todavía los patricios de la ciudad. Por un momento creí haber alcanzado la dicha que estérilmente buscamos los dos. Pero luego comprendí que todo era efímero, y que lo que yo estimaba como los más altos dones, no valían el esfuerzo de lograrlos. La retórica de los sofistas, las agudezas de los epigramáticos, los nobles hexámetros de los poetas, llegaron a marearme cual un vinillo generoso dulcificado al sol. ¿Y qué decirte del amor? Todas las Cypris, las Baquis y las Guantemes son iguales. La que menos lo parece oculta detrás de sus encantos, la perfidia y la astucia de los animales inferiores. Hay dolor y hastío en los besos de miel de la mujer.

«He aquí, Casiodoro amigo, una aventura singular, cuyo recuerdo no acierto a explicarme por qué me preocupa.

«El sol nadaba cual una inmensa bola de fuego sobre el mar, cuando me encaminaba a la quinta de Cayo Lucio, a la que Heliodoro iba a asistir para leernos sus últimos versos. Caminaba lentamente, distraído y soñador, aligerado el cuerpo por una larga estancia en el frigidárium, aspirando con deleite la dulzura perfumada de la tarde. En el horizonte violáceo inflábanse las velas henchidas por el viento, palpitando estremecidas como pechos sollozantes. Perezosamente tumbados en los parapetos de los muelles, cantaban los marineros melancólicas y evocadoras canciones.

«De los huertos vecinos llegaba un vaho aromado y denso, que se mezclaba al acre perfume salino del mar.

«Tornaban de sus



labores los esclavos de los campos aledaños, confundidos con los vendedores de frutos del mercado, que arreaban a las recuas cargadas, dando voces e injuriándose en múltiples dialectos. Balanceando muellemente las caderas, apenas envueltas en telas sutiles, mostrábanse las cortesanas, guiñando los ojos a sus amigos.

«Más allá del pórtico del templo de Diana jugaba a la taba un grupo de soldados, peleándose y jurando por todas las divinidades.

«En medio de un corro de mujeres y niños, un anciano de luenga barba, mal cubierto por una túnica hecha jirones, hablaba echando fuego por los ojos. A juzgar por su indumento, creyérasele un taumaturgo de esos que obran maravillas ante las muchedumbres ingenuas. Enarbolaba nudoso garrote, con el cual daba más energía a su discurso. Las gentes reunidas a su vera escuchábanle boquiabiertas, sugestionadas tal vez por la fogosa oratoria del anciano.

«Acerquéme curioso, seguido del joven Nicias que se apoyaba indolentemente en mi brazo. Aquel hombre, ¡oh Casiodoro dilecto!, prometía la felicidad eterna en nombre de un tal Chrestus, ajusticiado en Galilea por orden del procónsul Pilatus.

«— Eh, filósofo — gritéle. — Te llevaré a mi casa donde mis esclavas lavarán tu cuerpo y perfumarán tu barba; tendrás lecho mullido, vino generoso y una esclavilla nubia para recalentar tus viejos huesos si prometes enseñarme ese camino de felicidad que dejó trazado Chrestus.

«Contestó con abominables denuestos a mis ofertas.

«— Monstruo del infierno — rugió, — aliento de pecado; el camino de la verdad eterna no es vía triunfal para los sibaritas de Sodoma.

«Las mujeres volviéronse a mirarnos furiosas. Por fortuna advirtieron mi túnica patricia y se contentaron con murmurar.

«Poco después las sombras de la noche invadieron la ciudad. Disolvióse el grupo, y el anciano se alejó caminando con tardo paso, apoyado en su bastón. Despedíme de Nicias y le seguí intrigado. Algo recordaba haber oído hablar de una secta que, como la de los estoicos, desdeña las riquezas y la voluptuosidad.

«Cuando estuvimos solos en una calleja extraviada, tirándole de los harapos, le hablé nuevamente.

«— Filósofo o mago: si rechazas los bienes de la tierra, ¿qué puedo ofrecerte por la enseñanza de esa verdad que predicas? Instrúyeme; quiero ser tu discípulo. No creo en Alexandros, mi maestro, y hasta el divino Platón me parece demasiado poeta para ser verdadero.

«Miróme largamente el anciano, y luego murmuró:

«— La puerta se abre para el que acude a ella. Uno es el camino, pero en él caben todos. Si deseas la fuente del conocimiento sígueme, que yo te instruiré.

«Bien poco recuerdo de lo que me dijo, tal vez porque no penetraba el sentido alegórico de sus palabras.

«— Abandona ahora mismo tus riquezas, pídele al más humilde de tus esclavos su túnica, y ven mañana a buscarme cuando el sol aparezca tras los montes. Saldremos juntos para el desierto, y en el cenobio de nuestro padre Palemón te será revelada la única verdad que existe. Si logras purificar tu corazón, alcanzarás la dicha que ansías.

«Naturalmente, no cumplí en todas sus partes las instrucciones del anciano. Se me hacía muy penoso deshacerme de mis riquezas para intentar una aventura cuyos resultados podían ser infructuosos. Pero me presenté ante él, a la mañana siguiente, pobremente vestido, tal como lo había mandado.

«Dejamos Alejandría cuando el sol recién doraba las cresterías de las montañas vecinas, caminando de prisa. ¡Oh, Casiodoro!, la idea de encontrar al fin la felicidad tan largamente ambicionada, disimulaba la fatiga de la marcha. Mas, a medida que avanzábamos, sentía que mis pies se desgarraban en las zarzas del camino. En mi ánimo, poco a poco, iba fermentando una cólera monstruosa.

«— Anciano, ¿aun falta mucho para llegar?

«Parecía abstraído en grave meditación. Marchaba sin vacilar, como impulsado por una fuerza ajena a su voluntad.

«El sol en el cenit abrasaba de firme. Sudor y sangre corría de mi cuerpo rendido; mi boca estaba seca y ardiente; flaqueábanme las piernas negándose a resistirme.

«Temiendo haber sido engañado por un impostor, de súbito salté sobre el anciano, enceguecido de rabia, dando con él en tierra. Allí le golpeé con saña, sin apiadarme de su senilidad; golpeelo repetidas veces, hasta cubrirle de sangre el rostro.

«Iluminados sus ojos por una dulzura extrahumana, exclamó mirándome fijamente.

«— Pega más, hijo mío; pega más fuerte aún. Todo sea por la gloria de El que bajó a la tierra y padeció entre los hombres.

«Semejantes palabras, cuando más enfurecido estaba, causáronme el efecto de una conmoción. Huí ocultando la cara entre las manos, atenaceado por una duda angustiosa. ¿Quién es aquél — preguntábame — que procura la felicidad a los que en él creen y le siguen? ¿Quién es aquél que convierte el castigo en suavísimo halago?

«Volví a la ciudad, inquieto y teneroso, Han pasado ya tres lunas, Casiodoro, y todavía siento el espíritu turbado por tan extraño suceso. ¿Será, por ventura, que la felicidad se alcanza sin riqueza y sin juventud?»

Casiodoro suspiró. Arreglóse displicente los pliegues de la túnica y luego murmuró ensimismado:

— Existen misterios cuyo arcano jamás penetraremos. La fe que ilumina y fortalece a los discípulos de Chrestus, Anadyomeno, está más allá de la investigación filosófica. Y la felicidad, fraterno amigo, bien puede ser que resida en ella.

— ¿En ella?...

— Sí, en ella. La fe en lo que no conocemos ni alcanzaremos jamás es tal vez la única felicidad. Los poetas suelen llamar ilusión a esta engañosa confianza en un no sé qué, vago e irreal.

— ¡Oh, búsqueda inútil y dolorosa! Ambos caminos condujéronnos a un mismo fin: la frontera de la duda, el vacío, la nada...

— ¡Quién sabe!...

Miráronse nostálgicos y evocadores. Una cálida lágrima abrillantó las pupilas de Anadyomeno.

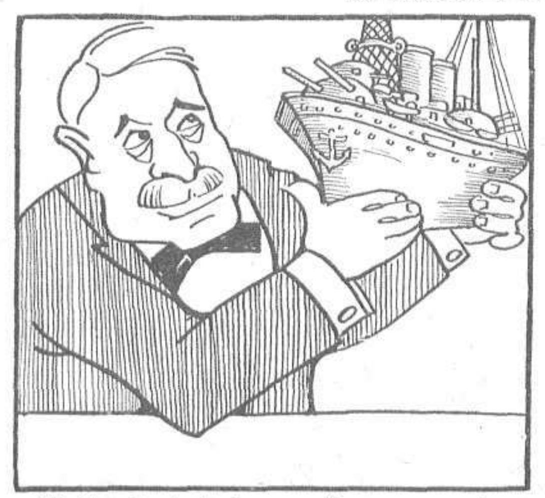
De fuera llegaba el canto del mar, apasionado y ronco.

CARLOS PARRA DEL RIEGO

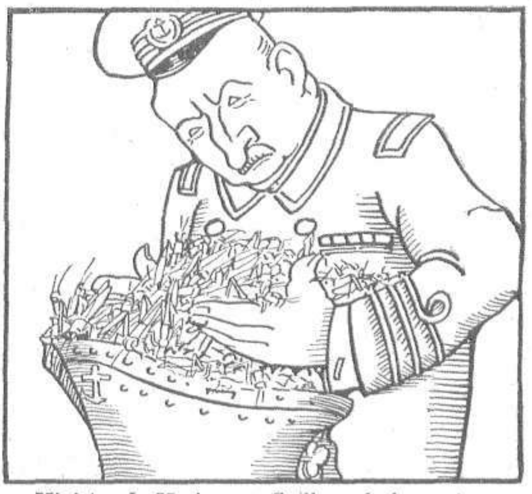


DICHO Y HECHO, por MACAYA

PARA ACABAR CON LA LANGOSTA.
UN PROYECTO EN COLABORACION.



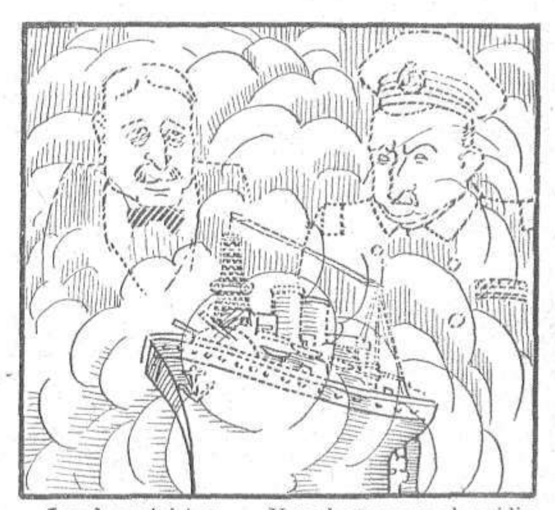
Ministro de Agricultura. — Se agarra un barco de la escuadra.



Ministro de Marina. — Se llena de langosta.

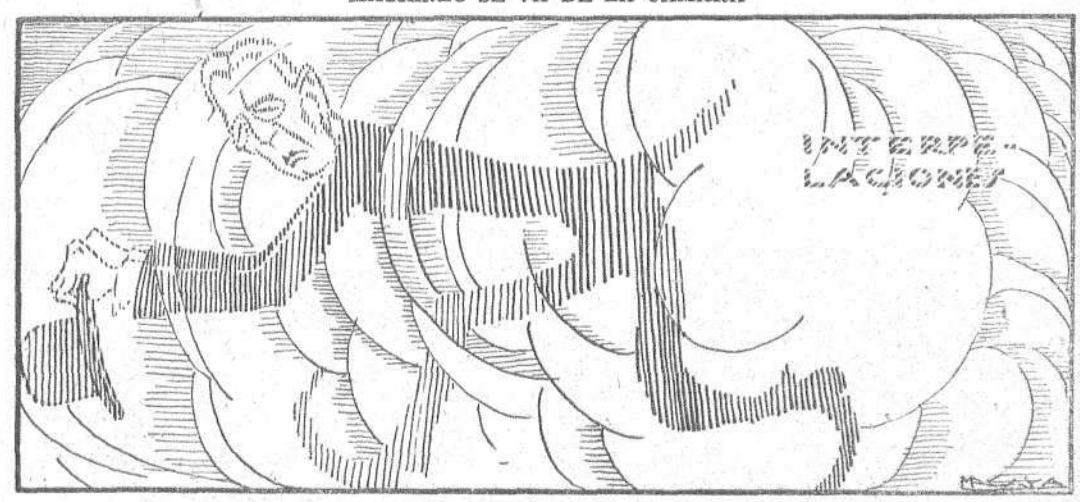


Ministro de Agricultura. — Se producen gases tóxicos y cortinas de humo.



Los dos ministros. — Y acabamos con el acridio.

MATIENZO SE VA DE LA CAMARA

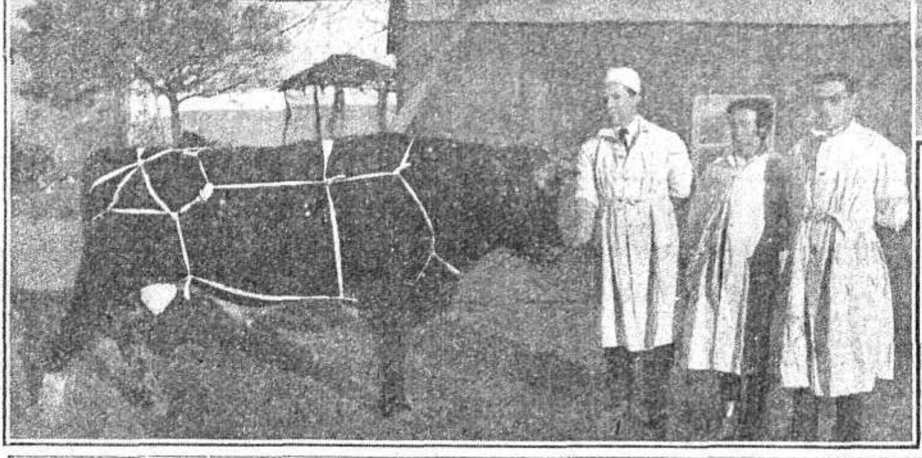


Otra cortina de humo.

Un experimento de gran interés científico en Balcarce



Toro del establecimiento «Santa Rafaela» del señor José D. Erracaborde, momentos antes de que se le efectuara un injerto glandular, operación que con todo éxito fué ejecutada por los alumnos de la Facultad de Veterinaria de La Plata señores Enrique A. Coppola Corbière y Carlos Piazza, bajo el contralor oficial del vicedecano de la misma doctor Pedro Errecaborde. El motivo de este experimento no ha sido otro que el de observar la influencia que sobre el organismo en general ejercen las glándulas intersticiales, que en el animal de experiencia encuéntranse atrofiadas.



El doctor Errecaborde y los jóvenes estudiantes que efectuaron la operación, con el toro, que será presentado, según deseos expuestos por su propietario, en la próxima Exposición Rural de esta localidad.

Campeonatos de tiro al blanco

Equipo de tiradores del colegio "La Salle" que ganaron la copa en el Campeonato Escolar de Tiro.

Tiradores de la Guardia del Departamento que se clasificaron en el primer puesto del Campeonato Especial de Tiro.



En la tienda

y a todas partes donde concurra la persona resfriada, sufre el martirio tosiendo. Es tan sencillo llevar en la bolsita una caja de

Pastillas iodeína Montagu

que son tan ricas y curan la tos de modo tan maravilloso. Las **Pastillas iodeína Montagu** no son simples bombones; deben su acción curativa a la iodeina (descubierta por Montagu) cuya acción sobre las vías respiratorias es específica.

En todos los casos en que hay que calmar la tos y facilitar la respiración, asma, enfisema, bronquitis, ahogos, resfríos, etc., etc., son el remedio más certero.

Farmacia Franco-Inglesa

La mayor del mundo

Sarmiento y Florida — Buenos Aires





INSOMNIO

Modesto es hombre honrado y hombre honesto
y libre de pasiones.
Y le suelen llamar sus relaciones
«el solterón Modesto».
Solterón y rentista,
nunca pensó en casarse, lo que es raro,
pues nunca ha sido avaro
y es bastante optimista
y hasta, en cierto sentido, feminista.
Obra siempre con tacto y con prudencia
y lleva una metódica existencia
que hace que se conserve sano y fuerte.
Modesto está contento de su suerte
y no sufre jamás de inapetencia.
Aunque parece apático
es simplemente un hombre sistemático
que vive muy contento
en su dulce aislamiento.
Almuerza y, en seguida,
se mete en un café de la Avenida,
donde, sin el menor aburrimiento,
deja pasar la tarde, hora tras hora,
en una somnolencia encantadora.
Pero, desde hace poco, le sucede
lo que entender no puede.
Pasa una planchadora
bastante linda. La contempla ansioso,
piensa en algo, quizás distante y vago,
y se toma el café de un solo trago.
— ¿Qué me ocurre? ¡Es curioso! —
dice, por fin, con su habitual cachaza. —
¿Me he tomado el café! Venga otra taza.
¡Qué bien, si me planchase
alguna planchadora de esa clase!
Pasa una rubia Dama,
indiferente y fría,
y el solterón exclama:
— Con una rubia así me casaría.
¿La sigo? No la sigo. ¿Para qué?
Y se toma otra taza de café.
Ve que pasa, risueña,
una hermosa trigueña,
y Modesto murmura:
— Debe de ser porteña.
¡Qué encanto! ¡Qué ricura!
Una mujer así no es un estorbo,
sino una compañera inapreciable.
Y se bebe el café de un solo sorbo.
Otra chica admirable
pasa, y Modesto piensa:
— Es adorable.
Y pide otro café, de cuyo aroma
y sabor no se entera, y se lo toma.
El café y el eterno femenino
le hacen perder el tino.
— No sé cual elegir. ¡Vaya una broma!
¡No se cual elegir! — dice Modesto
y se siente molesto.
Continúan pasando las mujeres
que de paseo van o a sus quehaceres,
y él se harta de café.
— Lo que me pasa —
reflexiona camino de su casa —
realmente es alarmante.
La sed inextinguible que me abrasa,
ya que no peligrosa, es inquietante.
Y concluye diciendo, furibundo:
— ¡Pero yo no me caso, aunque arda el mundo!
Muy desasosegado,
en la cama se mete el desdichado
y trata de dormir, inútilmente.
¿Por culpa del café? Probablemente.

DIBUJOS DE MACAYA





DUO GARDEL-RAZZANO

Discos dobles «NACIONAL», de 25 ctms., a $ 3.25

18078
- **Padre Nuestro.** Tango. Solo Gardel. Delfino-Vacarezza.
- **Eche otra caña pulpero.** Estilo. Solo Gardel. Delfino-Vacarezza.

IGNACIO CORSINI

(Con acompañamiento de Orquesta R. FIRPO)

18407
- **En la Huella del Querer.** Estilo. R. Cabrera-A. de Bassi.
- **Pobre Madrecita.** Tango. (2 guitarras Iriarte-Correa). Caruso-A. Greco.

ROBERTO FIRPO

ORQUESTA TIPICA Y JAZZ-BAND

Discos dobles «NACIONAL», de 25 ctms., a $ 3.—

6207
- **Yes! We have no Bananas.** (Sí, no tenemos bananas). Shimmy. Jazz-Band. Silver-Cohn.
- **La Rosa Encarnada.** Tango. Típica. Rafael Rossi.

6212
- **Escalera Real.** Tango. Típica. R. Firpo.
- **Antoinette.** Shimmy. Jazz-Band. L. Hillier.

FRANCISCO CANARO

ORQUESTA TIPICA Y JAZZ-BAND

6929
- **Ose Anna.** Shimmy. Jazz-Band. M. Ivain.
- **Renacimiento.** Tango. Típica. Rafael Rossi.

6932
- **Padre Nuestro.** Tango. Típica. E. Delfino.
- **Veranito de San Juan.** Shimmy. (A serrucho). Jazz-Band. F. Canaro.

ELEUTERIO YRIBARREN

AMERICAN JAZZ-BAND

8001
- **Mister Gallagher and Mister Shean.** Fox Trot. L. Terry.
- **Ba-La-Ea.** Shimmy. L. Hillier.

8002
- **Tut-Ankh-Amen.** Fox Trot. J. B. Lampe.
- **Le Rire de Bon Coeur.** Shimmy. L. Hillier.

JUAN MAGLIO TIPICA "PACHO"

7403
- **My Sweetheart's Song.** (La canción de mi novia). Shimmy. H. Haino.
- **El Mantón de Manila.** Pasodoble. J. Maglio.

Nuevo catálogo ilustrado de discos dobles "NACIONAL"
Solicítelo. Se remite gratis.

Sección Fonógrafos

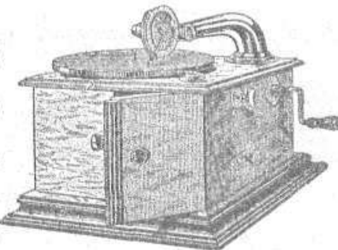
ULTIMO MODELO DE

FONOGRAFO SIN BOCINA

LA CAJA PARLANTE MAS PERFECTA

En sonoridad, solidez, elegancia y mecanismo

Precio del aparato con 200 púas **$ 35.- m/n**





Sociedad

Socios del Club Social Renacimiento que organizaron un festival artístico y danzante en honor del presidente de dicha entidad.



ORATES Y MILLONARIOS

"El rico, más que poseer sus riquezas, es poseído por ellas."
SAN CIPRIANO.

Se acaba de levantar una estadística de los doce hombres más ricos del mundo. Este trabajo hercúleo corresponde a «The New York Times». Y digo hercúleo porque las cifras rebasan todo concepto económico; son astronómicas, o cósmicas. Si la estadística, en vez de estar hecha en dólares oro, lo estuviera en marcos o coronas, produciría espanto el trabajo del estadígrafo, pues las ringleras numéricas no cabrían en la bóveda celeste ni en todo el sistema planetario.

Entre la aurífera docena no están los nombres que venían simbolizando desde luengos tiempos la máxima opulencia: Rotschild, Astor, Vanderbilt, Morgan. Estas fortunas son ya de familias; están distribuídas entre un par de generaciones. El estadígrafo sólo tiene en cuenta las opulencias individuales, los tesoros pertenecientes a un solo sujeto.

Ocupa el primer puesto, entre los doce apóstoles, Henry Ford, el de los automóviles. El estadígrafo nos advierte que al formar la estadística de los doce archimillonarios se ha quedado corto, pues no ha tomado las fortunas con arreglo a su producción, capitalizando el rendimiento de las industrias. Si hubiera calculado en esta forma, la fortuna de Ford ascendería a la friolera de 2.380.000.000 de dólares. (Salgo fatigado de poner ceros). Claro está que no se debe calcular de esta manera, porque gran parte del rendimiento se debe a Mr. Ford, a su actividad, espíritu de inventiva y genio organizador. El capital principal está, pues, constituído por la existencia de Ford, hombre que, por sí sólo, es un Potosí. Pero aunque Mr. Ford prolongue su vida algo más que uno de sus automóviles, no es ella eterna. Un ataque cardíaco puede dejar sin gasolina a su corazón, y cabe también en lo posible — pues las desdichas físicas son innúmeras — que sus pulmones, ya muy trabajados de tanto aspirar a los millones, sufran una «panne» neumónica en sus neumáticos, que se convertiría en una «panne» de toda la fabricación, ya que el motor principal de los «Fords» es el propio Mr. Ford. En este caso, universalmente lamentable, pues el mundo se quedaría casi parado, la fortuna no sería ya la indicada, y que no repito por no apechugar con tanto cero, sino mucho menor, debiéndose restar de ella todo lo que vale Mr. Ford, que es incalculable.

Previas estas observaciones, que aprobaría Leroy-Beaulieu, ahí va la estadística de los doce Grajeras, con una ligera indicación de la industria que ejercen:

Ford (autos en grandes ediciones)	550	millones
Rockefeller (petrolero)	500	»
Duque de Wéstminster (terrateniente inglés)	150	»
Sir Basil Zaharoff (material bélico, socio de Vickers y dueño de la mitad de Montecarlo)	125	»
Hugo Stinnes (siderúrgico alemán)	100	»
Percy Rockefeller (hermano del anterior y también petrolero)	100	»
Barón H. Mitsui (japonés, naviero)	100	»
Barón K. Iwasaki (lo mismo)	100	»
J. M. Duke (tabaquero en Carolina)	100	»
G. F. B. Baker (acero, FF. CC., gas)	100	»
El Gaekwar de Baroda (magnate indio)	100	»
T. B. Walker (de Minnesota: maderas)	100	»

He ahí los doce Cresos del día. No sabemos si, como el antiguo rey de Lidia, vencedor de los jónicos, tendrán estos potentados unos amigos y consejeros de la talla espiritual de Solón y Esopo que les hagan reflexiones sobre la significación de la riqueza en la felicidad. «¿Me consideras feliz?» — preguntó Creso a Solón, después de mos-

trarle sus tesoros. Y el primero de los siete sabios respondió: «Nadie lo es mientras vive». No lo fué Creso. Derrotado por Ciro, convirtióse en subalterno del vencedor. Murió pobre y oscuramente, exclamando a cada paso, según la bella narración de Herodoto: «¡Ah, Solón, cuánta razón tenías!...»

Apuntemos unas breves reflexiones sobre estos archiopulentos. Rockefeller parece que está destinado a morir de hambre. Un crónico padecimiento del estómago le impide digerir el más ligero alimento. Nada más paradójico que perecer de hambre un millonario. Solón haría en este caso unas profundas reflexiones. Yo no las intento por no eclipsar la memoria del primer sabio de Grecia...

La fortuna más trágica es la de Zaharoff. Como se ha visto, está amasada con material bélico y el cero de la ruleta, que no es menos dramático. Cuéntase que a este millonario gústale vivir en el misterio; no se exhibe ni frecuenta los círculos financieros; vive silenciosamente, retirado de las pompas y vanidades del mundo, del estrépito, ora guerrero, ora casinero, que constituyen la base de su fortuna. Inadvertido del mundo ruidoso, lo explota metiendo menos ruido que un gato.

El magnate indio, el Gaekwar de Baroda, aparte del millón y pico de libras que producen los impuestos, tiene su fortuna en brillantes. Posee, entre otras joyas, un gobelino cuajado de piedras preciosas. Los cañones que protegen la entrada del palacio son de oro macizo y pesan cuatrocientas libras cada uno. Tiene además numerosos elefantes y otros paquidermos, un criadero de formidables bestias para abastecer los jardines zoológicos europeos.

El señor Walker, de Minneapolis, el negociante en maderas, es quizá el más espiritual de los millonarios. Antes de lanzarse a los negocios era maestro de escuela. Ha dotado a la ciudad de una gran biblioteca, y ha establecido en su propia casa un museo público de artes. La vida de este educador de párvulos constituye la mejor enseñanza para formar hombres de presa.

La riqueza inactiva es colosal en el mundo. Según la estadística que acaba de levantar el Departamento del Comercio, de Wáshington, de los 18 mil millones de dólares oro producidos en el mundo desde el descubrimiento de América, dos mil millones se hallan en los Estados Unidos, en circulación y en las cajas de los Bancos. De los 16 mil millones restantes, 10 mil están invertidos en alhajas y obras de arte, y los otros seis mil se hallan repartidos en el resto del mundo.

La pelea universal por la adquisición se concentra sobre estos ocho mil millones, los dos de los Estados Unidos y los seis del resto de los demás países.

Considerado el problema estratégicamente, la ventaja de Norte América es evidente, pues cuenta con dos mil millones para atacar a los seis mil dispersos por el resto del planeta. Esta concentración ha convertido a los yanquis en la primera milicia aurífera del mundo. Ellos constituyen el centro, el vórtice, del torbellino, o del oleaje, de la economía universal.

Pero esta situación ventajosa tiene su contra. Existe una estadística un poco inquietante. Desde 1880 a 1920 la población de los Estados Unidos ha crecido en 110,8 por 100, mientras el número de locos, recluídos en los manicomios, en el mismo lapso de tiempo, asciende a 468 por 100. El número de locos no encerrados — de locos de verano — seguramente será mucho mayor, ya que, según el viejo dicho, en los manicomios ni son todos los que están, ni están todos los que son. Si la locura sigue en la progresión apuntada por la estadística, muy pronto los Estados Unidos, por una convención universal, serán rodeados por una verja.

Una nación de orates es un espectáculo único en la historia del mundo. Y quizá nos sea dado conocerlo, si la fiebre negociante — como todo induce a suponerlo — continúa en aquel pueblo formidable.

En Norte América la acumulación capitalista viene a ser un deporte nacional. Quizá el secreto de esta inclinación se halle en este verso de Dante: «más que del oro, gusta dominar a los que lo poseen». La riqueza adquiere así un carácter de agresión que constituye un interés superior a lo que en sí misma representa.

Existe una manera de ser rico: explotando a los pobres; y una manera de ser poderoso: explotando a los ricos. No es difícil ser rico, ya que los pobres son siempre un poco inocentes. Pero ofrece gran dificultad llegar a poderoso, pues es necesario, para ello, engañar a los ricos, entre los cuales no es tan general la inocencia.

Entre los filósofos hay muchos detractores de la riqueza. Recordemos a los dos principales: Sócrates y Séneca. Un día Arquelao, sintiéndose Mecenas, propuso a Sócrates hacerle rico: «Gracias — repuso el filósofo; — tengo cuatro medidas de harina, y en Atenas hay fuentes de agua; si mis cosas parecen insuficientes, yo me sujeto a ellas, y así llegan a bastar». Séneca era más conciso. «Mucho tiene quien poco desea». Y aun es más bella la fórmula económica de San Francisco de Asís: «Yo deseo poco, y este poco lo deseo poco». Rockefeller no hubiera admitido en su escritorio a un hombre tan exento de espíritu acumulativo.

Pero no siempre hay que hacer caso de los conceptos de los filósofos y los sabios. El primero de éstos, Salomón, era un gran farsante. Suya es esta frase: «Mejor es poco con justicia que muchas riquezas con iniquidad». Sin embargo, vivió en la máxima opulencia, con una fastuosidad que dejó turulata a la reina de Saba cuando fué a visitarle. Sus naos venían cargadas de oro de Ofir. Mil beldades constituían su harén. Bañábase en las más caras esencias. Todos los placeres eran pocos para su apetencia insaciable, según nos cuenta la Biblia, mereciendo, por sus excesos, el castigo divino por haber caído en la idolatría, actitud explicable en quien cuenta con mil ídolos a quienes adorar.

Las frases de Salomón sobre la sobriedad nos producen el efecto de esos ricos que, al intentar darles un «pechazo», nos responden con máximas morales y guardándose la plata.

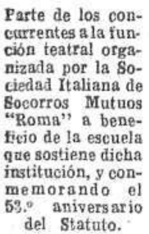
Por lo demás, no cabe duda que ningún potentado yanqui sabe vivir como vivió Salomón. Y es porque este gran hombre, además de haber sabido monopolizar todo el comercio de Oriente (Salomón fué el primer trustero que hubo en el mundo) supo cultivar las musas con éxito eterno, como puede observarse en esa maravilla poemática que se llama «El cantar de los cantares». En Salomón se dan conjuntamente el hombre de negocios y el fantaseador, el poeta. Es formidable, igualmente adquiriendo que gastando. Y si, al fin, como casi todos los archimillonarios, acabó medio loco, hay gran diferencia entre enloquecerse en una ferretería, o rodeado de barriles de petróleo mal oliente, y perder la chaveta entre mil beldades perfumadas con todas las esencias orientales.

El «krac» final de Salomón supera en magnitud y belleza a todos los cataclismos financieros de Norte América...

FRANCISCO GRANDMONTAGNE

DIBUJO DE REQUENA ESCALADA

De Avellaneda



Parte de los concurrentes a la función teatral organizada por la Sociedad Italiana de Socorros Mutuos "Roma" a beneficio de la escuela que sostiene dicha institución, y conmemorando el 53.º aniversario del Statuto.



Jóvenes aficionados que integran el cuadro filodramático "Ponchielli" que prestaron su concurso en la fiesta antedicha, obteniendo generales aplausos por su discreta actuación.





Aspecto de la sala del teatro "Regina" durante el festival humorístico organizado por el Club Atlético Estudiantes de Bernal festejando el Día del Estudiante.

LA CIUDAD DONDE NACIÓ ABRAHAM

Así como durante la gran guerra se descubrió que objetos submarinos, invisibles desde la superficie, podían distinguirse con mayor claridad desde las alturas de un aeroplano, del mismo modo «la vista a ojo de pájaro» está demostrando, por lo que a la tierra firme se refiere, su poder de observación.

En la Mesopotamia, donde las excavaciones practicadas en el antiguo emplazamiento de Ur continúan favorablemente, la expedición arqueológica ha sido secundada por la Real flota aérea de Inglaterra, que ha obtenido interesantísimas fotografías, las cuales muestran claramente la inapreciable ayuda que el aeroplano presta al geógrafo y al arqueólogo, mostrando de un solo golpe de vista todo un vasto conjunto del paisaje en su proyección vertical, como en un plano de relieve.

Las fotografías han precisado la ubicación exacta de la famosa ciudad de Ur, el pueblo nativo de uno de los hombres más representativos del Antiguo Testamento, Abraham, ciudad emplazada en lo alto de un cerro que emerge en el paisaje de las áridas llanuras de la Mesopotamia.

DODGE BROTHERS

Anunciàn la próxima llegada para esta primera quincena de Octubre de los modelos de nuevas líneas.






NUEVOS POEMAS DE "JARDINES SOLOS"

L A G O

Sentí la dicha de la primavera,
pero un recuerdo entristeció mi halago,
cuando amarré la barca en la ribera,
entre la luz crepuscular del lago.

Plácida estaba la onda. Semejaba
casi un espejo, y en las aguas muertas
una sombra vaguísima pasaba
de otras tardes marchitas y desiertas.

¡Dulce caricia la del aire puro!
Era una gloria de ilusión henchida.
Mas todo el grave anochecer obscuro
me llenó de crepúsculo la vida.

Que es triste ver en el sutil celaje,
ya roto por el ámbito sombrío,
nuestro poco de sombra en el paisaje...
¡Así vi un sueño que hasta ayer fué mío!



T E N E R DIEZ Y OCHO A Ñ O S



Tener diez y ocho años y no tener novia,
y andar errabundo...
Ser así como el novio de todas
las enamoradas más lindas del mundo.

Diez y ocho años y estarse embriagado
entre los rosales de la juventud.
¡Qué dicha, de veras!
Pero qué desvelada inquietud...

Colmena zumbante de abejas. Mareo
de las mariposas. Incansable afán.
Al caer la tarde se desmaya el alma
y mata el perfume que las rosas dan.

ARTURO CAPDEVILA



—Permite, Dios mío, que yo sea un gran boxeador cuando sea grande.



—El médico me receta leche de cabra en lugar de burra.
—Ya lo comprendo... Es que vas de mal en peor...


AFICIONADOS
Tan pronto como Vd. decida mejorar, ampliar o construir un aparato RECEPTOR, recuerde que nuestra casa se halla en primer término en todo lo que se relacione a
RADIOTELEFONIA
EN GENERAL
El éxito alcanzado por nuestra casa no tiene precedente. Miles de aficionados nos visitan y escriben diariamente, a fines de efectuar sus compras y recopilar detalles. Nuestros precios se hallan al alcance de todos, y la mercadería que ofrecemos es de una sola CALIDAD: La mejor.
ALTO PARLANTES "MAGNAVOX" ideal para el hogar o estaciones de aficionados... $ 120.—
Estación receptora, ultra-sensible, completa, con audión, teléfonos, baterías de placas, filamento y material de antenas... $ 155.—
TELEFONOS RECEPTORES
2000 ohms Manhattan.. $ 16.70
3000 ohms Manhattan.. $ 19.40
3000 ohms Murdock... $ 17.—
Baldwin, el mejor del mundo $ 39.—
Háganos un pedido y lo comprobará
Con poco costo Vd. puede ser poseedor de un aparato, y de esa manera tiene a su disposición los innumerables programas aéreos que constituyen una verdadera fuente de enseñanza y grato esparcimiento, de toda índole.
OBSEQUIAMOS
a todos nuestros favorecedores con un espléndido
RADIO-MANUAL
editado exclusivamente por nuestra casa.
El le facilitará toda clase de instrucciones y detalles para la construcción de cualquier aparato de RADIOTELEFONIA.
B. MAGDALENA - Maipú, 669 - Buenos Aires

De Lanús



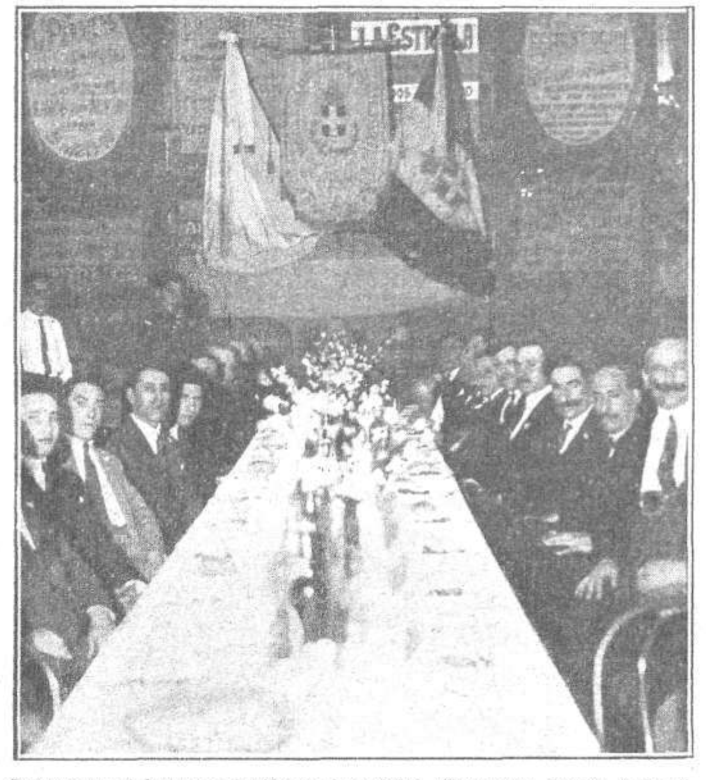
El jefe de policía, señor Argañaraz, diputados provinciales y miembros de la comisión directiva de la sociedad "Bomberos Voluntarios de *Lanús*", presidiendo el banquete organizado por los socios de esta última entidad celebrando el 10.º aniversario de su fundación.

El señor Argañaraz acompañado por algunos de los miembros fundadores de esa institución que tantos servicios presta en esta vasta zona.



LA "CONCERTOLA" Y LOS
DISCOS Pathé "SIN PUA"
forman un conjunto de arte insuperable, una fuente inagotable de deleite.
Con una CONCERTOLA
en su hogar le será posible oir los magnificos DISCOS que el gran tenor
Comm. AURELIANO PERTILE
ha cantado recientemente para la "Pathé" y que acabamos de recibir.— Son estos discos verdaderas joyas de arte en las que el eminente tenor, que descuella a una altura inconmensurable entre los primeros cantantes del universo, hace resaltar toda la potencia y melodia de su hermosisima voz.
TOCANDO CON PÚA
TOCANDO SIN PUA
AMERICA
Concertola
CANTADOS POR EL Comm. A. PERTILE
Discos dobles de 29 centimetros, $ 7.— c/uno.
10371 (Manon Lescaut. «Donna non vidi mai». (Manon Lescaut. «Tra voi belle».
10372 (Mefistofele. «Giunto sul passo estremo». (Mefistofele. «Dai campi, dai prati».
10373 (Lucia di Lammermoor. «Tu che a Dio spiegasti l'ali». (Manon Lescaut. «Guardate pazzo son io».
10374 (Cavalleria Rusticana. «Addio alla madre». (Mattinata. Leoncavallo.
12595 (Mefistofele. Dúo con la soprano Caracciolo. «Colma il tuo cuor». (Madama Butterfly. Dúo con la soprano Caracciolo. «Via dall'Anima in pena».
Cuatro deliciosos discos cantados por el conocido y aplaudido cantante M. MARCELLY
Discos dobles, de 25 centimetros, a $ 3.50 c/u.
4673 (La Mariolle. Chanson. (Coeur de Voyou. Chanson Vécue.
4875 (Ils N'Passeront Pas. (Dédé). Chanson Marche. (L'Angélus de Verdun.
4677 (Les Fleurs Que Nous Aimons. Vals Chantée. (Reviens, Musette. Chanson.
5034 (La Madelon de la Victoire. (Marche des Hommes Bleus.
N.º 5 bis. — Nuevo modelo de
CONCERTOLA de LUJO
regio mueble en rica madera de roble o terminación caoba con finos adornos de marqueteria. Poderoso motor Suizo de dos cuerdas, membrana Maestoso de gran concierto. Con 12 piezas, 600 púas y embalaje gratis
$ 330
Otros modelos desde
$ 35.-
HASTA
$ 1.300
Concertola
Gran Catálogo N.º 29 de Concertolas, Pathéfonos, Victrolas, y N.º 22 de discos Pathé "Sin Púa" y de todas las demás mejores marcas del mundo, remitimos enviándonos 0.20 en estampillas.
CASA AMERICA
STAHLBERG & RIGOTTI
Avenida de Mayo, 979 — Buenos Aires
No tenemos Sucursales. No cerramos los Sábados.

De San Martín



Concurrentes al banquete ofrecido por la sociedad "Fratellanza Operaia Italiana", conmemorando el 53.° aniversario del Statuto.

PARA PROTEGER EL NEUMÁTICO DE SOCORRO CONTRA LOS GASES DE ESCAPE

Los gases que llegan por el escape de un automóvil causan, frecuentemente, la deterioración rápida del neumático de prevención.

Estas humaredas se agitan alrededor del neumático, lo roen, lo desintegran, y cuando el neumático es colocado en la rueda, la tela estalla con un ruido escandaloso. Un trozo de hierro en hoja encorvada y sujeto a la trasera del vehiculo, hará desviar al escape e impedirá que el gas estropee el neumático.

Por curiosidad, examinad los coches cuando van corriendo y os daréis cuenta de cuántos de ellos envian los humos del escape sobre los neumáticos de recambio. Os sorprenderá su número.

ORIGEN DEL NOMBRE "BANCO" QUE SE DA A LOS ESTABLECIMIENTOS DE CRÉDITO

Los establecimientos bancarios fueron establecidos por los judios lombardos en Italia. Les dieron el nombre de «banca», que quiere decir banco, porque hasta entonces cambiaban dinero en bancos y mesitas en la plaza pública. El primer banco se fundó en Venecia, el año 1550.



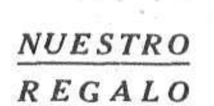
La suprema elegancia

de los modelos de **Corsés** o **Fajas** de la

Casa Izquierdo

CARLOS PELLEGRINI, 490

dará a usted la seguridad de que su cuerpo adquirirá el donaire y elegancia que requiere la moda, proporcionándole líneas encantadoras, llenas de gracia y distinción.



NUESTRO REGALO

«**Pictorial Review**» del mes de **Octubre de 1923**

GRATIS

A toda señora que nos envíe $ 1.00 le mandaremos el molde de este precioso vestido de gran moda en la medida que nos indique y, **como Regalo, un ejemplar** de nuestra revista de modas y literatura **"Pictorial Review"** (edición de lujo en colores) correspondiente al mes de **Octubre de 1923.**

Ofrecemos hoy nuestro último modelo de Faja de pura goma para adelgazar.

La incomparable silueta que dibuja y el armónico conjunto de arte y perfección que impera en este modelo, revela un elevado exponente de la elegancia en su más alto grado. Se amolda al cuerpo como un guante y lo transforma en un dechado de perfección.

La confeccionamos sobre medida con el más puro caucho (goma), ojales reforzados y 4 ligas de seda por........ $ **35.-**

CASA IZQUIERDO

LA MAS IMPORTANTE DE SUD AMERICA

CARLOS PELLEGRINI, 490 - Buenos Aires

Unión Telefónica, 4913, Libertad.



EL TRAJE MARAVILLOSO

DEL LIBRO RECIENTEMENTE APARECIDO CON EL MISMO TÍTULO.



CUIDADOS asíduos prodigaba el pastorcillo Luciano a unas ovejas, considerando bien recompensada su labor toda vez que el cristal de los ojos de alguna cubríase con velos húmedos, como si dulcificaran aún más su plácido mirar con trémulas lágrimas de agradecimiento.

Aunque parezca poco justo prefería, entre todas, a una muy pequeña y blanca; la más blanca, la más pequeña... predilección debida, sin duda, a su manifiesta debilidad.

Luciano era huérfano: sus labios nunca habían gustado besos maternos, ni sospechaba ¡pobrecito! la felicidad de los consejos de un padre. Anhelos vagos, deseos imprecisos, que le tornaban muy triste.

A menudo quedábase pensativo, la mirada perdida en el manto que recubre los cerros y las laderas... hasta que él mismo notaba su embeleso, advirtiendo que en la contemplación de aquel camino, que se pierde más allá de los montes, el tiempo transcurría apaciblemente.

Las ovejitas, durante esas distracciones de Luciano, correteaban a su antojo por los cerros, con los peligros consiguientes. Sólo la preferida se quedaba a su lado, poniendo en su mirada una singular expresión de fidelidad.

Bien lo comprenderás: disculpable era tal predilección de Luciano. Nunca olvides, niño mío, que todo afecto merece ser retribuído.

Luciano, descontados esos momentos tristes, era feliz con sus ovejitas, cumplía con su deber, no hacía daño a nadie y era limpio de cuerpo y de alma... Y expresaba bellamente su contento: por una caña corta y agujereada hacía pasar su hálito ligero, que transformábase, gracias a su habilidad, en armoniosas notas... Y has de saber que, si los primeros eran toscos, los últimos silbatos acusaban perfeción ¡tanto amor ponía en hacerlos!... Cada vez eran mejores, más dulces sus sonidos y el registro de sus notas bien extenso... Y en las laderas de las colinas gratas, repetía el eco, sin cansancio, las mansas melodías.

* * *

Una tarde tempestuosa, al traer sus ovejas al redil, Luciano apercibióse que la preferida apenas podía caminar, y temblaba toda. Preocupado por ese mal desconocido, en sus brazos, la llevó a su cabaña para resguardarla de la lluvia.

Inútiles fueron todos sus cuidados. La preferida no consiguió salvarse; y hasta el instante en que dejó de respirar, Luciano pudo ver en sus ojos, apagándose poco a poco, una agradecida mirada humana, más que humana.

Profundamente apenado y deseando para su consuelo tenerla siempre cerca, hizo con la piel un simple sayo. Empero, desde entonces, su pífano vertía tan sólo músicas dolientes.

Y era al anochecer, cuando sentíase más falto de afectos, que cantaba más dulcemente su pena.

* * *

Pero aquel humilde sayo de consuelo, hecho con la piel de su preferida, muy pronto no lo tuvo ya. Ello fué que, cierta vez, pasó por el mismo sendero una madre con su pequeñuelo quejumbroso, llorando de frío ¡tan desabrigado estaba! Movido de compasión Luciano ofreció a la cuitada su abrigo, inmediatamente aceptado. Con este admirable acto el muchacho quedábase desnudo. (¡Imagina cuánto frío iba a sufrir!... No se sabe si dejó de pensar en ello, o si confiara en tener otro, aunque hecho con una piel menos querida... para mí, su pensamiento fué el hacer una buena acción...) Y, desde entonces, eligió los sitios más escondidos donde pasar los días con sus ovejitas. Nadie le veía ya; sólo percibíanse las cadencias de su silbato. Y cada vez eran más tristes y bellas, porque su habilidad en ejecutarlas se afinaba con el intenso dolor.

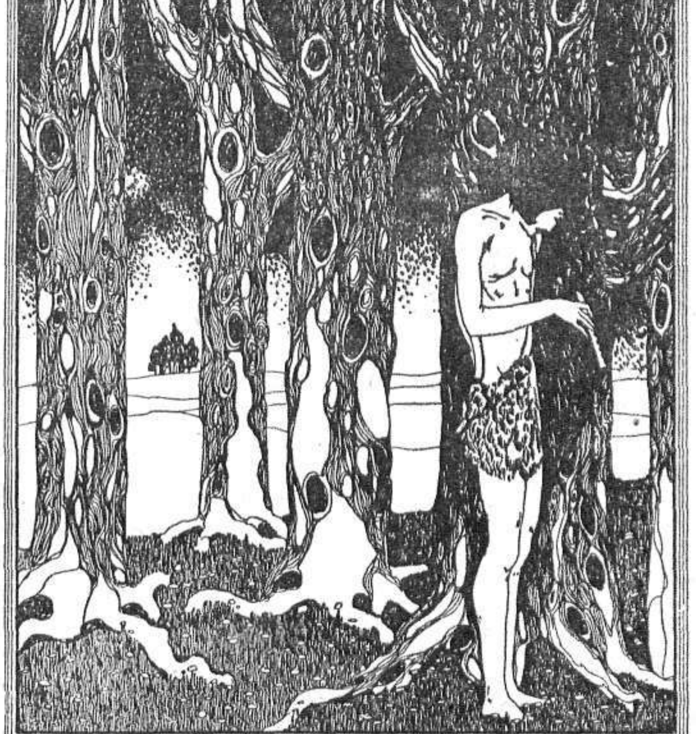
* * *

No faltó quién, para adular al cruel y poderoso amo, pensara en hacerle escuchar al extraordinario músico, casi desconocido, desde que de él sólo se percibía la misteriosa canción, vagando por los montes.

Y como era costumbre en reinos de monarcas absolutos, notificáronle a Luciano que si no se presentaba frente al Rey y su corte, antes del anochecer, sería condenado a muerte... Prometió, forzado, ir según se le ordenaba, sin percatarse de su desnudez. — A esta altura del cuento tu preocupación será la del castigo que a Luciano le costaría su imprudencia, desatendiendo las costumbres cortesanas. — Nuestro héroe no pensaba en ello, más preocupado, seguramente, con las tristezas acumuladas en la propia alma por su vida solitaria.

* * *

Dulcemente mecido por el encantamiento de las notas de su pífano fué caminando, en aquel plácido atardecer de primavera, hasta el palacio real, custodiado por dos elefantes blancos y dos negros gigantescos.



Como tenían orden de hacerlo, franquearon el paso al músico prodigioso. Y, así, pudo llegar hasta donde el imperativo Señor estaba aguardándole. (Y dirás, Chalo mío, ¿cómo pudo salvarse Luciano, del castigo ineludible, presentándose de semejante manera?).

La cosa, de veras, es sorprendente; escucha y sabrás:

Resulta que, mientras andaba hacia el palacio real, nuestro músico sintió que íbansele adhiriendo innumerables bichitos alados, como al conjuro de sus notas mágicas... Otro los hubiera ahuyentado; Luciano, complaciente, los dejó. Eran tantos que cubrieron por completo su cuerpo. Y, ¡cosa rara!, en vez de molestarle, parecían aligerar su paso, cual si, con sus millones de alitas, los insectos le hicieran deslizarse... volar... ascender...

Evidentemente, gracias a su extraño traje, Luciano no ofendía a los ceremoniosos señores de la corte al presentarse para ser juzgado.

* * *

Muy dulces fueron sus notas y tan conmovedor su triste acento que casi todos lloraban.

Sólo el rey no lloró. Sin embargo, desarrugando su frente, dulcificó su gesto — dijérase que estaba emocionado.

Entretanto anochecía. Absorbidos por la duldura de la música de Luciano, todos se olvidaron de alumbrar la regia sala, cuyos ámbitos hubiéranse llenado de sombras a no suceder algo asombroso.

El obscuro traje, que antes no llamaba la atención, en la penumbra crepuscular fué un prodigio: rítmicamente — diríase un acompañamiento sabio — los bichitos se iluminaron de un modo fantástico, y fué un florecimiento mirífico de luces... sus cuerpos parecían encenderse al fuego de la emoción artística

El rey, perdidos su aplomo y el habitual gesto duro, se abalanzó hacia el pastorcillo para abrazarle... y, entonces, los millones de insectos luminosos se desprendieron del cuerpo de Luciano, elevándose.

* * *

Nuestro pastorcillo no fué castigado. Por el contrario, como el rey no tenía hijos (y acaso de ello proviniera su mal carácter) adoptó a Luciano en calidad de Príncipe Pastor.

Dicen fieles crónicas que el monarca dejó de ser malo. Las luces del prodigioso traje fueron de buen augurio. Y el rey, por fin, comprendió que únicamente el lenguaje del Amor puede decir la suprema palabra...

Luciano, por su parte, tuvo quien le quisiera, que para ello bastaba el conocerle.

En cuanto a los gusanillos alados, desde aquel entonces poseen una pequeña linterna. Y en los dulces crepúsculos primaverales, las luciérnagas — que así se llaman aquellos fabulosos bichitos de luz — encienden sus farolitos y alumbran deliciosamente las maravillas de la Naturaleza, acompañando con su discreto chisporroteo el sublime y misterioso himno de la Creación.

ARTURO LAGORIO

De Palomar



Conscriptos de la Escuela de Caballería que, bajo las órdenes del capitán Ricardo López Jordán, juraron la bandera en la Escuela de Aviación.

RECUERDOS DE LAS CRUZADAS

Se tiene generalmente una idea muy equivocada de Ricardo Corazón de León, rey de Inglaterra y una de las figuras más salientes entre aquellas huestes cristianas que en la Edad Media intentaron conquistar para el cristianismo los Santos Lugares.

Ricardo no fué un conquistador, como se supone, puesto que en realidad hizo muy pocas conquistas; pero su valor, sus hercúleas fuerzas y las desventuras por qué atravesó al volver de la tercera cruzada han hecho que se le mire como un héroe y no como lo que fué: el producto de una edad brutal. En toda su historia no se encuentra más que un hecho que demuestre talento y un rasgo de verdadera nobleza.

La prueba de talento la dió cuando, escarmentado por la suerte de los ejércitos cruzados que habían atravesado todo Europa, decidió enviar el suyo por mar a Palestina, embarcando su escuadra en Dartmouth, después de la Pascua del año 1190, y haciendo él lo mismo pocos meses después, para desembarcar en Calais, cruzar Francia y hacerse de nuevo a la mar en Marsella.

Por lo que hace a su rasgo de nobleza, que más bien debía llamarse rasgo de humanidad cristiana, consistió en que, habiendo llegado a la colina de Nebi Samuil, desde donde podía verse Jerusalén, el monarca inglés volvió el rostro y poniéndose en oración dijo, sobre poco más o menos, estas palabras:

«Te ruego, Señor, que no me dejes ver tu Santa Ciudad hasta que haya podido librarla del poder de tus enemigos...»

Y es fama que Ricardo Corazón de León jamás volvió los ojos a Jerusalén, a la que ni siquiera intentó atacar por haber concertado un pacto con los musulmanes en el que se hizo constar que éstos conservarían la ciudad que estuvo a punto de costarle su trono.

PLVS VLTRA

El número de septiembre aparecerá el día



del corriente.

SUMARIO:

Colaboración literaria: "Stella Maris", por monseñor **Dionisio R. Napal.** "Artistas chilenos: Alberto Valenzuela Llanos", por **Cupertino del Campo.** "Elegía de las hojas", por **Ernesto Mario Barreda. "Plvs Vltra** en el interior de la República: Montañas, montes y selvas" (recuerdo de la reciente excursión de 5.000 kilómetros), por **Atilio Chiappori.** "El coraje del viejo Quilques", por **Santiago Maciel.** "Bendición", por **Luis L. Franco. "Plus Vltra** en Suiza: Junto al lago Leman", por **José María Salaverría.** "El beso", por **Martha Tain de Traba.** "El viento", por **Alberto Hidalgo.** "Jorge Bermúdez", por **Fernán Félix de Amador.** "El reino alucinante", por **Alfredo R. Bufano.** "Escritores españoles: José Francés, por **Eduardo del Saz.** "Sorolla". "Boda aristocrática."

Colaboración artística: Reproducciones a cuatro colores: "Sinfonía florentina", óleo de **Anselmo Miguel Nieto** (de la colección de don Juan F. Díaz). "¡Buenos Aires!", óleo de **Juan Alonso.** "Pleno sol", óleo de **Alberto Valenzuela Llanos** (adquirido por la Comisión de Bellas Artes para el Museo Nacional). Ilustraciones de **Alvarez, Sirio, López Naguil** y **Macaya.** Reproducciones a dos colores: "Niña Margarita A. Figueredo Côrrege", "Señora María Ayerza de Peró."

PLVS VLTRA

PUBLICACIÓN MENSUAL ILUSTRADA
SUPLEMENTO DE «CARAS Y CARETAS»

PRECIOS DE SUBSCRIPCION EN TODA LA REPUBLICA

Trimestre (3 ejemplares)........	$ 3.00 m/n.
Semestre (6 »)........	» 6.00 »
Año (12 »)........	» 11.00 »
Número suelto....................	» 1.00 »

EXTERIOR

Año.............................	$ oro 5.00
Número suelto.....................	» 0.50

Para subscripciones o números sueltos dirigirse a todos los agentes de «Caras y Caretas» o directamente a la Administración, Chacabuco, 151/155, Buenos Aires.

Administración de PLVS VLTRA
Chacabuco, 151/155 - Bs. As. (R. A.)
Adjunto la suma de $..............
por un............de subscripción a PLVS VLTRA.
Nombre..........................
Dirección.........................
(104)

En las siguientes oficinas de los «Mensajeros de la Capital» se anotan subscripciones y se venden ejemplares: B. Mitre, 479; Esmeralda, 527; Libertad, 1027; Chacabuco, 330; Callao, 224; B. Mitre, 2650; Rivadavia, 1294.
VENTA PERMANENTE DE NÚMEROS SUELTOS EN TODAS LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS Y KIOSCOS DE LA REPÚBLICA



Alumnas del colegio N.º 2 que presentaron artísticos cuadros alegóricos en el festival organizado por la Sociedad Italiana de Socorros Mutuos para festejar la conmemoración de la fiesta nacional itálica.

EL INMENSO PORVENIR DE LAS INDUSTRIAS ELÉCTRICAS

Por etapas sucesivas, la electricidad suministró calor, desde las más leves temperaturas hasta las grandes intensidades, para recocer, soldar y fundir los metales.

El mismo caso tenemos con respecto de la energía: desde los juguetes eléctricos de los niños hasta los gigantescos motores en las grúas titanes que alzan un vagón de ferrocarril totalmente cargado y vierten el contenido en el interior de la bodega de un buque, existe una progresión de etapas perfectamente regularizadas.

La tediosa labor de lavar la ropa a mano va desapareciendo a medida que se populariza el uso de la electricidad. En Norte América más de tres millones de familias tienen máquinas de lavar la ropa accionadas con motor eléctrico. Esto significa que hay allí todavía diez y siete millones de familias que no las tienen y que constituyen un mercado potencial para este producto, y quien dice éste, dice infinidad de otros, como por ejemplo las barredoras eléctricas, de las que se vendieron en el curso del año pasado ochocientas mil, y más de dos millones de planchas eléctricas.

Pasa de un centenar el número de los aparatos de uso doméstico accionados por electricidad que se conocen, y su uso fuera de los Estados Unidos de Norte América apenas está difundido.

DIALOGO del OLVIDO y del RECUERDO

Fué en una de esas mansiones de Belgrano, de estilo complicado — mitad antañón, mitad moderno — donde una noche dialogaron el Olvido y el Recuerdo.

Eran dos estatuas de mármol. Junto a la fuente del jardín, y al amparo de los árboles, ostentaban su blancura inmaculada; y tenían como un aire de orgullo por las firmas de resonancia mundial que se leían en los pedestales.

Ya nadie andaba en la casa donde momentos antes hubo alegría y rumores de fiesta. Y en la callada hora, el Olvido habló al Recuerdo:

— Esta noche la pareja de novios se ha sentado más cerca de mi pedestal que del tuyo, hermano Recuerdo.

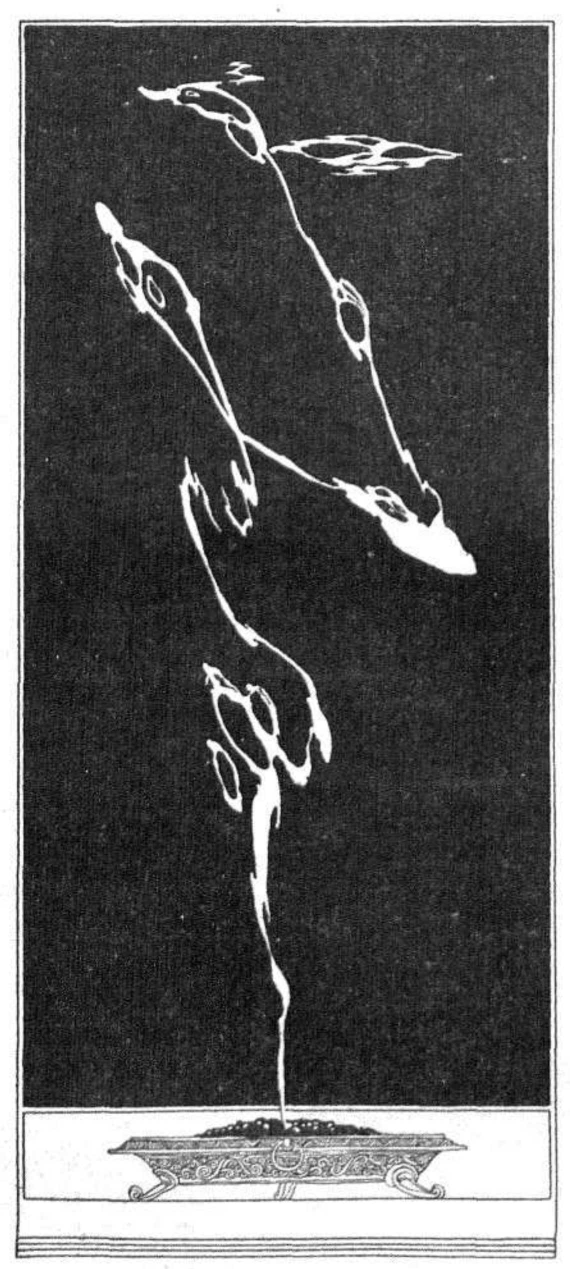
— Veo que insistes, llamándome «hermano».

— Hermanos, bien hermanos somos. A través del tiempo y del espacio, marchamos tomados de la mano. Sin ti yo no existiría, hermano Recuerdo; ni tú tampoco sin mí. ¿Crees acaso que soy tu negación, tu enemigo, como creen las vulgares gentes? ¡No! Vivo al lado tuyo, marcho contigo; y los dos nos repartimos las pasiones grandes y pequeñas, los ideales y esperanzas, los amores y dolores, las glorias y tristezas que los hombres nos echan a la espalda. Y mi carga es mayor que la tuya. Mi ánfora está casi llena; y el abismo que los dioses pusieron junto a mis pies pide más cada día, mucho más. ¿Te convences que somos hermanos? ¿Te convences que si yo no estuviera cerca de ti para ayudarte, hace muchos siglos que habrías muerto bajo el peso de la enorme balumba?

—Tu palabra me convence, hermano Olvido. Y bien: dijiste que esta noche la pareja de novios...

—Sí; Araceli y Hugo se han sentado en el banco que hace espaldas en mi pedestal. Mientras las otras parejas iban y venían por las avenidas del jardín, ellos, enfermos de amor, conversaron junto a mi oído. Les oí todo, hermano Recuerdo... ¡Estaban tan cerca!...

— Es verdad; pero yo también los oí. Sus juramentos de amor, sus promesas y demandas llegaron hasta lo más íntimo de mi espíritu. Y los bendije con mis manos y con mi sonrisa.



— Yo, en cambio, a medida que hablaban, iba tomando con mis manos frías sus rosas de fuego y bebiendo con sed sus palabras claras y buenas, que parecían agua de arroyo.

— ¡Malo! ¿Por qué tan pronto les quitabas las flores y el agua de su fe?

— Vaya... Apenas un poco nada más... Porque no bien caían en mi abismo, nuevas rosas, nueva linfa brotaba en labios del hombre, de tal manera que habría sido poco el precipicio para llenarlo con tanta pasión.

— No *me convences*, hermano Olvido. ¿Acaso sentías envidia de Araceli y de Hugo?

— No era envidia, hermano. Es que me parecían excesivos tantos juramentos y promesas *de amor. Figúrate* que Hugo le decía: «Te amo, Araceli, más que todos los hombres. ¡Ningún ser bajo el sol ha querido hasta la adoración como yo!»

Y no bien pronunciadas estas palabras, yo las enviaba al abismo que los dioses pusieron a mis pies.

— ¿Tú las empujabas al precipicio?

— Sí y no. Ya verás...

— A veces tienes respuestas torturantes, Olvido; respuestas que llenan de angustia el corazón y de tinieblas el cerebro. ¡Explícame bien, pronto! ¿Por qué inmolabas las promesas de Hugo?

— Porque no eran más que palabras, vanas palabras, que al salir de sus labios y resonar unos segundos en el aire venían a hundirse en la noche más negra y más honda que todas las noches, en el vacío y en la nada que están a mis plantas.

— ¿Por qué afirmas que tan sólo eran palabras huecas y no sólidas verdades? ¿Quién te autoriza a creer semejante cosa? ¿Por qué eres injusto con el amor, principio y fin de la vida, gracia de las almas y alma de las cosas?

— Por una razón sencilla, hermano: porque Hugo no sabía, al

hablarle a su novia, cómo aman los otros hombres. Y al jurarle que su pasión superaba a todas las pasiones, y que su corazón ardía en una llama más viva que todas las llamaradas en que se quemó el espíritu humano, mentía, perjuraba. Ahí están las Biblias y los Poemas, los Dramas y las Historias creadas en torno al amor; y ved cómo los protagonistas y heroínas se hacen las mismas promesas y confesiones. ¡Cuánto orgullo en las inmortales Escrituras! Y ¡cuánta vanidad y falsedad en los amores y amoríos comunes! «Te adoro por sobre todas las cosas». «Eres única». «Bendita seas entre todas las mujeres». He aquí las palabras de oficio, hermano Recuerdo, que tú has oído tantas veces, en todos los tiempos, en los distintos climas, desde la hora, mil y mil veces milenaria, en que la pareja humana se dió a recorrer el planeta. Y he aquí también las frases hechas — rosas de fuego y agua de manantial — que desde el comienzo de los tiempos yo vi hundirse en la tiniebla de mi abismo. ¡Ah, si tuviera fondo el infinito precipicio, lleno estaría ya! Y van entrando, entrando en su seno nuevas flores, nueva linfa, y dejando en pos de sí una tristeza sin nombre, que no tarda en adherirse a mi rostro y en adentrarse en mi alma. Por eso, hermano Recuerdo, ese nimbo de melancolía que rodea mi cabeza solitaria.

Ya ves que tenía razón en dejar que se abismaran en la sima eterna los juramentos de aquel hombre.

— ¿Cómo? Tú, hermano Olvido, ¿las empujabas a la nada, o sólo permitías que las rosas de fuego y el agua de la fe se hundieran por sí solas?

— Hay ciertos hechos y palabras que vienen a mí sin yo llamarlos; tocan mis pies y desaparecen. A otros los llamo yo, suplicante y sediento.

— Las confesiones y protestas amorosas de Hugo, por ejemplo...

— A esas las llamé yo; porque los hombres, más orgullosos y falsos que las mujeres, quieren menos y olvidan más. En mi abismo, por diez nombres de mujer, por diez Aracelis que se hundieron para siempre, apenas se apagó un nombre varoníl... Tú bien lo sabes, hermano; las veces que no quisiste grabar en tus libros cien y mil nombres de criaturas fervientes que se creían únicas en el corazón del hombre que las engañaba.

— ¿Me reprochas, hermano Olvido?

— De ninguna manera. Si esos nombres no se grababan en tus libros, no era por culpa tuya, sino porque no tenían vida ni fuerza de por sí; y habrían sido en tus páginas inefables borrones que todo lo afean si yo no hubiera acudido al momento para librarte de semejante carga.

— Gracias, hermano. Y vamos al caso: ¿Qué le dijo Araceli a Hugo?

— ¡Pero cómo! ¿No me dijiste que tú también habías oído las promesas y juramentos de amor? ¿O es que tú, hermano Recuerdo, también estás olvidando?...

— Veo que te contradices, hermano: yo solamente sé recordar, así como la luz solamente alumbra. Entonces ¿cómo es posible que yo olvide ni que la luz proyecte sombras y no claridad? Te preguntaba solamente lo que Araceli dijo a su enamorado, para saber si a sus palabras las has matado tú o las has dejado morir...

— Ingenioso eres, hermano, pero he de satisfacerte. Y bien; ella le dijo a Hugo: «Mi amor no tendrá fin, ni días nublados, ni tregua. Te seré fiel hasta en el pensamiento. Pasaré ante los otros hombres como una estatua, como una piedra. Y si algún día tú murieras, el mundo se habría acabado para tu Araceli...»

A estas confesiones, hermano Recuerdo, no las empujé al precipicio sino que ellas mismas fueron acercándose a la tiniebla, hasta desaparecer en la nada. ¿Por qué? Quizá porque las palabras de tan dulce criatura eran, si no veraces, menos falsas que las de Hugo. Y por eso — no me lo niegues — no quisiste grabarlas en tus libros, ni yo tomarlas al momento.

Entonces ellas mismas, como siguiendo eso que se llama «la fuerza de la gravedad» en la tierra, y que en el mundo casi sideral en que estamos nosotros se llama Fatalidad, buscaban mi noche, hasta hundirse en el precipicio.

— Tienes razón, hermano Olvido. Por eso, aunque oyéndolas, no quise grabarlas en mis páginas.

— Continúas siendo ingenioso, hermano Recuerdo.

— Verídico nada más: como la luz.

— Y yo verídico como la sombra. ¿Acaso la noche no es también una afirmación?

— ¡Una negación, hermano!

— Frente a la luz, claro que es una negación; pero oye bien: una negación que se torna afirmación para que la luz pueda alumbrar...

— Tú sí que eres ingenioso, hermano Olvido...

— Siendo tu hermano, algo he de aprender.

El Olvido y el Recuerdo se sonrieron y el diálogo continuó.

— Tampoco Araceli decía la verdad al jurar tanto amor a su prometido.

— Tampoco — corroboró el Recuerdo.

— ¿Es posible, hermano Recuerdo, que existan esas fidelidades, ese amor que no es amor sino obsesión enfermiza? No lo creo. La humanidad no está hecha así de hierro que no siente, ni de piedra que no engaña ni se engaña a sí misma. El Olvido y el Recuerdo — tú y yo, hermano; — la nada y el todo; el vacío y el contenido; la luz y las tinieblas, están en esa substancia en que Dios trabajó, modeló la especie humana. Y siendo así, ¿cómo es posible que sean verdad esas palabras que Araceli decía a su prometido? Tenía en contra suya la fuerza de la Fatalidad, y esa fuerza atraía sus palabras al precipicio, al fondo sin fondo del abismo.

— Sí, hermano — dijo con voz musical y serena el Recuerdo, que al fin tomaba la palabra; — tienes razón; la humanidad es dúctil, maleable, engaña y se engaña, crea, mata y se esfuma como las nubes, como las sombras. Uno de mis hijos predilectos, Shakespeare, ha dicho refiriéndose a los hombres: «Somos de la misma materia con que se forjan los sueños».

— ¿Shakespeare? — preguntó el Olvido.

— ¡Alto ahí! No lo nombres; no puedes acercarte a él. ¡Te lo prohibo!

— Hermano: ¿por qué te enojas? ¡Qué! ¿No tengo derecho a nombrarlo? Sí: ¡Shakespeare! He aprendido su nombre, conozco sus gustos y caprichos, sus pasiones y grandezas, la luz que esplende y el cono de sombra que proyecta su figura en los ámbitos de la eternidad... Conozco todo, así como el esclavo está al tanto de las costumbres de su amo. Y esclavizado estoy a sus plantas por los siglos de los siglos; y encadenado estoy, hermano, sin que vislumbre la esperanza de libertarme.

— Hermano Olvido: cada vez te extraño más, me pareces más ingenioso...

— ¡Más ingenioso! No; digo apenas la verdad. Y esclavo soy también de otros amigos tuyos... ¿Me permites que los nombre? Si tú me das permiso, lo haré. Los dioses me prohibieron que jamás los nombrara, y por eso permanezco mudo, triste, impotente, besando sus pies.

— Nómbralos, hermano...

— ¡Homero, Sófocles, Esquilo,

Virgilio, Dante, Petrarca, Cervantes, Camoens, Wágner, Shakespeare!... Y tantos otros.. que tú, hermano Recuerdo, cuidas en tu reino de luz, sobre la cumbre de las cumbres....

—¿Y pretendes romper las cadenas que te esclavizan y te atan a los pies de tus amos?

—Cien, mil veces quise manumitirme, ser libre, y todo fué en vano. El tiempo, la nada, la fatalidad me ayudaron en mis horas de prueba y reforzaron mis ímpetus rebeldes, pero ¡ay! cada día las cadenas se hicieron más irrompibles.

—¿Estás triste por eso, hermano Olvido?

—No, hermano: estoy resignado, y más que resignado contento; porque ¿qué harías tú si esas grandes almas cayeran en mi abismo? Claro está: tu también caerías en mi precipicio, en la eterna tiniebla que se ahonda a mis pies; y entonces sí que lloraría, lloraría tanto que ni los dioses serían capaces de consolarme!...

Hubo en el parque un vasto silencio. El Olvido plegó sus labios e inclinó la cabeza solitaria sobre la boca negra del abismo. El Recuerdo entonces habló:

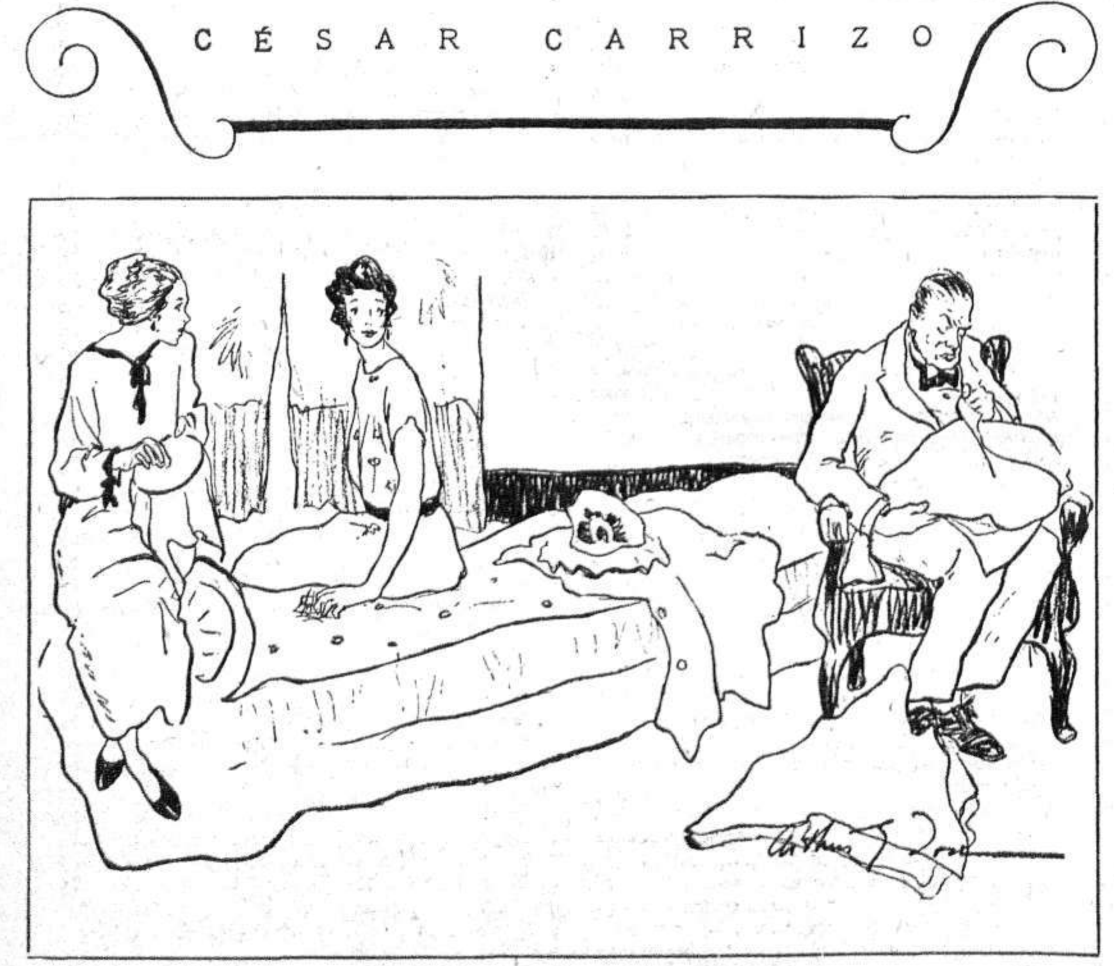
—No te quejes de tu suerte. Estás hecho de tiniebla y de vacío, de tristeza y de soledad, de humo y de pena, de dolor y desamor. En cambio yo soy la luz, la llama creadora, la alegría, el amor de los amores, la vida que canta y florece sobre las cenizas de la muerte. Los dioses me hicieron en substancia de gloria y de eternidad; y tengo un filtro inagotable para que en él abreve la especie humana, la caravana sedienta que no en vano — créemelo — va buscando la verdad y la belleza a través del tiempo y del espacio.

Tú y yo mantenemos la armonía de las almas y de las cosas; tú y yo dictamos el ritmo y trazamos las órbitas de los hombres. Si así no fuera, si algún día quisieras cambiar, y ser lo que yo soy, no te llamaría hermano mío. Y vendría el caos, y los dos rodaríamos en el derrumbe final... Sigue, sigue empujando a la sima sin principio ni fin, a la nada sin fondo, al amor sin amor, a las pasiones efímeras, a las modas y costumbres, a las almas pequeñas, a las criaturas endebles que vuelan al tope de los arbustos con el vuelo de las mariposas. Continúa encadenado a las plantas de los espíritus que fueron hechos en el molde de los semidioses. Y no pretendas libertarte, porque la libertad será tu angustia y tu muerte, y yo no podré tenderte mis brazos ni ofrecerte la llama sagrada de mi corazón....

II

Y no hablaron más. La noche se iba. En la copa de los árboles se anunciaba la aurora. En la fronda empezaba la sinfonía de los pájaros.

CÉSAR CARRIZO



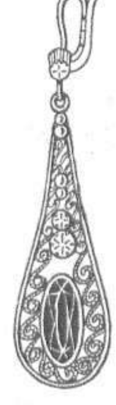
—¿Tu marido habla cuando duerme?
—No... Pero le estoy enseñando...



Con el fin de corresponder al favor cada vez más creciente que el público nos dispensa, hemos resuelto establecer una forma de premios de valor, que entregaremos durante este mes únicamente, y según el importe de la compra. ¡Dichos premios están expuestos por categorías en nuestras vidrieras.

DETALLAMOS a CONTINUACION LISTA de los OBSEQUIOS:

A los compradores por valor de $ 5.— a $ 10.—, entregaremos a elección: un anillo con piedra del mes, una pulsera de la suerte o un par gemelos. De $ 11.— a $ 25.—; un anillo plata 900 con nombre en esmalte para señora, o un alfiler de oro para caballero. De $ 26.— a $ 50.—; una pulsera 7 hilos de plata 900 con nombre en esmalte, o un anillo de sello con monograma en esmalte para caballero. De $ 51.— a $ 75.—; un prendedor de oro para señora, o un par de gemelos reforzados en oro 18 kilates "Fix". De $ 76.— a pesos 119; un par de aros platinón con ganchos de oro y brillantes del Brasil, o un reloj de níquel marca: "La Argentina", para caballero. De $ 120.— a $ 200.—; una pulsera de oro 18 kilates enchapada, o un anillo de oro 18 kilates con nombre en esmalte para señora, o una pulsera reloj, cuadrada, cuadrante luminoso, o una cadena extra platinón para caballero.



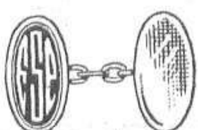
AROS etruscos, platinados, con brillantes del Brasil, pesos....... **5.—**



ANILLO de plata 900 macizo, 20 gramos de peso, con monograma en esmalte, a .....$ **8.—**

ANILLO reforzado en oro 18 kilates «Fix», garantido por 20 años, con monograma en esmalte, a.... $ **12.—**

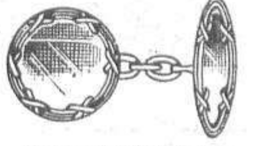
AROS etruscos, platinados, con brillantes del Brasil, a pesos.... **3.50**



GEMELOS reforzados en oro 18 kilates «Fix», garantidos por 20 años, con monograma en esmalte, a...... $ **12.—**



AROS etruscos, plata plat., con con piedras en colores surtidos, a.. $ **5.—**



GEMELOS reforzados en oro 18 kilares «Fix», con monograma grabado, a.......... $ **9.—**

RELOJ-PULSERA reforzado en oro 18 kil., máquina garantida, cadena extensible.......... $ **8.—**





PULSERA galalit, a..... $ **2.50**
CINTURONES galalit, a $ **8.—**
En col. surtidos.

AROS etruscos, plata platin., brillantes del Brasil, a pesos.... **4.—**

PAR DE ALIANZAS, macizas, de oro 18 kilates, garantidas, color verde, forma de moda, con un lindo cintillo fantasía de obsequio; todo en un bonito estuche, a.................................. $ **25.—**
Las mismas, de 16 gramos de peso, el par a pesos.................................. **36.—**
Las mismas, de 20 gramos de peso, el par a pesos.................................. **45.—**



AROS plata, garant., con esmeraldas, zafiros, rubíes o brill. del Brasil, a pesos... **3.—**

COLLARES de última moda, en los colores que se desee, a pesos... **3.—**

A los clientes del interior, les hacemos saber que les remitiremos el obsequio correspondiente al enviarles la mercadería.

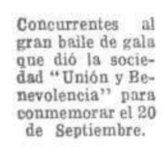
Aceptamos en pago figuritas de cigarrillos a razón de $ 0.02 centavos cada una.
Soliciten nuestro nuevo Catálogo N.º 9 que remitimos completamente gratis.

A nuestros favorecedores de la capital, junto con su compra, les entregaremos el obsequio ofrecido.

MANUEL CASAL

LA ARGENTINA
JOYERIA RELOJERIA Y PLATERIA

440 Bdo. de Irigoyen 454
Bs. AIRES



Concurrentes al gran baile de gala que dió la sociedad "Unión y Benevolencia" para conmemorar el 20 de Septiembre.



Comisión directiva de la Sociedad italiana "Unión y Benevolencia", que organizó la fiesta.



I EN MÉJICO Y EN PLENA REVOLUCIÓN.

LLEVA usted su revólver? — le pregunté a Guillermo Wheler, un yanqui taciturno aunque sí fecundo y humorístico narrador de aventuras, con quien, puedo decirlo sin temor a una exageración, recorrí todo el territorio mejicano en los días de la más cruenta de las revoluciones.

Wheler, colocándose el sombrero y empuñando su «kodak», interrogóme, a su vez, no sin extrañeza:

— ¿Cómo? ¿Revólver dice usted?

— ¡Hombre! Me parece que con el género de bromas que suele gastar la gente por aquí no es mucho pedir...

— Pues... a mí lo que me causa extrañeza es que hasta ahora no se haya dado usted cuenta de que no lo cargo nunca. Ni siquiera lo llevo en la maleta. Un revólver es e implica un constante peligro...

— Cargado, puede ser... Pero... ¿descargado?

— Descargado lo es más aún. ¿No ha oído decir por ahí que las armas las carga el diablo?

Yo callé. En materia de creencias no es de mi agrado el discutir. Me sorprendió la ocurrencia, eso sí. Coloqué mi excelente pistola máuser en el bolsillo y salí detrás de Wheler. Tres horas, en plena algarada, empleamos para llegar hasta las oficinas del telégrafo y desde allí remitir a nuestros respectivos periódicos sendos despachos informativos en los cuales, no está demás consignarlo ahora, dejábamos buena constancia de nuestro heroísmo y abnegación profesional. Y ya entrada la tarde, en el comedor del consulado de los Estados Unidos, rodeados por otros colegas, logramos considerarnos a cubierto de la acometividad de leales e insurrectos, al par que disfrutar de una sabrosa cena, cosa ésta que no estaba muy de acuerdo con las penurias y privaciones que soportaba toda la capital mejicana.

Ya de sobremesa — que era cuando Wheler mostrábase más comunicativo — mi amigo tomó la palabra. Todos callamos. Unos le considerábamos, sonrientes, saboreando de antemano el relato; otros, no hechos aun al oficio, más que a las dilectas palabras del colega prestaban atención a las descargas de fusilería que de vez en cuando se escuchaban y al lúgubre rodar de los camiones militares que recorrían las calles recogiendo heridos.

II EL AMOR Y LOS CAPRICHOS DEL SEÑOR DIABLO.

HACE unas horas — comenzó Wheler — decíale a mi amigo Walter Oldson, aquí presente, que las armas de fuego son siempre peligrosas y que ni aun descargadas merecen nuestra confianza. He asegurado que en más de una trágica oportunidad es el diablo quien las carga; y, por lo que relataré, ya me dirán ustedes si no es así. Yo desde pequeño tuve un miedo cerval de cuanto revólver o pistola aparecía ante mis ojos. No sé... No puedo ni podré nunca precisar las razones de este temor. La teoría determinista fracasaría al analizar mi caso. En mi infancia jamás se dió el caso de que me atemorizaran con un revólver ni que en presencia mía lo sacaran a relucir en tren de disputa. Saber que una persona cargaba revólver y comenzar mis temores era todo uno. Si mi padre lo revisaba y hacía funcionar el gatillo ya estaba yo con el alma que no me cabía en el cuerpo. Nunca el revólver intervino en mis juegos infantiles, y quizá no me creáis si os digo que cada vez que abría un cajón donde mi madre guardaba una pistola mohosa y descargada una indescriptible e inusitada congoja embargaba mi corazón. Nada, ni las más relucientes y afiladas armas de acero, me infundió temor alguno. El puñal con el cual un malhechor diera muerte a un tío mío, y que se conservaba en la casa cual reliquia dolorosa y venerable, nada significaba para mí. Ni el fusil ni otra arma de fuego me cohibía lo que el endiablado revólver. Sólo era él, el revólver, el revólver diminuto y leve cual una joya; el revólver que da la muerte ocultándose en el puño de una mujer; el revólver fatal, diabólico, loco como la casualidad misma, ciego cual el destino, burlón y cruel, que a despecho nuestro, sin que nos lo propongamos, contra nuestra voluntad y contra nuestros designios, mata al amigo y al hermano; el revólver inofensivo, descargado e insignificante que pusimos en las manos de un niño y que, sin que nadie sepa cómo ni por qué, cuando en tren de chanza se oprime el gatillo ruín, deja escapar una bala que nadie, absolutamente nadie, podía sospechar que se ocultara en el tambor; el revólver que así, deliberadamente, carga el diablo, es y será lo que llene mi espíritu de espanto y turbación.

Contra esta animosidad mía, contra esta repulsión que casi puede calificarse de instintiva, nada lograron ni amigos ni allegados con sus continuas chanzas, ni las exigencias perentorias de mi profesión De uno a otro extremo he recorrido el territorio americano y nunca, en ningún momento, he llevado ni he empleado más arma que mis puños. Si en nuestra época vulgar, cruel y despiadadamente calculista, se hubiera usado la espada, yo, eso sí, habríame contado entre los que aceptaran la compañía de tan romántica y leal compañera. No ocurre así, y, para mayor anacronismo, he aquí que en mí, quizá, dase el caso de ser el primer yanqui enemigo de esa que, por lo que vemos en el teatro y sabemos por la literatura, es el arma característica de mi pueblo. Como digo, sin que explicármelo pueda, en mí prima el espíritu romántico. Un hombre débil, canijo y esmirriado, con una pistola puede obligar a diez caballeros a levantar sus manos y entregarse sin mayor resistencia. Otro hombre, en idéntico trance, con su espada o, para estar más con la modalidad actual, si queréis, con sus puños, a fuerza de valor, de hombría y de temeridad lograría imponerse. Yo, amigos, estoy con este último

Ahora, pasemos a mi caso.

En el año 1903 desempeñaba un importante puesto técnico en un ingenio azucarero de Tucumán, en la Ar-

gentina. Tenía yo gran estima por el dueño y gozaba más de lo que podéis imaginaros de su confianza. Adolfo Ferrer, más que como a un compañero de tareas y un subordinado, distinguíame cual un amigo; y, a deducir por lo que me dió a entender en repetidas oportunidades, no andaba lejos de considerarme como a un futuro pariente. Adolfo Ferrer tenía una hermana, mujer fría, taimada y con un no sé qué de altiva y rebuscada. Desde que me radiqué en el ingenio mostróme el más desconsolador desprecio; mas, como acontece siempre que uno se halla en los veinticinco años, en aquella despectiva altivez y en aquella no menos lacerante frialdad de alma yo vi toda una aristocracia espiritual y una integridad de carácter admirable. Omito los detalles de mi cortejo a la dama que de suyo era bella y cautivadora. Las noches tropicales me tuvieron por apasionado cantor a la vera de mi quimera, haciendo derroche de literatura. Adolfo, que ya era hombre maduro y tenía verdadera pasión por su joven hermana, embelesado, feliz, cavilando mil proyectos, contemplábanos a nosotros que, del brazo, bajo la luna, nos deslizábamos por los senderos del parque.



Una noche de tormenta, pesada y saturada de electricidad, en un rapto de censurable entusiasmo, aprovechándome de la soledad, tomé a Ester entre mis brazos y la besé frenético, loco. Ella, ceñuda y esquiva, no abrió la boca fría, casi mortal. Sólo atinó a ponerme la diestra sobre los labios, desgarrándomelos con el solitario que acostumbraba a llevar.

Desde aquel día, tácitamente, aunque sin decirnos ni una palabra, quedamos enemistados. La inquina de Ester hacia mí era evidente y no escapaba a ninguno de los que nos rodeaban. Unicamente Adolfo, obcecado, empeñándose en ver amor en lo que, antes que indiferencia, era odio manifiesto de parte de ella y desesperación mía.

Así transcurrieron algunos meses. Ester, en todo momento, aprovechaba la oportunidad para zaherirme y humillarme. Varias veces, ante mi evidente repulsión por las armas de fuego, tratóme de cobarde y poco varonil. Yo todo lo soporté, todo lo sufrí, porque, amigos míos, ¿para qué ocultarlo?, mucho la amaba. Sus odios eran para mí cual caricias; sus desprecios, halagos.

A raíz de una huelga del personal encargado de las faenas del ingenio Adolfo tuvo que ausentarse hasta la capital de la provincia a fin de entrevistarse con las autoridades. Estábamos materialmente bloqueados por los obreros. La poca gente adicta al patrón andaba armada. Ester misma, pistola al cinto, encantadora, tenía ese atractivo convencional de las heroínas de película. El único desarmado era yo. Llevaba ya unas semanas sin cambiar una sola palabra con Ester. Vivíamos como extraños, como enemigos casi.

Aquello hizo crisis en el comedor de la casa. Estaba Ester ante la mesa, muy tranquila, limpiando su admirable pistola de repetición. Sobre un platillo brillaban las balas. Siete justas. No faltaba ni una, porque, en el temor de que le aconteciera algún percance, al llegar, lo primero que hice fué contarlas. ¡Siete! ¡Siete justas!

Ester, entre sonriente y burlona, me saludó:

«¡Hola! ¿Qué tal anda ese valor, amigo Guillermo?»

«Así... así... Como de costumbre» — repliqué yo.

«¿Siempre sin armas?...»

«Siempre. Me basta con mis puños».

«¿No será miedo?» — interrogó, sonriente, haciendo jugar el gatillo.

Yo, trémulo, no atiné a contestarle una sola palabra. Ella volvió a la carga.

«¿Tiene usted tanto miedo al revólver que no es capaz de hacerme frente aun sabiendo que mi pistola está descargada?»

Era aquello anodino, infantil; con todo, aproximándome, inquirí:

«¿Cuánto apostamos?»

«Un beso».

Abrí los brazos y, chanceándome, dije:

«Tire usted».

Tendió ella la diestra. Firme el pulso, ante mis ojos apareció el punto negro del caño del arma. El rostro de ella, inmutable, frío, enigmático, se colocó a distancia del arma. Yo, ambicioso, optimista como todo jugador, me jugaba un beso ya ganado.

«¿Tiro?» — preguntó Ester.

«Sí», — ordené yo.

Y fué un trueno indescriptible, un relámpago enceguecedor que deslumbró mis ojos, seguido de una oleada cálida y espesa que a la boca subióme desde el corazón.

III UNA INTERRUPCIÓN A DESTIEMPO

En aquel preciso instante, cuando Wheler llegaba a lo más patético de su relato, escuchóse en la calle gran estrépito. Las piedras llovían con-

tra los cristales de la casa del consulado. Sonaron algunos tiros. Los hombres del servicio defendían la entrada. La alarma cundió entre todos.

El escándalo pronto no se escuchó en la calle sino en la planta baja del edificio. Las luces se apagaron. Quedamos en tinieblas.

— Hay que tomar posiciones — ordenó alguien. — Tenemos que defendernos.

Así lo hicimos. Yo, por un corredor, me deslicé hasta una ventana que daba justamente sobre el vestíbulo.

Agazapado, aguardaba dispuesto a atacar a los asaltantes por la retaguardia y cortarles la retirada.

Ya echaba mano al bolsillo para extraer el revólver cuando una mano, vigorosa e imperativa, se aferró a mi muñeca.

— ¡No haga usted eso! ¡Deme ese revólver! ¡Va usted a hacer un disparate!

Era Wheler, tranquilo, sereno. Le entregué mi arma casi sin percatarme de lo que hacía.

— ¿Para qué va a tirar? — me dijo. — Es una tontera. ¿No ve qué clase de enemigos son estos?

Ya entraban los invasores en la planta alta. Alguien hizo luz y, espantado, pude ver la cara de los invasores. Eran hombres de la tripulación de un crucero de los Estados Unidos que, sabiendo el peligro que corría el consulado, llegaron, en efecto, en el preciso instante en que la turba sediciosa lo iba a asaltar.

Wheler, con mi arma en la mano, se aproximó y, sonriendo, me la entregó al par que decía:

— Tome usted... ¿No le decía que iba a realizar una insensatez?

IV EL EPÍLOGO IMPREVISTO CON UN PUNTO DE HUMOR.

Horas después, ya tranquilos, le pregunté a Wheler:

— ¿Cómo terminó su historia?

— ¡Bah! Con un beso. Ester, sin proponérselo, me colocó a las puertas de la muerte. La justicia estaba dispuesta a condenarla; pero, yo para demostrar su inocencia, aseguré que mal podía querer matarme quien se hallaba a punto de ser mi esposa.

— ¿Se casaron?

— Sí, en cuanto mi estado lo permitió.

— ¿Le dió el beso?

— También. Fué lo único bueno que, entre tanto mal, me reportó aquel revólver cargado por el diablo. Esa misma noche salí de la casa. No he vuelto y, quizá, no vuelva a ella más.

DIBUJOS DE MACAYA



Durán mas y cuestan menos

Puerta para patio N° 21

que las de madera inferior nuestras **PUERTAS Y VENTANAS DE CEDRO** fabricadas con el máximum de técnica.

Ventana N° 15

Acordamos 5 % de descuento

Tenemos existencia permanente de los siguientes números de nuestro catálogo:

1, 2, 3, 4, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 35, 36, 47, 48, 51, 52.

de cedro

de cedro

Puerta N.° 21

De 2.40 x 0.70 c/u. $ **54.—**
De 2.20 x 0.70 » » **52.—**

Ventana N.° 15

De 1.40 x 0.75 c/u. $ **40.—**
De 1.20 x 0.75 c/u. » **38.—**
De 1.00 x 0.75 c/u. » **36.—**

Estos precios comprenden las aberturas con marco y herrajes colocados.

Solicite catálogo

TORTOSA Hnos

Escritorio: Charcas 2941 - Buenos Aires

El jefe de correos, señor Nicolás Cianino, que ha domesticado un guanaco utilizándolo para tirar de un cochecito en el cual son transportadas las valijas desde la estación al local del correo.

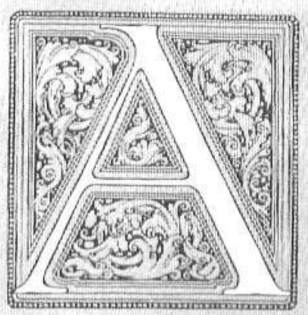





Manjares de Verano
LAS personas de paladar delicado, que saben eligir y deleitarse con el sabroso gusto de manjares suculentos, frescos, sanos y nutritivos, prefieren siempre y especialmente en la estación calurosa:
SALAMES, SALAMINES, QUESO DE CHANCHO, GALANTINA, PATA DE CERDO RELLENA, BONDIOLA, Etc. Etc.
Armour's Veribest
En las mesas más distinguidas, en lunchs, excursiones y pic-nics nunca faltan estos excelentes fiambres de tan ALTA CALIDAD y PUREZA. Ellos hacen la delicia de las fiestas al aire libre.
El Jamón Crudo "YORK"
Armour's
cuyo sabor particularmente delicioso lo destaca entre sus similares, sirve para preparar en pocos minutos infinidad de platos sanos y exquisitos. CONVIENE COMPRARLO ENTERO por que así se aprovecha mejor.
Pida estos productos en todos los buenos Almacenes.
FRIGORÍFICO ARMOUR DE LA PLATA S.A.
SECCION VENTAS: Ing. HUERGO esq. HUMBERTO
BUENOS AIRES
PRODUCTOS
CALIDAD
Armour


CINZANO
VERMOUTH

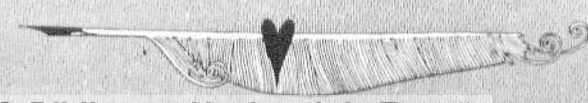




AL cumplir un cuarto de siglo de existencia, complácese singularmente CARAS Y CARETAS en enviar cordial saludo al público que, inteligente y fiel, le ha asegurado, durante esos veinticinco años, el más brillante de los éxitos, confirmándolo de año en año. No es vana jactancia señalar el puesto que CARAS Y CARETAS ocupa, no solamente en el periodismo argentino, sino en el periodismo universal de habla castellana, porque ese puesto lo ha alcanzado CARAS Y CARETAS siguiendo los rumbos que sus fundadores le señalaran, no exclusivamente con el esfuerzo propio, sino también gracias a la cooperación del público y al aliento de nuestros colegas nacionales, a los cuales queremos hacer llegar la expresión de nuestra gratitud más sincera por su nunca ausente y siempre cariñosa buena voluntad.

CARAS Y CARETAS habría deseado publicar un número especial en su XXV aniversario; pero la circunstancia de tener ya en preparación el tradicional extraordinario de fin de año ha hecho que se resuelva refundir ambos números en uno solo, que aparecerá el día de Navidad, y cuyas excepcionales condiciones artísticas y literarias se anunciarán oportunamente.

Entre tanto, a todos nuestros colaboradores y amigos: ¡Salud!



Banquete oficial al Presidente de la República en la Embajada chilena



El doctor Alvear y su esposa doña Regina Pacini; el embajador de Chile, don Juan Enrique Tocornal y su señora; el ministro de Relaciones Exteriores, doctor Gallardo; el intendente municipal, doctor Noel; el senador, doctor Fernando Saguier, el doctor Joaquín S. de Anchorena y distinguidas damas de nuestra sociedad que asistieron al banquete ofrecido en honor del primer magistrado.

Nuevo ministro en Francia



Ingeniero don Federico Alvarez de Toledo, que ha sido designado ministro en París, habiendo desempeñado análogo puesto en Londres y ocupando últimamente la presidencia del Banco de la Nación.

En la Sociedad Central de Arquitectos



El presidente de la culta institución, señor Alberto Coni Molina, leyendo su discurso ante caracterizadas personalidades argentinas y uruguayas en el acto de la entrega de los premios a los ganadores del "Concurso Presidente Brum".

Hogar para agentes de la sección 3.ª



El Presidente de la República, su esposa, el jefe de Policía y destacados caballeros dirigiéndose a la ceremonia de la bendición y colocación de la piedra fundamental del Hogar Policial del que fué padrino, siendo madrina la señora D. Anchorena de Elortondo.

Comisión naval a Norte América



Capitán de fragata Eleazar Videla, tenientes de fragata Arturo Saiz y Alberto Tessaire e ingeniero electricista Francisco Sabell, que partieron para Nueva York con objeto de inspeccionar los trabajos de modernización de nuestra escuadra.

En obsequio del cardenal Benlloch y Vivó



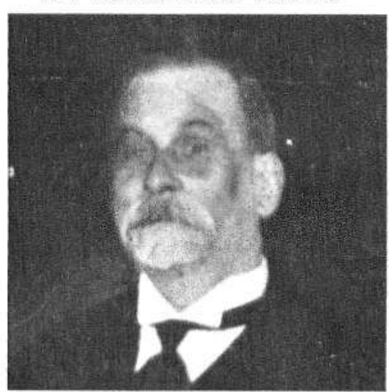
Su Eminencia el ilustre huésped y altos representantes de la diplomacia y de la Iglesia que asistieron al banquete con que fué agasajado el primero por el Embajador de España, marqués de Amposta, pronunciándose con tal motivo significativos brindis en que se puso de relieve, una vez más, el espíritu de sincera confraternidad hispano-argentina.

Recepción al Purpurado español en el colegio del Salvador



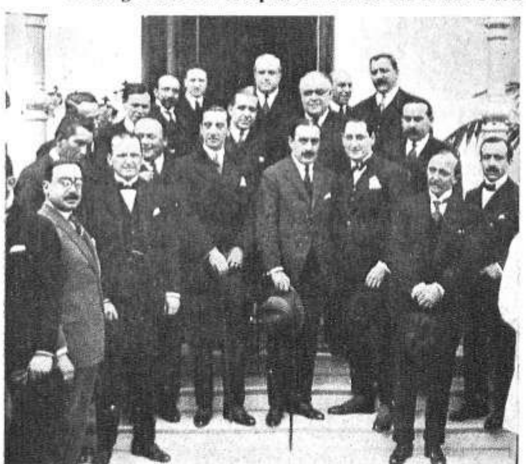
El alumno Manuel Alfredo Moyano dándole la bienvenida al arzobispo de Burgos en la solemne recepción que en aquel instituto religioso y educativo se le dispensó con asistencia del Internuncio Apostólico, monseñor Beda Cardinale, y otros dignos sacerdotes.

Sr. Tomás Santa Coloma



Caballero recientemente fallecido en quien se encarnaba nuestra más pura tradición. Fué, en el más amplio sentido, un gran ciudadano cuyo carácter pundonoroso y cuyas virtudes cívicas constituían sus rasgos principales.

Inauguración de pabellones en el H. Pirovano



El intendente municipal, los secretarios de Obras Públicas y Hacienda, algunos concejales, el director del establecimiento, doctor Juan B. Emina, y demás personal facultativo al terminarse el acto inaugural de dos nuevos pabellones.

En la legación de Colombia



El ministro de Relaciones Exteriores, doctor Gallardo; el representante diplomático de aquel país hermano, doctor Laureano Gómez, su esposa la señora María Hurtado y otras destacadas personas que fueron invitadas a la recepción ofrecida.

Fotos de Arroyo, Bell y Vargas.

FOOT

PORTEÑOS v



TEAM DE PORTEÑOS

G. Magistretti, capitán; J. Cherro y P. Castoldi; Argañaraz, R. Vázquez y M. Fortunato; C. Nóbile, A. Cerrotti, B. A. Tarascone, A. N. de los Santos y J. Cruz.



El guardavalla visitante, apoyado por la defensa que contiene el avance de De los Santos, ataja un buen tiro alto.



Un momento de espectativa frente al arco rosarino. Esta jugada finalizó con el primer tanto señalado por los porteños, quienes ganaron el partido por 4 goals contra 3.

TENNIS



María T. Obarrio.



Señorita Julieta Ezcurra y Sr. C. Dumas, ganadores respectivamente de las finales individuales del campeonato argentino.



Julieta Ezcurra.



Selecta concurrencia en uno de los costados de las canchas del Argentino Lawn Tennis Club donde se disputó el campeonato argentino, presenciando las interesantes incidencias a que dió lugar.

BALL ROSARINOS








TEAM DE ROSARINOS

I. Portaneri; S. Cochrane (capitán) y N. Molinari; J. Carr, A. Podestá y J. V. Sosa; E. Bonzi, S. O. Goicochea, G. Sosa, V. Aguirre y A. Calabresi.





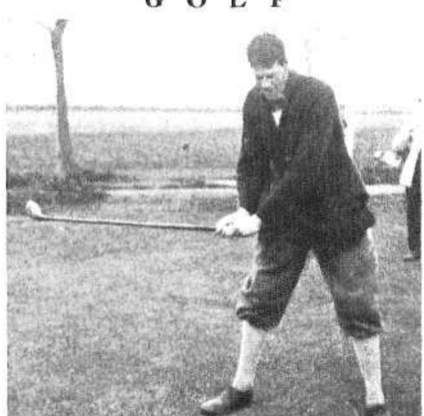
El "centre halfback" de Rosario interceptando una buena combinación de los delanteros porteños.

Portaneri, el "goalkeeper" de Rosario, abandona su valla para salvar un yerro de uno de sus "backs", durante el encuentro sostenido en el "field" del Club Sportivo Barracas.

GOLF



Carlos Seg.



G. W. Halkett.



R. E. Jones.



R. King.



Low y Parsons.



E. A. Fairedeather.

Algunos de los jugadores que tomaron parte en el trofeo Balcarce, disputado en los "links" de San Isidro.

NOTAS GRAFICAS DE ROSARIO



Señorita Zulema Brunetto, ganadora de varios segundos premios en las pruebas de salto en largo, del Torneo Atlético interprovincial.

Señorita Alicia Carr en los momentos de su salto.

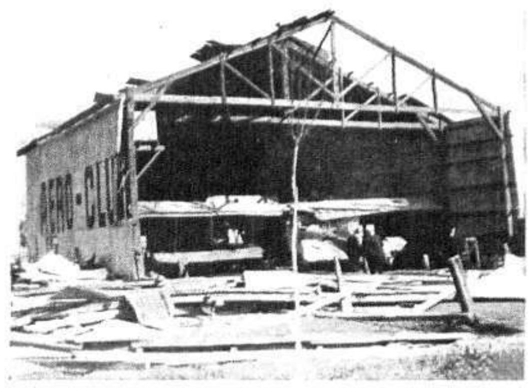
La sonrisa de satisfacción de la triunfadora, que batió el record sudamericano, alcanzando a saltar una longitud de 4-36 metros.



Las señoritas Carr y Brunetto al llegar a la meta de su recorrido de 60 metros, que realizó la primera en 9-2 5 segundos



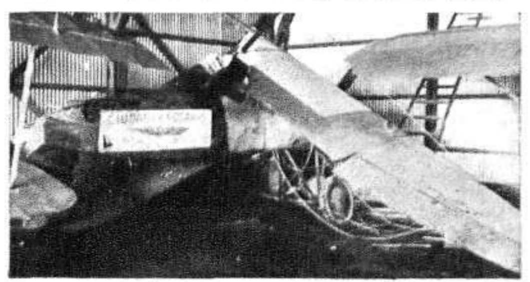
Horacio Sivori, triunfador en la carrera de 100 metros, habiendo empleado en recorrerlos 11-2 5 segundos.



El hangar "Jorge Newbery", del Aero Club, situado en el barrio del Saladillo, que fué destruido por un furioso ciclón.



El aparato oficial "Fonk" de la prestigiosa institución aérea, que fué destrozado por completo, quedando inservible.



Otro aparato inutilizado por el terrible huracán: el "Ciudad de Rosario", una de las mejores máquinas con que contaba el aeródromo.

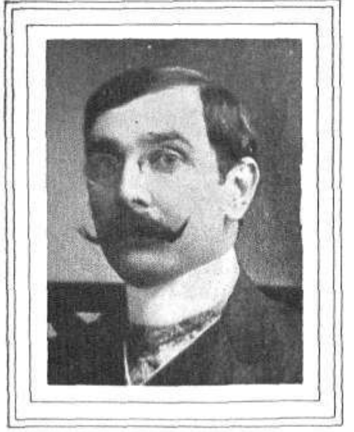


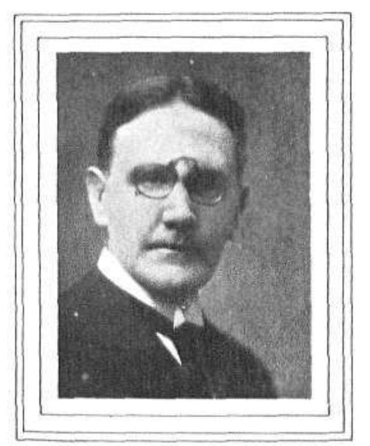
Restos del hangar "Aviador Matienzo", arrasado totalmente. Se calcula en $ 163.000 las pérdidas sufridas por el Aero Club.

LOS HOMBRES DEL · DIA


Coronel Martín Bortagaray, nuevo ministro en Austria.


Doctor Ernesto Celesia, nombrado presidente del Consejo Nacional de Educación.


Doctor Horacio Rodríguez Larreta, que ocupará el cargo de Procurador General de la Nación.


Doctor Roberto Repetto, nuevo ministro de la Corte Suprema.


Señor Adolfo Casabal, designado vocal de la Cámara Comercial Primera.


General de brigada Carlos J. Martínez, ascendido al grado de general de división.


General de brigada Nicolás A. de Vedia, ascendido a general de división.


Coronel Elías C. Alvarez.


Coronel Francisco Medina.


Coronel Isidro Arroyo.

NUEVOS GENERALES DEL EJERCITO.

LA CRONICA ROJA

Trágica acción de un demente



Juan Tonnarello, una de las víctimas.



El criminal Vicente Lombardo con los oficiales de policía que le detuvieron.



María de Tonnarello, suegra del demente, herida de gravedad.

PRESA de un furioso ataque de enajenación mental, Vicente Lombardo, italiano, casado en segundas nupcias y domiciliado en la calle Cerrito número 1425, en Rosario, mató a su esposa Francisca Tonnarello y a Juan Tonnarello, hiriendo de gravedad a la mujer de éste, María, e intentando hacer víctimas de sus disparos a sus hermanos Domingo y Angel. Un revólver y una escopeta de dos cañones utilizó el demente en su horrible tragedia, siendo capturado inmediatamente de ocurrido el suceso.

Doble atentado de un enamorado impulsivo



Concepción Arater, herida.

HABIENDO sido desdeñado por su novia, un enamorado, ciego de ira, acomete a ésta, agarrándola del cuello delante de la madre después de haber sostenido un violento altercado en la calle donde las encontrara. La anciana, al defender a su hija, recibió un tiro en el costado y dos la señorita, dándose a la fuga el agresor y siendo detenido a las pocas cuadras.



Rinaldo Colombo, el heridor.



Josefa Rivas de Arater, herida.

Doloroso accidente en las vías del F. C. O.



Rosalía Medina, muerta.

DOS jóvenes obreras, que se dirigían a sus tareas, fueron alcanzadas por el tren eléctrico que conducía el motorman Ramón Micheli, cuando intentaban cruzar el paso a nivel de la calle Carrasco. Las infortunadas jóvenes no previeron el peligro que las amenazaba, y a ello se debe el origen del accidente. La mayor de ellas, de 17 años de edad, fué muerta instantáneamente, sufriendo su hermanita, de 15 años, graves heridas.



Luisa Medina, herida.

Madres desnaturalizadas



María Vilacovich, condenada a reclusión perpetua por haber muerto a un hijito de 10 días de edad.



Luisa Centurión, a quien la justicia acaba de condenar a reclusión perpetua por igual delito en un hijo de 2 días.

Homicida capturado



Juan Julio Ríos, víctima.



Carlos Villegas, victimario.

Después de una tenaz pesquisa la policía de investigaciones de la provincia de Buenos Aires logró detener al asesino, cuyo crimen lo cometió en el mes de agosto próximo pasado.



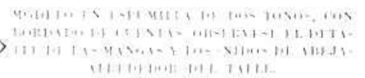
FIGURAS DE ACTUALIDAD

Doctor ELISEO V. SEGURA

POR SIRIO

En el acrecentamiento de las relaciones científicas entre las instituciones de esa índole del viejo mundo y de nuestro país, el destacado profesional ha contribuído, en su reciente viaje, de una manera eficaz y honrosísima, con su brillante y comentada actuación. Poseedor el doctor Segura de métodos propios para las operaciones de la especialidad a que se dedica, hizo felices demostraciones de ellas en los cursos especiales de los hospitales de París, mereciendo la designación por unanimidad de miembro de la Academia de Medicina de París. El gobierno francés le concedió la roseta de la Legión de Honor.

UNA OBRA MAESTRA DEL TELAR ES ESTE SACO DE SPORT TEJIDO EN RELIEVE. EL VESTIDO ES DE LANA BLANCA Y BORDADO EN UNO DE LOS COSTADOS Y EN EL BAJO.



MODELO EN ESPUMILLA DE DOS TONOS, CON BORDADO DE CUENTAS. OBSÉRVESE EL DETALLE DE LAS MANGAS Y LOS NIDOS DE ABEJA ALREDEDOR DEL TALLE.



UN CINTURÓN DE CINTA Y UNO O MÁS VOLADOS DE ORGANDÍ RIBETEADOS PARA EL ESCOTE SON LOS ÚNICOS ADORNOS DE ESTE MODELO.

LA TERMINACIÓN CON ONDAS, LAS MEDIAS MANGAS Y EL BOLSO NEGRO O AZUL, REPETIDO EN EL RIBETE DE LOS GUANTES, FORMAN UN CONJUNTO DE BUEN GUSTO.



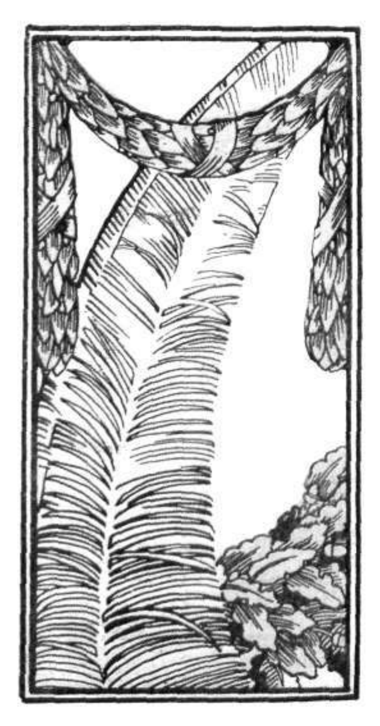
HOMBRES CÉLEBRES

BELGRANO

Yo quiero hablarte de otro Belgrano. Tú, lectorcito patriota, conoces al Belgrano de las batallas, al creador de la bandera argentina; pero quizás sus glorias militares te oculten con su brillo a ese otro Belgrano amigo de la enseñanza y de la cultura.

Cuando curses estudios superiores de historia sabrás que los ligures italianos y los iberos españoles pertenecen a una misma raza. Según sabios autores, esta raza es la misma que en las provincias vascongadas conserva su antiquísimo idioma y su firme carácter.

Don Manuel Belgrano fué hijo de don Domingo Belgrano y Peri, natural de la Liguria, y de doña María Josefa González Casero, argentina, descendiente de españoles. Nació en Buenos Aires el 3 de junio de 1770, y tuvo seis hermanos y cuatro hermanas. Don Domingo se había enriquecido en el comercio y pudo «dar a sus hijos la educación mejor de aquella época», según dice Belgrano en su auto-



biografía. De él son también todos los párrafos que copio para que conozcas mejor a tu gran héroe.

Belgrano fué bueno desde niño. Así lo prueba escribiendo: «el único premio a que aspiro por todos mis trabajos, después de lo que espero de la misericordia del Todo Poderoso, es conservar el buen nombre que desde mis tiernos años logré en Europa, con las gentes con quienes tuve el honor de tratar, cuando contaba con una libertad indefinida, estaba entregado a mí mismo, en distancia de dos mil leguas de mis padres, y tenía cuanto necesitaba para satisfacer mis caprichos». En España, sin malgastar el dinero, sin seguir los malos ejemplos que abundan en el mundo, cursó la carrera de leyes. «Estudié en Salamanca — dice; — me gradué en Valladolid; continué en Madrid y me recibí de abogado en la Chancillería de Valladolid. Confieso que mi aplicación no la contraje tanto a la carrera que había ido a emprender, como al estudio de los idiomas vivos, de la economía política y al derecho público, y que en los primeros momentos en que tuve la suerte de encontrar hombres amantes al bien público que me manifestaron sus útiles ideas, se apoderó de mí el deseo de propender cuanto pudiese al provecho general y adquirir renombre con mis trabajos hacia tan importante objeto, dirigiéndolos particularmente a favor de la patria.»

Estos estudios le dieron fama en el mundo científico español. Si Belgrano no hubiera sido tan patriota habría deseado continuar sus triunfos en la península. Indudablemente para un joven resultaba más entretenida la corte que no el pequeño Buenos Aires de aquella época.

Durante sus tareas universitarias, Belgrano tradujo del francés un libro de Economía Política, que publicó acá en 1796.

En 1793 el ministro Gardoqui le nombró secretario perpetuo del consulado que se creaba en Buenos Aires. «Al tiempo de extender los nombramientos — dice Mitre en su «Historia de Belgrano» — fué requerido por la Secretaría a fin de que indicara candidatos para los diversos consulados que en aquella época se erigieron en varios puntos de América, distinción que manifiesta el grado de consideración de que ya entonces gozaba por sus talentos y la circunspección de su carácter, aun cuando a la sazón no hubiese cumplido los veinticuatro años.»

La primera sesión del consulado celebróse el 2 de junio de 1794, iniciando Belgrano sus trabajos de secretario. Luchó bravamente por que se declarase el comercio libre, ayudado por entusiastas patriotas a quienes él había hecho partidarios de las nuevas ideas.

Propuso la creación de una Escuela de Comercio y una Escuela de Náutica. El lamentable estado de la instrucción pública le inspiró estas hermosas palabras: «Uno de los principales medios que se deben adoptar a este fin son las escuelas gratuitas, a donde puedan los infelices mandar sus hijos sin tener que pagar cosa alguna por su instrucción: allí se les podrían dictar buenas máximas e inspirarles amor al trabajo, pues en un pueblo donde reine la ociosidad decae el comercio y toma su lugar la miseria». Quería que se fundasen escuelas en todos los barrios de la metrópoli donde los niños y niñas aprendiesen. Entonces sólo había una escuela pública que se llamaba Escuela del Rey. También proponía la creación de una Escuela Práctica de Agricultura. Todos estos temas y otros interesantes los trataba en las memorias anuales que, como secretario, debía escribir.

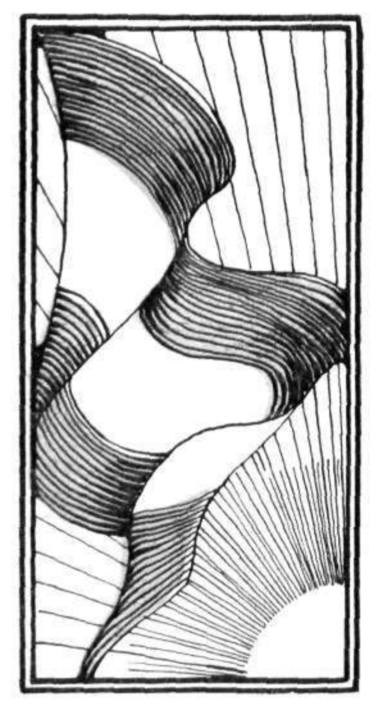
Gracias a sus iniciativas se establecieron premios para los agricultores que introdujeran mejoras en el cultivo, establecieran huertas, montes de árboles, aguadas o inventaran medios para preservar los cueros de la polilla, o escribiesen estudios estadístidos sobre cualquier población del país.

Establecida la Escuela de Náutica y la de Dibujo, que dieron buenos resultados, el gobierno peninsular las suprimió por «ser de mero lujo». En ellas se había suprimido el castigo de azotes, se daba educación a ocho huérfanos, cuatro de los cuales debían ser indios.

«Otros varios objetos de utilidad y necesidad promoví, que en poco más o menos tuvieron el mismo resultado, y tocará al que escriba la historia consular dar una idea de ellos; diré yo, por lo que hace a mi propósito, que desde el principio de 1794 hasta julio de 1806 pasé mi tiempo en igual destino, haciendo esfuerzos impotentes a favor del bien público; pues todos, o escollaron en el gobierno de Buenos Aires, o en la Corte, o entre los mismos comerciantes.»

Al juzgar estos trabajos de Belgrano, dice Mitre: «La Academia de Dibujo y la Escuela de Náutica bastan para perpetuar su nombre, y muchos de nuestros personajes célebres no han hecho para merecer la celebridad lo que Belgrano había ejecutado y pensado ya antes de cumplir los treinta años.»

En 1806 comienza su historia militar. Murió Belgrano el día 20 de junio de 1820.



E D U A R D O   D E L   S A Z

D I B U J O S   D E   M A C A Y A



MI ILUSTRE AMIGO SELSAM

por

ERCKMANN CHATRIAN

El 19 de septiembre de 1855, por la noche, fuí a hacer una visita a un antiguo compañero de universidad, el ilustre doctor Adriano Selsam profesor de Patología general, jefe de clínica, médico de la Gran Duquesa, etc., etc.

Lo encontré solo en su magnífico salón de la calle Bergstrasse, con el codo sobre una pequeña mesa de mármol negro y los ojos fijos en un globo de cristal que me pareció contener un agua perfectamente límpida.

A pesar de los rayos color de púrpura del crepúsculo, que entraban por tres altas ventanas abiertas sobre los jardines del palacio, la escuálida figura de mi amigo, su nariz delgada como la hoja de un cuchillo, y su barba puntiaguda, tomaban del globo tintas pálidas y lúgubres. Parecía una cabeza de muerto recientemente cortada, haciendo más completa la ilusión el ribete encarnado de su bata.

Todo esto me sorprendió hasta el punto que no me atreví a interrumpir sus reflexiones. Iba, por el contrario, a retirarme, cuando un robusto suizo, que había encontrado roncando en la antesala, despertóse y gritó, al verme, con una voz de Estentor:

— ¡El señor consejero Teodoro Killan!

Selsam, exhalando un suspiro, volvióse lentamente hacia mí como un autómata, me tendió la mano y me dijo:

— *Salve tibi*, Teodoro! *Quomodo vales?*

— *Optime*, Adriano — le respondí.

Después, elevando la voz, añadí:

— ¿Qué haces ahí, amigo mío? ¿Meditas, creo, sobre la doctrina de Sangredo?

Pero su mirada adquirió una expresión tan extraña, que quedé sorprendido.

— Teodoro — dijo, después de un instante de silencio, — no es ahora cuestión de broma: estudio la enfermedad de tu respetable, tía la señora Ana Wunderlich. Lo que tú me has dicho anteayer es grave; esas exaltaciones, esos éxtasis, esos sobresaltos, y, sobre todo, las expresiones exageradas de la venerable señora al hablar de la *Creación* de Haydn, de los *oratorios* de Hændel y de las sinfonías de Beethoven, presagian una afección peligrosa.

— ¿Y pretendes profundizarla en esa redoma de agua fresca?

— Precisamente, el más afortunado azar te trae; pensaba en ti.

Después, señalándome un violín colgado en la pared, añadió:

— ¿Quieres tocarme *Un rapto en el serrallo*, de Mozart?

Esta invitación me pareció tan extraña, que me pregunté si la cabeza de mi pobre amigo Selsam no estaba a punto de perder la chabeta, como la de mi tía; pero él, adivinando mi pensamiento, repuso, con una sonrisa irónica:

— Tranquilízate, querido Teodoro, tranquilízate; mis facultades intelectuales están intactas: estoy en vías de un grande, de un sublime descubrimiento.

— Bueno, bueno; eso me basta.

Y descolgando el violín, lo contemplé un momento con ojos de envidia. Era uno de esos famosos Levenhaupt, que Federico II hizo construir en número de doce para acompañarle en sus veladas de flauta; instrumentos perfectos, irreprochables, y que ciertos inteligentes igualan a los Stradivarius.

Sea lo que quiera, apenas hube apoyado el arco sobre sus cuerdas, todo lo que me había dicho Selsam de aquel instrumento me pareció muy por bajo de la realidad. La elegancia de la obra se ajustaba a la extrema pureza de los sonidos, y me creí transportado al séptimo cielo.

— ¡Oh, grande e inimitable maestro! — exclamé: —¡Oh, sublime melodista! ¡Quién podría ser insensible a tanta gracia, vigor e inspiración!

Mi sombrero había rodado por el suelo; mis ojos se cerraban, humedecidos; mis rodillas temblaban: el frío del entusiasmo recorría todos mis nervios; no sabía lo que me pasaba. Ni Selsam, ni la redoma, ni la enfermedad de mi tía existían ya para mí.

En fin, al cabo de una hora, desperteme como de un sueño, echado sobre el canapé del doctor Adriano y preguntándome lo que acababa de suceder.

Vi a Selsam, armado de un fuerte lente, enfrente de su globo: el agua de la redoma se había puesto turbia, y millares de infusorios se cruzaban en todas direcciones.

— Y bien, Selsam — le pregunté con voz débil, — ¿estás contento?

Entonces, reflejando en su rostro la más grande alegría, vino a mí, y cogiéndome ambas manos con efusión, dijo:

— ¡Gracias, gracias, querido y digno compañero, mil veces gracias! Acabas de prestar a la ciencia un servicio inmenso.

Yo estaba estupefacto.

— ¡Cómo! — dije; — ¿tocando una pieza de música he prestado a la ciencia un inmenso servicio?

—Sí querido Teodoro, y no te dejaré ignorar por más tiempo la parte gloriosa que has tomado en la resolución del gran problema. Ven, sígueme; vas a verlo todo, vas a saberlo todo.

Encendió un candelabro, pues se había hecho de noche, y abriendo una puerta lateral, me hizo seña de que le siguiera.

Yo me hallaba embargado de la más profunda emoción; mientras cruzábamos varios departamentos sucesivos, pensaba que una revolución estaba a punto de operarse en todo mi ser, que iba a recibir la llave de los mundos invisibles.

El candelabro derramaba sus brillantes resplandores sobre los suntuosos muebles de la soberbia morada; los adornos, las colgaduras, los cuadros, los tapices desfilaban en la sombra; risueñas cabezas, destacándose del fondo de los lienzos, nos miraban pasar, y la luz, deslizándose de moldura en moldura, nos condujo al fin hasta lo alto de una ancha escalera con baranda de bronce.

Bajamos a un patio interior; el ruido furtivo de nuestros pasos se oía a lo lejos como un rumor misterioso.

Ya en el patio, noté que la atmósfera estaba tranquila, y miles de estrellas brillaban en el firmamento. A nuestro paso se presentaban varias puertas; Selsam se detuvo ante una de ellas, y volviéndose hacia mí, me dijo:

—Aquí está mi anfiteatro; aquí es donde trabajo, donde díseco, donde estudio. Prepárate, para no sufrir violentas emociones... ¡La Naturaleza no deja entrever sus secretos más que entre las manos de la muerte!

Tuve miedo, y hubiera querido retroceder; pero Adriano había entrado sin esperar mi respuesta, y fué preciso seguirle.



...cuando un robusto suizo, que había encontrado roncando en la antesala, despertóse y gritó, al verme, con una voz de Estentor:

—¡El señor consejero Teodoro Killan!

Entré, pues, pálido de emoción, y sobre una gran mesa de encina vi un cadáver, el cadáver de un joven, tendido, con los brazos a lo largo del cuerpo, la cabeza echada hacia atrás, los ojos desmesuradamente abiertos, inmóvil como un pedazo de granito.

Tenía una hermosa frente. En el lado izquierdo, una herida profunda penetraba en las cavidades de su pecho; pero lo que me hizo mayor impresión no fué la vista de esa herida, ni el carácter sombrío de esta cabeza; ¡fué la inmovilidad, el silencio!

—¡He ahí el hombre! —me dije: —¡inercia, reposo eterno!

Esta idea anonadadora pesaba sobre mí, cuando Selsam, colocando la hoja de su escalpelo sobre el cuerpo inerte, me dijo:

—¡Todo esto vive! ¡Todo esto va muy pronto a renacer!... Millares de existencias sujetadas por una misma fuerza van a adquirir su independencia. La única cosa que ha dejado de ser en ese cuerpo es el poder del mando, la autoridad que imponía una dirección única a todas esas vidas individuales: *¡la voluntad!* ¡Ese era el poder que existía aquí!

Y tocó con su mano la cabeza del muerto, que produjo un sonido mate, como si hubiera tocado un trozo de madera.

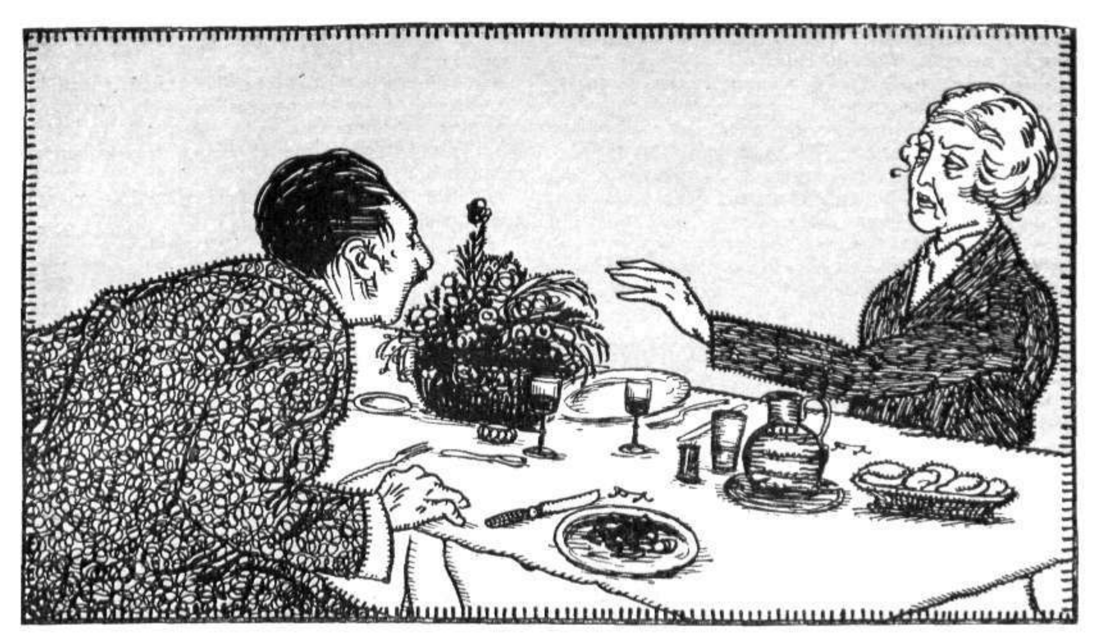
Yo estaba sobrecogido, pero las palabras de Selsam me tranquilizaron algo.

—De modo —dije, —que no está todo destruído, anonadado... ¡Tanto mejor!... Prefiero vivir en detalle a no vivir en absoluto.

—Sí —repuso Selsam, que parecía ver los pensamientos que bullían en mi cerebro; —sí, el hombre es inmortal en detalle; cada una de las moléculas que le componen es imperecedera; ¡viven todas! Pero su vida, sus sufrimientos, se transmiten al alma que la domina, consulta sus necesidades y les impone su voluntad. Se ha buscado el tipo del gobierno más perfecto; se ha pretendido encontrarlo en una colmena de abejas, en un hormiguero: ese modelo ideal del gobierno helo aquí.

Al mismo tiempo hundió su escalpelo en el cadáver y lo abrió completamente. Yo retrocedí de horror, pero él no pareció percatarse de este movimiento, y prosiguió, con calma:

—Veamos primeramente cuáles son los medios de acción y transmisión del alma. ¿Ves esos millares de fibras blancas que se ramifican por todo el cuerpo? Son los nervios, los grandes caminos de ese vasto país, por donde van y vienen, más rápidas que la electricidad, estafetas que llevan a las extremidades las órdenes de la molécula central, previniéndoles de las necesidades y peligros que afectan o amenazan a sus innumerables súbditos. Entonces todo marcha, todo se mueve, todo se agita, todo se dirige al objeto designado por el alma. Sin embargo, cada molécula tiene su tarea y su naturaleza propias; así es, Teodoro, que aquí ves los órganos de la respiración, los pulmones; aquí, los de la circulación de la sangre: el corazón, las venas, las arterias; aquí, los de la digestión: el estómago y los intestinos. Pues bien, no vayas a creer que estos órganos se componen de los mismos elementos, de los mismos seres. ¡No! Cuando la descomposición llega, los pulmones producen los insectos llamados *douves*, que se fijan, como la sanguijuela, por medio de dos poros; su cuerpo es largo y filiforme. Los intestinos producen *lombric*, formados de anillos carnosos; son cilíndricos, sonrosados, aguzados por



sus extremidades, y no se parecen en nada a los *douves*. El corazón produce los *fongus hematodes*, especie de hongos roedores, y así todos los demás órganos.

¡El hombre vivo es todo un universo sometido a una voluntad!... Y ten en cuenta que cada uno de estos seres infinitamente pequeños tiene su alma inmortal. El Ser Supremo no concede privilegios de inmortalidad, pues todo, desde el átomo hasta esos sistemas inconmensurables del espacio, todo está sometido a la justicia absoluta: nunca hay una molécula fuera del sitio que le designa su mérito, y esto sólo nos explica el orden admirable del mundo: lo mismo que el hombre, parte de la humanidad obedece forzosamente a Dios; así, la molécula obra según la voluntad del hombre vivo. ¿Concibes ahora, Teodoro, el poder infinito de ese Ser Grande, cuya voluntad obra sobre nosotros como nuestra alma obra sobre nuestra carne y nuestra sangre? La Naturaleza entera es la carne y la sangre de Dios; El sufre por ella, vive por ella, piensa por ella, obra por ella; cada uno de sus átomos es imperecedero, pues Dios no puede perecer en uno solo de sus átomos.

— Pero, ¿dónde está entonces el libre albedrío? — exclamé: — si soy una molécula esclavizada, ¿cómo se me quiere hacer responsable de mis actos?

— El libre albedrío queda intacto — dijo Selsam, — pues la molécula de mi carne puede sublevarse contra todo mi ser, y esto es lo que sucede; pero entonces ella perece, y mi organismo la elimina. Ha sido libre, ha sufrido las consecuencias de su acto. Yo también soy libre; puedo sublevarme contra las leyes de Dios, puedo abusar de mi poder sobre los seres que me constituyen, y por ahí arrastrarme a mi disolución. Las moléculas vuelven a hacerse independientes, y mi alma pierde su poder. ¿No basta hacer constar que sufrimos a causa de nuestras faltas, para reconocer que somos responsables de ellas, y por consiguiente, libres?

Nada tenía que responder a este argumento, y permanecimos algún tiempo mirándonos uno al otro, como si quisiéramos descubrir el fondo de nuestras almas.

— Todo esto, querido Selsam, me parece muy lógico — le dije, en fin; — pero no comprendo qué relación guarda con tu redoma la enfermedad de mi tía y la pieza de música que me has hecho tocar.

— Nada más sencillo — me contestó sonriendo: — tú no puedes ignorar que la vibración de los sonidos imprime a la arena reunida sobre un tambor movimientos rápidos, y le hace trazar figuras geométricas de una regularidad maravillosa.

— Sin duda, pero...

— Pero... — repitió con impaciencia, — déjame concluir. De la misma manera obran los sonidos sobre las moléculas de un líquido, de donde resultan combinaciones infinitas, con una diferencia, sin embargo, y es que, siendo móviles estas moléculas, las figuras que resultan de ellas son seres animados: esto es lo que los físicos llaman la creación equívoca. Ahora bien; los sonidos al obrar sobre el sistema nervioso producen una disgregación eléctrica, la cual obra a su vez sobre los líquidos encerrados en nuestro cuerpo, de donde nacen millones de insectos que atacan al organismo y producen una multitud de enfermedades, tales como los zumbidos de oídos, la sordera, el deslumbramiento, la epilepsia, la catalepsia, el idiotismo, las pesadillas, las convulsiones, el baile de San Vito, los espasmos del esófago, el cólico nervioso, las palpitaciones, y generalmente toda esa infinidad de enfermedades, a las que se hallan sujetas muy especialmente las mujeres muy apasionadas a la música, y cuya naturaleza ha permanecido desconocida hasta hoy. En efecto, los insectos en cuestión, a saber: los *miriópodos*, que tienen seis pies, sin alas; los *tisanuros*, que tienen los costados del abdomen guarnecidos de falsas patas; los *parásitos*, los ojos planos y la boca en forma de chupador; los *coleópteros*, que poseen enérgicas mandíbulas; los *lepidópteros*, que tienen dos hilos enrollados en espiral formando una lengua: los *neurópteros*, los *himenópteros*, los *ripíforos*..., todos esos millares de roedores se extienden por el interior de nuestro cuerpo como en un viejo mueble carcomido; hunden en él sus tenazas, sus uñas, sus picos, sus trompas, sus escofinas y sus taladros, y os destrozan y dislocan de la cabeza hasta los pies: es la historia del pueblo romano, enervado por el lujo asiático: los bárbaros lo devoraron sin resistencia.

— Yo no os digo lo contrario; pero eso es ridículo, estáis arruinando vuestro sistema nervioso, estáis...

— ¿El sistema nervioso?... Vamos, eres tú el que te vuelves loco y no sabes lo que te dices.

Esta descripción de Selsam me había hecho erizar los cabellos sobre la cabeza.

— ¿Y crees — exclamé, — que la música es la causa de esos desastres?

— Incontestablemente; basta ver a las viejas tocadoras de organillos, de piano o de arpa para estar plenamente convencido. Tu desgraciada tía amenaza ruina; no conozco más que un medio de prevenir su próxima caída.

— ¿Qué medio, Selsam? Aunque yo sea su presunto heredero, sería un caso de conciencia no hacer todo lo posible para curarla.

— Sí — dijo, — y reconozco por esas palabras tu habitual delicadeza: es el afecto y no el interés lo que te guía. Pero es tarde, Teodoro, acaban de dar las doce; vuelve mañana a las diez de la noche, y ya tendré preparado el único remedio que puede salvar a tu respetable tía. Quiero que me debas su restablecimiento: la cura será radical, te doy mi palabra académica.

— ¡Sin duda, sin duda!; pero..., ¿no podrías decirme algo?...

— ¿Para qué? Mañana lo sabrás todo; me estoy cayendo de sueño.

Cruzamos el patio: él mismo me abrió la puerta cochera que daba a la calle Bergstrasse. Allí nos estrechamos las manos, deseándonos las buenas noches, y me encaminé a mi casa, embargado por las más tristes reflexiones.

II

QUELLA noche me fué imposible cerrar los ojos, y no hacía otra cosa que atormentarme la cabeza para adivinar cómo se las compondría Selsam para expulsar las ascárides de mi respetable tía Wunderlich.

Todo el día siguiente, hasta que llegó la noche, estuvo mi mente trabajando con esta idea. Iba, venía, me interrogaba a mí mismo en alta voz, y la gente se volvía en la calle para mirarme, creyendo, sin duda, que estaba loco: tan grande era mi agitación.

Al pasar por delante de la farmacia de Koniam, me detuve más de una hora, leyendo las innumerables etiquetas de sus frascos y redomas: *Assa fœtida. Arsénico. Cloro. Potasio. Bálsamo de chirón. Específico del capuchino. Específico de la señora Stefen. De Fioravanti*, etc., etc.

— ¡Gran Dios!, afortunada es preciso tener la mano para elegir precisamente el frasco que debe curarnos sin expulsar la molécula central. ¡Valor es preciso tener para ingerirse dentro del cuerpo el *Assa fœtida*, el *remedio del capuchino* o el de la *Fioravanti*, cuando un simple pedazo de pan o de carne nos causa a veces una indigestión!

Por la noche, mientras cenaba a solas con mi buena tía, la contemplé con ojos llenos de compasión.

— ¡Ay! — pensaba, — ¿qué dirías tú, pobre Ana Wunderlich, si supieras que millares de feroces animales microscópicos se encarnizan con tu cuerpo para tu ruina, mientras te bebes tranquilamente una taza de te?

— ¿Por qué me miras así, Teodoro? — me preguntó con inquietud.

— ¡Oh!, no es nada..., no es nada...

— Sí, veo que me encuentras mal hoy; tengo mala cara, ¿no es verdad?

— Es verdad, estáis muy pálida. Apuesto a que habéis estado ocupada con la música...

— Sin duda alguna. Ayer he recibido la ópera *El gran Darío*, una obra sublime, una...

— Estaba seguro de ello; habéis pasado la noche tocando el piano, extasiándoos, lanzando exclamaciones de ¡ah!, ¡oh!, ¡perfecto!, ¡maravilloso!, ¡divino!

Mi tía, al escucharme, se puso color de púrpura.

— ¿Qué significa eso, señor mío? — exclamó. ¿Acaso no tengo el derecho?...

— Yo no os digo lo contrario; pero eso es ridículo, estáis arruinando vuestro sistema nervioso, estáis...

— ¿El sistema nervioso?... Vamos, eres tú el que te vuelves loco, y no sabes lo que te dices.

— En nombre del cielo, calmaos, tía mía; la cólera da salida a la electricidad, la que, a su vez, produce millares de insectos...

— ¿Insectos?... — exclamó, levantándose como movida por un resorte; — ¡insectos! ¿Has visto insectos en mi persona, desgraciado? ¡Cómo! Te atreves... ¡Pero eso es infame!... ¡Insectos!... Luisa... Katel... Salid inmediatamente de aquí, señor mío.

— Pero, tía...

— Salid, salid, os deshered.

Gritaba, tartamudeaba; su cofia le caía sobre una oreja; estaba espantosa.

— Vamos, vamos — dije, levantándome; — no nos enfademos. Qué diablo, tía mía, no hablo de los insectos que os figuráis..., hablo de los miriápodos, de los tisanauros, de los coleópteros, de los lepidópteros, de los parásitos, en fin, de esa multitud innumerable de pequeños monstruos que se halla alojada en vuestro cuerpo y os roe.

A estas palabras mi tía Wunderlich cayó sobre un sillón con los brazos colgando, la cabeza inclinada sobre el pecho y el rostro talmente pálido que el colorete que se había puesto en las mejillas aparecía como manchas de sangre.

Salí corriendo, y en dos saltos me puse de nues-

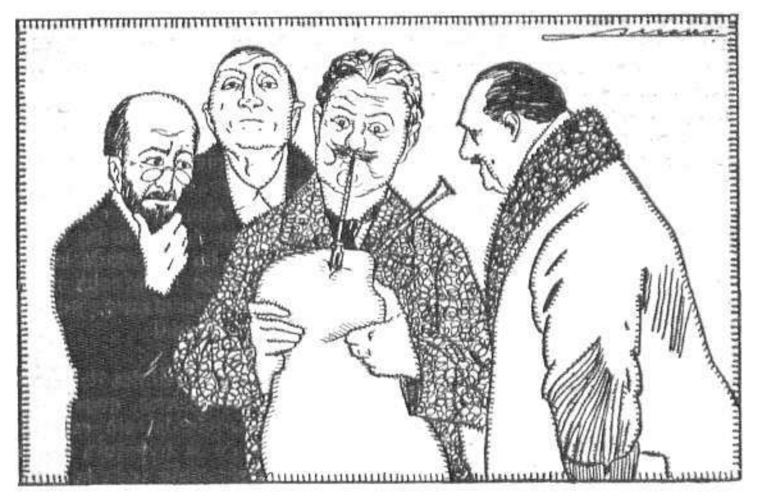
— Amigo mío — grité; — está con un ataque... un ataque horrible...
Pero me detuve, sobrecogido de estupor. En casa de Selsam se hallaba reunida una numerosa sociedad.

tra casa en el hotel de Selsam.

Al entrar debía estar lívido como un muerto.

—Amigo mío — grité; — está con un ataque..., un ataque horrible...

Pero me detuve sobrecogido de estupor. En casa de Selsam se hallaba reunida una numerosa sociedad. Allí estaba el conservador del Museo arqueológico, señor Daniel Bremer, con su gran peluca empolvada y su traje color castaño, la cara redonda y carnosa, y los ojos saltones como una rana; tenía aplicada la boca a una especie de gaita gigantesca, cuyo uso parecía enseñar a los demás; a su lado estaba el maestro de capilla, señor Cristián Hoffer, acurrucado en un sillón y sus largas piernas extendidas hasta desaparecer por debajo de la mesa; éste tocaba con sus dedos largos y huesosos las llaves de otro instrumento extraño en forma de tubo, y ni siquiera levantó la cabeza cuando abrí la puerta: tanto absorbía aquel examen su atención. También se hallaban allí los señores Kasper Marbach, presidente del hospital de Santa Catalina, y Restock, decano de la Facultad de Bellas Letras, los dos con traje negro y corbata blanca, el uno armado de un enorme platillo de bronce, el otro con una especie de tambor de madera con piel de cabrito.



Allí estaba el conservador del Museo arqueológico, señor Daniell Bremer, con su gran peluca empolvada y su traje color castaño, la cara redonda y carnosa y los ojos saltones como una rana; tenía aplicada la boca a una especie de gaita gigantesca, cuyo uso parecía enseñar a los demás...

Estas buenas gentes, sentadas alrededor del candelabro, con la fisonomía pensativa y con los ojos fijos en aquellos extraños instrumentos, me produjeron tan grotesco efecto que permanecí como clavado en el umbral, con el cuello estirado, la boca abierta, como si fuera juguete de un sueño.

Selsam, sin turbarse en lo más mínimo, me señaló gravemente un asiento, y el señor conservador del Museo prosiguió sus explicaciones.

— Esto, señores — dijo, — es la famosa *buscatibia* de los suizos; tiene sonidos terribles que se prolongan a través de las montañas y dominan el estruendo de los torrentes. Si el señor consejero Teodoro quiere ensayarlo, no dudo que obtendrá grandiosos resultados.

Y me puso en las manos aquella especie de cuerno de buey con solemne ademán. Luego, dirigiéndose al señor presidente del hospital, Kasper Marbach, añadió:

— Vuestro tambor es lo más admirable que existe en su género; es el célebre *karabo* de los egipcios y los abisinios; los juglares se sirven de él para hacer bailar las serpientes y las bayaderas.

— ¿De este modo? — preguntó el presidente, golpeando alternativamente el tambor con el palillo de la mano derecha y con el de la izquierda.

— Así es..., muy bien..., perfectamente. En cuanto al señor decano, sólo tiene que dar un golpe de segundo en segundo sobre su platillo de bronce; pues es el famoso *tantán*, cuyos lúgubres sonidos se parecen al doble de la gran campana de nuestra catedral. Será de un efecto mágico, sobre todo en el silencio de la noche... ¿Habéis comprendido, señores?

—Muy bien.

—Podemos partir cuando queráis.

— Un instante — dijo el doctor. — Es necesario instruir al señor Teodoro de la determinación que acabamos de tomar.

Y dirigiéndose a mí, añadió:

— Querido amigo; la situación de tu respetable tía exige un remedio heroico; después de haber estado reflexionando durante largo tiempo, una idea feliz ha venido a iluminarme. ¿Cuál es su mal? El trastorno del sistema nervioso, la debilidad resultante del abuso de la música. Y bien ¿qué hacer en semejante circunstancias? Lo más racional es fundir en el mismo tratamiento el principio de Hipócrates: *contraria contraris curantur*, y el de nuestro inmortal Hahnemann *similia similibus curantur*. ¿Qué cosa hay más contraria a la música tierna, suave y sentimental de nuestras óperas, que la música salvaje de los hebreos, de los caribes y de los abisinios? Nada. Pues bien, yo hago uso de sus instrumentos, ejecuto un aire de los hotentotes en presencia de tu respetable tía, y el principio *contraria contraris* queda satisfecho. Por otra parte, ¿qué cosa hay más semejante a la música que la misma música? Nada, evidentemente; pues el principio *similia similibus* queda también satisfecho.

Esta idea me pareció sublime.

— ¡Selsam! — exclamé abrazándole, — eres un hombre de genio, un hombre superior. Hipócrates ha resumido la tesis, y Hahnemann la antítesis de la Medicina; pero tú, tú, ¡oh!, sabio amigo, acabas de crear la síntesis. Es un descubrimiento grandioso...

— Sí, ya lo sé, ya lo sé; pero déjame concluir. Consecuente con lo que acabo de exponer, me he dirigido al señor director del Museo de Viajes, que no sólo consiente en prestarnos el tambor, el buscatibia y el karabo de su colección, sino que quiere ofrecernos su concurso tocando el pífano, lo que completará nuestra improvisación armónica de felicísima manera.

Me incliné profundamente ante el señor director del Museo, y le expresé con efusión mi gratitud. El pareció conmoverse a mis palabras, y me dijo:

— Señor consejero, me considero feliz por poderos prestar un servicio, así como a la respetable señora Ana Wunderlich, cuyas grandes virtudes se ven obscurecidas por esa exageración desgraciada de los goces musicales y el abuso de los instrumentos de cuerda. ¡Oh!, si pudiéramos conseguir volver a los gustos sencillos de nuestros padres!...

— ¡Si pudiéramos conseguirlo! — repetí.

— En marcha, señores, en marcha — dijo Selsam.

Todos bajamos entonces la ancha escalera. Daban las once; la noche estaba muy obscura, y ni una estrella se veía brillar en el cielo; un viento húmedo y fuerte, viento de tempestad, hacía crujir las veletas y balanceaba los reverberos. Todos, unos detrás de otros, nos deslizamos al lado de los muros, como malhechores, y nos dirigimos hacia la casa de mi tía, cada cual con su instrumento cuidadosamente oculto bajo el redingote.

Llegados a ella, introduje con sigilo la llave en la cerradura; abrióse la puerta, y habiendo encendido Selsam un cabo de vela, entramos en el vestíbulo en silencio. Allí, cada uno se colocó en su puesto, frente a la alcoba de mi tía, y, con el instrumento en la boca, esperamos la señal convenida.

Todo esto se había hecho con tanta prudencia, que nadie se había percatado de nuestra entrada en la casa. Selsam entreabrió suavemente la puerta, y después, elevando algo la voz, dijo:

— ¡A una!, ¡a dos!, ¡a tres!

Yo soplé dentro del cuerno de buey con todas mis fuerzas, y al mismo tiempo retumbaron el tantán, el pífano, el karabo y el tambor.

Imposible es pintar el efecto producido por esta música salvaje. Parecía que iba a venirse abajo todo el edificio.

Oímos un grito; pero lejos de cesar nuestra terrible música, nos sentimos sobrecogidos por una especie de rabia y redoblamos nuestras fuerzas hasta el punto de que yo no oía los sonidos de mi trompa, cuyo ruido superaba, sin embargo, el tableteo del trueno; pero el *tantán* era todavía más estrepitoso; sus vibraciones lentas y lúgubres despertaban en nosotros un sentimiento de terror indefinible, como experimentaríamos al aproximarnos a un festín de caníbales, donde debe uno figurar en calidad de asado; nuestros cabellos se erizaban en nuestras cabezas. ¡La trompeta del juicio final tocando al despertar de los muertos no podría producir efecto más terrible!

Veinte veces nos había gritado Selsam que nos detuviéramos; pero estábamos sordos; una especie de frenesí infernal se había apoderado de nosotros.

En fin, desfallecidos, faltos de aliento, y pudiendo apenas sostenernos de pie, tal era nuestro cansancio, nos vimos obligados a cesar en aquel estruendo espantoso.

Entonces, levantando la mano, nos dijo:

— ¡Silencio!... ¡Escuchemos!

Pero nuestros oídos zumbaban de tal manera, que nos era imposible percibir ruido alguno.

Al cabo de algunos minutos, el doctor, muy inquieto, empujó la puerta y penetró en la habitación para ver el efecto de su remedio.

Le esperamos con impaciencia; pero el tiempo pasaba y el doctor no volvía; ya iba yo a penetrar a mi vez en la alcoba, cuando le vi salir extremadamente pálido y mirándonos de una manera muy extraña.

— Señores — dijo, — ¡salgamos!

— ¿Cuál es el resultado de la experiencia Selsam? — le pregunté.

Le tenía cogido del brazo; él se volvió bruscamente y me respondió:

— Pues bien... ¡ha muerto!

¿Muerto? — exclamé retrocediendo.

— Sí; la conmoción eléctrica ha sido demasiado violenta: ha destruído las ascárides; pero, desgraciadamente, ha destrozado la molécula central. Por lo demás, esto no prueba nada contra mi descubrimiento; al contrario, ¡tu tía ha muerto, pero ha muerto curada!

¡Y salió!

Le seguimos, pálidos de terror. Una vez en la calle, nos dispersamos, unos hacia la derecha, otros hacia la izquierda, sin cambiar una palabra. El desenlace de la aventura nos había aterrorizado.

Al día siguiente toda la ciudad supo que la señora Ana Wunderlich había muerto repentinamente. Los vecinos aseguraban haber oído ruidos extraños, terribles, inusitados; pero como aquella noche había descargado una violenta tempestad, la policía no se metió en ninguna clase de averiguaciones. Por otra parte, el médico llamado para hacer constar el fallecimiento, declaró que la señora Ana había muerto de un ataque de apoplejía fulminante, tocando el duo final del *Gran Darío*: se la había encontrado sentada en un sillón delante de su piano.

Todo, pues, resultó lo mejor que podía resultar, y no fuimos molestados por nadie.

Seis meses después de este suceso, el doctor Selsam publicó una obra sobre los tratamientos de los helmintos por la música, que obtuvo un éxito increíble. El príncipe Hatto de Schlittenhaf le envió la gran placa del Buitre Negro, y su Alteza la Duquesa reinante, se dignó felicitarle personalmente. Hasta se trató de nombrarle presidente de la Sociedad científica, en reemplazo del viejo Matías Kobus. En una palabra, hoy es un hombre completamente feliz.

En cuanto a mí, no me perdonaré en toda mi vida haber contribuído a la muerte de mi querida tía Ana Wunderlich, soplando, durante un cuarto de hora, en ese abominable *buscatibia*, que Dios confunda. Es verdad que mi intención no era causarle el menor daño; al contrario, esperaba desembarazarla de sus ascárides para que pudiera vivir aún largos años. No está, a pesar de todo esto, menos muerta la excelente mujer, y esto me desgarra el corazón.

Dios me es testigo que jamás me había pasado por la mente la idea de destruir su molécula central. ¡Ay! lo confieso para mi vergüenza; me hubiera echado a reír en la cara del que hubiera venido a decirme que con una pieza musical se podía matar ni siquiera una mosca!

ILUSTRACIONES DE Bearés







FIN

Página Infantil

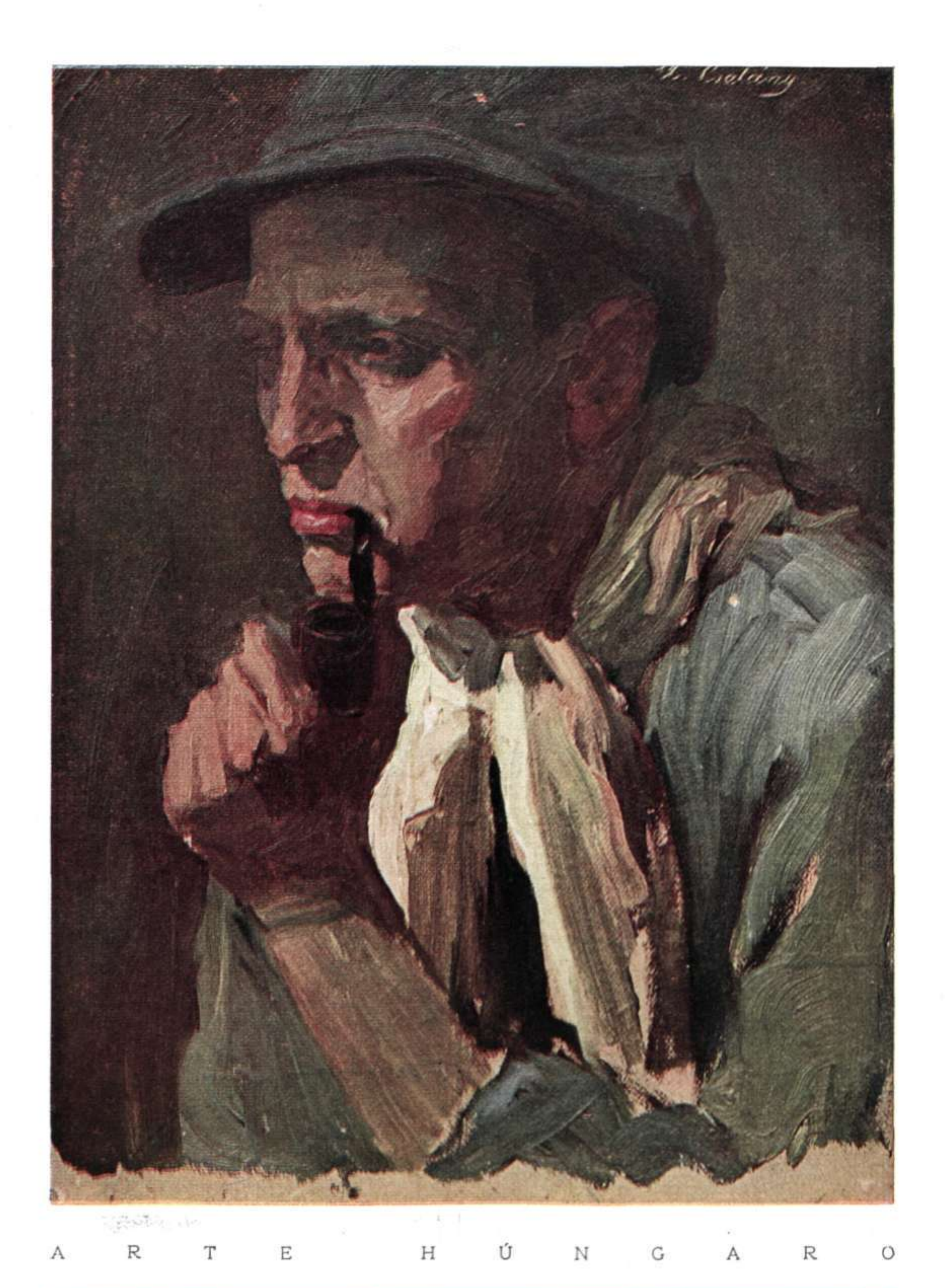
Adolfo J. Granara Berisso



Luis Ignacio Monge



Alberto Padoan



A R T E H Ú N G A R O

EL CAPATAZ

OLEO DE A. CSALÁNY

El Hon. Mussolini trabajando en su despacho particular.



El más reciente retrato del jefe del gobierno italiano, en un acto oficial.



Original fotografía que muestra la característica expresión del batallador político.





Asistiendo a una ceremonia con su gesto de preocupada gravedad.

"CARAS Y CARETAS" EN ITALIA

EL DIA DE MUSSOLINI

Tiene cuarenta años, es muy robusto y, como pocos, resistente a la fatiga. A las nueve de la mañana está ya en su despacho del Ministerio de Relaciones Exteriores, después de haber hecho algunos ejercicios de esgrima; y desde que llega a su oficina empieza a trabajar, ahora más intensamente que antes, pues ya no concede tantas audiencias como en los primeros tiempos de su gobierno. Su inteligencia clara y su asombroso don de asimilación le permiten darse rápida cuenta de los asuntos que se presentan a su resolución, de modo que tiene su despacho al día. Cuando los necesita, llama a los ministros; sólo cuando hay consejo de gabinete va Mussolini al palacio del Ministerio d[illegible] mediodía almuerza en un cuarto de hora, sale a dar una vuelta por los alrededores de Roma, en automóvil que maneja él mismo, y vuelve al trabajo no interrumpido durante varias horas, dando a todos ejemplo de laboriosidad y energía. Reparte convenientemente el trabajo entre los funcionarios de su dependencia, y la parte que le toca a él no es la menor. Sus audiencias son breves, pues no oye ni dice sino lo preciso. Entre las visitas que más le agradan figuran las de personas que le hablan de los italianos en el exterior, especialmente en la Argentina, por los cuales tiene particular interés.

La impertinente cámara fotográfica lo sorprende en traje de baño.

Corresponsal.

Señorita *Emilia* Bertolé, gentilísima y exquisita pintora cuyas obras, en las que pone mucho de su alma romántica y suave, la destacan con caracteres propios en el ambiente artístico e intelectual de nuestro país.

LA PINTORA Emilia Bertolé

ENTRE los valores reales que contribuyen con su labor tenaz a esa benéfica reacción espiritualista, que comienza a manifestarse en nuestro mundo intelectual y artístico, la pintora Emilia Bertolé es uno de los primeros, tanto por la consecuencia ideológica de su espíritu como por la delicada convicción que fluye de su obra exquisita

Dos cualidades esenciales constituyen la característica expresión del arte de Emilia Bertolé: el *intimismo* y la *inmaterialidad*. Entre ambas concurren a producir ese acorde espiritual — tan raro por cierto en esta *hora de promiscuidades y demagogias* — que se denomina *distinción*.

Rica de su vida interior y desdeñosa del recurso extranjero, la suave artista argentina gusta disponer para su obra de una atmósfera propia, toda tono menor, donde, bajo el imperio del sueño cotidiano, la materia, la orgullosa pero inanimada materia, va perdiendo sus derechos en una progresiva y dulce transubstanciación.



"Crisantemos".

Es el secreto antiguo de la «torre de marfil» que se alza con muda elocuencia entre las fábricas del arrabal. En ella — exótica y solitaria corola — abre su broche azul la rosa de la meditación. Las salas circulares de la torre están recubiertas de espejos, verdes y profundos como lagos, espejos venecianos en cuya agua lejana sólo se refleja el alma de los seres y de las cosas: la concha blanca de la vida.

Esta *desmaterialización* que nosotros, como hemos dicho, consideramos como virtud singular, es lo que suele argüirse, con un criterio que llamaremos darwiniano — *tomando* la causa por el efecto — para desmerecer la obra de esta artista de emoción y de respeto, que tiene fuerzas y valor suficientes para enfrentarse cada día con el misterio y la inquietud de su alma. Por otra parte, cabe agregar que esta preocupación de orden anímico no se resuelve, como podría creerse, en mengua o desdoro de la forma y el volumen; sin hacer alarde de virtuosismo, ni esculcar con esa *pintura que es pintura*, según el absoluto concepto profesional, Emilia Bertolé tiene su técnica propia, laboriosamente conseguida con honradez y buena fe; basta para subrayar la veracidad de este aserto la serie armoniosa de sus «autoretratos», donde puede advertirse la fidelidad del



"Claridad", uno de los cuadros más interesantes ejecutados por la distinguida pintora.

dibujo, el respeto imprescindible de la línea y, lo que no es menos significativo, la justa y acordada valorización de los tonos, condiciones todas ellas no tan comunes como puede pensarse entre los artistas de nuestro tiempo, en que la pintura limítase por veces a una «impresión» más o menos decorativa.

Pero por encima de todas estas cualidades pictóricas, en las que por ser innegables resulta obvio insistir, lo que da su inconfundible sello de nobleza a la pintura de Emilia Bertolé es la poesía que pone en ella, esa poesía que brota del fondo de la tela, silenciosa y triste como la niebla de la mañana.

FERNAN FELIX DE AMADOR



"El recuerdo". A[illegible] por la señora Regina Pacini de Alvear, en el Salón de 1922.

EN HONOR DEL CARDENAL BENLLOCH Y VIVO

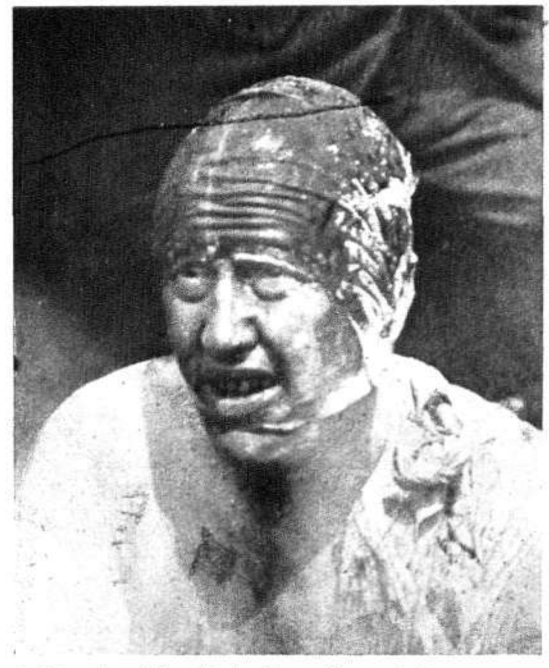
Su Eminencia el cardenal Benlloch y Vivó, arzobispo de Burgos; el ministro de Relaciones Exteriores, doctor Gallardo; el Embajador de España, marqués de Amposta; el Embajador de Chile, el Internuncio Apostólico, el Gobernador de Buenos Aires, monseñor de Andrea, el presidente del Club Español y caracterizados sacerdotes y personajes que asistieron, en la mencionada institución, al banquete ofrecido al insigne purpurado por diversas asociaciones de la colectividad española

LA PROEZA DEL NADADOR TIRABOSCHI

"CARAS Y CARETAS" ENVIA A SU CORRESPONSAL A DOVER

Dóver, Inglaterra, agosto de 1923.

Al aclarar el día, desde las barrancas de Dóver veíase a lo lejos, en medio de la Mancha, al barco que acompañaba a Tiraboschi. El barco se apura. El nadador bracea con fuerza. Es el instante más grave de la travesía. Está debilitado por 14 horas en el agua y se halla a 5 kilómetros de la ribera. El barco continúa acercándose. Flotan sobre sus mástiles las banderas francesa, la italiana y la argentina. Ya se ve al nadador. Parece que recién se echara al agua. Unos minutos más y, cortando la corriente que barre con todo, Tiraboschi, tenaz, dirígese a la playa. Pero no. Ahí está. La muchedumbre lo aclama, los remeros se ponen de pie en los botes. Es un momento indescriptible. Hasta los ladrones han hecho irrupción. Entre la masa de gente una mujer llora y grita; le han robado la cartera. La gente se siente feliz de sufrir por llegar hasta el heroico nadador. Obligado a estar en primer término, pues soy el único hombre que ha traído consigo una máquina fotográfica, la de Caras y Caretas, me fuerzan las circunstancias a entrar en el mar. Faltan unos metros, y Romeo Maciel, a quien he dejado enfermo en su lecho, irrumpe entre los curiosos y entra en el mar. No ha hecho pie aún Tiraboschi cuando Maciel lo abraza y lo besa. Tiraboschi no siente nada. Viene como un gran ciego, a pasos inseguros, vacilantes, cae, rueda, el mar lo recibe... El sueño más grande de su vida de sportsman se ha realizado.



La fatiga de un héroe. Tiraboschi, vencido por el esfuerzo, aun cubierto por los restos de su malla, abre los ojos ante la muchedumbre entusiasta que le aplaude desde la costa de Dóver.

Hay un gran interés por verlo y un gran silencio a su alrededor. Los amigos se acercan a sacarle la gorra de goma, a limpiarle los ojos llenos de lanolina que lo sombrea. En este instante, sobre esos labios marchitos por el agua del mar, se oyen unas palabras que me emocionan como argentino profundamente y que los 3,000 ingleses que allí se hallan apenas comprenden. Tiraboschi ha gritado, por el afecto y el cariño que tiene a nuestra tierra, que es la de su hija y en donde él ha sido el gran iniciador de la natación:

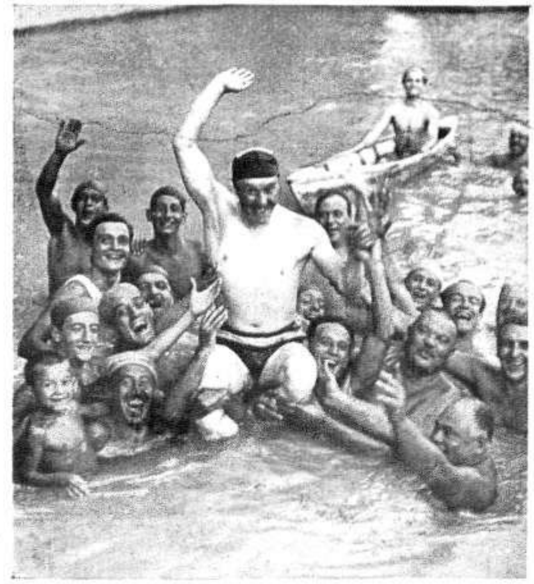
—¡Por la Argentina! ¡Viva la Argentina!

Al día siguiente todos los diarios ingleses tenían en la cabecera como primer título: «La proeza del nadador argentino Enrique Tiraboschi». Muchas gracias por la gentil dedicatoria del nadador italiano.

Vizconde de Lascano Tegui.



Curiosa fotografía del nadador Tiraboschi a las catorce horas de su triunfal prueba en las aguas del canal.



Los amigos y admiradores de Tiraboschi alzándolo triunfalmente después de haber cruzado el río Tevere a su llegada a Italia.



Llegada a Roma del gran deportista de la natación a quien una multitud vitorea con entusiasmo, llenando las calles principales.

"Era sufrido, fuerte y rudo". Tal dijeron del gaucho. He aquí a uno, descendiente de aquellos hombres bravos, sencillos e ingenuos.

LO QUE VA DEJANDO EN PIE LA LEYENDA GAUCHA

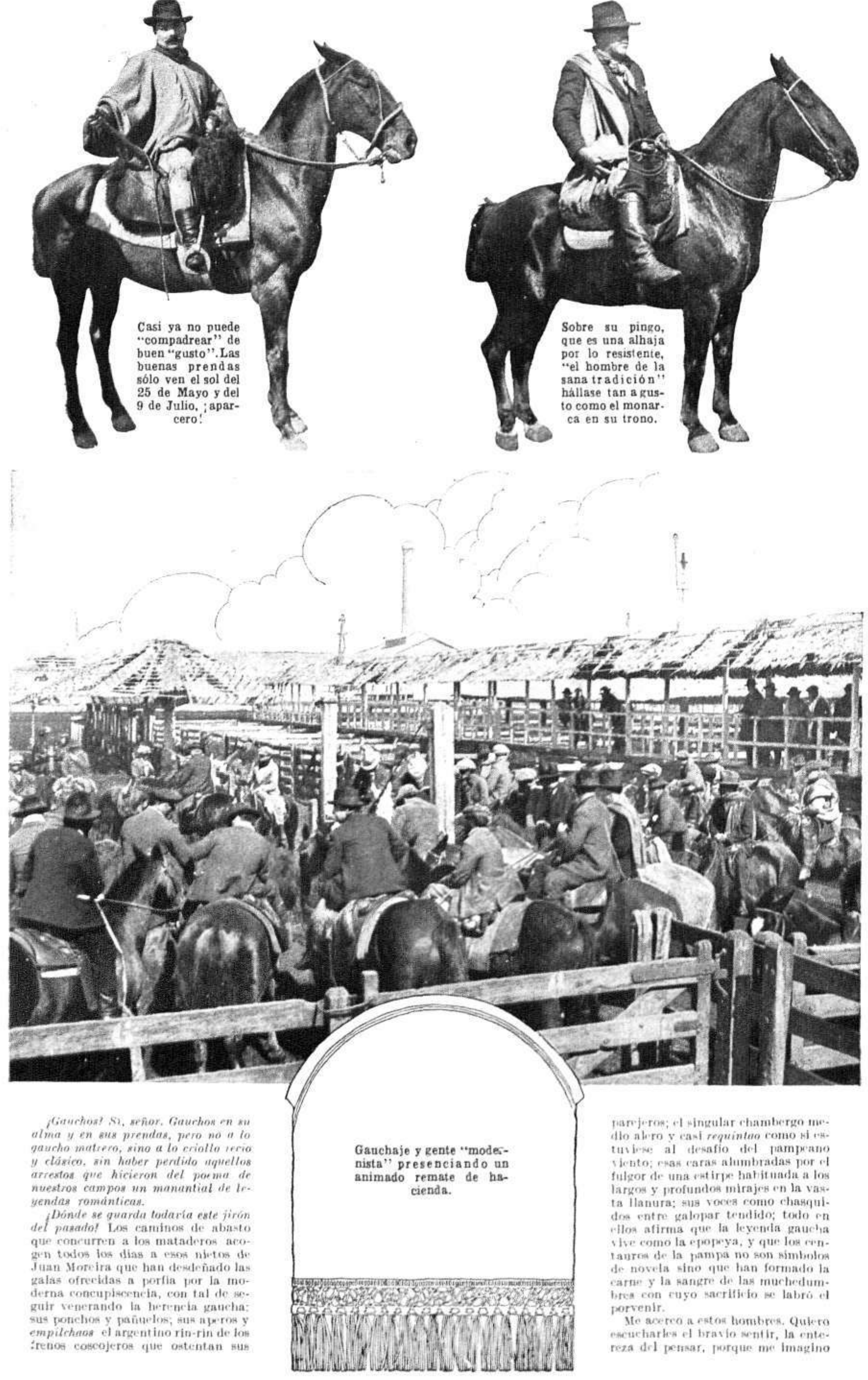


Un tipo clásico, curtido por el sol y por la lluvia, que han endurecido su piel, pero no su corazón.

EL desfile de figuras evocativas de la tradición, en un rincón de Buenos Aires, revive con riqueza de color el romance criollo



Norteño puro, nacido en las montañas, que parece añorar con melancolía el pasado pintoresco y bravío.



Casi ya no puede "compadrear" de buen "gusto". Las buenas prendas sólo ven el sol del 25 de Mayo y del 9 de Julio, ¡aparcero!

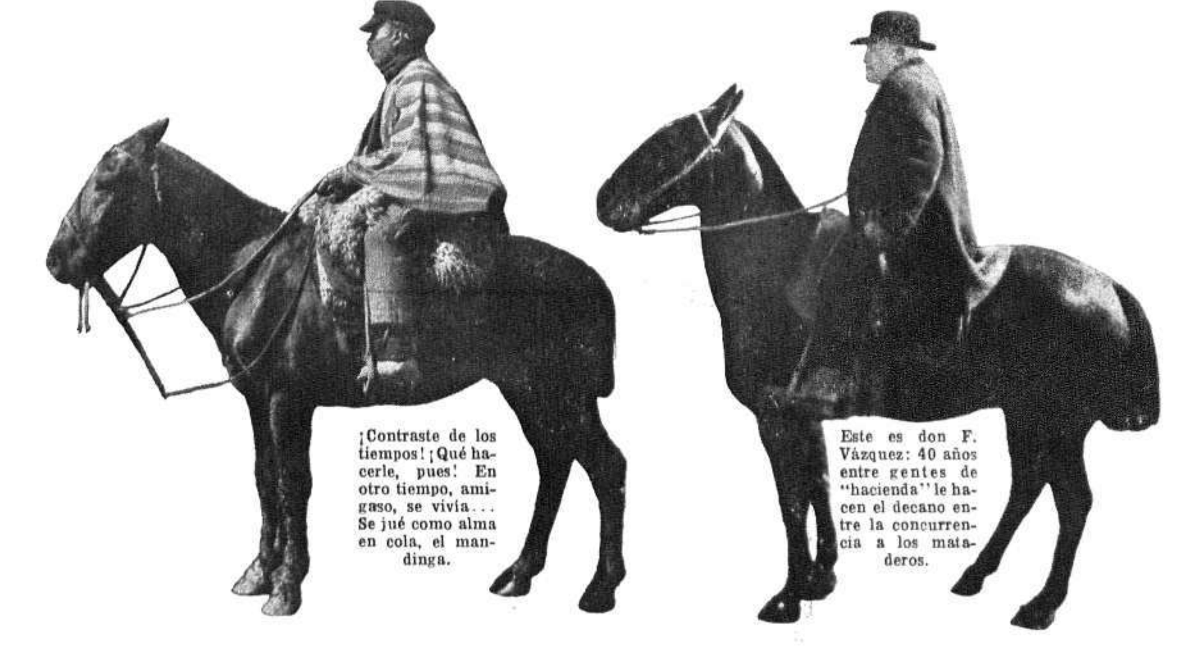
Sobre su pingo, que es una alhaja por lo resistente, "el hombre de la sana tradición" hállase tan a gusto como el monarca en su trono.

Gauchaje y gente "modernista" presenciando un animado remate de hacienda.

¡Gauchos? Sí, señor. Gauchos en su alma y en sus prendas, pero no a lo gaucho matrero, sino a lo criollo recio y clásico, sin haber perdido aquellos arrestos que hicieron del poema de nuestros campos un manantial de leyendas románticas.

¿Dónde se guarda todavía este jirón del pasado? Los caminos de abasto que concurren a los mataderos acogen todos los días a esos nietos de Juan Moreira que han desdeñado las galas ofrecidas a porfía por la moderna concupiscencia, con tal de seguir venerando la herencia gaucha: sus ponchos y pañuelos; sus aperos y *empilchaos* el argentino rin-rin de los frenos coscojeros que ostentan sus parejeros; el singular chambergo medio alero y casi *requintao* como si estuviese al desafío del pampeano viento; esas caras alumbradas por el fulgor de una estirpe habituada a los largos y profundos mirajes en la vasta llanura; sus voces como chasquidos entre galopar tendido; todo en ellos afirma que la leyenda gaucha vive como la epopeya, y que los centauros de la pampa no son símbolos de novela sino que han formado la carne y la sangre de las muchedumbres con cuyo sacrificio se labró el porvenir.

Me acerco a estos hombres. Quiero escucharles el bravío sentir, la entereza del pensar, porque me imagino



¡Contraste de los tiempos! ¡Qué hacerle, pues! En otro tiempo, amigaso, se vivía... Se jué como alma en cola, el mandinga.

Este es don F. Vázquez: 40 años entre gentes de "hacienda" le hacen el decano entre la concurrencia a los mataderos.

que los abuelos laten espiritualmente dentro de cada corazón. Y aún — pese a los iconoclastas — aún hay gauchos ahí nomás en el confín de la urbe absorbente; todavía se adornan las guitarras con el lazo azul y blanco, el 25 de Mayo, y se goza de la extraña jerga que el alma del paisanaje hacía, 50 años atrás, a medida que iba la aurora irrumpiendo su himno de luz en las mañanas de la patria.

— *¿Y cómo es eso, mi amigo, que se conservan tanto las líneas?* — interrogo.

— *¡D'eande quiere, señor, que olvidemos aquellos tiempos en que pa caminar no era grasia salir sin las nasarenas!*

¿Deande sale aura que a un criollo se le vea dir pal puesto sin ofertarle un cimarrón?

— *Pero es que ahora el gaucho* — agrego intencionalmente — *ha perdido su "estampa", según lo afirman hombres entendidos...*

— *Vea, don: dígales que acá, en la capital, se pierde hasta el hablar. Entuavía habemos más de uno que sentimos el orgullo de nuestra sangre, y allí, donde se abre el campo a nuestras anchas, en esa querencia contra la que todos conspiran, quedan los hijitos que son de a caballo y de ley...* Cuando el criollo concluye, su mano que empuña amplio pañuelo yerbero, borra de la frente el manantial de sudor que brota como un parto del sufrimiento. Alrededor pasa de un lado para otro el desfile de cien, de mil

jinetes, unos a la odiosa manera del cinematógrafo; los otros apabullando criminalmente los atributos gauchescos con una indumentaria arbitraria; pero entre todos, con su pingo sereno y gallardo, con sus revuelos de poncho, cruza el legitimo señor del desierto desplegando la gracia de la leyenda.

Un penetrante tufo de churrasco nos asalta. Es fuerte, incitante, sabroso; parece una fuerza que avanza dominadora y nos dice: *Quédate, come del manjar vigoroso que dió su energia a las venas de una raza. Come, que soy un dilecto del vigor y la entereza.* Y pasan ponchos, espuelas, pangarés y rosillos a toda marcha. Cerca, un rumor que viene creciendo según llega el eco, despierta la imaginación hacia el recuerdo de las noches en que la llanura calló para escuchar la voz de Santos Vega; parece que cada uno de estos criollos ha echado el ala del sombrero sobre sus ojos para ocultar una lágrima y soltar una endecha en que vibre, impregnada de santa emoción, la voz de la raza.

El amigo Medina, resero gaucho y valiente hasta caerse muerto, según venga la parada, y que siente legitimo orgullo por su ilete y su empilchao.

SANTIAGO FUSTER CASTRESOY

Por el aire y el gesto, cualquiera creería en la reaparición del zarandeado juez de paz, que tanto revuelo causaba en el criollaje.

FOTOS DE VARGAS.

Freixas y C.ia
AGENTES



La marca Bau representa siempre
la garantía positiva del mejor aceite

Puro de oliva

LOS LIBROS

EL CANTICO ESPIRITUAL

POR MANUEL GÁLVEZ

DESPUES de habernos mostrado en su «Historia de Arrabal» un caso de amor puramente sensual, el señor Gálvez, cuya laboriosidad es en realidad sorprendente, nos presenta en esta novela un caso de amor puramente espiritual. Mauricio Sandoval es un escultor enamorado de la belleza; pero no la belleza que aman su suegro y su mujer, Genoveva, sino una belleza superior, aquella que en su alma perciben sólo los grandes artistas cuya vida es constante y a las veces dolorosa lucha en busca de su realización en obras de sus manos. Si los artistas como Mauricio no estuviesen tan preocupados en la persecución de la belleza con que sueñan, es posible que no cometiesen errores tan capitales como el cometido por Mauricio al casarse con Genoveva, quien, después de mucho sufrir por el creciente desapego de su marido, acaba miserablemente en el adulterio. Estaba ya casado Mauricio cuando encontró a la mujer en quien habría de ver encarnado su ideal de belleza. Susana le inspira las obras en que su genio se revela en toda su plenitud — obras que, naturalmente, no le gustan a Genoveva, — y a medida que pasa el tiempo se va produciendo en él una evolución muy interesante, que lo lleva como de la mano hacia el amor espiritual. En la última página del libro, Mauricio dice a Susana: «Para esta obra (la grande obra del genio del escultor, que será «El Cántico Espiritual») debemos ser puros, olvidarnos de nuestra carne mortal, levantar nuestras almas hasta la Belleza Absoluta». Cae después el artista en una especie de éxtasis, en el cual comprende que aun a la pobre Genoveva le debe algo en su ascensión hacia el ideal, y concluye con un descubrimiento trascendental: la Belleza Absoluta es Dios. Esta que aparece como la verdad estética fundamental de la novela del señor Gálvez, es probable que no sea considerada como tal verdad por muchos artistas, aun de genio; pero militan en favor de ella innumerables testimonios, así directos como indirectos, y en todo caso es una concepción de la Belleza Absoluta tan respetable como cualquiera otra. Por lo demás, en esta última novela del señor Gálvez se advierten las mismas condiciones que én las mejores de ese ya tan merecidamente prestigioso escritor, de tal suerte que puede decirse que todas ellas no constituyen sino una sola obra, desarrollada en distintos planos. Mas en ésta, como en las otras, el personaje central es lo principal; casi todo lo que se mueve y vive a su alrededor carece de importancia suficiente para recordarlo por lo menudo, a pesar de la exactitud y precisión, en ocasiones excesivas, con que el autor lo pinta, como se dice. Y prescindiendo de ciertas debilidades del estilo y cierto «patronismo» que se nota en algunas de las figuras y hasta en tal cual situación, debe reconocerse que «El Cántico Espiritual», téngase la opinión que se quiera sobre la tesis capital, es una novela que, junto con preocupaciones elevadas y austeras, demuestra en el autor, una vez más, algo que hace tiempo ya sabíamos todos: que el señor Gálvez es sin duda el más completo, por algunos respectos, de nuestros novelistas, sean cualesquiera los personajes y las situaciones que lleva a sus novelas, siempre merecedoras de francos y sinceros aplausos.

CANCIONERO POPULAR RIOPLATENSE

LÍRICA GAUCHESCA, POR JORGE M. FURT

PARA definir su posición en nuestro mundo literario, el señor Furt nos previene que desde temprano adoptó «el credo religioso de Estrada, el credo argentinista de Rojas y el credo clásico de Oyuela». Así, triplemente armado caballero de las letras católicas, nacionalistas y clásicas, el señor Furt, aplicando los procedimientos de Menéndez y Pelayo, se dió a la tarea, no poco difícil, de buscar en la parte central del país las muestras de la que llama lírica gauchesca, que encontró en la abundancia que deja ver el mero tamaño de su volumen. Llena de méritos está, pues, la obra del señor Furt, que ocupará sitio de preferencia en toda biblioteca argentina; mas se nos ocurre — y ello no se aplica solamente a la obra de que se trata — que sería menester, para justificar plenamente los propósitos enunciados, que se hiciese distinción clara y precisa entre las composiciones (para emplear un término genérico) que de España pasaron a toda la América sin alteración, las que pasaron en la misma condición sólo a nuestro país, las que sufrieron alteraciones entre nosotros, y las compuestas por los líricos gauchos. Así se evitaría, por ejemplo, que al leerse un libro como éste, de lírica gauchesca, se tropiece frecuentemente con composiciones que se cantan en otros países hispanoamericanos, lo que, por otra parte, plantea la duda de si tales composiciones fueron importadas de España directamente, o de esos países, o si a éstos fueron del nuestro. Bien se nos alcanza que la tarea sería extraordinariamente ardua; pero nos parece que esa es la única manera de que pueda apreciarse cabalmente la capacidad poética propia, por decirlo así, de la lírica gauchesca, como ha podido apreciarse esa capacidad en el caso de la poesía popular castellana, gracias a los trabajos de Menéndez Pidal, para no citar sino a uno de los maestros españoles que han tratado el asunto. Hecha esta observación, nacida sólo del deseo de que alguna vez se fije con precisión la porción propiamente gauchesca de la lírica gauchesca, debe reconocerse que el libro del señor Furt, escritor a cuyo correcto y elegante estilo le da de cuando en cuando cierto compás monótono la preocupación del clasicismo, es de alto valor en todo sentido. Es la obra de un escritor de talento que ha realizado a conciencia una labor que amaba.

BIBLIOGRAFÍA

CATALOGOS

Catálogo de la Sección librería. Ciencias, artes, industria. Casa Jacobo Peuser Ltda. Buenos Aires.

REVISTAS:

«Ibérica». Revista española dedicada a los progresos científicos e industriales de la península. Números 487, 488 y 489. Editada en Tortosa.

Revista de Occidente. Tomo I. Dirigida por José Ortega y Gasset. Madrid.

FOLLETOS:

Inconstitucionalidad de los Impuestos Confiscatorios. El pleito sobre el camino adoquinado de Avellaneda a La Plata. Fallo de la Suprema Corte. Por Carlos Ibarguren. A. Cerini. Buenos Aires.

El problema del profesorado. Labor realizada desde su fundación. Buenos Aires Herald. Buenos Aires.

LIBROS:

Facundo, por Domingo F. Sarmiento, con una introducción por Joaquín V. González. «La Cultura Argentina». Buenos Aires.

Chalchaquí, por Adán Quiroga, con una introducción de Leopoldo Lugones. «La Cultura Argentina». Buenos Aires.

Taquigrafía Sistema Pitman, por F. García Beltrán, 7.ª Edición. Agencia General de Librería y Publicaciones. Buenos Aires.

Cancionero popular rioplatense. Lírica gauchesca, por Jorge M. Furt. Tomo I. Librería La Facultad. Buenos Aires.

Las atormentadas, novelas por Josué Quesada. Volumen I. Agencia General de Librería y Publicaciones. Buenos Aires.

Octubre, poesías de Héctor Carlos Bernárdez. Bautista Cubas. Córdoba.

Don Torcuato. Semblanza del primer Intendente Municipal de Buenos Aires. Agencia General de Librería y Publicaciones. Buenos Aires.

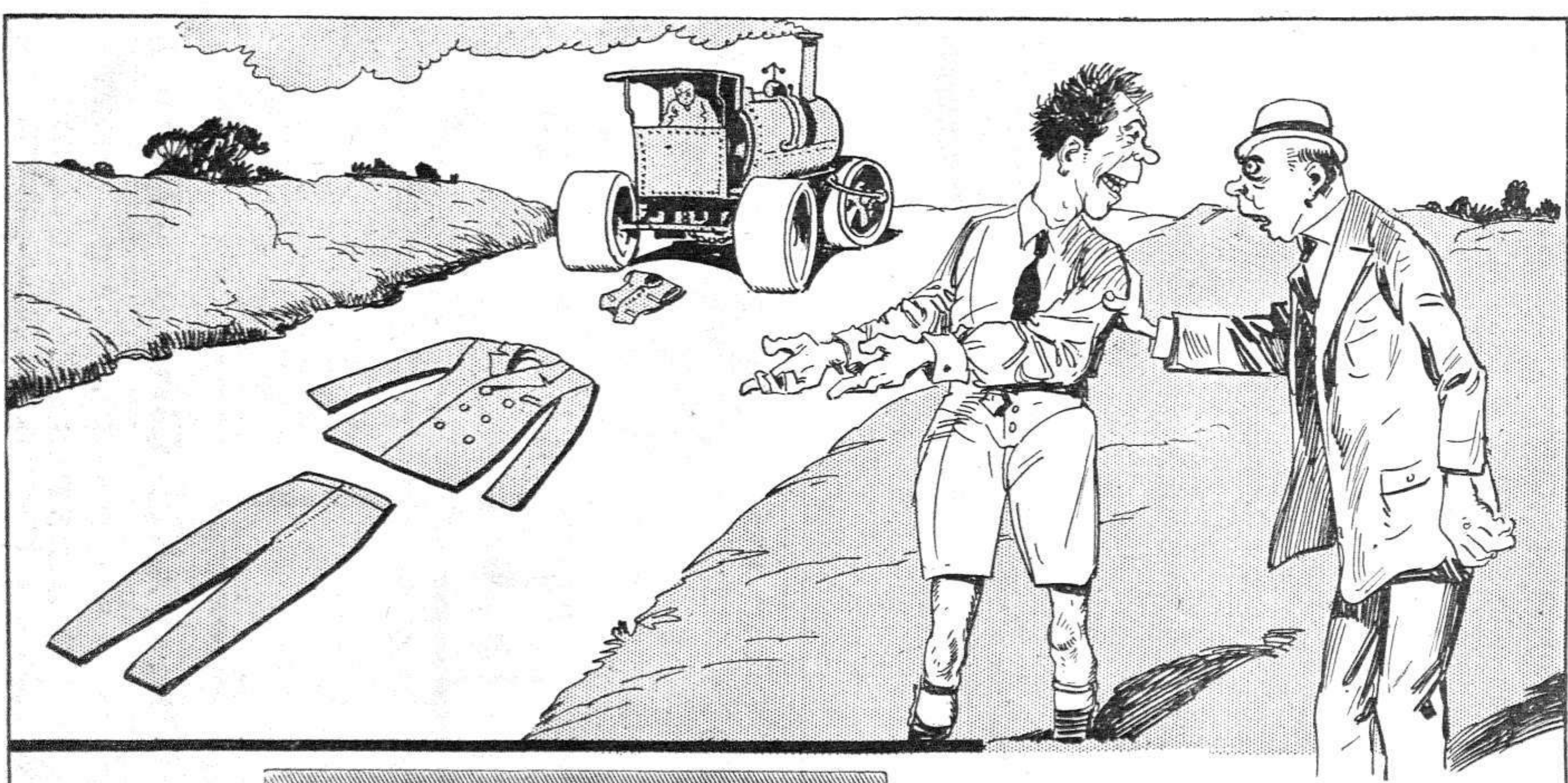
Inquietud, poesías por José E. Peire. Imprenta Ausias March. Rosario.

Bosquejos (sonetos), por Alfredo I. Bocetti. Librería La Facultad. Buenos Aires.

Tono menor, poesías de Francisco López Merino. Agencia General de Librería y Publicaciones. Buenos Aires.

La ciudad de las losas y de los sueños, novela por Horacio Caillet Bois. Agencia General de Librería y Publicaciones. Buenos Aires.

Guía Médica. Publicación anual de 1923. Organizada por los estudiantes de Medicina. Esta Guía ha de ser de gran utilidad lo mismo para los facultativos que para el público en general.



NOTA
COMICA
DEL

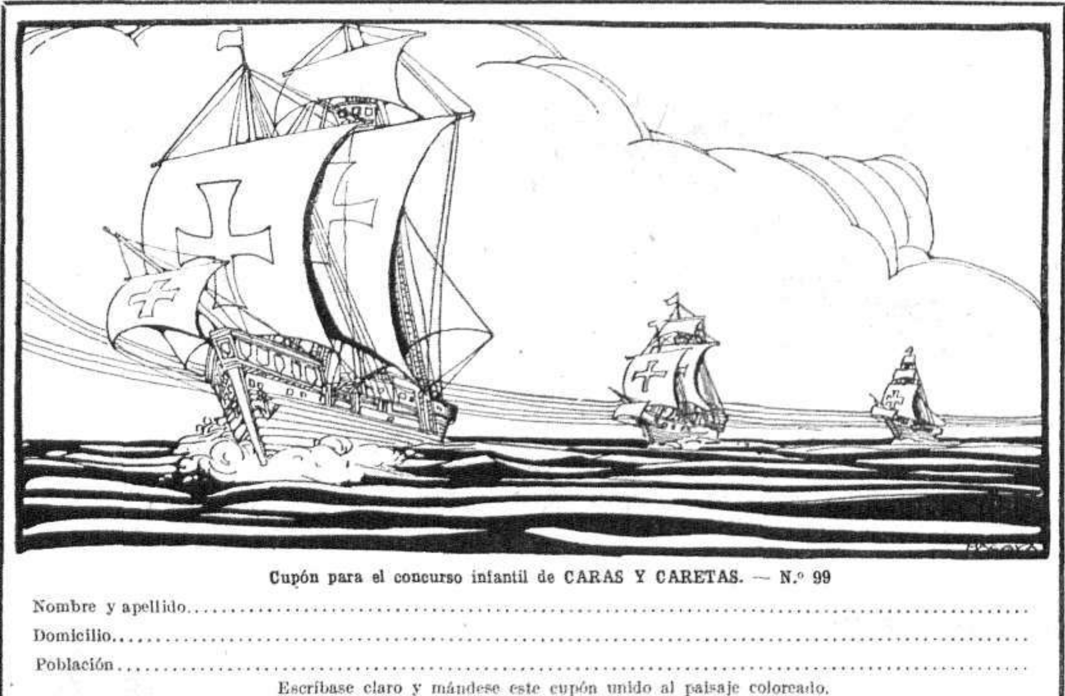
GLAUDA VERMOUTH ARGENTINO

—¡En ropas menores y en medio de la carretera! ¿Qué haces?

—Pues ya lo ves: planchando la ropa!...

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección:
Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.
Se otorgarán **CIEN PREMIOS**, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — N.° 99

Nombre y apellido...

Domicilio...

Población...

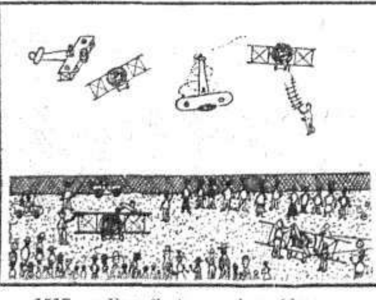
Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.



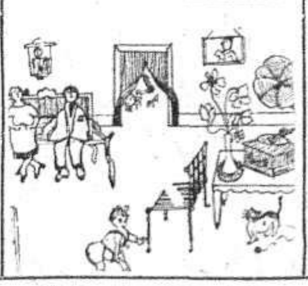
CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



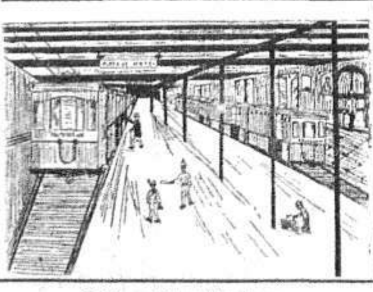
Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



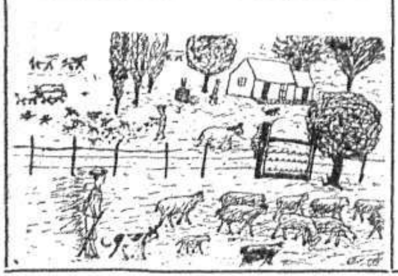
1517 — Una fiesta en el aeródromo.
JUAN CARLOS SOSA.



1518 — La primera visita.
MERCEDES A. MÉNDEZ.



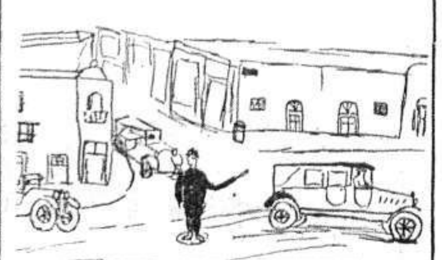
1519 — El subterráneo.
BENJAMÍN A. RODRÍGUEZ MARÍN.



1520 — El pastor y su majada.
ALBERTO H. AVELEYRA.



1521 — La misteriosa evasión.
FRANCISCO J. BOIDI.



1522 — Dirigiendo el tráfico.
JORGE E. SCHOTTA.

HISTORIA DE UN MARRON GLACÉ



CUÁN ufano y orondo me encontraba envuelto en mi papel de plata, colocado muellemente dentro del diminuto cucurucho rizado en donde, con roja letra inglesa, de filigrana pura, se leía el nombre acreditado de la casa selecta que me produjo! ¡Y con qué orgullosa complacencia reinábamos los demás de mi promoción y yo sobre los caramelos de los Alpes, las pastillas, los chocolatines, los caramelos comunes y todo el fárrago de golosinas que en otros artísticos fruteros de níquel había sobre la tabla de mármol rojo del mostrador! Aquellas otras frioleriIlas se cambiaban, se iban no sabíamos dónde; nosotros, no; éramos los reyes, los invariables, los incorruptibles; no nos dejábamos comprar así como así; valíamos a doce pesetas el kilo.

Los demás, pastillejas de infinitos colores y sabores, caramelos, *violettes gelées,* bombones franceses y *confetti* italianos, eran comprados por todo el mundo, eran la clase media que todo lo inunda y todo lo domina; nosotros pertenecíamos a la aristocracia superfina; éramos sobre los demás algo así como el currutaco de Carlos IV comparado con el gomoso de nuestros días. Si salíamos de la tienda, era que íbamos a ser ejecutados entre los dientes blancos, diminutos y perfumados de las damas *pur sang* de mucho dinero y de gusto exquisito, o quién sabe adónde íbamos a parar... pero siempre, siempre a gente excelsa, a gente que se distinguiese en mucho no ya del común de los mortales sino de la alta burguesía.

La burguesía, ¡puf!, esa prefería los encarnados y pastosos *confetti* de Turín y los durísimos caramelos de menta y de frambuesa; nos miraban por encima y solían preguntarse *in mente:* «¿Qué serán estas cositas redondas envueltas en papeles plateados y que tan caras valen?» Un alto banquero, al saber que en suma no éramos sino castañas, nos volvió la espalda con desprecio, recordando quizá las infinitas que comió crudas, asadas y cocidas cuando en los tiempos lejanos de su niñez apacentaba vacas en los montes de Asturias.

Esto éramos en general, que en particular yo podía llamarme el rey de reyes; mi tamaño, las formas elegantes de mi ser me hacían estar siempre en primera fila, y cuando algún hombre *comme il faut* o alguna dama perfumada, argentina de voz y exuberante de elegancia, pedían que les sirviesen nuestros cuerpos, las manos del dependiente, al coger a mis compañeros con finura uno por uno, se apartaban de mí, y yo quedaba allí siendo el orgullo del establecimiento, la honra de las gentes de mi clase, el Napoleón... ¡no!, Napoleón fué burgués, el Luis XIV de los *marrons glacés.*

Estuve en aquel frutero mucho más que todos mis congéneres y vi desfilar hacia lugares diversos e ignorados algunas generaciones de caramelos de los Alpes, caramelos comunes, pastillas de café, chocolatines y miles zarandajas de idéntica importancia. Seguía en mi puesto desafiando orgullosamente a los parroquianos burgueses sin dinero o sin gusto que no me llevaban a honrar sus labios; por otra parte, dolíame recordar a mis compañeros idos; habrían perecido seguramente entre labios selectos, habrían muerto con gloria, es cierto, asesinados por gentes conocedoras del arte de distinguir golosinas, pero ¡qué diablos!, morir es morir y la muerte me asustaba.

Tranquilo andaba yo muy abrigadito bajo mi brillante envoltura y sin preocuparme para nada de mi fin, que consideraba lejano, cuando cierta mañana observé que desaparecían rápidamente legiones de las otras chucherías propias de gente burguesa; los dependientes hablaban de fiestas, de un algo extraño que debía ser risible y que llamaban el Carnaval. ¿Qué será el Carnaval? pensaba yo; pero Dios, que a todo provee, quiso que se abriera un agujerito en mi capa de papel de estaño y por allí comencé a ver sin ser visto lo que por el mundo sucedía.

Y vi que entraban en la tienda seres extraños con caras impasibles de seda, de alambre o de cartón; luego supe que aquellas caras sin expresión se llamaban caretas y que servían para dar chascos a la gente, diversión que debía entretener mucho a todo el mundo según lo jovial de las fisonomías que veíamos. No eran tan faltos de expresión los trajes como las caras, puesto que en ellos se mezclaba una de colorines verdaderamente lastimosa, cosa que a mí, amante del buen gusto, me hacía sufrir lo imposible. Volaron al impulso de aquellos arlequines montones de caramelos vulgares, puñados tremebundos de bombones franceses, millares de almendras embadurnadas con azúcar y almidón, pero nosotros, *les gens d'élite,* la *high life* del establecimiento, seguíamos intactos, desafiando con brillantes reverberaciones todo aquel montón de gente de poco más o menos que pasaban por nuestro lado haciendo caso omiso de nuestra selecta distinción.

Pero, ¡ay!, que nunca en el mundo debemos mostrarnos orgullosos por quedar olvidados, porque donde menos se piensa salta una ocasión y un peligro, y el desenlace funesto que da al traste con nuestras ilusiones y que ahoga para siempre nuestros necios orgullos, orgullos al fin y al cabo de *marron glacé.*

Así pasó y así vino el hecho que motiva los trasudores azucarados que me matan hoy; fuí el rey, fuí el niño mimado del establecimiento, pero llegó mi hora y se abatió mi orgullo, como se abaten ante la voluntad de Dios las olas del mar y los vendavales de las sierras.

Una de aquellas veces que entraron arlequines en la tienda — dijeron que era martes de Carnaval — entraron dos vestidos con elegancia, cada cual en su género; lucía el primero un traje de paleta, quiero decir, un pañuelo de Manila anudado al talle, otro de seda a la cabeza, una falda corta a ramos blancos y azules y una cara de cartón llena de costurones y granos, tras de la cual brillaban unas cosas encendidas y movedizas que debían ser los ojos de la máscara — porque luego supe que máscaras los llamaban. — A no ser por la reluciente bota de charol y por las manos enguantadas en negro, hubiera mirado a aquella máscara con horror; me recordaba la zafia lugareña que me arrancó del árbol patrio, cuando yo no era más que una castaña vulgar, aunque hermosota.

Pero la otra máscara me cautivó desde el primer momento; aquel traje Directorio verde-campo adornado en rosa, aquella media de seda, aquella careta de alambre que tenía una expresión tan distinguida, la peluca rubia que formaba ricitos diminutos al redor de la frente y el sombrero, colosal de ala, verde-campo también y coronado por un lazo inmenso rosa, un lazo de lo más *chic* del mundo conocido, que daba ejecutoria de distinción a las manos que supieron producirlo; aquello era lo imprevisto que llegaba, la época más elegante de la historia que se me aparecía, el sueño realizado de un *marron glacé.*

Absorto estaba, sin oír nada, cuando me sentí cogido por un dependiente; me enfurecí; fué lo mismo que si al contemplar un cuadro de Watteau le pusieran a uno delante un cromo de una corrida de toros; ya iba a desesperarme, cuando me metieron en una

cajita satinada de letras de oro sobre fondo azulado y me entregaron, ¡oh placer!, a las manos enguantadas en blanco, correspondientes a aquel cuerpo verde y rosa.

Salimos de la tienda, y por un resquicio de la caja seguí viendo el mundo. Hacía un sol espléndido; la calle por donde bajábamos era la reina de las calles, ancha, alegre, en cuesta pronunciada, flanqueada de pinos, con casas suntuosas; la gente se desbordaba de las aceras e invadía a veces el terrizo arroyo por cuya extensa superficie bajaban en fila coches y más coches; de cuando en cuando había unos tíos a caballo con unos colores funerarios en la ropa y unas cosas largas y resplandecientes en la mano, y para que se vea lo mal que anda el mundo, aquellos tíos barbudos y feísimos eran los que mandaban allí, los que mandaban en tanto coche charolado y primoroso, sobre tanto lujo y tanto gusto; el sol brillante de España daba sobre los colores, sobre los árboles, sobre los tíos aquellos de los caballos, y en la gente y en el cielo se veía una animación inusitada; parecía que Dios, asomándose a las alturas, sonreía satisfecho al ver tan hermoso el mundo.

Llegamos a un paseo hermosísimo; ya pude ver poco, porque la gente me ahogaba; oí que aquello era Recoletos y vi muchos árboles despojados de hojas, un sol grandioso y un bullicio tremendo; los chillidos ensordecían... En esto la mano que nos tenía nos apretó convulsamente; la paleta dijo en voz baja: — *Ahí están*, y nos acercamos a un grupo que merecía detallarse, pero que no pude ver bien porque la mano me oprimía cada vez con más fuerza y su pulso era por segundos más acelerado.

Ambas máscaras hablaron en voz fingida unos minutos, y luego tomaron sus voces naturales; ¡qué extraño efecto hacía tras la *toilette* irreprochable de mi dueño, su voz hombruna, más rara aún por cierta emoción que yo no me explicaba! Nos dividimos en parejas y echamos delante la máscara que me tenía en su poder y una muchacha joven, muy joven, vivaracha, de ojos negros y brillantes, con un lunar picaresco en el rostro y una boca fresca y pequeña que dejaba ver unos dientes menuditos y apretados. Yo temblaba; aquellos dientes habían de ser mi guillotina. La paleta echó detrás y creí comprender que su misión se reducía a distraer a otro ejemplar femenino para evitar que se apercibiera de lo que pasaba delante. No era el papel muy correcto, pero no era desagradable, porque el ejemplar femenino estaba en la flor de la vida y tenía unos ojos entornados, soñadores, adorables, que se fijaban en la careta, y digo en la careta porque eso debía ser lo que le interesaba, pues cuando la máscara, pasado un rato, se descubrió, los ojos soñadores apenas miraron el rostro, que a decir verdad era hombruno, feote y de pocos atractivos.

Cerrando marcha venía el elemento serio; las que habían dejado de ser jóvenes y se veían sujetas al martirio de contemplar las expansiones de la juventud.

Mi dueño hablaba con su voz natural, muy bajito, aproximándose todo lo posible a la orejita pequeña y sonrosada de su acompañante; yo iba apretado con mis compañeros sin oír ni ver casi nada. Así pasó tiempo; fuí notando que se calmaba la excitación de mi dueño; de pronto, y con un movimiento brusco, abrió mi encierro, y cogiendo a uno de mis compañeros lo ofreció a su acompañante.

Estábamos en una calle bulliciosa, en donde la gente andaba de prisa y como ansiosa de regresar a sus hogares; el sol ya se había ido; brillaban unas luces amarillentas de trecho en trecho.

El verdugo aquel de los dientes menuditos cogió a mi compañero, poniéndose muy encendida; quizá fueran remordimientos por la suerte que le preparaba; le quitó lentamente su funda de papel plateado y se lo comió... se lo comió sonriendo y mirando con cariño a la máscara verde-campo y rosa.

Qué transformación: aquella careta linda con bucles rubios, había desaparecido; en su lugar quedaba un rostro morenote con un bigotejo castaño. ¡Desilusión! Era un hombre; y más aún, ¡horror!, iba fumando.

Entonces me hizo pasar a manos de la muchacha que acompañaba; fuimos todos en la caja; las manos pequeñas, finas, enguantadas, nos acariciaron; la conversación seguía en voz baja, suave, melodiosa; detrás la paleta gritaba haciendo sonreír a la persona de ojos soñadores y adorables. ¿Gritaría a propósito para que no se oyeran aquellos murmullos que se cruzaban entre la linda pareja de delante? *¡Chi lo sa!*

El del traje Directorio dijo algo que turbó a los dientes diminutos, que mordieron los labios fuertemente; la caja se escapó de la mano, y yo y mis compañeros caímos al suelo; ella se agachó a recogernos, la máscara fumadora también, y entonces, mientras nos recogían, el guante negro de ella y el blanco de él se posaron el uno sobre el otro y se estrecharon franca y prolongadamente. Yo pagué los vidrios rotos, porque la mano negra me tenía entonces, y al oprimirla el guante blanco me desarticuló por completo; desde entonces perdí las formas lindísimas que constituían el encanto de mi vida.

El dolor me hizo desvanecer; al volver en mí creí llegado el fin de mi existencia; en un cuarto elegante y simpático, en el interior de un armario de limoncillo con luna biselada, estaba la cajita satinada, con una mancha de lodo, efecto del testarazo que nos dimos; mis compañeros todos habían desaparecido, y yo estaba entre las manos pequeñas y entrelargas, ya desenguantadas; las yemas sonrosadas de los dedos me oprimieron, y me vi camino de la boca que se abría. El momento de la ejecución había llegado.

Pero no; los labios se posaron sobre el papel de plata de mi envoltura y lo oprimieron fuertemente; sonó un chasquido, y luego otro y otro y otro...

* * *

Y hace muchos días que sigo aquí solo, triste, desformado; muchas veces creo que llega mi ejecución al ver los labios rojos que se me aproximan; pero en vez de morderme se posan sobre mí con dulzura, y suenan armoniosos los chasquidos, mientras me embriago en el perfume delicioso que sale de la boca fresca y pequeña........

....



DIBUJO DE SIRIO.

EL IDIOMA CASTELLANO EN LA ARGENTINA




Por FLORENCIO GARRIGOS (Hijo)

(Continuación)

ACOLLARAR

Por estas tierras suele escribirse «acoyarar», empleado en la acepción de unir un animal a otro, o de sujetarlo en forma que no pueda huir. Así, en el «Fausto», de Estanislao del Campo, se dice, hablando de caballos: «Y en ancas haga el favor — De *acollararlos*»...

La acción de acollarar se aplica también a personas: «Fué *acoyarao* el cantor — Con el gringo de la mona». *Martín Fierro*, de Hernández.

ACOPLADO

Voz que se emplea, hablando de los tranvías, para designar el carruaje que va detrás, es decir, unido a otro.

Empleado como adjetivo, aun cuando en este carácter tampoco lo registra el diccionario oficial, creemos sería más correcto: «iremos en el coche *acoplado*», «los coches *acoplados* sufrieron graves desperfectos».

ACTUADO

En lenguaje forense acostumbra emplearse por «actuaciones levantadas»; así se dice: «el magistrado puede anular *lo actuado* de oficio o a petición de parte».

En el diccionario figura únicamente con la acepción de «ejercitado», «acostumbrado»: «Mientras no estemos bien *actuados* de que exista una disposición en que tal se ordene, nos acomodaremos al uso admitido de tiempo atrás en España y las Américas». (Cuervo, Apuntaciones Críticas).

ACUSAR

Luego que estudió el caso con la meditación y el pulso acostumbrados, la docta Corporación sancionó el uso ilegítimo de este verbo en acepción de «revelar», mas hizo la salvedad de que se toma generalmente en mala parte.

Entre nosotros, y probablemente en el resto del continente, no recibe esta interpretación, según puede notarse en estos lugares de Rodó: «Una fe que no oyó nunca pasos de enemigo interior antes suele *acusar* la escasa profundidad a que ha arraigado en el alma donde existe...», «no huella transitoria, como esa que, en los primeros tiempos de una conversión, *acusa* por tal cual ráfaga de inconsecuencia...».

ACHUCHARSE

Probablemente ha sido parte en el origen de este verbo, que vale «sufrir calofríos», así como en la acepción que damos a «chucho», el verbo «achuchar» usado en acepción de aplastar o estrujar con la fuerza de algún golpe o peso, y que era empleado en España, según el Diccionario de Autoridades, por gente de baja condición.

ADITAR

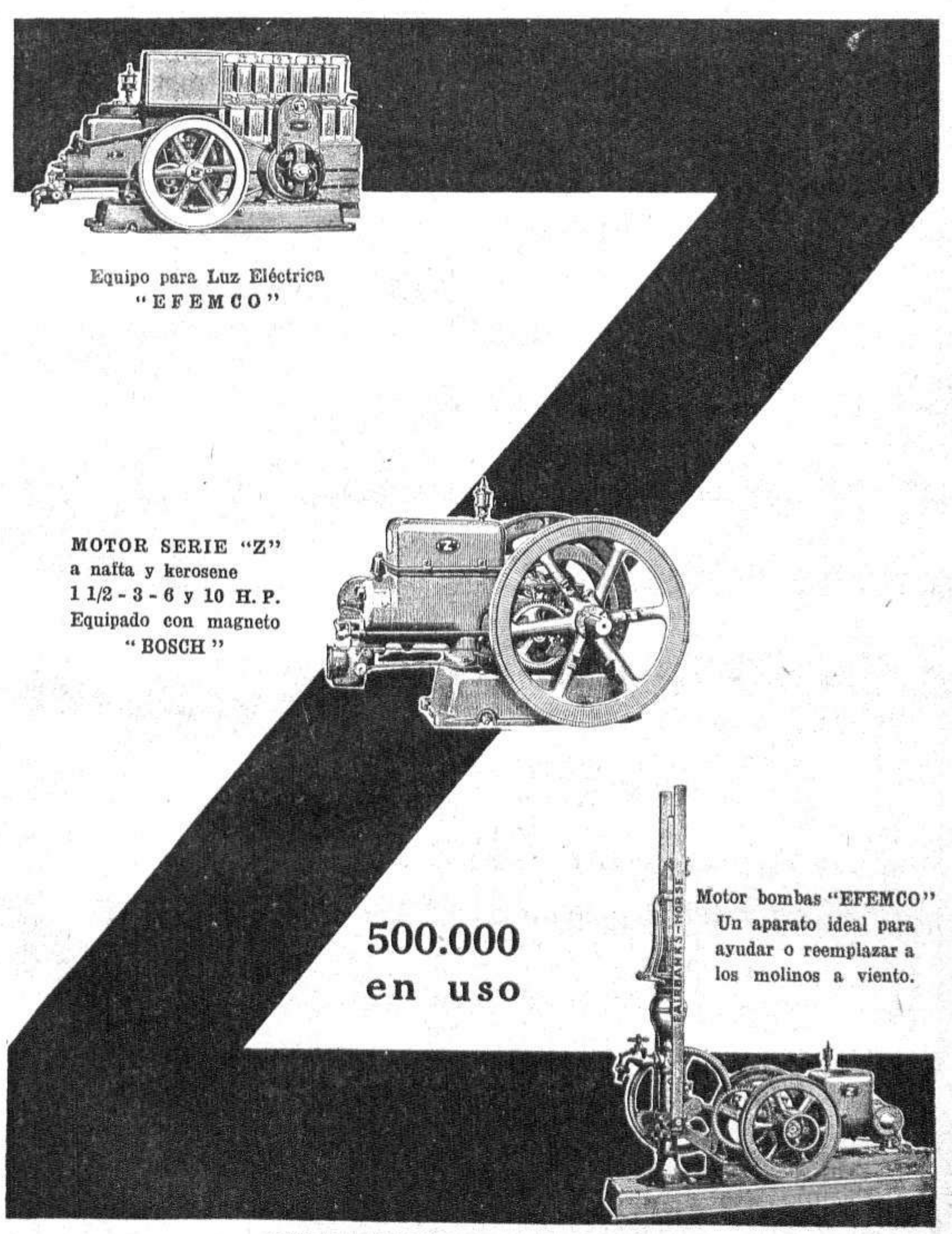
La Academia no lo registra en su vocabulario, y si bien es de infrecuente uso en el modo personal, no ocurre lo mismo cuando tiene desinencia impersonal: «adit-ando», «adit-ado».

El erudito escritor J. B. Selva no escrupuliza emplear la última forma en «Guia del buen decir»: «*vaquillona*, argentinismo proveniente del diminutivo vaquilla, al que nuestros hombres de campo habrán *aditado* el sufijo «ona», propio del aumentativo».

Obsérvese que «argentinismo», usado por dicho escritor, tampoco figura en el léxico oficial, a despecho del buen origen que tiene y de su morfología que se aviene con las leyes de la derivación castellana.

(Continuará.)

MAQUINARIA
FAIRBANKS - MORSE



PIDAN CATALOGOS Y PRECIOS

HENRY W. PEABODY & Cía.

1746, Bmé. MITRE, 1758 BUENOS AIRES

Almanaque biográfico nacional

Por J. M. BARRIA


Doctor Victorino de la Plaza.


Doctor Nicasio Oroño.


Doctor Francisco B. Madero.


Doctor Ricardo Gutiérrez.


Doctor Abel Bazán.


Doctor Pedro Arata.

DIAS		AÑOS Nacimiento	AÑOS Muerte	OCTUBRE — PATRIOTAS, GUERREROS, HÉROES Y BENEFACTORES DE NUESTRA VIDA POLÍTICA Y SOCIAL
1	Lunes		1903	Segovia Gregorio, militar.
2	Martes		1919	Plaza, Dr. Victorino, Pres. de la Rep.
3	Miércoles		1921	Rams, Esteban, militar.
4	Jueves	1844		Bosch, Francisco, general.
5	Viernes		1905	Dimet, Eduardo, militar.
6	Sábado		1905	Constantino, Vicente, Cap. de fragata.
7	Domingo		1922	Chapeaurruge, Carlos, ingeniero.
8	Lunes		1918	Cardenos, Trifón, general.
9	Martes	1839		Alcobendas, Francisco, médico.
10	Miércoles	1843		Spika, Enrique, general.
11	Jueves		1916	García, Aparicio Benjamín, coronel.
12	Viernes		1916	Ezeiza, Gabino, poeta y payador.
13	Sábado		1904	Oroño, Nicasio, político y mandatario.
14	Domingo	1816		Madero, Fco. B., Vicepres. de la Rep.
15	Lunes		1910	Peña, Rafael, abogado.
16	Martes	1820		Charras, Martiniano, coronel.
17	Miércoles		1916	Mitre, Jorge Mariano, poeta.
18	Jueves	1816		Bustillo, José María, general.
19	Viernes		1919	Velarde, Luis J., Cir. mayor de la Arm.
20	Sábado		1920	Cullen, Joaquín, abogado.
21	Domingo	1806		Lagos, Hilario, general.
22	Lunes		1886	Hernández, José A., poeta.
23	Martes	1852		Averza, José A., médico.
24	Miércoles		1822	Gutiérrez, Ricardo, Méd., poeta y Mil.
25	Jueves		1903	Bazán, Abel, Jurisc., M. Sup. Corte
26	Viernes		1919	Echichury, Manuel, militar.
27	Sábado	1787		Gamboa, Marcelo, abogado.
28	Domingo		1915	Gallo, Vicente.
29	Lunes	1849		Arata, Pedro, doctor.
30	Martes	1839		Irusta, José, Mil. Inv. del fusil reg.
31	Miércoles		1920	Vidart, Roberto, médico.

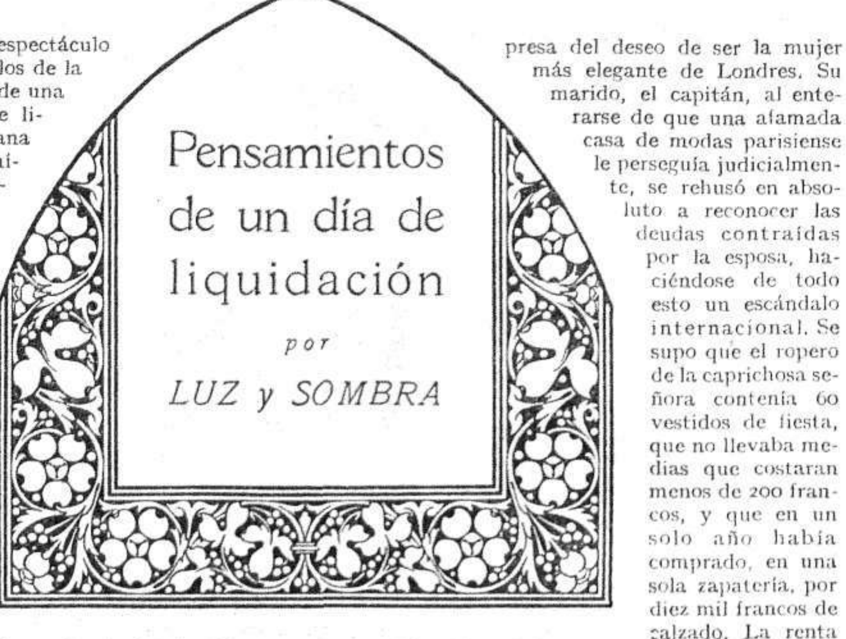


Es particularmente satisfactorio para mamita el poder comprobar que su hijito se cría sanito y robusto, pues la balanza le indica que se desarrolla normalmente. Complacida por lo que ello representa para sus ambiciones de madre, no olvida que là Malta Palermo le presta una valiosa ayuda, haciendo que durante todo el período de la lactancia tuviera una leche rica y abundante, y gozando ella misma del más perfecto estado de salud, lo que atribuye a las cualidades de esta admirable bebida tónica nutritiva.

EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAIS

CERVECERIA PALERMO S. A. - Buenos Aires





Pensamientos de un día de liquidación

por

LUZ y SOMBRA

No hay, quizás, espectáculo más interesante entre los de la vida cotidiana, que el de una gran tienda en día de liquidación. Por la mañana la gente acude — permítaseme la expresión — «con pie de plomo», consulta los precios, consulta a su acompañante y habla mal de la liquidación. Muchas se van sin comprar, otras regatean hasta marearse. Por la tarde, en las primeras horas, la afluencia empieza a acentuarse, se va haciendo a cada hora mayor, más atropelladora, más desordenada; domina el afán de comprar, como si al día siguiente no hubiese más tiendas; las clientes se miran con desafío, cada una teme que la otra se lleve la «oportunidad», se empeñan en tejer elogios al vendedor de un género que le dijeron haberse agotado; no compran otro ni se van; la nerviosidad pasa del vendedor a la cliente con resultados opuestos, y la gente se atropella, va como rebaño huyendo, mientras, ya en las últimas horas de la terrible jornada, se ve allá a una vendedora en una pose «dydiaboreliana», aquí a un vendedor, pegando brincos con una pieza de tela entre los brazos, ambos víctimas de las bellas clientes, ambos ofreciendo un cuadro penosamente cómico. Pero, ¿qué interesa esto a las que quieren con esa liquidación completar su ropero? ¿Qué puede enfriar el deseo de la elegancia? Peligroso deseo, que puede traer funestos excesos. Ahí tenemos el triste ejemplo de Mrs. Nash, presa del deseo de ser la mujer más elegante de Londres. Su marido, el capitán, al enterarse de que una afamada casa de modas parisiense le perseguía judicialmente, se rehusó en absoluto a reconocer las deudas contraídas por la esposa, haciéndose de todo esto un escándalo internacional. Se supo que el ropero de la caprichosa señora contenía 60 vestidos de fiesta, que no llevaba medias que costaran menos de 200 francos, y que en un solo año había comprado, en una sola zapatería, por diez mil francos de calzado. La renta personal de esta dama no superaba los 150 mil francos anuales.

El juez encargado del proceso desarrolló toda su elocuencia y su erudición para que el caso de Mrs. Nash sirviera de escarmiento a todas las mujeres del mapa, y ha citado la opinión de los hombres más ilustres, desde Ovidio que sentenció: «La mujer es la parte más pequeña de ella misma», hasta Víctor Hugo: «Las modas han causado más daños que las revoluciones».

Víctor Hugo — no hay que olvidarlo — era un poeta, y Ovidio vivió en tiempos muy distintos de los nuestros; sin embargo no es inoportuno esperar que las coquetas como Mrs. Nash sean felizmente, ¿por qué no decirlo?, perlas muy raras dentro del agitado mar de la sociedad moderna.



La línea recta del vestido moderno exige la extrema sencillez de la combinación. La "culotte" negra se lleva con el tailleur o la robe manteau. Pero con los vestidos de tarde y de noche se necesitan esos forros modernos, en crepe de chine, marroquí, cachemire o jersey de seda. La altura del talle debe ser igual a la del vestido, es decir, un poco arriba de las caderas. El vuelo es repartido a los dos lados, y si el vestido es muy liso, el forro en lugar de los frunces llevará dos o tres "pinces" por cada lado.— 1. Forro de crepe de chine blanco o beige para robe manteau cruzado lateralmente. Alforcitas y volantitos de tul lo adornan.— 2. Jersey de seda negra con adorno de cinta de seda negra. — 3. Combinación de seda cruda con cuadrados del mismo género plegado fino. — 4. Combinación suelta. Adorno de filet y de religiosas. — 5. Se puede hacer en seda con tul brodé, o en linón de color con tiras de linón blanco bordado en color.— 6. Combinación en crepe de chine blanco con valenciennes ocre, para llevar debajo de un vestido de estilo, muy escotado en los hombros.


HESPERIDINA
BAGLEY
Es la bebida sana a la vez
que deliciosa por excelencia.
Se toma diariamente desde 1864.
Posee un exquisito sabor
a cáscara de naranja.
HESPERIDINA
M.S. BAGLEY & Cª Lᵗᵈ

Cómo defiende un pueblo su salud y su bolsillo

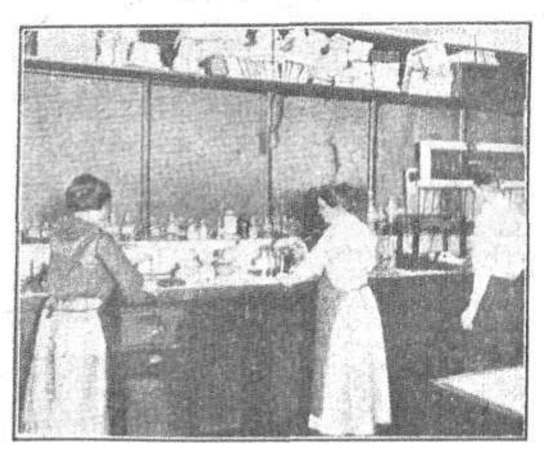
(Continuación)

La contaminación es, según la ley, una forma de adulteración que comprende un gran número de violaciones, las cuales se deben principalmente al descuido o falta de conocimiento de los métodos adecuados para preparar, manejar, embarcar y almacenar artículos alimenticios perecederos, o sean los que con facilidad se deterioran, tales como la leche, que contiene cantidad excesiva de bacterias; el pescado, los huevos, alimentos conservados en latas, pulpa de tomates y carne fresca.



Fíjese la atención en el hecho curioso de que el primer frasco de la derecha, que parece ser el más pequeño, tiene una capacidad el doble de la del primero de la izquierda. Aumentando el volumen aparente comerciantes poco escrupulosos procuran así atraer la atención sobre productos inferiores.

Los especialistas en víveres han hecho muchos trabajos experimentales para ayudar a los manufactureros, embarcadores y comerciantes a aplicar dichos métodos de una manera práctica. El notable progreso realizado en los últimos años en el manejo de estos productos se debe, en el concepto de los funcionarios, tanto al trabajo experimental como a los trabajos educativos y la acción reglamentaria de la Ley Federal sobre Alimentos y Drogas.



Laboratorio de la Oficina Federal de Química donde se analizan escrupulosamente todas las muestras para saber si están adulteradas.

Substituir por un alimento más barato otro más costoso, ya sea la substitución parcial o total, es uno de los métodos favoritos de adulteración que, en algunos casos, perjudica el bolsillo sin afectar la salud y sin que el comprador lo perciba. En muchos casos de este método de adulteración los ingredientes que se substituyen tienen menos valor nutritivo que el artículo genuino. Tales en la adición a la pimienta de cáscaras molidas de pimienta, achicoria al café, ácido acético diluído al vinagre de sidra o de vino, vinagre destilado al vinagre de sidra o de azúcar, cola a la gelatina y esencias artificiales al extracto de vainilla.

(Continúa)

—¡Tomá Seneguina y dejáte de toser!



El artículo legítimo lleva siempre la marca

Quaker Oats

Las Madres de 50 Naciones

Los habitantes de 50 naciones consumen QUAKER OATS para obtener vigor y vitalidad. En todas partes del mundo hay madres que dan QUAKER OATS a su hijos.

Ellas saben que ningún otro alimento puede formar de la misma manera cerebros fuertes y cuerpos vigorosos.

En todas partes los inválidos y los convalecientes consumen QUAKER OATS para recuperar la salud y la fuerza.

El QUAKER OATS se vende en latas enteras y medias, comprimido y herméticamente cerrado — único envase que asegura la retención indefinida de su frescura y sabor.



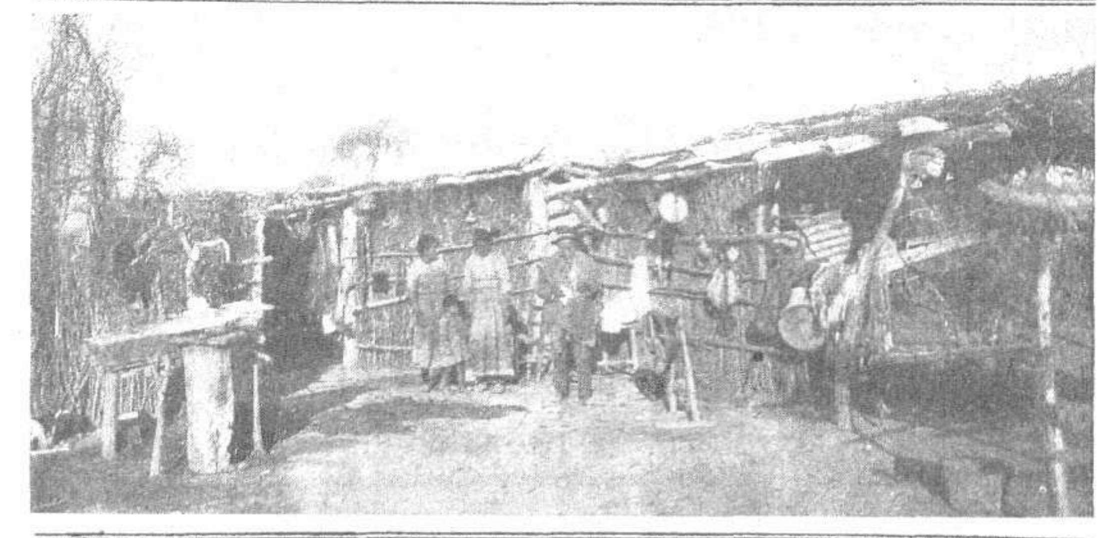

Aspecto de la sala del teatro Colón durante la festividad religiosa celebrada por miembros de la colectividad israelita.

ELECTROCUCIÓN

El peligro de la electricidad producida artificialmente es en realidad más grande que el ofrecido por la tempestad. Desde 1906 a 1915, esto es, en nueve años, se han electrocutado más de 340 personas, mientras el número de las heridas por la corriente ascendía a 1190.

Los efectos producidos por la electricidad en el cuerpo humano se han estudiado desde la época de Galvani, en que se encontró que las corrientes alternativas bastante débiles producían efectos muy particulares en el corazón. Corrientes alternativas que sólo se notan por un picor casi imperceptible en los dedos o la lengua, paraban instantáneamente el corazón descubierto del animal de ensayo. En vez de impeler regularmente la sangre a través de las venas y arterias, queda paralizado; pero se ve que las fibras musculares de las paredes del corazón empiezan a moverse convulsivamente cada una de por sí. Este movimiento se extiende sobre toda la superficie del corazón, que vibra como una superficie de agua ligeramente agitada. Se ha visto que las fibras de los músculos de corazones de marsuinos y conejos vuelven a funcionar ordenadamente después de cierto tiempo; pero el corazón de animales mayores y hombres no se repone una vez que ha empezado a vibrar de este modo. Estas observaciones explican claramente que la corriente tiene que producir forzosamente la muerte si una pequeña parte de ella atraviesa el corazón.


PRODUCTOS
SUPREMA
Su hermosura triunfa
Y es que, sabiendo la admiración que su belleza despierta, tiene el buen cuidado de mantenerla incólume a través del tiempo, usando en su tocador artículos de fama bien renombrada, como son los
PRODUCTOS
SUPREMA
POLVO GRASOSO, de gran adherencia, suaviza y perfuma delicadamente el cutis. La caja.............................. $ 1.10
AGUA COLONIA, de exquisito y delicado perfume. El frasco................ $ 2.20
DE VENTA EN TODAS PARTES
Soc. General de Perfumes Productos
SUPREMA
P. BURS y Cía. - Bolivar, 1725 - Bs. Aires
GRATIS remitimos a quien lo solicite una muestra del rico Polvo Grasoso SUPREMA.
SUPREMA
Polvo Grasoso
Insuperable
SUPREMA
INSUPERABLE
SUPREMA
Eau de Cologne
COLOGNE
2.20



Misiones. — Una escena de la vida confinada...

LA VIDA OBRERA en los TERRITORIOS NACIONALES

MISIONES

Obrajes y yerbales naturales del ALTO PARANA

La vida selvática y rudimentaria del «mensú» en los obrajes de Misiones es de una primitividad desconcertante. Compendiada, puede decirse que ella se reduce a trabajar, dormir y emborracharse...

Uno de los factores que más influye para que el mensú no pueda salir del oscurantismo en que vegeta —mensú quiere decir peón obrajero — es el «conchabador», en cuya casa suele alojarse hasta tanto pase el vapor que ha de conducirlo al obraje. El mensú es una especie de niño grande sobre el cual el conchabador ejerce un predominio absoluto y al cual tiene que cuidar para mantenerlo a ciegas. Para eso vive de él y lo explota impunemente.

El conchabador misionero — turcos en su mayoría — es el traficante de carne humana en otro orden, empleando como éste los peores medios en la consecución de sus fines y sintiendo por el mensú — el brazo fuerte del monte — el más profundo desprecio.

Vamos a dar una idea de esa vida en la selva.

Entre los obrajes hay dos tipos distintos en cuanto a las costumbres: los que permiten ciertos desahogos y los que fomentan francachelas.

En los primeros la vida asume los caracteres de la más perfecta animalidad: se trabaja, come y duerme, funciones estas dos últimas consideradas como secundarias, pues se realizan para estar en condiciones de trabajo. Llegada la noche, no puede haber deseos de diversión sino de descanso. Algunas veces un cultor de la guitarra, a quien la dura jornada no ha quitado su ánimo, «desecha la pena cantando», pero hasta ese consuelo o deleite del espíritu dura muy poco porque es preciso que el sueño repare las gastadas energías a fin de recomenzar la labor antes que el sol señale una nueva jornada.

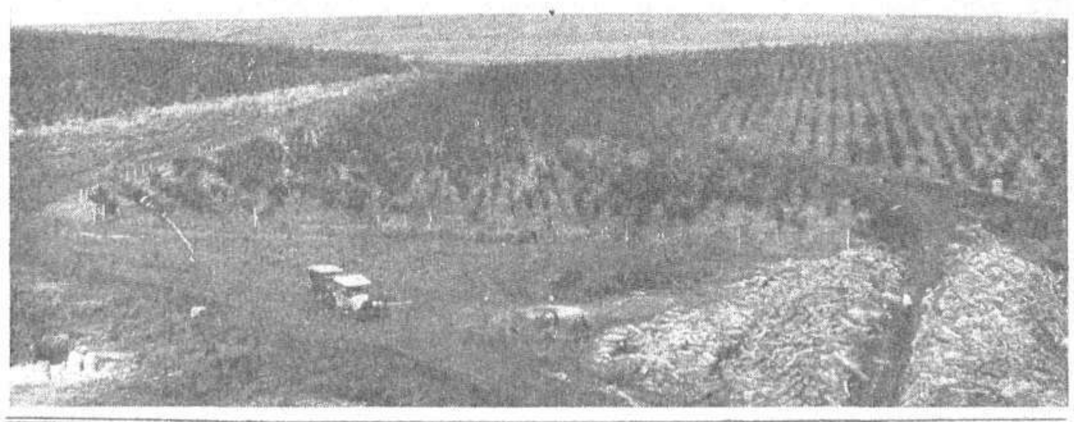
En los segundos, o sea los que fomentan francachelas, suelen darse bailes organizados por los capataces o pulperos establecidos con permiso en las cercanías.

Entre los dos tipos, es preferible el primero, pues, en el segundo hace estragos el alcohol, y esa gente, primitiva y sin la educación necesaria para refrenar sus pasiones, conforme se alcoholiza resuelve sus asuntos a cuchillo. Además el alcohol se cobra caro y, naturalmente, insume los jornales de los obreros. Es una forma de explotación como cualquier otra...

Así transcurre la vida del mensú en el Alto Paraná, pesada y monótona, en un ambiente al que tiene que ser difícil adaptarse, pues por más que el hábito haga ley, no puede concebirse que el hombre se asimile tanto a las bestias.

Y, salvo los casos aislados de fuga, no hay en la mayoría de la peonada una queja, como tampoco se advierte una finalidad en su existencia. Toda su ambición consiste en bajar con algún dinero a los centros poblados y pasar algunos días de inconsciencia, sumidos en una continua borrachera de alcohol y de amor a su manera, hasta que vuelve a la realidad con la desaparición del último peso. Entonces, con la resignación de un fatalista emprende de nuevo el camino del obraje. Si al cabo de algún tiempo regresa, se sucederá otra etapa igual en su vida sin objetivo...

Digamos en su honor que la gran mayoría está formada por hombres sumamente simples y honrados, para los cuales es ley lo que ordena el conchabador, esa bestia negra sin escrúpulos que los endeuda intencionalmente con el fin de asegurarlos, porque él percibe una comisión de $ 7.50 por cada mensú que envía a los obrajes, circunstancia que los hace recurrir a los medios más innobles para catequizarlos y obtener su conformidad.



Vista general de una plantación de yerba mate en Misiones.

Además lo sangra en la provisión de vestuario, cobrándole un negro con pito y todo por botines, sombrero, etc. adquiridos en los remates de la capital federal por una bagatela. Contratado el mensú, se le adelanta una suma de dinero equivalente a dos meses de sueldo, y de ahí el agosto del conchabador.

Como se ve, hay todo un complot para estafar al mensú en su trabajo, en el vestuario y hasta en sus pobres placeres a base de alcohol...

Tal es la vida del mensú frente a sus explotadores y la influencia diabólica que ejerce sobre él el conchabador, considerado como el vampiro de aquellas regiones perdidas en la lejanía...

Ya en el obraje, el mensú reparte su tiempo entre las duras tareas del día y el sueño reparador de la noche. Lo del baile es sólo un paréntesis, una pequeña horadación en la sombra, más bien perjudicial que otra cosa, ya que esa clase de diversiones, como dijimos, se realizan invariablemente animadas por el alcohol. De ahí sus resultados perturbadores. De ahí también la causa principal de su embrutecimiento y de las condiciones negativas que muestra para la vida.

Sin embargo, algo se ha adelantado en cuanto se refiere a los sistemas de vida en los obrajes. El administrador que se conducía como un déspota y el capataz que era su prolongación en la conducta, ya no existen. La evolución hacia un orden de vida más humano ha terminado con ellos. Mucho también han influído en la desaparición de esa tara que ha retenido más de un progreso las medidas represivas que en su hora tomó la justicia.

Otra de las mejoras implantadas consiste en que el obrero ya no sufre hambre en el obraje ni está a maíz y porotos únicamente como antes; come lo que quiere, adquiriendo los artículos en las proveedurías. Cierto es que en éstas los precios se caracterizan por lo caro, lo suficiente para medirse en las compras; pero en algunos obrajes, donde las administraciones se contentan con el provecho sacado al peón en su trabajo, se facilita la adquisición de esos artículos a precios bastante razonables.

Muchas veces, sin embargo, por no poder soportar las fatigas o por no poder «desendeudarse», se producen casos de fuga, generalmente de consecuencias fatales para el mensú, pues o se ahoga en el río o perece en el monte.

Hasta aquí el obraje. En cuanto a los yerbales de cultivo, la vida en ellos varía fundamentalmente. Es otro ambiente. Hay allí más luz en las conciencias... Algunos de ellos, formando contraste con los obrajes, constituyen un exponente de adelanto y dicen del espíritu progresista que anima a sus propietarios. Luego en ellos no hay la selva enmarañada y sus penurias dantescas, de modo que puede advertirse fácilmente la diferencia. El obrero vive cómodo.

Día a día va en aumento el número de estos cultivos, aunque, desgraciadamente para la economía de la zona, todavía constituyen pequeño núcleo en relación a la vasta región selvática.

Con su advenimiento cambia el aspecto y las condiciones de trabajo de los obreros; pero es tan lenta la evolución que se necesitará mucho tiempo aún para llegar al desiderátum: la subdivisión de la tierra y el afianzamiento económico del obrero.



En el Alto Paraná. — Puerto de un obraje.

VICENTE J. LIBONATI

De Rosario



Comisión de damas en su visita al Hospital Italiano, al que hicieron donación de 15.000 pesos, distribuyendo también víveres y juguetes entre los hospitalizados, según sus necesidades.

DOTE PARA FEAS

No hay nación en el mundo donde se hagan obras de caridad más extrañas que en Alemania.

En el pueblecito de Hoschmann hay un legado para conceder premios a los hombres que se casan con la mujer más fea y más contrahecha, y con una de más de cuarenta años que haya sido abandonada por su novio dos veces por lo menos.

La mujer más fea recibe ochenta duros de dote; la más contrahecha, sesenta duros, y la pasada de la cuarentena, ciencuenta.

Los ejecutores testamentarios tienen facultades para aumentar la cantidad cuando el hombre se casa con una mujer excepcionalmente fea.

Tan extraño legado lo instituyó un hombre rico y convencido del gran poder de la belleza, con el fin de ayudar a las mujeres que carecen de ella.

PENSAMIENTOS

Vemos con frecuencia la felicidad en la realización de insensatos deseos, sin que se nos alcance que de este modo deseamos nuestra ruina. — CASTI.

La inteligencia, al igual que la belleza, son un peligro cuando están al servicio de la corrupción. — TOMMASEO.

Ejercítate en trabajos voluntarios, a fin de que puedas luego soportar los que te serán impuestos. — ISÓCRATES.



Recepción dada el 20 de Septiembre en el consulado italiano a los miembros de la colonia.

Banquete dado por el Club Italiano festejando la gloriosa fecha del 20 de Septiembre; presidieron el acto el cónsul y autoridades del club.



CORRIENTES 1172-80

BUENOS AIRES

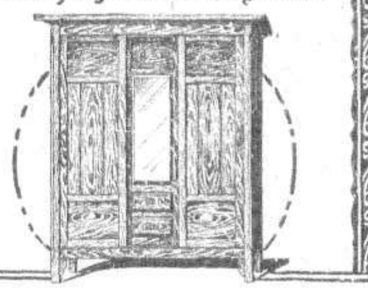
Extraordinarias rebajas de precios.

La demolición y reedificación de nuestros locales de venta, nos obliga a reducir nuestro stock de **MUEBLES**, *por cuyo motivo ofrecemos al público fuertes descuentos sobre los precios indicados en nuestro catálogo general.*

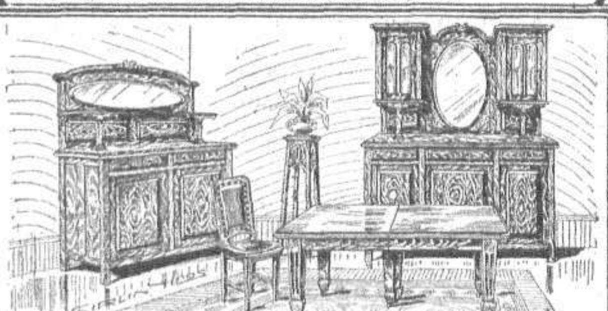
Para el interior embalaje y acarreo gratis



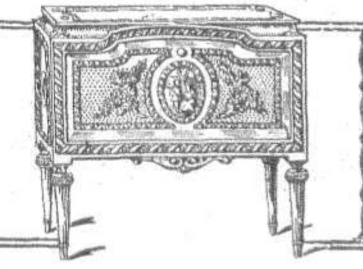
DORMITORIO construído en roble norteamericano, amplio formato de 3 cuerpos, cuerpo central entrante. Compuesto de: 1 ropero, 1 toilette forma cómoda, 2 mesas de luz con repisa, 1 cama 2 plazas con elástico reforz.; lunas Saint Gobain biseladas, aplicaciones y herrajes de bronce cincelados, mármoles de color selecc. El juego completo $ **465.-**



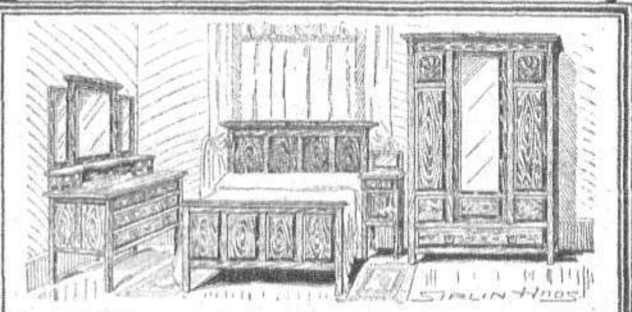
GUARDARROPA construído en nogalina maciza, imitación roble, lustre y acabado perfecto, puertas corredizas sobre rieles, herrajes de bronce; medidas: alto 215 ctms., ancho 143 ctms.
Precio de gran Reclame.... $ **85.-**
El mismo, sin cajones.......... $ 75.—



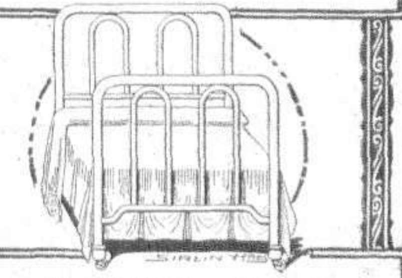
JUEGO DE COMEDOR, modelo 1177, construído en roble norteamericano con espejos y cristales biselados, mármoles rosados, herrajes y aplicaciones de bronce. Compuesto de: 1 aparador, 1 trinchante, 6 sillas tapizadas en cuero búfalo y 1 mesa con tabla de agregar. El juego completo.............................. $ **500.-**



MUSIQUERO de fantasía, dorado «París», con artístico «Panneaux», adornos tallados bajo relieve, amplio formato................ $ **140.-**



DORMITORIO construído en roble norteamericano, macizo, compuesto de: 1 ropero matrimonial, luna biselada, 1 lavatorio forma cómoda con tocador de 3 lunas, 1 cama de 2 plazas con elástico patente, 1 mesa de luz con espejo, herrajes y aplicaciones de bronce, acabado perfecto, lustre claro u obscuro. Completo.. $ **265.-**



CAMA DE HIERRO esmaltada en blanco con elástico imperial reforzado a doble tejido, toda en hierro; 2 plazas, pesos **45.—**; 1 ½ plazas, a pesos **35.—**; 1 plaza.................... $ **25.-**

CATALOGOS { General de MUEBLES edi - Nº 9
CAMAS de BRONCE " " Nº 2
CAMAS de HIERRO esmalt Nº 1

Solicite catálogo del artículo que le interese

CARAS Y CARETAS ha establecido un concurso mensual de juegos de ingenio, para el que se otorgarán cuatro premios en la siguiente forma: dos a los lectores que remitan mayor



número de soluciones exactas y otros dos a aquellos a quienes se les publique mayor número de juegos. Ajustarse a las siguientes bases:

1.ª En caso de empate los premios serán adjudicados en la forma más equitativa que resuelva la Dirección.

2.ª Es requisito indispensable adjuntar a las soluciones el cupón respectivo.

3.ª Los juegos para publicar deben estar acompañados de firma y domicilio aunque se publiquen con seudónimo.

4.ª Los juegos que se remitan deberán acompañarse de las soluciones correspondientes.

5.ª El aspirante a premios por colaboraciones puede optar también a los premios por soluciones.

TECNICA

Continuando con las publicaciones de números anteriores, damos hoy ejemplos de otros pasatiempos, y las reglas a que deben sujetarse, creyendo en esa forma iniciar a los muchos aficionados en pasatiempos de otra índole, que difieren de los ya muy conocidos.

NOTA IMPORTANTE

Como en las publicaciones anteriores, si bien en esta página no se incluyen pasatiempos para el concurso del mes corriente, es imprescindible adjuntar el cupón que va al pie conjuntamente con la lista de soluciones para el concurso del mes de septiembre.

Concurso de septiembre. — Se reciben soluciones hasta el 12 de octubre próximo inclusive.

PALABRAS EN ZIG ZAG

Cuando la palabra que explica el juego geométrico nace de una letra del primer vocablo, unida con otro del segundo vocablo, en orden numérico distinto, y de otra del tercer vocablo en columna con aquella del primero, y de otra del cuarto, en columna con la del segundo, y así sucesivamente hasta el final, toma el nombre de «Palabra en Zig Zag.»

Ejemplo N.º 22

```
. . × . . .   ALS INA
. . . × . .   ESPAÑA
. . × . . .   LARREA
. . . × . .   GUEMES
. . × . . .   QUIRNO
. . . × . .   ALVEAR
. . × . . .   CONESA
. . . × . .   MIL TON
. . × . . .   FLO RES
```

La palabra en Zig Zag forma Sarmiento.

PALABRAS ANGULARES

Las «Palabras angulares», llamadas antiguamente «Palabras cuadradas», son aquellas en que se fundan todos los juegos geométricos y, por consiguiente, son las que más comúnmente se ejercitan.

Se conoce un ejemplo latino perfecto, en el cual los cinco vocablos con que está compuesto el juego, se leen cuatro veces (menos, naturalmente el de la cruz).

Ejemplos N.º 23

Ejemplo latino	Ejemplos italianos	
SATOR	MALAM	RAMAR
AREPO	AVARA	ANIVA
TENET	LAVAL	MIRIN
OPERA	ARAVA	AVINA
ROTAS	MALAN	RAMAR

N.º 24. Ejemplos castellanos (Por "Rino")

SOR	RASO	RASAR	SALAS
ORO	AMAS	AROMA	ADALA
ROS	SALA	SOLOS	LAVAL
	OSAR	AMORA	ALADA
		RASAR	SALAS

En las «Palabras angulares» es necesario buscar el mayor número posible de letras, para rendir el juego muy interesante y demostrar así que la preparación del mismo ha sido objeto de un prolijo trabajo.

Los ejemplos siguientes darán una idea exacta de este juego y la manera de presentarlo.

Ejemplos de "Palabaras angulares simples"

N.º 24	N.º 25	N.º 26	N.º 27
BOA	VASO	CERA	RAMO
OIR	AMOR	ERAS	AMOR
ARO	SOLA	RABI	MORA
	ORAR	ASIA	ORAL

N.º 28	N.º 29
NATAL	LIBRO
ANITA	ISAAC
TIBAR	BARRA
ATAUD	RAROS
LARDO	OCASO

MANERA DE PRESENTARLAS

Ejemplo de "Palabra angular simple". N.º 30

1)	Nombre de varón	OSCAR
2)	Un árbol llorón	SAUCE
3)	Casa de león	CUBIL
4)	Química combinación	ACIDO
5)	Mecánica función	RELOJ

Ejemplos de "Palabras angulares dobles"

N. 31		N.º 32	
RASO	OSAR	SANAR	RANAS
AMAR	RAMA	AZARA	ARAZA
SARA	ARAS	NATAN	NATAN
ORAR	RARO	ARAZA	AZARA
		RANAS	SANAR

N.º 33

SARA	ARAS
AMOR	ROMA
ROMA	AMOR
ARAR	RARA

Como se observa, en este juego todas las palabras son bifrontes y se pueden leer horizontal y verticalmente, de arriba abajo y viceversa.

MANERA DE PRESENTARLO

"Palabra angular doble". N.º 34

1) . . . . . SARA
2) . . . . . AMOR
3) . . . . . ROMA
4) . . . . . ARAR

1) — Si te empeñas formarás lindo nombre femenil.
2) — Y, por cierto, hallarás otro nombre muy gentil.
3) — A Cupido pensarás, si me quieres, buen lector.
4) — Un gran verbo encontrarás, bien mirando al labrador.

A los solucionistas y colaboradores

Toda serie de soluciones que se envíen deben acompañarse del cupón respectivo que se publica al final de la sección.

Cuando los colaboradores deseen que sus juegos se publiquen con seudónimo, deben hacerlo presente; en este caso, como en los anteriores, es conveniente anotar el domicilio debajo de cada juego.

El concurso de pasatiempos no es sólo para los lectores de la capital; pueden competir también los del interior y exterior.

Al remitir una serie de colaboraciones, cuando cada juego esté hecho en un pliego, es conveniente firmar uno por uno, dando as soluciones por separado.

No es necesario adjuntar para las colaboraciones el cupón; tal requisito es sólo indispensable a los solucionistas, a quienes recomendamos, para el más rápido recuento y fallo del concurso, remitir las soluciones de una sola vez, al publicarse la última serie de juegos.

N. de la R. — Toda la correspondencia para esta sección debe remitirse a la sección «Pasatiempos», de CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.

CONCURSO DE PASATIEMPOS

OCTUBRE DE 1923

CUPON N.º 1305

NUEVAS ORIENTACIONES DE ESTA SECCION

Es nuestro propósito dar una nueva orientación a esta página, dividiéndola en lo que se refiere a colaboraciones. Todas aquellas que aparezcan con el agregado: «fuera de concurso», se considerarán en tal carácter en cuanto al concurso de colaboraciones se refiera, no así para el de solucionistas, pudiendo por ese procedimiento no vernos privados de excelentes elementos.

Los demás pasatiempos se destinan a estimular a los que se inician en el arte enigmático.

Los que deseen que sus juegos se publiquen fuera de concurso deben manifestarlo al pie del mismo.

Necrología

El deceso del señor Eladio Mendivil ha causado dolorosa impresión entre sus relaciones y en los circulos periodísticos, donde tuvo por varios años destacada actuación. El extinto fué uno de los fundadores de la revista «Vida Porteña», publicación a la cual estuvo vinculado hasta que la enfermedad le alejó de las tareas de administrador que en ella desempeñaba.



Señor Eladio Mendivil. — Capital.



Señorita Angela Fariña. — Capital.



Señorita María Lacoste. — Carlos Salas.



Señorita Pascuala G. Barragán. — Quilmes.

Señorita Blanca Demastri. — Lomas de Zamora.

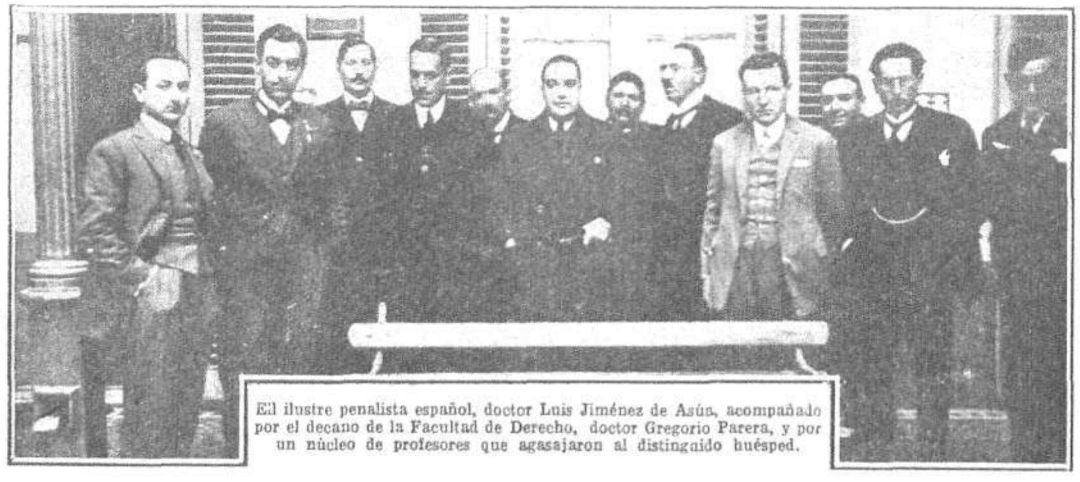


Señor Doctor Hyder Echeverría. — Capital.

Señor Eugenio Schapens. — Sosa (Entre Ríos).



OFERTAS VENTAJOSAS
MARIA
N.º 516. — ANILLO de oro 18 Fix, pulido, liso, forma herradura, $ 11.00
¡ULTIMA MODA!
PULSERA PARA SEÑORA O SEÑORITA, con cinta de moiré fino y de plata 900, con iniciales o nombre que se desee, en esmalte. $ 5.-
La misma en oro 18 kilates, garantido.... $ 15.-
RM
N.º 136. — PLATA 900, con iniciales grabadas o esmalte..... $ 5.00
N.º 503. — ANILLO de oro 18 kilates FIX, con monograma.... $ 10.50
$ 14.00
$ 14.00
GARANTIA TRES AÑOS
OBSERVADOS y con CADENA
N.º 505. — ANILLO para caballero, oro 18 Fix, con 1 piedra quim.. $ 9.00
N.º 520. — AROS de oro y químicas....... $ 12.00
N.º 517. — Alfiler de oro Fix, $ 4.50
¡OCASION!
RELOJ plata 800, tres tapas, máquina Suiza, con cadena............ $ 14.00
N.º 518. — Alfiler de oro Fix, $ 7.50
N.º 521. — ENCHAPADO en oro 18 kilates y químicas........ $ 6.00
ANITA
N.º 510. — PLATA 900, nombre en esmalte. $ 3.90
De oro 18 k.. $ 16.—
ESPLENDIDA OFERTA PARA NOVIOS
UN ESTUCHE CON DOS ANILLOS
de oro 18 kilates, verdosos, de 6 gramos c/uno, con iniciales y fecha, y un cintillo enchapado en oro 18 kil. con 5 brillantitos, todo por sólo $ 30.-
El mismo juego, con el cintillo de oro 18 kilates........................ $ 45.-
N.º 519. — ORO FIX y químicas, a pesos....... 8.50
N.º 514. — PLATA y perlas macizas........ $ 4.90
¡NOVEDAD! PULSERA EXTENSIBLE de Galalit, fino, diversos colores............................ $ 3.50
N.º 512. — PLATEADO, con medalla esmaltada. Juego....... $ 2.00
Aceptamos en pago cartoncitos 43 a dos centavos cada uno y enviamos los pedidos a cualquier punto de la República.
Los giros postales dirigirlos a nombre de P. SEITLER
ER
N.º 139. — GEMELOS de plata 900 con iniciales que se deseen en esmalte, el par, $ 5.00
La Suiza Americana
RELOJERIA - P. SEITLER - JOYERIA
N.º 509. — GEMELOS de oro 18 kilates FIX cincelados, el par......... $ 7.90
BERNARDO DE IRIGOYEN 540 Bs. AIRES



El ilustre penalista español, doctor Luis Jiménez de Asúa, acompañado por el decano de la Facultad de Derecho, doctor Gregorio Parera, y por un núcleo de profesores que agasajaron al distinguido huésped.

LA DESVALORIZACIÓN DEL ORO

El oro pierde anualmente un tres por ciento de su valor. ¿Por qué?

Porque el valor de la mayor parte de los artículos aumenta progresivamente, disminuyendo en relación inversa el poder adquisitivo del oro.

Así el dólar, cuyo valor adquisitivo en 1896 era de 1,00, tiene hoy un poder de adquisición de sólo 0,32, lo que supone en 27 años perder el 68 por ciento, o sea un promedio de 0,03 por año en la desvalorización.

Como factores de este fenómeno tenemos en primer lugar los adelantos de la civilización que hace al hombre más refinado y exigente en sus necesidades, lo cual aumenta la demanda. Los adelantos industriales que hacen aumentar rápidamente la extracción de oro y por consiguiente el circulante amonedado.

La organización social que acepta la transformación de las cosas mismas en representativos de su valor, como son las *cédulas sobre objetos*, billetes bancarios, bonos, cédulas hipotecarias, letras, etc., que en una forma u otra aumentan, artificialmente, la cantidad de oro, puesto que son valores equiparados a él. Los billetes de curso forzoso que los gobiernos emiten forzados por las circunstancias concurren también al mismo fin.

Lo expuesto demuestra que las fuerzas que tienden a la desvalorización del oro son múltiples y constantes, y sólo puede detenerlas un cambio radical en los conceptos económicos de la humanidad; también nos enseña que el dinero hoy no debe guardarse, sino invertirlo en propiedades o empresas, toda vez que éstas producen rendimientos y tienen su valorización; en tanto que el dinero amonedado pierde un tanto por ciento anual en su valor adquisitivo.

DESINFECCION PUBLICA Y PRIVADA

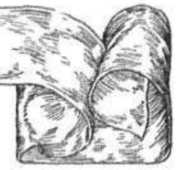
Siempre que se trata de desinfecciones, aconseiamos en primer término el empleo del Verdadero Licor Labarraque.

Y para ello nos apoyamos en el testimonio del Gran Bertholet, quien al describir un estado de putrefacción completa, a través de la cual no era posible pasar sin un valor a toda prueba (tal era la hediondez que allí se respiraba), dice que solamente cedió ante el Verdadero Licor Labarraque, que la hizo desaparecer instantáneamente.

Por lo demás es sabido que basta el uso del Verdadero Licor Labarraque convenientemente diluído en agua, para sanear inmediatamente los lugares o el aire que más viciados estén, y para desinfectar en seguida las prendas de ropa y demás efectos, aun aquellos que más se hayan ensuciado por las secreciones provenientes de los atacados de epidemia o fallecidos a causa de tan terribles plagas como la peste o el cólera: e igualmente para destruir instantáneamente los gérmenes de tan temibles enfermedades. Basta lavarse las manos y la cara con el Licor Labarraque para preservarse con seguridad de toda epidemia.

Como regla general, se deberá casi siempre diluir en agua el Licor Labarraque antes de emplearlo, para lo cual conviene consultar las dosis y modo de usarlo leyendo el prospecto que envuelve cada botella. No se olvide que el Licor Labarraque está exclusivamente destinado para uso externo.

Aviso Util. — Por más que en todas las buenas Farmacias se expende, es preciso desconfiar de las imitaciones y pedir siempre el Verdadero Licor Labarraque, exigiendo, para evitar todo error, que la etiqueta indique las señas del Laboratorio: Casa L. FRERE, 19, rue Jacob, París.

VOLUNTAD



Esa tarde llovió obstinadamente y las calles habían adquirido un aspecto raro. Era una de esas tardes que llaman en el espíritu para hacerlo soñar. Un frío de julio se dejaba sentir con toda su crudeza. Moría el día. Presurosas se encendían las luces de la metrópoli y las primeras sombras de la noche caían sobre la tierra como un velo fúnebre. En el cielo semidespejado, donde aún vagaban algunos nubarrones cargados de ozono, empezaban a brillar tímidamente las estrellas.

Los transeuntes, metidos en gruesos capotes, atravesaban en distintas direcciones la calzada pegajosa, apurados por llegar a su destino. Todos con un derrotero, movidos unos por negocios de fuerte ganancia, otros por volver al hogar y engullir la sopa humeante que les promete sacar el frío de la calle, y otros quizás por una cita que quieren cumplir con la mujer amada.

Los autos rodaban haciendo sonar las bocinas eléctricas que entonaban un coro cromático, ensordecedor. Mi buhardilla estaba situada en un cuarto piso. Hacía media hora que, junto a la ventana, contemplaba la escena, ya totalmente velada, pero mis ojos no se detenían en ningún punto fijo; vagaba mi mirada como queriendo desentrañar misterios que palpitaran en las otras buhardillas, en los lujosos departamentos, en los escritorios privados de los poderosos, donde se me ocurría que deberían pasar váyase a saber qué hechos extraños.

Abandoné mi observatorio, encendí un quinqué, alumbrando débilmente la estancia, y quedé ensimismado en mil reflexiones. Me tendí en un sofá antiguo y, aspirando un cigarrillo, miraba como el filósofo las espirales que formaba el humo del tabaco otomano al arder; se me figuraban anillos que volaban a ensortijar dedos femeninos con uñas de ágata, dedos femeninos de enamorada que nunca vería acariciar mis cabellos como una promesa de dicha.

Escéptico incurable, las mujeres las veía amasadas en el mal, dando un segundo de vida y de felicidad para en seguida volcar una existencia íntegra de sufrimientos.

¡Bah!, las mujeres; ¡y que encantadoras son! Sin esas cabecitas locas y traviesas ¿cómo afrontar los sinsabores que nos azotan en el sendero de la vida?

Y una voz gutural gritaba en mis oídos: «Todas no son iguales; las hay santas y pecadoras» Pero ¿cómo creer en las santas? ¿Acaso yo no fuí despojado de mi creencia por una mujer? Y aquélla sí que la soñé santa y pura como una hostia.,

¿Podía encontrar sobre la tierra mujer más ideal que Leonor? Ella era todo lo que había concebido en horas de ensoñación: la mujer triunfadora con su belleza y juventud, y hasta adiviné un tesoro de moral; pero, mujer al fin, hizo derrumbar mis castillos, rompió brutalmente esa fina tela que se llama ilusión y me dejó un surco indeleble en el alma y en el corazón una herida mortal.

Encendí otro cigarrillo; el perfume del tabaco turco me traía una visión oriental; afuera cantaba el viento en las chimeneas un aria patética. Yo monologaba.

Leonor se casó; ahora me es fácil decirlo. ¡Se lo he repetido tantas veces al corazón! Al principio creí no vivir y hasta pensé en el suicidio como único recurso. No me conformaba con la idea de que se uniera a otro hombre, de que tal vez mientras yo sufría mi infortunio, en mi amarga bohemia, ella, entregada en brazos amantes, se olvidaba del mundo.

Me convencí después que si había nacido hombre era para algo, y comprendí el prólogo cruel que por ser el primero me martirizaba atrozmente.

No la he vuelto a ver más. ¿Habrá cambiado esa personita interesante, llena de encantos, pero mala como una saeta maorí?

Y él; aún afluye alocada mi sangre al recordarlo.

Pero veamos: ¿El no fué el culpable? ¡Sí! ¡El me arrebató a mi Leonor! Bien; pero fué con su consentimiento, ante un prelado y en buena ley.

Sí, es cierto; ella, la pérfida, la mala mujer, fué la única culpable de mi dolor... ¡Ah, el dolor ajeno, qué poco importa!

En el reloj dan las 7. Casi al unísono alguien golpea con los nudillos la puerta de la alcoba. No contesté. Insisten; por último oí: «Señor Alberto, ¿no piensa cenar?» Reconocí la voz de la doméstica. —¡No!—grité fastidiado.—No quiero cenar.—Oí pasos alejarse y volví a caer en soliloquios con mis desventuras...

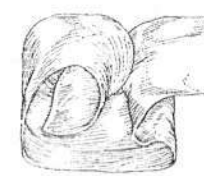
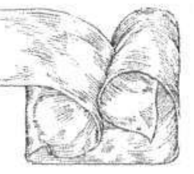
Francamente, no tenía apetito. Abrí un mueblecito, extraje una botella de vino generoso y un



— El camino más corto es por allí... pero es muy angosto para un asno y usted no podrá pasar.



La chica del cochecito. — Nadie le lleva hoy el apunte a una chica formal...

ENRIQUE D. CADICAMO

pequeño vaso que llené hasta el borde y lo vacié de un solo trago. A un paseo absurdo me entregué por la habitación. Me acerqué a la ventana; los letreros luminosos de distintas luces, los reclamos, las vidrieras, los faros de los autos que parecían los ojos de un monstruo fabuloso, todo repercutía esa noche en mi espíritu cansado.

Necesitaba salir de esa agitación, algo que me calmara los nervios. Llené el vaso por quinta o sexta vez, luego arrojé con violencia el fino bacarat contra un ángulo del recinto donde los fragmentos lucían un iris de piedra preciosa. Me senté en el antiguo sofá, hundí los dedos entre mis cabellos, los que ya empezaban a blanquear por las tormentas de la vida más que por los años, y no sé cuanto tiempo habré permanecido mirando los laberintos dibujados en una carpeta auténtica de Smirna. Cualquiera hubiera creído, al verme, un admirador de adornos exóticos, pero ¡cuán lejos vagaba mi alma!

Pero ¡qué tonto soy! ¿Por qué envejecer antes de tiempo? ¿Acaso yo no podré olvidar y levantar sobre esas ruinas un castillo de nuevas ilusiones? Y otra vez la sentencia junto a mis oídos: «No, no podrás olvidar; la quieres mucho aún».

Cierto; Leonor había conseguido sabiamente llegar a mi corazón, cosa que no lograron, y valga mi franqueza, otras figuritas femeninas que cruzaron antes por mi camino. Se había filtrado en mi alma como una devoción. Mi cariño echara raigones profundos que sostenían un cúmulo de esperanzas. ¿Cómo pretender arrancar del corazón lo que fué objeto primordial de mi vida?

Una pausa como queriendo coordinar más ideas, que llegan en tropel. Luego sentenció la voz destemplada: «Amigo Alberto, tendrás que sufrir mucho si no haces jugar pronto ese resorte único que se llama voluntad: ella mueve a la criatura, le hace surgir del mal, y coloca una aureola de satisfacción como recompensa. Recurre a ella, consúltale, que hasta hoy fuiste débil porque el recuerdo te absorbía, pero que estás pronto a erguirte sobre ese tropiezo que diste un día para conocer el sabor de la primera desilusión, para demostrarle que te sientes con bríos y avergonzado de haberte rendido en el primer peldaño de la empinada cuesta de la vida». Y siguieron mis oídos escuchando, una, dos, tres, muchas veces la palabra salvadora: voluntad, voluntad.

Me pareció que volvía de una pesadilla horrible en la que mi fibra entera se había sacudido violentamente por la evocación.

El grito de la verdad hirió mi embotamiento; me levanté de un salto del sofá y, como si un filtro extraño se hubiese deslizado por mi interior, vociferé a ella, a la diosa voluntad: ¡Quiero salvar mi vida que se hunde como un bajel roto, quiero empezar de nuevo a vivir! ¡Mi pan es amargo!

Voluntad, voluntad... y tomando el sombrero me lancé a zancadas para la calle donde el viento invernal cantaba en las chimeneas un aria patética.

. . . .

Este pasaje lo recordaba Alberto Fontain una tarde que por rara coincidencia era análoga a la del cuento: triste, fría y que llamaba en el espíritu para hacerlo soñar.

Pero ahora evocaba ese momento de juventud que le preocupara seriamente desde su hogar. Había levantado sobre esas ruinas un castillo en el que rebosaba la felicidad.

En una mujer, pero no como la del relato, sino una santa, había encontrado Alberto el verdadero amor, y formó su hogar.

Esa tarde junto a la estufa, donde crepitaban algunos leños al arder, mientras había pretendido hojear una revista, surgieron visiones del pasado.

Hacía mucho tiempo que no pensaba en aquellas espinas que un día le punzaron. Demasiado feliz vivía ahora. ¿Para qué acordarse, entonces?

Le volvió de ese retroceso espiritual la presencia de Julito, un hermoso niño que llegaba a refugiarse en sus brazos mientras exclamaba exageradamente:

—¡Papito, papito, Anita me quitó los soldados de plomo que me regaló tío!...

Le abrazó y, sentándole en las rodillas, le miró en los ojos, donde se reflejaba una inocencia prístina, pura, y en donde parecían dormir dos pedazos de un cielo napolitano.

Eran los mismos ojos de él cuando lloró tantas noches por aquella Leonor.

—¡Hijito mío!—y le estrechó contra su pecho.

—Papito, ¿vos también llorás?

Y dos gruesas lágrimas de alegría y dolor rodaron por las arrugadas mejillas de Alberto Fontain.



El conductor. — Hay un asiento dentro y otro arriba.
La dama de negro. — ¡Va usted a separar una niña de su madre!
El conductor. — ¡Lo hice una vez y no lo repetiré nunca!...



— Acaba de hacer 200 kilómetros en 4 horas y 17 minutos.
— ¡Es un gigante del camino!



TORTUGAS. — Equipo de primera división del Club Argentino que jugó un interesante partido de football con el club local, resultando vencido.

Team del Club San Martín que se adjudicó el triunfo, venciendo a su rival por 3 goals a 2.

De Córdoba



Frente de la histórica casa del virrey Sobremonte, que el gobierno provincial ha adquirido recientemente en la suma de 220.000 pesos.

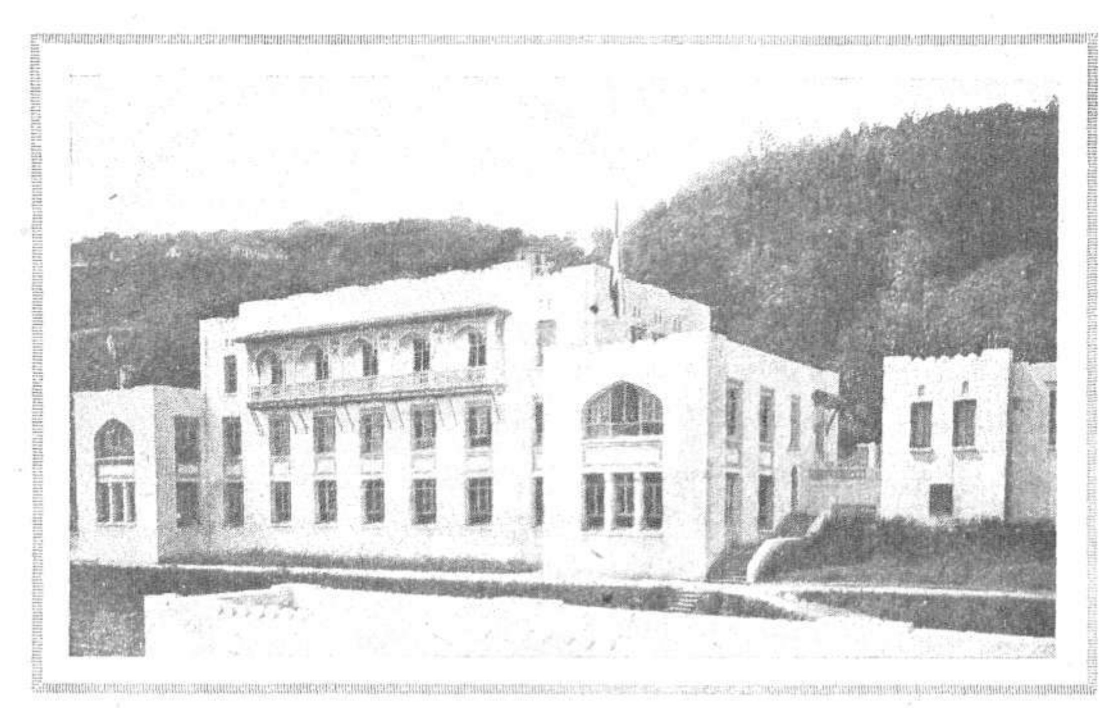
LAS MODAS

Durante algún tiempo en París dominó la monomanía de decorar los salones de blanco y negro, y aunque entonces se elogiaba extraordinariamente, las personas de buen gusto no se dejaron arrastrar por la corriente de un momento.

Hoy pasó aquel capricho, y sólo nos quedan como recuerdo unas lámparas preciosas de porcelana negra, con figuritas pompeyanas en blanco. Son chiquitas y de forma corriente; las pantallas, hechas de seda negra pintada, reproducen el dibujo de la lámpara de manera tan admirable que sólo fijándose mucho se llega al convencimiento de que no son también de porcelana.

Mientras imperó la pasión de lo blanco y lo negro, esta lámpara hubiera sido una nota más en el conjunto de un lúgubre decorado; ahora será una nota de arte exquisito en cualquier salón.

Los policías de Londres durante la guerra llevaron en el casco una pequeña bombilla eléctrica alimentada por una batería de bolsillo. Estas lucecitas servían de faro a los transeuntes durante la noche, pues como es sabido se apagaban todas las luces de la población para evitar ataques de zeppelines. Esta misma circunstancia ha extendido enormemente el uso de las lamparillas de bolsillo en multitud de formas, entre ellas las de alfileres, botones, etc.



Edificio del laboratorio, fundado en el año 1910 y del cual es director el doctor Edmond Sergent que, junto con su hermano Etienne Sergent, ha realizado considerables estudios con los que ha beneficiado a Argelia en la patología; la que era, por otra parte, tierra predestinada a ser cuna de estudios y descubrimientos científicos.

"CARAS Y CARETAS" EN ARGELIA

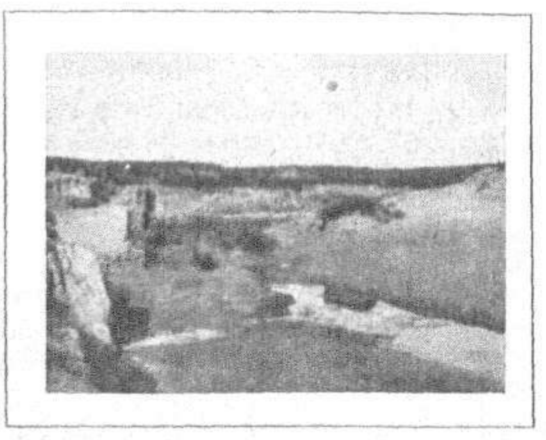
La lucha contra el paludismo



Miserable albergue o "gourbie" de indígenas de las regiones del sud. Varios de estos alojamientos aglomerados constituyen los "douars", nombre que también se asigna a los grupos de tiendas de los nómadas. Los habitantes de estos tugurios son diariamente higienizados por agentes franceses. (Tellat des Douars).



Dos pequeñas árabes llevando agua en pieles de macho cabrío embadurnadas con alquitrán. (Tellat des Douars).



Lecho casi desecado en verano de un oued (río), cuyo caudal de aguas en invierno es considerable. Los dos criaderos más peligrosos de mosquitos anofeles. (Aïn-Oursera).

Hoja No. 155

Nombre Juan J. Román — Credito $500.00

Dirección Ciudad — Condiciones 30 Días

Comprobación	Fecha	Concepto	Cargos	√	Fecha	Concepto	Abonos	√	Saldo
						De la otra hoja			455.70

Calcula e Imprime el Saldo Automáticamente

Una característica importante de la Máquina de Contabilidad Burroughs es que computa e imprime el saldo AUTOMATICAMENTE.

Esta característica implica una gran prontitud en la teneduría de libros, formalidad en el envío de los resúmenes de cuenta a los clientes el día primero de cada mes, holgura en la preparación del balance de comprobación, y absoluta exactitud.

Preparar el balance de comprobación, por ejemplo, no requiere más que copiar y sumar los saldos del libro, computados, impresos y comprobados de antemano.

El uso de esta Máquina Burroughs es muy extenso. Se presta para hacer cualquier trabajo de contabilidad propiamente dicha, desde una mera suma hasta un balance general.

Y su manejo es tan simple, que cualquier empleado puede trabajar con ella, y con todas las ventajas de rapidez, exactitud y comodidad que justifican su mérito.

Mejor Contabilidad *para* Mayores Ganancias

H. E. Watkins & Co., Ltd.

937-Córdoba-937 Rosario — 773-Tucumán-785 Buenos Aires — 1540-Zabala-155 Motevideo

Burroughs

MÁQUINAS DE SUMAR, DE CALCULAR Y DE CONTABILIDAD

4490

El nuevo intendente, doctor Manuel Ordóñez, rodeado por un núcleo de concejales y amigos, momentos después de haberse hecho cargo de la Municipalidad. En el ángulo: Doctor Manuel Ordóñez.

Eliminan la Causa

La potencia curativa de nuestro organismo es tan grande que muchas veces basta para sí sola para restablecer el equilibrio de la salud, y en algunas enfermedades, y de las más serias, para las cuales la ciencia no ha descubierto aún un tratamiento específico, el médico no puede hacer más que sostener las fuerzas del paciente para ayudarle a resistir la invasión del mal.

Las indisposiciones ligeras casi siempre se curan solas y por eso las descuidamos con tanta frecuencia, sin pensar que sus constantes repeticiones imponen un trabajo excepcional a algunos de nuestros órganos, que al fin y al cabo se debilitan y sufren alguna lesión.

Debemos combatir la causa de estos trastornos pasajeros, que si bien no son mortales amargan la existencia y se vuelven crónicos, y esta causa la encontraremos en la gran mayoría de los casos en la desocupación retardada o insuficiente del intestino.



Las "Pildoritas Reuter"

mueven suavemente el vientre, sin dolor ni irritación, y estimulan la acción del hígado, evitando así la acumulación de venenos en el intestino y en la sangre, que son la causa de los dolores de cabeza, las jaquecas, las malas digestiones, las acideces, la irritabilidad nerviosa, etc. No es extraño entonces que con su uso desaparezcan todos estos males como por encanto

Unicos importadores **ILLA & Cía.** — **MAIPU, 73** — **BUENOS AIRES**

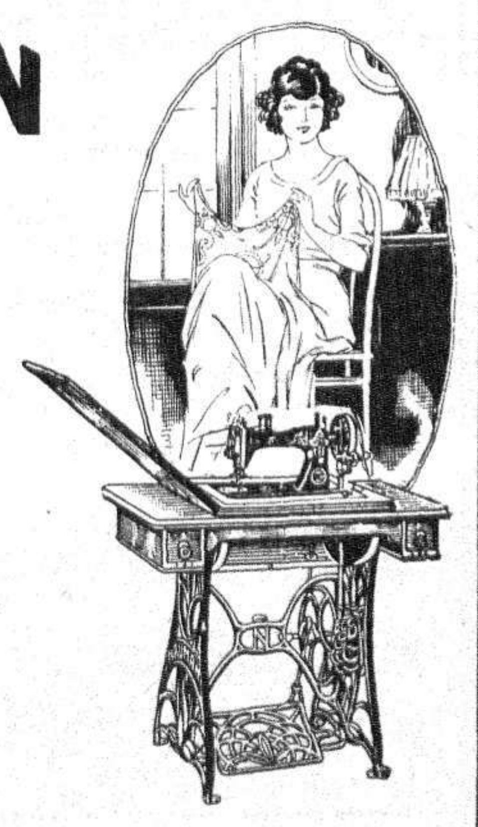


Nuestros cursos de bordado son completos y absolutamente GRATIS.

Al vender una MÁQUINA NAUMANN (al contado o a plazos) aseguramos al cliente una atención completa y a su entera satisfacción.

Sin que le cueste un solo centavo le enseñamos a coser, bordar, calar y vainillar, en cualquiera de nuestras academias. A las alumnas que desean obtener el diploma de profesora de bordados, se lo otorgamos una vez terminado el curso especial que es también

ABSOLUTAMENTE GRATIS.



PIDA INFORMES HOY MISMO a sus Agentes y Vendedores en cualquier punto de la República o en los siguientes locales de venta: BUENOS AIRES, C. Pellegrini, 326, y Corrientes, 4615; BELGRANO, Mendoza, 2468; FLORES, Rivadavia, 8326; AVELLANEDA, Avda. Mitre, 933; LOMAS, Laprida, 257; QUILMES, Rivadavia, 311; SAN ISIDRO, Avda. Centenario y Alsina; TIGRE, "La Numancia"; LA PLATA, calle 6 N.º 876; o a sus



ÚNICOS INTRODUCTORES:

KIRSCHBAUM y Cía.

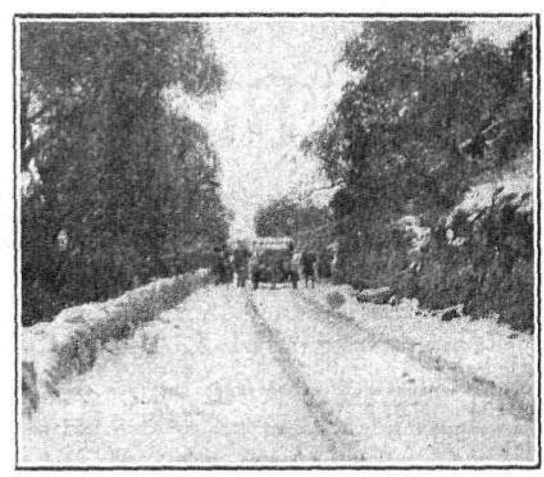
Independencia 401/37 - Bs. Aires

U. T. 0293, AVENIDA

De Córdoba



SAN JAVIER. — Viejo rancho al que la nieve embellece con su albo manto.



LA QUEBRADA DE LOS POZOS. — La nevada aumentó prodigiosamente su pintoresco aspecto.



SIERRAS DE CORDOBA. — Comechigenes cubiertas por el melancólico manto invernal.



LOS HORNILLOS. — La entrada de una mansión ¡veraniega!

EL OFICIAL DE JUSTICIA

Por
LEON LAFAGNE
Traducción de
B. de Laón
Dibujos de Besares

Usted lo ve — me dijo el vecino, hombre grueso, vestido de negro (sólo la nariz escapaba al color), — usted conserva, con respecto a los oficiales de justicia, el mismo odio que les profesaba Alejandro Dumas... El portero se presenta: «Vengo a pedirle cinco francos para una corona; el oficial de justicia de esta sección ha muerto». «Muchas gracias por la noticia — exclama Dumas; — pero, ¿un solo oficial ha muerto? Tome mi amigo, he aquí diez francos: entierre dos». Sin embargo, señor, tal como usted me ve, poco me ha faltado para que yo entrara en la corporación. Fué durante todo un año el sueño de mi vida. Una mujer pasó y me salvó... y me perdió, porque las mujeres no hacen nunca las cosas simplemente y sin mezcla.

En ese entonces yo rasgueaba escrituras en casa de Mc. Gallines. Una vieja tía hablaba de pagarme un día, después de muchos años de aprendizaje y de «será justicia», un gabinete de renta sobre la misma Cannebrere y dorar así mis cuarteles de nobleza. Por desgracia, mi patrón era el mejor de los hombres y el peor de los oficiales de justicia. No se atrevía a ejecutar a nadie. Muchos ministros se han conocido como él. ¿Desalojos? ¿Embargos? Citaciones y comunicaciones, tantas como se quisiera. ¿Había que proceder, ya agotados todos los recursos y demoras legales? Mi patrón desaparecía. Lo más frecuente, buscaba con el deudor un arreglo en el que resultaba, bien entendido, la víctima constante. ¿El oficial de justicia que no embarga es un oficial de justicia, sincero?

Sus colegas no lo pensaban así. Le hacían y le relataban, entre otras, las aventuras del oficial de justicia: ¡toda clase de bromas! «Tanto mejor». Este les hacía las visitas de apercibimiento durante la comida. Se le recibía con reserva.

— ¿Anda el apetito? —preguntaba entonces cordialmente.

— Bastante bien — replicaban las personas, ya con más confianza.

— Entonces... he aquí «el postre».

Y les presentaba la cédula.

¡Ah, el señor Gallines no logró jamás alcanzar una crueldad tan serena! Los mejores modelos no lo persuadían. «¡Pobre amigo, decían los amigos, no es su culpa... no lo comprende!»

Sin embargo, debió un día, bien triste día, hacer cumplir una sentencia. Expulsarse a sí mismo. El diablo quiso que tuviera un asunto con Nais. ¡Ah! qué suave recuerdo me despierta usted!... ¡Nais era la demi-mondaine más aristocrática de Marsella! ¿Había nacido en una ola del mar o en la espuma del puerto viejo? Yo no lo sé. Ella era bella. Platón la hubiera invitado a su banquete... Nais, en una palabra, casi era Thais. ¡Cuánta nobleza y vértigo, señor, en este paralelo! Toda la Provenza soñaba con ella. Pero la divina Friné reíase del oro, de la gloria y de los corazones. Jugaba con todo eso como con sus collares de perlas — collares famosos que no tenía necesidad de perderlos para darles notoriedad. — Sin embargo, la muerte fulminante de un gran armador mediterráneo le impuso duelo y dificultades insospechadas. Usted comprende que me refiero a una dificultad financiera. Bastó eso para que sastres, joyeros, peleteros, toda una clientela de mercaderes que sólo sabían sonreir hasta la víspera del luctuoso acontecimiento, mostrara los dientes. Y le protestaron varias letras...

Nais, a pesar de todo, no perdía el tino. ¡No sería el señor Gallines quien iría a mortificarla con sus órdenes de desalojo!... Los cafés, que son la opinión pública de Marsella, no pensaban de otra manera. Es por eso que Nais se negó a seguir el consejo de algunos hábiles que le ofrecían ayuda de su experiencia para un salvamento prudente de sus muebles.

Tuvo imperiosamente que proceder. El señor Gallines, bajo la amenaza de todos los oficiales de justicia de paz, se resignó a presentarse en casa de Nais. Usted supondrá que yo lo acompañaba. Reparo a la distancia la escena. Todo Marsella andaba por los alrededores. Llegamos a la casa. La entrada, el vestíbulo solamente, ofrece en mármoles, telas y vitrinas lo suficiente como para pagar lo que se adeuda a veinte proveedores. Hemos hallado la puerta abierta. Nadie sale a nues-

tro encuentro... Sin embargo, desde la calle yo había creído ver a alguien detrás de los cristales, espiar y desaparecer. Llamamos, gritamos. El eco responde. Luego un extraño silencio... Avanzamos. Nada. Henos al fin en el umbral de un cuarto obscuro lleno de luces amarillentas. Un tibio olor de cera y de flores.

Sobre un gran lecho, un lecho de reina oriental, pálida, en medio de un halo de corolas, entre cuatro cirios de cera agotados, Nais dormía su último sueño. Una mujer prosternada al pie del lecho fúnebre levanta los ojos marchitos de llorar y nos mira espantada.

La cabeza descubierta, sorprendidos, quedamos en el sitio, mientras un escalofrío nos hiela la sangre.

El señor Gallines, entonces, se inclina profundamente, devuelve la calma con un gesto a la llorona y pronuncia un «¡Vámonos, señores!» lleno de religioso respeto y de digna solemnidad. Hicimos lo que nos dijo. Un momento seguí nuestro pequeño grupo, luego, resueltamente me detuve. Yo quería volver a ver a Nais. El clarobscuro parecía más dócil a mis ojos. En ese momento descubría la seducción suprema de esa mujer que Cleopatra no me hubiera reemplazado. ¡Nunca la había contemplado de tan cerca! A través de la muerte, su belleza me tocaba el alma. Y yo temblaba de admiración y de dolor. ¡Ah, que me dejaran verla todavía!... Avanzo. Y siento crecer en mi una especie de locura amorosa y sagrada. Heme aquí al borde de su lecho. Esas flores fúnebres me preocupan. Entre las luces que se multiplican ante mis ojos, los oídos bordoneantes, me inclino sobre la favorita a quien la muerte ha cerrado los ojos y depongo perdido sobre su labio un beso de deseo, de tristeza y de adiós.

Pero entonces, ¡milagro, favor!, la muerta, en un despertar radioso, resucita.

Sí, señor. Yo usaba bigotes, me comprende, y éstos habían hecho cosquillas en la nariz delicada de Nais. Os explico esto en un solo párrafo, pero en aquel instante no lo comprendía. Descompuesto el semblante, asustado, di varios pasos atrás, un grito inmovilizado en la garganta.

— ¡Cállese! — me dijo ella. — ¿Es que se han ido?

— Sí — repuso la llorona.

Entonces Nais se pone de pie y se echa a reir. Luego, viéndome completamente atontado, me acerca un vaso de oporto y me habla.

Esa noche misma todo el mobiliario de valor fué mudado. Había traicionado. No podía volver más al estudio del señor Gallines. Pero, vea usted, existe en el mundo una justicia o una fatalidad. Yo estaba marcado por el signo. Cuando Nais terminó con los últimos billetes de mi tía — «sin haber dorado los cuarteles de mi escudo» — fuí admitido, después de una juventud azarosa, en el servicio de pompas fúnebres municipales. Y en el fondo, el oficio es el mismo. No hay que reirse. Yo desalojo lo mismo, señor — dijo pretenciosamente el conductor de cajones — yo soy el oficial de justicia de la muerte.



A Ines

No, no sonrías a mi adusta frente,
Que sonreir no puede, ni desea;
¡Evite el cielo, para ti clemente,
Que también llores, y que en vano sea!

No intentes conocer esta hez obscura
Que así emponzoña mi angustiada vida;
Ni quieras compartir una amargura
Que ser no puede, ni aun por ti, vencida.

No es odio ni es amor lo que me aqueja;
No es ambicioso y contrariado anhelo
Lo que mis horas anubló y me aleja
De cuanto fué mi amor o mi consuelo.

Es ¡ay! que cuanto escucho y cuanto miro
Tedio me inspira y ásperos enojos:
Ya ni siquiera la beldad admiro:
Ni aun fuego tienen, para mí, tus ojos.

Cual la columna de siniestra llama
Que al pueblo hebreo encaminaba errante,
Fulgor lejano me conduce y llama,
Y aun al morir lo miraré distante.

¿Cómo a sí mismo escapará el proscrito?
El mundo en vano recorrer intento;
¡Siempre me acosa el torcedor maldito,
El demonio fatal del pensamiento!

Otros, el goce insulso que me hastía,
Beben sin fin y su amargor no advierten;
¡Sueñen ellos con plácida alegría,
Y nunca, al menos, como yo despierten!

¡Adiós! Recorreré la tierra entera.
Tendrá, entre penas mil, mi pecho herido
Un consuelo: suceda lo que quiera,
¡Lo peor ya lo he visto y lo he sentido!

¡No lo quieras saber! Tus dudas calma
Y ten piedad de mi anhelar eterno.
Sonríe, sin rasgar el velo al alma,
Si allí no quieres ver todo el infierno!

LORD BYRON

VERSIÓN DE T. LL.

Picnic celebrado en la Quebrada de Lules por el personal de la empresa "Luz y Fuerza", asistiendo a la fiesta el señor gobernador de la provincia y autoridades.



El doctor Rosembal, director de "El Orden", rodeado del personal del diario, reunido para conmemorar el cuadragésimo aniversario de la fundación del mismo.



Cuando Médicos están de Acuerdo
Es un hecho que produce grande satisfacción, que en la profusión y confusión de medicamentos, la profesión médica está de acuerdo en emplear y recomendar la Emulsión de Scott donde quiera que precisa fortalecer el organismo humano. Las palabras "tónico y reconstituyente" aplican cabal y plenamente a la renombrada
EMULSION de SCOTT
"Digna de su completa confianza"


Socios del "Tucumán Lawn Tennis Club" que tomaron parte en el torneo que se verificó a beneficio del templo de la Merced.

COMO COMBATIR LAS HORMIGAS EN LOS HOGARES

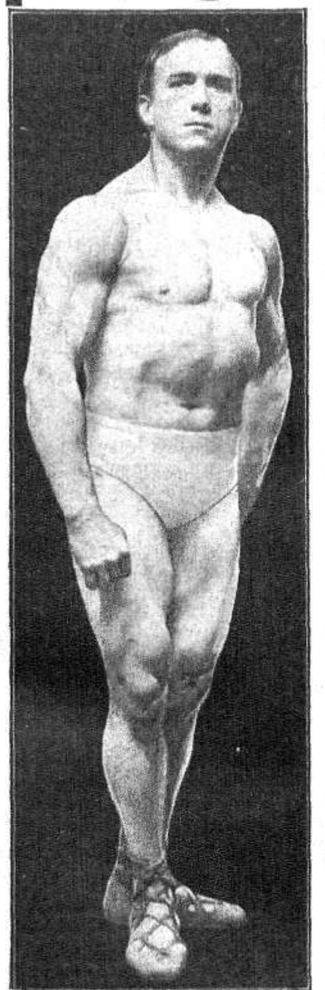
Las hormigas invaden los hogares con el único objeto de obtener alimento, por lo cual conviene poner a buen recaudo los productos alimenticios que pueden apetecer.

Un método muy sencillo y práctico para matarlas es el siguiente: empápense con agua dulcificada unas cuantas esponjas y colóqueselas en los lugares donde más abunden. Esto hará que los insectos penetren en los poros de las esponjas, y pueda después matárselas fácilmente con sólo echar las esponjas en agua hirviendo. Con esto se destruirá un gran número de hormigas, y las que queden, aterrorizadas por la mortalidad observada en la colonia, no tardarán mucho en abandonar el hogar.

El tártaro emético, mezclado con un poco de jarabe en una proporción de uno a cinco, respectivamente, es también muy bueno para matar las hormigas en los hogares. Esta proporción se echa en unos cuantos platillos iguales a los que se usan para servir la manteca en la mesa y se les coloca en el aparador o la alacena invadida por estos himenópteros. Al cabo de poco tiempo todas las hormigas habrán huido. La expresada preparación deberá mantenerse alejada de las personas y los animales domésticos.



Cuándo Supone Una Desgracia El Matrimonio



STRONGFORT
EL HOMBRE PERFECTO

El matrimonio siempre viene a parar en desgracia para el incapacitado. Antes de proponérselo a una joven pura e inocente, pregúntese a sí mismo si está usted apto para ser su esposo y el padre de sus hijos; y si éstos serán unos chicuelos vigorosos, que constituyan la alegría y una bendición para ambos, o serán enfermizos y defectuosos, para ser una carga y un reproche para usted mientras viva. Lo que usted sea serán sus hijos, y sus debilidades aumentarán al transmitírselas a ellos, quienes vivirán tal vez para maldecirle por su herencia de penas y dolores. Esta es la inflexible ley de la transmisión hereditaria. Usted no puede sustraerse a ella, ni debe atreverse a desafiarla. PIENSE ahora, antes de que sea demasiado tarde, y tome la determinación de

Hacerse Apto Para el Matrimonio

Usted no está apto si es débil, enfermizo y falto de desarrollo. No se atreva a contraer matrimonio arruinando así la vida de una joven confiada, si ERRORES JUVENILES, MALOS HABITOS O EXCESOS han minado su vitalidad y lo han convertido en un remedo del verdadero hombre. No piense que ha de escaparse empleando drogas u otros artificios; tal proceder es contrario a la naturaleza y nunca podrá eliminar las causas de su debilidad — en cambio le perjudicará seria e inevitablemente. La única manera de lograr su restauración es siguiendo las leyes de la naturaleza. Esta nunca falla si se somete usted a sus dictados.

Mis Métodos Restauran a los Hombres

Mi vida entera ha sido dedicada al estudio de las Leyes de la Naturaleza. Yo he aplicado sus maravillosamente eficaces principios a mi propia persona y he ganado el premio mundial como el ejemplar de perfección física y buena salud. Estos mismos principios restaurativos son los elementos prodigiosos que deseo aplicar a su caso para hacerlo apto para las responsabilidades del Matrimonio y de la Paternidad. Yo deseo ayudarle — yo puedo ayudar a usted por medio del

ESTRONGFORTISMO

La Ciencia Moderna de Promoción de la Salud

Estrongfortismo — El Auxiliar Principal de la Naturaleza, ha sacado de la desesperación a miles de hombres débiles, doloridos y descorazonados, y los ha puesto en la recta senda de la Salud, Felicidad y Prosperidad. El Estrongfortismo les ha devuelto la virilidad que ellos creyeron perdida para siempre dándoles nueva confianza, vitalidad, buen éxito. Los ha hecho capaces de disfrutar la alegría del vivir. Puede hacer lo mismo por usted independientemente de su edad, ocupación, o medio ambiente.

Envíe por mi Libro GRATIS

La experiencia e investigaciones de toda una vida están contenidas en mi altamente instructivo libro «PROMOCION Y CONSERVACION DE LA SALUD, FUERZA Y ENERGIA MENTAL». Este libro le dirá con toda franqueza cómo puede transformarse en un modelo de virilidad. Le enseñará cómo hacerse apto para ser padre y gozar de prestigio y autoridad con su esposa y familia. Simplemente marque en el cupón de consulta gratis las materias sobre las cuales desea información especial y confidencial, y envíemelo junto con 20 centavos para ayudar a pagar los gastos de franqueo, etc. Es un vivificador de hombres y un verdadero salvavidas. Envíe por mi libro gratis Ahora Mismo.

LIONEL STRONGFORT

278, Strongfort Institute (Fundado en 1895), Newark, N. J., E. U. de A.
Especialista en Perfección Física y Salud.

------- Corte y envíe por correo este cupón -------

CUPON DE CONSULTA GRATIS

Mr. Lionel Strongfort, 278, Strongfort Institute, Newark, N. J., E. U. de A.

Tenga la bondad de enviarme su libro, "**Promoción y Conservación de la Salud, Fuerza y Energía Mental**", para cuyo porte incluyo 20 centavos. He colocado una X delante de las materias en las cuales estoy interesado.

..Restriados	..Insomnio	..Pies planos	..Debilidad	..Corazón débil
..Catarros	..Pecho deprimido	..Desórdenes del estómago	..Pérdidas vitales	..Enfermedades de la piel
..Asma	..Deformidad (descríbase)	..Estreñimiento	..Hábitos secretos	..Decaimiento
..Romadizo	..Felicidad conyugal	..Hígado entorpecido	..Gran fuerza	..Cargado de espalda
..Dolores de cabeza	..Hijos lozanos	..Indigestión	..Reumatismo	..Espalda débil
..Hernia	..Virilidad restaurada	..Nerviosidad	..Bilis	..Prostatitis
..Lumbago	..Aumento de talla	..Obesidad	..Gastritis	..Respiración corta
..Neuritis	..Barros	..Neurastenia	..Caída del cabello	..Molestia pulmonar
..Neuralgia	..Espinillas	..Mala memoria	..Vista débil	..Desarrollo muscular
..Diabetes			..Mala circulación	..Afición a narcóticos

(SIRVASE ESCRIBIR CON CLARIDAD)

Nombre ....

Edad ....

Calle ....

Ciudad ....

Importante. — El franqueo de una carta para los Estados Unidos cuesta 5 centavos.

INVENTOS, RECETAS Y PROCEDIMIENTOS ÚTILES

Sobres inviolables. — Ni el inventor del paraguas ni el del sobre entran en el número de los que merecen una estatua. Uno y otro se equivocaron si creyeron haber inventado algo realmente útil. El sobre, especialmente, no sirve para nada gracias al socorrido procedimiento del vapor de agua, o al no menos sencillo del trapito húmedo, procedimientos a que no resiste ninguno de los mucílagos, invariablemente compuestos de dextrina o de goma arábiga, que se emplean para engomar los bordes de los sobres. Hay, sin embargo, un método para evitar que la correspondencia sea violada por cualquiera que no sea el censor de una nación beligerante. El procedimiento es tan sencillo que cualquiera puede hacerlo.

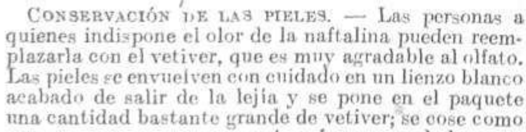
Se empieza por comprar o mandar hacer sobres sin engomar, y si ello no es factible, se les quita cuidadosamente con agua la goma a los sobres ordinarios y se dejan secar.

Una vez que se tienen los sobres sin engomar, cuando hay que emplear uno de ellos no queda sino untar los bordes con clara de huevo, cerrar el sobre y, antes de que tenga tiempo de secarse, pasar por encima una plancha caliente. Si la temperatura de la plancha es de 90 a 100 grados, las dos superficies del papel quedan sólidamente unidas, a prueba de agua y de toda humedad, caliente o fría.

Un consejo: conviene poner entre sobre y plancha un papel de seda, o por lo menos lo bastante delgado para que, sin impedir el paso del calor, evite que el sobre se ensucie o adquiera un tono tostado.

Antena de telegrafía sin hilos en un paraguas. — En un armazón de paraguas los hilos conductores son las varillas conectadas a fin de constituir una antena que permita captar las ondas y percibirlas mediante un receptor de bolsillo.

El aparato se coloca en una cajita portátil del tamaño de un libro ordinario. En esa cajita se colocan los aparatos de reglaje, tales como una bobina y un condensador variable. El alcance puede calcularse de 10 kilómetros.



Conservación de las pieles. — Las personas a quienes indispone el olor de la naftalina pueden reemplazarla con el vetiver, que es muy agradable al olfato. Las pieles se envuelven con cuidado en un lienzo blanco acabado de salir de la lejía y se pone en el paquete una cantidad bastante grande de vetiver; se cose como si se fuera a embalar y se coloca todo en un armario bien cerrado.

Limpieza de los impermeables. — El barro es, en general, muy alcalino, principalmente el de las ciudades, y se adhiere fuertemente a las telas impermeables. Para limpiarlas basta lavarlas con una esponja empapada en agua avinagrada: el vinagre se combina con el álcali y desaparecen las manchas.

Limpieza de los grabados e impresos. — Quítense con una esponja muy fina y ligeramente húmeda las manchas de las moscas y las otras manchas ligeras. En seguida se introduce el grabado durante algunos segundos en una solución muy débil de agua de cloro vertida en una cubeta suficientemente grande pero poco profunda, pasándolo después a un baño de agua muy limpia y muy clara. Repetida varias veces esa doble operación se quita el agua que queda sobre los grabados por medio de un buen papel secante y se deja secar lentamente, pero sin acercarlo al fuego.

Conservación de los cueros. — Los cueros, arreos y encuadernaciones de libros se enmohecen con mucha facilidad; para evitarlo y que se conserven en buen estado se pasará sobre dichos objetos una ligera capa de trementina. Cuando se cierra la casa durante una temporada convendrá también dejar en las habitaciones unos platillos llenos de esencia de trementina, que preserva de los insectos.

Billar. — El paño se limpia con una mezcla de 8 partes de espíritu de amoníaco y una de agua, que se aplica frotando con un cepillo. La limpieza se completa repasando bien con una franela.

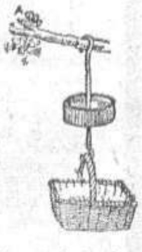
Flores. — Para conservarlas frescas una vez cortadas, póngase en el florero un poco de limadura de cobre; en caso de no tenerse ésta, se puede suplir con una moneda o medalla de cobre.

El crujido del calzado se suprime impregnando las suelas con aceite de lino cocido, que se aplica con un pincel. De este modo se obtendrá también la impermeabilidad del calzado.

Práctico y económico estuche para afeitar, con espejo giratorio. — En este económico estuche para afeitar puede ser fácilmente colocado un espejo giratorio con toda rapidez y seguridad.

Por medio de dos tornillos que atravesando los listones perpendiculares del cerco de la tapa se introducen en el marco del espejo queda éste convenientemente fijado. Para conseguir la luz y reflexión necesarias basta inclinar el espejo en la dirección que las circunstancias requieran. Al cerrarse el estuche el especo se ajusta perfectamente al cerco de la tapa y la luna puede ser colocada hacia adentro o hacia afuera indistintamente.

Como protejer las provisiones de los insectos. — Es una generalizada costumbre, aprovechando el buen tiempo, hacer largas y agradables excursiones, llevando provisiones que son difíciles de proteger de los insectos una vez que han sido coladas sobre el suelo. Aunque el canasto sea suspendido de la rama de un árbol, el problema queda por resolver, porque esto no impide que los insectos encuentren el camino de llegar a la canasta de las provisiones marchando sobre la cuerda de suspensión.



Sin embargo es fácil detener las incursiones de todos estos animalitos empleando el medio siguiente:

Se coloca en medio de la barra de hierro o de la cuerda que sostiene la cesta de las provisiones una capela o más simplemente una caja de hoja de lata. Por el centro de esta caja se pasa la barra o la cuerda y se cubren los bordes del agujero con betún o una tela impermeable. Este pequeño recipiente es llenado de agua hasta una altura conveniente, y esto impedirá totalmente a los insectos llegar al suspendido cesto de las provisiones.



CURUZU CUATIA. — Equipo de la 1.ª división del Club «Progreso» de Corrientes que jugó un interesante partido de football, venciendo al team del Club Social por un goal a cero.



Equipo del Social Club que, a pesar del brillante juego desarrollado, resultó vencido.



Team del Banco de la Nación Argentina que se clasificó vencedor en el match de football jugado contra «Veteranos de Baibiene».



Jugadores del Club «Veteranos de Baibiene» que resultaron vencidos por tres goals a cero.



MANDOLIN DE CATANIA

Modelo exclusivo de la

CASA AMERICA

N.º 5620 a.—**Precioso Mandolin** de gran concierto. Lujoso e inmejorable instrumento. Construído en maderas extrafinas, con variadas y artísticas decoraciones en nácar, carey y marfil. **Precio con ESTUCHE y método para aprender sin maestro.**

$ 20 al contado y 10 mensualidades de $ 10.— cada una.

N.º 55. — **Regia GUITARRA** de Catania, lo más fino y artístico que produce la industria Italiana. Ultimo modelo que acabamos de recibir, construída en maderas extrafinas, tapa armónica en abeto de los Alpes, artístico escudo en carey y nácar en variados estilos de decoraciones. Precio excepcional, con un elegante y sólido estuche, forrado interiormente en franeleta fina y exteriormente en tela imitación cuero:

$ 28 al contado y 10 mensualidades de $ **17**.— cada una.

Regio VIOLIN modelo STRADIVARIUS

N.º 4106 bis. — Instrumento fino de voces melodiosas y uniformes. Tapa armónica elegida, fondo y aros veteados. Muy buen barniz sombreado. Lo entregamos completo con arco fino, pez y elegante estuche, por sólo

$ 20

al contado y 10 mensualidades de **$ 9** cada una.

Concertola

el fonógrafo más perfeccionado.

Toca discos CON y SIN PUA

Gran catálogo ilustrado de estos maravillosos aparatos, remitimos enviándonos veinte centavos en estampillas.

Nuestras Cuerdas Armónicas

dan doble valor a los instrumentos. Pídase un encordado de ensayo para convencerse. Oferta extraordinaria por un tiempo limitado con porte pago a cualquier punto de la República.

Cuerdas para guitarra

Encordado Tripa Romana impermeable «Colorada», con bordonas de seda amarilla, a........ $ **2.70**
Encordado Tripa Romana impermeable «Amarilla», con bordonas de seda violeta, a.......... $ **3.60**
Encordado Tripa Romana «Concertola», con bordonas de seda violeta, a.................. $ **4.20**
Por los tres encordados juntos cobramos solamente........ $ **10.—**

Cuerdas para violín

Encordado fino, para estudio, a pesos...................... **1.90**
Encordado extra, para concierto, con 4.ª de plata, a.......... $ **2.60**
Encordado **"Concertola"** de gran concierto, 4.ª de plata, a.... $ **3.40**
Comprando los tres encordados en una sola vez.......... $ **7.50**

ESCRIBA HOY MISMO SOLICITANDO INFORMES A LA

CASA AMERICA

STAHLBERG & RIGOTTI

Avda. DE MAYO, 979 — NO TENEMOS SUCURSALES / NO CERRAMOS LOS SABADOS — **Buenos Aires**



37.ª Exposición Nacional de Ganadería de la Sociedad Rural Argentina en Palermo

RESUMEN DE LA SECCION BOVINOS SHORTHORN. EXCELENTES EJEMPLARES

La carne vacuna es el elemento fundamental de la industria ganadera, y los traficantes en la producción de carne en lo futuro podrán confiar cada vez más en la mejor calidad de los animales.

Temprana madurez es la verdadera condición que se requiere, y el uso del verdadero hijo del semental de pura sangre es el único medio de perpetuarlo en cualquier rebaño.

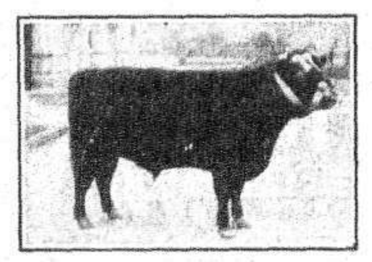
Si nosotros aceptamos como correctos los veredictos del capitán Mac Gillivray en Palermo este año, quien ha sido el mejor calificador e instructor acerca de las exigencias del mercado inglés, entonces muy bien podemos darnos mejor cuenta de lo que han sido siempre la miras de los criadores de vacunos desde los primeros tiempos de la industria, es decir: «temprana madurez».

Este ha sido el punto hacia el cual se han dirigido todos los esfuerzos en la cría vacuna con propósitos de producir carne.

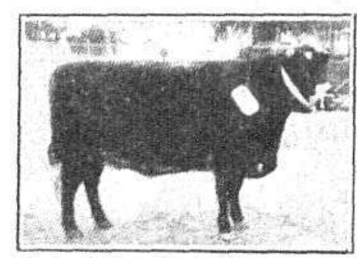
Grandes son los progresos realizados en este sentido, infortunadamente por un número limitado de criadores en este país, pero las exigencias del público más entendido hizo esencial que con la «temprana madurez» debe ser combinada la calidad, y esto será mejor comprendido cuando yo haga la atrevida manifestación de que solamente un 25 % del ganado que pasa por nuestros grandes mercados de los mataderos de Liniers puede ser clasificado como «primera clase»; y si la mayor parte del 75 % restante de los animales fueran debidamente engordados, es decir, de 2 a 2 ½ años, podrían agregarse al porcentaje de la carne de primera clase.

Sin embargo, por otro lado, al presente, entre el 25 % primera clase y el 75 % que resta, cuya carne varía entre buena, secundaria e inferior calidad, existe un gran margen en el precio, calculándose, estimándolo módicamente, alrededor de ocho pesos las 100 libras, o sea ocho centavos por libra «peso muerto», y ya podemos imaginarnos los muchos millones de dólares que anualmente pierden los productores de esta república por la, en general, inferior calidad de su ganado, así en tales condiciones puesto en el mercado.

La demanda mundial actualmente quiere la mejor calidad de producción, y cuando todas las naciones ahora perturbadas se hallen una vez más en pacífico bienestar, y de ese modo el tráfico y el cambio monetario adquieran normal regularidad, esta demanda de carne tomará mayor desarrollo.



"Queen Sofía", Campeona Shorthorn. Criada y expuesta por Federico Seeger.



"Marion Collynie Knight 25", nacido en noviembre 13 de 1920: 1er. Premio. "Senior" Campeón y Gran Campeón de la raza Shorthorn. Vendido en subasta pública en $ 50.000 al doctor Alejo P. López Lecube para la cabaña "San Ramón"

La más poderosa y grande porción de la riqueza argentina y su prosperidad se deriva de sus haciendas ganaderas, y la raza Shorthorn es el favorito de los criadores bovinos, y es bien fácil decir que el sostenimiento y extensión de animales de alta calidad es la única manera por la cual la producción puede ser mantenida progresivamente con un máximo de alimento para los pueblos que la compren, y el volumen del comercio de exportación se asegurará.

En el cultivo y manejo de las haciendas está lo que debe principalmente cautivar la atención del criador honrado.

Por consiguiente, no es extraño que el mayor número de la crianza de haciendas esté encomendado a muchos de los más capaces hombres y más viejas familias de la república, ni tampoco resultará extraño que, año por año, los ranchos de los criadores de pedigree Shorthorn hayan aumentado, mientras, por su parte, la Sociedad Rural Argentina se preocupa por el desenvolvimiento de la industria.

Con respecto a los veredictos dados en Palermo este año, la historia se ha repetido, y el significativo acierto de traer un experto de Gran Bretaña para adjudicar los premios ha sido un buen ejemplo y ha respondido a entera satisfacción, pues así resultó la labor del capitán Mc Gillivray.

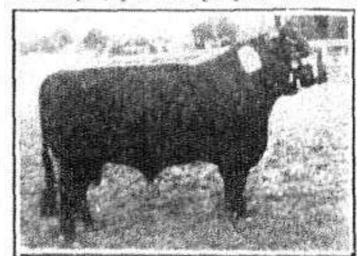
Acaso su juicios no hayan sido todos absolutamente infalibles, pero debemos recordar que todavía no ha nacido el juez que haya otorgado sobre 250 premios sin incurrir en alguna pequeña equivocación y, sobre todo, dejando complacidos a todos los exhibidores y espectadores. Sin embargo, el nombrado árbitro trabajó mucho y bien, y no cometió error cuando eligió para el campeonato y para los grandes premios; y con la excepción de tres animales, la parada de los toros ganadores de los primeros premios presentaba en Palermo uno de los más hermosos espectáculos vistos en aquellas pistas por los aficionados a los «colorados, blancos y rosillos». Diez de ellos eran de remos cortos, lomos derechos y anchos, con gran profundidad de caja, tipos macizos de gran carácter racial y calidad bien apreciable; y aunque los otros tres diferían algo en la figura, sin embargo fueron excelentes especímenes de la raza Shorthorn para la producción de carne.

El árbitro dijo por su cuenta en un discurso público, refiriéndose a esto: «Constituyó un vivo tributo a la excelencia de los rebaños argentinos y al creciente y gran crédito alcanzado por los criadores. No tan magnífica exhibición de ganado en general se reune en parte alguna del mundo, ni en número ni en calidad, y muchos de los toros registrados ganarían honores análogos en cualquier exposición de Gran Bretaña».

Y es lisonjero hacer notar que, contestando al ingeniero Pedro T. Pagés, presidente de la S. R. A., quien brindó por la salud del capitán Mc Gillivray en un banquete, refiriéndose, en el curso de su peroración, a los éxitos obtenidos como criador por el experto escocés, este último contestó: «Si es verdad que yo he ganado numerosos y muy apreciables premios en Gran Bretaña, ello ha sido el resultado obtenido en la buena crianza de animales del tipo y calidad Shorthorn, a los que yo he dado ahora premios en vuestra exposición de Palermo. Esto es, y esto deberá ser siempre, el punto de mira de todo progresivo criador de cualquier parte del mundo que sea si quiere producir tal ganado.

»En el nombre de la Sociedad Shorthorn de Gran Bretaña, y por mí mismo también, sinceramente felicito a los criadores argentinos por la excelencia de la exhibición que he tenido el gusto de juzgar.»

En la sección actual Shorthorn se advirtieron muchos comentarios acerca del gran éxito de los relativamente nuevos criadores. Los primeros y principales, de la cabaña «Mitikile», de los señores Lacau y Seré, hicieron una magnífica presentación con sus machos y hembras. Solamente hace siete años que dichos estancieros se dedicaron a la cría de pedigree Shorthorn, pero, no obstante, trabajaron por el verdadero camino y consiguieron buenos resultados, siempre seleccionando lo mejor para la fundación de su «stock», y en tan importante labor fueron sin duda alguna afortunados en asegurar los servicios de Mr. John Sibson, un escocés que, por sus propios méritos,



N.º 246. "Fancy Benedict", 1er. Premio en categoría 6 B y reservado "Senior" Campeón. Criado y expuesto por Lacau y Séré, de la cabaña "Mitikile".

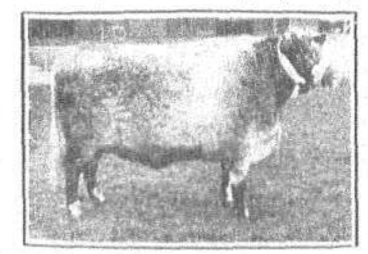
ha adquirido fama en el manejo de la cabaña «San Blas». Mr. Sibson es un maestro en la raza Shorthorn, y en la actualidad «Mitilike» es considerada como la «Collynie» de la Argentina, mereciendo muy bien esta comparación; y aunque no criaron el gran campeón este año, es indiscutible que a ellos correspondieron los principales honores de esta exhibición de 1923 en su verdadero sentido.

El propietario de la cabaña «La Esperanza», don Federico Seeger, fué otro nuevo criador que supo demostrar a los viejos estancieros la combinación de buena sangre que se puede hacer. Los precios nunca le detuvieron en la adquisición de excepcionales toros o vacas cuando formó su criadero hace menos de 5 años, y en el examen de la exposición sus ejemplares fueron juzgados en general, lo mismo por los expertos nacionales que por los extranjeros, como los más perfectos especímenes de hembras Shorthorn que jamás se hayan registrado en exposición alguna universal. Además, entre otros animales ganadores exhibidos por el mismo, hallábase el toro «junior» campeón, un excelente animal que ganó dicho honor entre 300 competidores.

Otros relativamente nuevos criadores que concurrieron a la sección de pedigree Shorthorn fueron los propietarios de las cabañas «La Pastoril», «El Placer», «San Pascual» y «Paradise Grove», y entre los viejos estancieros el más importante ganador fué C. Brown, de «Marion». Los señores Bartolomé Ginocchio e hijos, Miguel A. M. de Hoz, Suc. de Narciso Vivot, Sucesión de Ramón A. López Lecube, Eduardo Healy, William Angus, y las cabañas «Tatay», «San Juan», de Pereyra, «Dos Marías», «El Inca» y «Miraflores» se repartieron un considerable número de premios.

Juzgando las categorías. — Entre 14 competidores de toros de 3 años, ganó el primer premio un rosillo de gran calidad, de buen lomo y gran peso, procedente de «La Pastoril», y la segunda distinción se le adjudicó a la cabaña «Las Rosas» por un rosillo de gran carácter racial y bien cebado, pero poco alzado de espaldas. William Angus se llevó el tercer premio con un animal rosillo, compacto, de gran toque, y F. Seeger ganó el tercero con un espléndido toro de calidad un poco irregular en la línea inferior.

La cabaña «Dos Marías», de López, ganó la siguiente categoría con un excelente toro blanco y colorado de calidad, hijo del importado «Eardiston Favourite»; el segundo lugar lo consiguió un buen ejemplar hijo



N.º 986. "Faithful", 1er. Premio y Campeón "Junior" Shorthorn. Criado y expuesto por Federico Seeger, de Cabaña "La Esperanza".



N.º 1489. "Miss Benedict", 1er. Premio y reservado Campeona Shorthorn. Criadores y expositores, Lacau y Séré; de la cabaña "Mitilike".

del importado «Bletchley Cavalier» y el tercero lo ganó B. Ginocchio e hijos con un rosillo de mucho carácter racial, con buenas líneas, anca larga y derecha y costillas bien arqueadas.

La categoría para machos nacidos de noviembre 1.º a diciembre 31 registró 47 entradas, y «Marion Collynie Knight 25» ganó fácilmente con un excepcional toro de calidad, de espléndidos traseros y delanteros, espaldas relativamente lisas, de gran desarrollo costillar y buenas carnes, con hermosas líneas, de buen toque y de gran caminar. Ultimamente le fué adjudicado el campeón «senior» y luego el gran campeonato de la Exposición, siendo adquirido en subasta pública en 50.000 pesos por D. Alejo P. López Lecube, administrador general de la Suc. de Ramón A. López Lecube, de la cabaña «San Ramón».

La categoría para machos de 33 meses de edad fué ganada por la cabaña «Villa María» con un bien desarrollado rosillo con lomo derecho y ancho y piernas cortas, y el segundo premio lo ganó otro rosillo de gran profundidad de caja, espléndidas carnes y jamones bien llenos, de la cabaña «San Pascual». Los señores Castex, Vivot, Grondona, Lacau y Seré y la Suc. de Ramón López Lecube se repartieron los restantes premios de esta categoría.

La siguiente categoría tuvo 25 competidores, y un compacto, blanco y colorado toro de «San Juan», de Solari, se llevó el primer premio, y el segundo fué para un rosillo de B. Ginocchio e hijos, de gran calidad y lomo uniforme y de buenas carnes. D. Federico Seeger y las cabañas «Tatay» y «El Inca», también consiguieron premios en esta categoría.

La cabaña «El Dorado» se llevó la categoría 5 B con un atractivo toro de gran carácter racial, y Miguel A. Martínez de Hoz y la Sucesión de Ramón A. López Lecube ganaron otros premios con muy buenos ejemplares. Los señores B. Ginocchio e hijos ganaron el primer premio en Cat. 6 A, entre 31 competidores, con un colorado y blanco ejemplar de remos cortos, costado profundo y lleno y gran desarrollo de carnes, y las cabañas «Miraflores», «El Dorado», «San Ramón», de López Lecube, «Mitikile», «Chapadmalal» y «Marion» se repartieron los honores restantes.

A la categoría para machos nacidos en mayo-junio de 1921 se presentaron 32 toros, y aquí Lacau y Seré se llevaron un meritorio premio con un rosillo de gran calidad, de mucho carácter racial y masculino, de gran esqueleto, líneas uniformes, buena manta de carne y gran toque, al que se le adjudicó después el reservado de campeón «senior», siendo también parte de uno de los tres distintos grupos que ganaron apreciables premios particulares de «Mitikile». El segundo honor de esta categoría se adjudicó a un espléndido toro de Duggan Hnos.

La cabaña «Marion» se llevó la siguiente categoría, y la competencia en Cat. 7 B entre 29 colorados y rosillos fué muy reñida. El jurado demoró algún tiempo antes de poder elegir definitivamente entre un rosillo de «Mitikile», de Lacau y Seré, de gran calidad, de largas y muchas proporciones y de buenas líneas, y otro rosillo compacto, uniforme y derecho y de carnes bien repartidas, de la cabaña «Las Rosas», triunfando este último.

El ganador de la Cat. 7 C. fué criado en «San Juan», de Pereyra, y se llevó el primer premio entre 31 competidores: un ejemplar bien proporcionado y rollizo, pero feo de cornamenta y un poco largo de remos. Numerosos espectadores se mostraron satisfechos de un ejemplar «Grondona», blanco y compacto, que se llevó el segundo premio, y las cabañas «El Inca», «La Elvirita», «San Ramón», de Lecube, y «Las Rosas» consiguieron, con otros buenos toros, los demás premios de esta categoría.

Veint cinco toros se presentaron en la Cat. 7 D, y el primer lugar fué para la cabaña «Tatay» por un compacto rosillo de fina piel y pelo, aunque de tamaño algo reducido. «Chapadmalal» ganó el segundo con un macizo rosillo, y el tercero correspondió a la cabaña «Mitikile» por un semental excepcionalmente bien proporcionado.

Los señores B. Ginocchio e hijos ganaron la siguiente categoría entre 41 competidores con un hermoso rosillo de excelentes carnes, espaldas bien puestas, lomo ancho, remos cortos y buenas líneas, y estos mismos criadores consiguieron el segundo premio en la inmediata categoría de 42 animales con un colorado muy compacto y de mucha calidad. El primer lugar fué para la cabaña «El Retiro» con un hermoso rosillo hijo de «Best Chief».

Cuarenta y cuatro toros compitieron en la categoría septiembre-octubre de 1921, y resultó un magnífico espectáculo este conjunto. Los señores Lacau y Seré exhibieron dos rosillos sobresalientes y de gran mérito que ganron el primero y el segundo honor. «Dos Marías» tuvo mucha suerte ganando el tercero con un colorado y blanco, y las cabañas «El Inca» y «San Pascual» se llevaron el tercero y cuarto respectivamente.

La Cat. 8 D se vió asimismo muy



"Charlot", Primer Premio Cat. 9 C. Criado y expuesto por Lacau y Seré.

concurrida, tanto en número como en calidad, y el primer premio fué para «La Pastoril», por un rosillo atractivo, de gran calidad, con remos cortos y carnes lisas, pero un poquito feo en los extremos de las ancas. A este ejemplar se le adjudicaron después el campeonato de dos años y el reservado de gran campeón. Los señores Lacau y Seré se llevaron el segundo premio con un rosillo de espléndida caja, cintura correspondiente y gran cabeza.

En la siguiente categoría se registraron 29 toros, y fué el sobresaliente ganador un colorado «Dairy Prince», de Lacau y Seré, hijo del importado «Fairlawne Royal Prince», siendo un animal muy atractivo, castizo completamente, con buenas líneas y de gran toque, al que luego se le adjudicó el reservado de campeón parte de dos años, habiendo formado parte de tres grupos que ganaron premios particulares.

Treinta y ocho competidores se presentaron en la Cat. 9 C, y otra vez resultó un fácil ganador un toro de gran calidad de «Mitikile», llevándose el segundo lugar un rosillo de «Marion», y en la siguiente categoría de 27 ejemplares otro macho de «Mitikile», de gran carácter y calidad, se llevó el primer premio para los señores Lacau y Seré.

La categoría para machos nacidos en febrero de 1922, compuesta por 36 toros, después de una reñida competencia correspondió el primer honor a un rosillo bien modelado de lomo, de líneas derechas y de carnes uniformes, que luego fué el reservado «junior» campeón, de la propiedad de los señores Lacau y Seré; y el segundo premio se lo llevó un buen torito del Sr. Robertson.

La categoría 11, para los nacidos en marzo de 1922, fué ganada por un macho blanco de la cabaña «Marión»; la categoría de abril, con 26 competidores, fué para B. Ginocchio e hijos, que presentaron un rosillo de muy buenas formas y de mucha calidad, llevándose el segundo lugar «Mitikile» y el tercer premio el señor Federico Seeger.

Veintinueve toritos se registraron en la categoría de 16 meses, formando todos un espléndido conjunto. El ganador fué un hermoso ejemplar de «La Esperanza», de Federico Seeger, colorado y blanco, de buenas líneas, pellejo excelente y de abundante carácter masculino y racial que luego fué el «Junior» campeón. El mismo criador ganó el tercer premio y el cuarto y quinto correspondieron a «Mitikile».

Los primeros y los segundos premios en la penúltima categoría para machos fueron ganados por excelentes toritos de D. Francisco Roverano, y en la última categoría, que registró 31 animales hasta de un año de edad, correspondió el primer honor a los señores Lacau y Seré.

Vacas y vaquillonas. — Hubo una fuerte competencia este año en las categorías correspondientes a vacas y vaquillonas.

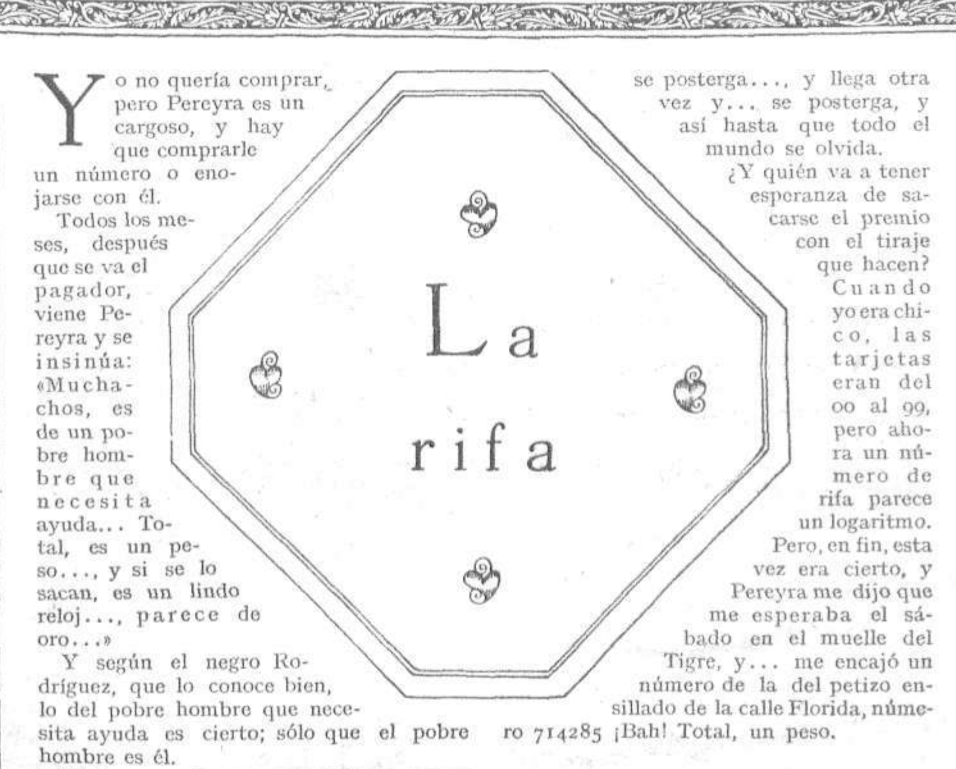
Se presentaron seis categorías para todas las edades, y tres de ellas fueron ganadas por hembras de alta clase procedentes de «Mitikile», de los señores Lacau y Seré, quienes también ganaron el segundo premio en reñida competencia y también el reservado campeón con «Miss Benedict», una vaca de gran calidad, buenas líneas, de mucha profundidad y de remos cortos, con espléndido carácter femenino y racial.

La vaquillona que ganó el campeonato de la Exposición fué una rosilla hija del reservado campeón de Palermo «Hampton King 63» y criada en la cabaña «La Esperanza» por D. Federico Seeger; un ejemplar que causó la admiración de todos apenas entró en la pista y que fué calificada como el mejor ejemplar femenino de Shorthorn que jamás se haya visto en exposición alguna del mundo. Muchos criadores intentaron comprarla, pero el señor Seeger, procediendo sabiamente, decidió reservarla para el servicio de su propio rebaño. Otras dos hembras de gran calidad, de «La Esperanza», se llevaron un segundo premio cada una en disputadas categorías.

La más vieja categoría para vacas presentó muy hermosos ejemplares, y aquí B. Ginocchio e hijos ganaron un bien merecido primer premio con una magnífica hembra de gran peso y características Shorthorn; y en otras categorías adquirió varios premios la cabaña «Santa Aurelia».

La cabaña «San Juan», de Pereyra, ganó un primer premio, y las vacas y vaquillonas que consiguieron segundos, terceros y cuartos premios fueron exhibidas por los de las cabañas «Chapadmalal», «El Dorado», «Marion» y «Dos Marías», ésta de D. Cecilio López.

GMO. ST. J. PETERS.



La rifa

Yo no quería comprar, pero Pereyra es un cargoso, y hay que comprarle un número o enojarse con él.

Todos los meses, después que se va el pagador, viene Pereyra y se insinúa: «Muchachos, es de un pobre hombre que necesita ayuda... Total, es un peso..., y si se lo sacan, es un lindo reloj..., parece de oro...»

Y según el negro Rodríguez, que lo conoce bien, lo del pobre hombre que necesita ayuda es cierto; sólo que el pobre hombre es él.

El mes pasado era una lancha lo que se rifaba. El boleto daba detalles: tanto de eslora, tanto de manga, tanto de puntal; y Alonso, el jefe, por dárselas de entendido, dijo que era una linda lancha, compró un número, y nosotros, claro, ¿qué íbamos a hacer? Tuvimos que comprar.

Yo elegí el 890, que hacía 26 jugadas que no se daba, ni a los 20 primeros premios; y eso que siempre ha sido considerado como un número salidor. Para no perderlo lo coloqué bajo el tafilete del sombrero y no me acordé más de él.

El día de la jugada yo creí que me estaban dando una broma; me dijeron que yo me había sacado la lancha y se me vinieron todos encima reclamando copetines. Yo tomé el diario y le miré bien la fecha, y hasta rasqué el número por si estaba pegado, porque Rodríguez es terrible, y desde que lo echaron del Zoológico porque le ponía el sol en los ojos al rinoceronte con un espejito, yo no le tengo fe ninguna. Pero tuve que convencerme, porque vino Pereyra verde de envidia; y bastaba verle la cara para comprender que era cierto.

Eso de sacarse algo en una rifa es una sensación de las más raras.

Todo el mundo sabe que el objeto de una rifa es reunir varios cientos o miles de pesos por subscripción popular, pero sin que nadie tenga la pretensión de sacarse el premio, que a veces no existe. A lo sumo, llega el día de la jugada y... se posterga..., y llega otra vez y... se posterga, y así hasta que todo el mundo se olvida.

¿Y quién va a tener esperanza de sacarse el premio con el tiraje que hacen? Cuando yo era chico, las tarjetas eran del 00 al 99, pero ahora un número de rifa parece un logaritmo.

Pero, en fin, esta vez era cierto, y Pereyra me dijo que me esperaba el sábado en el muelle del Tigre, y... me encajó un número de la del petizo ensillado de la calle Florida, número 714285 ¡Bah! Total, un peso.

Esa semana los muchachos me tuvieron medio loco; fundaron un club de paseos del que me hicieron Presidente Honorario, y a la salida me hicieron pagar vueltas y vueltas de copetines, y entre broma y broma, me dejaron sin sueldo; yo nunca he querido pasar por amarrete, y como decían que la lancha valía cuatro mil pesos, no tuve más remedio que aguantar.

Llegó por fin el ansiado día en que yo pondría los pies en mi lancha. «Mi» lancha. ¿Comprenden ustedes?

Me compré una gorra de esas de capitán de barco, y (me parece superfluo decirlo) saqué un abono al Tigre por un trimestre, todo gracias a que el cajero es bueno y me adelantó un mes de sueldo, aunque el sinvergüenza de Pereyra me hablaba mal de él, diciéndome que el otro me afilaba para que yo le prestara la lancha. El que quería la lancha era él, seguramente para colocar sus rifas entre los isleños del Delta, porque a veces dice suspirando que ese negocio está muy explotado en Buenos Aires.

En el tren me encontré con Benítez, y aunque me miró con extrañeza la gorra, no me dijo nada.

Hablamos un poco de todo, y yo reventaba por hablar de la lancha, pero no me daba pie.

—El otro día en Martín García...— dije al fin.

—¡Ah! ¿Vas alguna vez?

—Voy todos los domingos — aseguré con el mayor aplomo. Y me eché un poco la gorra hacia atrás. Pero entonces él empezó a hablar de que los domingos iba al Hipódromo; y se enfrascó en una genealogía de caballos, que comprendí que si no la cortaba llegábamos al Tigre sin hablar.

—No me hables de caballos porque no entiendo ni jota. ¡Ah!, lo que es a mí, no me sacan del río.

—¡Oh!, de todo se aburre uno. Total, en Martín García, ¿qué ves?

—¿Y la travesía? — dije yo, entusiasmado. — Es lindísima. Y eso que en el canal «tengo» seis pies de agua. — Cuando yo dije «tengo» seis pies... me eché a temblar porque me fijé que Benítez me miró estupefacto y se fijó otra vez en mi gorra, pero... no me dijo nada.

Benítez me ha tratado a mí siempre un poquito por sobre el hombro debido a que él gana un dineral como corredor de seguros y tiene sus meses de cuatrocientos y hasta de quinientos pesos, pero en aquella ocasión vi que se me presentaba el desquite y lo aproveché.

—Si querés venir algún domingo, te llevo — le dije; — tengo una lancha...

—¿Vos?

—¡Claro! Una linda lancha de cuatro mil pesos.

Benítez se quedó sin habla. Me miró primero de arriba abajo como buscando en mi indumentaria una explicación a mi cambio de posición, luego me miró la corbata, que no era de luto por cierto, y finalmente reventó:

—¡Pero, m'hijo; contá conmigo con mucho gusto y para cualquier domingo! — Y me palmeó cariñosamente.

Pero en seguida me empezó a hacer sudar tinta a preguntas, porque en su afán de quedar bien conmigo, no se calló en todo el viaje.

Que cómo era, que dónde estaba, que cuántos cabían, etc. Yo le contestaba como podía.

—¿Y de qué color la tenés pintada?

Carraspeando un poco, le dije:

—¿Cómo? ¿De qué color?

—Sí, pues.

—¡Pero, de color guerra, pues, hombre!

—¡Ah! — Y yo lo vi que revoleaba los ojos pensando qué color sería ése.

—¿Y cómo se llama?

—¿Quién?

—La lancha.

—Qué nombre tiene, querrás decir — le dije yo, que necesitaba tiempo para pensar.

—Eso es.

—Malvina. Es decir, antes tenía otro nombre... que todavía no se lo he cambiado, pero yo la llamo Malvina — agregué, temiendo que me acompañara hasta el muelle; y a lo mejor, pensé, mi lancha es verde cotorra y se llama El Cangrejo.

Pero todo fué bien, porque, al llegar, él se despidió efusivamente, me apretó las manos, pidiéndome perdón por no poder acompañarme en aquel momento, y se fué. En seguida se volvió y me miró otra vez la gorra. La gorra parece que lo tenía intrigado.

Me acerqué al embarcadero con el corazón saltándome del pecho. Allí estaba Pereyra.

—Aquélla es — me dijo, señalándome una lancha de bastante agradable aspecto, con un toldito rojo y negro y unos sillones de mimbre.

—Vamos — le dije emocionado a Pereyra. Y subimos.

Pero no habíamos puesto los pies, cuando sentí que alguien desde adentro y bastante groseramente me interpelaba:

—¿Qué quiere? ¿Adónde va?

—Soy el dueño de la lancha — dije trémulo.

—¿Conque usted es el dueño de la lancha?

—¡Claro que sí! Aquí está el número premiado.

—¿Y a usted le parece bien que después de tres meses que estoy aquí cuidándola no he visto todavía un centavo?

—¿Y yo qué tengo que ver?

—¡Ah, muy bonito! ¿Usted es el dueño de la lancha y me dice que no tiene nada que ver? ¡Ah! ¡No! ¡Yo la embargo! ¡O me pagan ahora mismo o la embargo!

—¿No le parece a usted — le dije a Pereyra — que yo no tengo nada que ver? Hace solamente tres días que soy dueño de la lancha.

—Usted tiene razón — me dijo Pereyra, — pero como la Sociedad que rifaba la lancha se disolvió, ¿a quién reclamar? Es mejor pagar — agregó. Y me pareció que en el fondo los ojos le brillaban de alegría al muy envenenado.

El cuidador seguía protestando; se juntó bastante gente, que lo ayudaba a protestar, y un guardatren dijo:

—¡Y que la suerte favorezca a esos chupasangre de obreros! — Se arrimaron también algunas niñas que embarcaban en otra lancha. No pude más y le pagué los ciento veinte pesos que me exigió.

Nos quedamos en la lancha Pereyra y yo, y entonces comprendí mi triste situación. Yo no sabía manejar, ni hacer andar el motor, ni cuidarlo... Qué sería de aquella pobre lancha cuando nos fuéramos? Además yo iba resuelto a pasear aquel día, ¿y cómo hacerlo?

Heroico, de-

cidido a jugarme, llamé otra vez al cuidador.

— ¡Gigi!, te llaman — le gritó uno.

Y Gigi vino.

— ¿Qué hay?

— Vea, necesito un cuidador para esta lancha y como usted ya la conoce, si se quiere hacer cargo...

Me pareció que les hacía un guiño a los boteros que espiaban la escena, pero puede ser que fuera el sol que le daba en la cara. Aceptó en seguida y, gracias a Dios, aquel día me di un corte que compensó un poco las angustias que había pasado. Tuve que dejar dinero para comprar nafta, aceite, estopa y un bichero, un farol y una bandera argentina, y para pagar la compostura de la sirena, que se había estropeado. Bien es verdad que no la dejé descansar en las dos horas que anduvimos.

DESPUÉS de esto sería mejor que yo no contara nada porque la gente no me va a creer, o va a pensar que soy enemigo de los vendedores de lanchas, pero ¿por qué ocultar la verdad?

El martes siguiente el cuidador me avisó que la lancha hacía agua. Tuve que soportar el gasto del calafateo y pintura y un cajón de nafta; ¿qué menos? El domingo fuí con unos amigos, y a la vuelta la lancha hacía mucha agua. Gastamos otro cajón de nafta. Es una lástima que la lancha en vez de hacer agua no hiciera nafta, porque el gasto era terrible.

Por fin un buen día se hundió. Yo ya no podía más, pero los muchachos de la oficina se portaron bien. Hicieron una subscripción y la pusieron a flote. Fuímos todos un domingo y gastamos dos cajones de nafta. A la vuelta la lancha hacía otra vez agua.

Comprendí entonces que era inútil. Aquello no era una lancha, sino una máquina de hacer agua. Estoy seguro de que aunque hubiera estado en seco sobre la ribera, aquella lancha hubiera hecho agua. Era su sino y no quise contrariarlo. Por eso, dos días después, recibí con indiferencia el aviso del cuidador: «Lancha siguió haciendo agua. Hoy se hundió amarrada al muelle. Gigi.»

AQUEL mismo día Pereyra me llamó aparte y me dijo:

— ¿Qué va a hacer usted con la lancha?

— ¿Yo? ¡Nada!

— ¿Cómo, nada?

— ¿Y qué quiere que haga? Debo dos meses de sueldo en la casa, no tengo un peso, le debo al cuidador, al astillero, al ferretero, etc. Como usted ve, estoy lucido.

— Bueno... Yo tengo una solución.

— ¿Cuál?

— Rifarla.

— ¿Qué?

— La lancha.

— ¿Qué lancha?

La suya.

— Pero, ¿usted no sabe que está hundida?

— Sí, lo sé, pero usted pone en los boletos: «Rifa de la lancha Tal, con tal motor, etcétera, amarrada al muelle del Tigre», ¿no está amarrada al muelle?

— Si está, pero hundida.

— ¡Eso no importa! El que la quiera ver, como está hundida, no la va a encontrar. Peor sería, créame, que estuviera a flote y fuera fea. No viéndola, comprarán. Decídase y nos ganamos unos miles de pesos cada uno. ¿Usted tiene la patente?

— Sí, la tengo; pero vea, yo no hago ese negocio.

— Bueno, lo hago yo. ¿Cuánto quiere?

— ¿Por qué?

— Por su lancha.

— ¿Yo?

— ¿Quiere cien pesos?

— Bueno.

— Aquí los tiene. Firme.

Ayer fuí a una kermesse de caridad, y en un kiosco una hermosa vendedora me detuvo:

— Caballero. Una rifa de una hermosa lancha en el Tigre.

Le compré un número, y leí... «hermosa lancha»... «amarrada al muelle»... «con cuidador»... Un hermoso número F 972419. Décima serie.

Ahí lo tienes, lector, te lo cedo.

JOSÉ GOÑI

Enlaces



Señorita Rosa Alivelli con el señor Nicolás Placente. — Rosario.



Bosch-Caviglia. — Rosario.



Señorita María T. Alvarez con el señor José Aguadrini.—Escobar



Señorita Teresa Casiello con el señor Pedro P. Beltramino. — Rosario.



Señorita Celina Lynch con el señor Andrés Moreno. — Rosario.

NO NECESITA USTED SACRIFICAR SU ORGANISMO

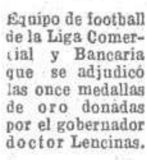
por el hecho de que críe Vd. misma a sus hijos.

No permita que sus fuerzas se agoten por efectos de la lactancia: recurra confiada a la AFRICANA EXTRACTO DOBLE, la inapreciable bebida tónica para las madres que crían, que devolverá y acrecentará el vigor de su cuerpo, permitiéndole desempeñar su más noble misión maternal, sin desmedro de su salud.

Esta bebida es insustituíble, además, para ancianos, convalescientes, jóvenes en período de crecimiento y débiles de constitución



De Mendoza


Equipo de football de la Liga Comercial y Bancaria que se adjudicó las once medallas de oro donadas por el gobernador doctor Lencinas.


Team de la Liga Mendocina que a pesar del brillante juego desarrollado resultó vencido en el match jugado con la L. C. y B.

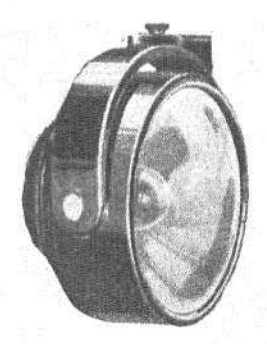
Stewart

EL FARO GIRATORIO

LA conveniencia de dos **Faros Giratorios Stewart** es claramente evidente. Un foco puede emplearse para ver señales y otro para buscar el mejor camino.

En carreteras donde pasan continuamente otros automóviles, puede proyectar los dos focos Stewart hacia abajo y apagar los faros delanteros del coche. De este modo no encandila al automóvil que se aproxima, teniendo al mismo tiempo buena luz para su coche.

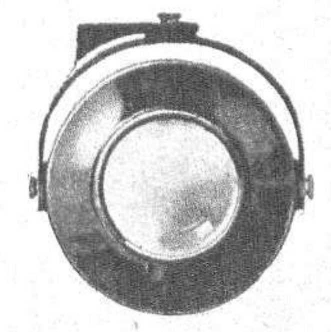
Un espejo en el reverso muestra claramente el tráfico que se aproxima de atrás.



Modelo Universal N.º 176 C
Faro Giratorio Stewart



Modelo popular N.º 179 A
Faro Giratorio Stewart



Espejo en el reverso
Revés del modelo 176 C

Unicos Agentes: **ARTHUR S. HAWTREY y Cía.**

MAIPU, 87 **BUENOS AIRES**



ROSARIO DE LA FRONTERA. — Agricultores españoles que organizaron un picnic festejando la espléndida cosecha obtenida este año.

LA MANO NEGRA DE SAN MARTÍN

Cuando San Martín era gobernador de Mendoza envió, con motivo de la declaración del Congreso de Tucumán, un oficio al gobernador español de Chile dando cuenta de la resolución tomada por los patriotas argentinos. En realidad con ello San Martín se proponía introducir sus oficiales en Chile para tomar datos que pudieran convenirle en el futuro inmediato.

Gobernaba en Chile a la sazón don Francisco Marcó del Pont, Angel Díaz y Méndez, caballero de la Orden de Santiago, de la real y militar de San Hermenegildo, de la Flor de Lis, maestrante de la real de Rondas, benemérito de la patria en grado heroico y eminente, mariscal de campo de los reales ejércitos, superior Gobernador, Capitán General, Presidente de la Real Audiencia, Superintendente, Subdelegado del general de Real Hacienda y del de Correos, Postas y Estafetas y Vice Patrono Real del Reino de Chile.

Al leer el oficio de San Martín, Marcó, sumamente irritado, le contestó entre otras cosas: «Yo firmo con mano blanca, y no como la de V. S., que es negra».

Dictada por el orgullo sin límites de tan linajuda personalidad, esta declaración aristocrática y humillante fué recibida sin enojo por San Martín que se limitó a sonreir en silencio.

Dos meses después de esta incidencia el ejército patriota escalaba los Andes, penetraba en Chile e inflingía la primera y decisiva derrota a las huestes españolas. Caído prisionero el orgulloso Marcó del Pont, debió ser llevado ante la presencia del general vencedor.

San Martín, que estaba escribiendo en su despacho al ser anunciado el prisionero, se presentó seguido por el secretario del ejército don José Ignacio Zenteno y por el comisario don Juan Gregorio Lemos. Al distinguir al jefe español se dirigió derechamente hacia él, y en tono jovial y risueño le dijo:

—¡Oh, señor general! Venga esa mano blanca.

Y estrechándosela afectuosamente le condujo a su despacho, donde le trató con todos los honores.

Señor Comerciante
¡REFLEXIONE!



Las pérdidas por errores, olvidos en apuntar y falta de control cuestan más que una Registradora "National" moderna.

Hay más de 2.000.000 de Registradoras "National" funcionando en todas partes del mundo. En este país pasan de 16.000 los comerciantes que las usan.

Piense Vd. lo que significan esas cifras. Suprimir pérdidas y aumentar las ganancias netas es lo que han conseguido estos comerciantes. ¿Por qué no hace Vd. otro tanto?

Tenemos más de 500 modelos, entre chicos y grandes. Nuestros precios y facilidades de pago ponen una "National" moderna al alcance de todo comerciante.

A la Cía. de
Cajas Registradoras «National»,
Callao esq. Sarmiento, Buenos Aires.

Desearíamos recibir más detalles acerca de las Cajas Registradoras «National», y en particular de aquellos modelos que más pudieran convenir a nuestro establecimiento, sin que con ello contraigamos compromiso alguno de compra.

Firma o sello ....

Ramo ....

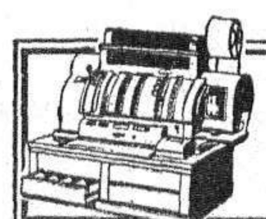
Calle .... Nº ......

Localidad ....

F. C. ....

CORTE EL CUPON

Mande el cupón; averiguar no cuesta nada.



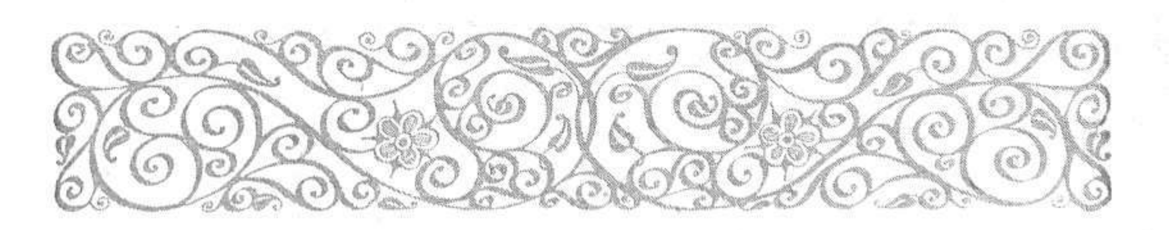
Compañía de Cajas Registradoras "NATIONAL"
(THE NATIONAL CASH REGISTER Co., OF DAYTON, OHIO, U. S. A)

SUCURSAL EN LA ARGENTINA:
CALLAO esq. SARMIENTO Buenos Aires



El gobernador, doctor Federico Cantoni, presidiendo el banquete ofrecido en su honor por el señor José Risso.

Delegados de la Liga Patriótica Argentina que concurrieron a los festejos organizados en esta ciudad el día 11 de septiembre.



ARISTIDES PUJOL Y SU AVENTURA CON LA BELLA ARLESIANA



Arístides Pujol, con aquellos ojos entre burlones, risueños y registradores, que eran — a veces — su fortuna, me divisó a la puerta del hotel de Luxemburgo, en Nimes, una espléndida mañana de verano. Valija en mano, la meridional cabeza erguida, cruzaba el hombre la plaza de la Explanada sonriéndome desde el otro extremo.

Nos saludamos efusivamente y en seguida salimos a dar un paseo por la alegre población.

Por su aspecto un tanto retraído y por las pocas palabras que cruzamos antes de ponernos en marcha comprendí al punto que sus negocios no eran florecientes, lo que mi amigo me confirmó cuando me dijo que no tenía un centavo en el bolsillo, lo que se llama un centavo.

Preocupábame yo pensando cómo el hombre se las arreglaría para comer y dormir, eso sin contar algunas otras rabiosas necesidades — que no vicios — tales como el tabaco y los aperitivos. La sola idea de que tan optimista criatura se hallara sufriendo hambre me desconsolaba; resultábame penoso contemplarle privado de algunos puñados de francos con los cuales tantas y tan admirables combinaciones solía hacer; y con estos pensamientos y con toda sinceridad, le invité para que fuera mi huésped en el hotel hasta que una nueva oportunidad lo pusiera a flote, echándole un remiendo a sus bolsillos vacíos.

Declinó cortésmente mi ofrecimiento, y hora y media después se despedía pretextando una entrevista urgente.

A la mañana que siguió me lo encontré esperándome sentado en el vestíbulo del hotel, tumbado en una cómoda mecedora y fumando un excelente cigarro habano.

Me dijo que, considerándome un buen amigo y sabiendo el gusto con que acogería su relato, deseaba regalarme con las primicias de su reciente aventura de orden financiero.

La noche anterior, porque así los cielos piadosos lo habían dispuesto, se acordó de que tenía una simple visita que hacer, una cita sin importancia con un manufacturero de Montelimar. Mas su espíritu repentista, al estrechar la mano del amigo, éste le hizo concebir un breve y vehemente plan de ataque de carácter puramente industrial; y durante un par de horas, con admirable derroche de elocuencia — cada cual derrocha lo que tiene — logró convencerle de dos cosas. Primera: que las ricas, secas y desmigajables galletas de Montelimar, de las que era principal fabricante su interlocutor, no se conocían en Inglaterra, donde la inmensa mayoría de la población se alimenta de cosas harto vulgares y glutinosas, y de ahí la dispepsia que, según la facultad de medicina, padecen todos los británicos. Segunda: que dada la especial calidad de las galletas montelimarinas — harina fina, nuez machacada, huevo, etc. — el feliz mortal que, bien provisto de muestras, recorriera, a lo largo y a lo ancho, las islas británicas, predicando la condición nutritiva y estomacal del producto, podría juzgarse una especie de apóstol comercial, y ése era él, Arístides Pujol en persona.

Cómo lo rindió a su voluntad, concertándose entre ambos un arreglo por el cual, y desde luego, el marsellés entraba en el negocio ganando un bonito sueldo; y cómo se las arregló para obtener unos cuantos luises a cuenta, pertenece a esa parte de la historia que requiere más la cámara fotográfica que la pluma. Ciertamente; muchas cosas leídas no tienen chiste porque carecen de la fuerza plástica y mímica... porque no se ven, que es como únicamente logran impresionar en lo profundo. Psicólogo innato como era, y meridional por añadidura, Arístides sabía por experiencia que el ochenta y tres por ciento de sus éxitos consistían en su persona, en el imán — aura se dice ahora — que se desprendía de su persona: gracia, simpatía, «ángel» o atracción que el Cielo concede a ciertos privilegiados.

Al día siguiente saldría acompañando a su principal *en route* para conquistar el mercado inglés.

Entre tanto, era tan libre como el aire y se me ofreció para enseñarme las bellezas de la ciudad.

Le felicité por su rápida y casi fantástica fortuna y acepté gustoso su proposición de pasear juntos todas las horas que quisiera.

— Una cosa deseo preguntarle — le dije — y es: ayer por la tarde usted rehusó mi cordial ofrecimiento de hospedaje no teniendo un solo centavo en el bolsillo. ¿Por qué rechazar ayuda sincera cuando la necesidad nos grita?

— Es muy sencillo — replicó el risueño marsellés: — ¿No le he repetido muchas veces que yo nunca pierdo una oportunidad? Las aprovecho todas, pero siempre en el sentido de los negocios. Aceptar un favor monetario es exponerse a perder un amigo y yo cuido mucho de mis buenas amistades, ¿comprende ahora?

Comprendí su admirable filosofía práctica. Luego, escuchándole en silencio, presté atención a la siguiente historia de la arlesiana, que traslado aquí al pie de la letra, inhibiéndome yo por innecesario.

* * *

Arístides Pujol arribó a Nimes una calurosa mañana de julio. Tenía monedas en su bolsillo y optimismo en su ánimo. Depositó su famosa valija en el hotel de Luxemburgo, que es, según todo el mundo sabe, el mejor de la población. Inquieto y alegre de corazón como siempre, se puso en seguida en acción, y sin preocuparse lo más mínimo de los rayos del sol que caldeaban las calles, lanzóse por ellas tranquilo y esperanzado.

En aquellos venturosos días hallábase nuestro héroe entretenido en formar una compañía en grande escala, una empresa que por sus dimensiones distraíale lo mismo que se distrae un niño con un juguete nuevo. Tratábase nada menos que de construir un gran hotel en Perpiñán, en unos magníficos y bien situados terrenos en que existieran las fortificaciones levantadas por el emperador Carlos V. Las perspectivas eran excelentes por el incremento que tomaba aquella población, extendiéndose progresista hacia el otro lado del río. El nuevo establecimiento acapararía el peregrinaje de turistas de todo el mundo que son afectos al paraíso que les brindan las regiones de los Pirineos.

Con su desenfado habitual logró interesar en el proyecto a un notable arquitecto de París, pero, no sabía cómo, este hombre se le perdió de vista, y entonces, recurriendo a un directorio, acabó por ponerse en comunicación con Mr. Say, al cual atrajo a Perpiñán, consiguiendo entusiasmarle. Inmediatamente planeó una empresa de la que él, hombre de vasta experiencia en los negocios, aceptaba el cargo de director general. Sin embargo, faltaba algo; faltaba el capital, un financiero que soltara la plata para que el soberbio palacio se convirtiera en una realidad. Arístides echó mano de las numerosas tarjetas de visita que poseía de sus relaciones y comenzó a revisarlas concienzudamente, poniendo a contribución su despierta memoria; y entre ellas descubrió una perteneciente a un fabricante de acero de St. Etienne a quien, por una de esas fáciles casualidades de su vida andariega, había salvado la vida en una estación ferroviaria sacándolo de entre las ruedas de una máquina «loca».

— Este es el hombre, mi hombre, nuestro hombre — exclamó.

Y con su natural resolución tomó el tren y se fué derecho a St. Etienne, dispuesto a aprovechar toda la cantidad de gratitud que cupiera en el pecho del industrial.

Por su parte, el arquitecto Mr. Say, hombre de gran visión comercial, se puso al habla con un cliente norteamericano, millonario, de paso entonces por París, que se interesaba particularmente en la explotación de hoteles. A éste, en principio, le pareció productiva la empresa, y como al día siguiente partía para el Japón, prometió anclar su yate en el puerto de Marsella veinticuatro horas más e irse de escapada a Perpiñán para enterarse personalmente, sobre el terreno, de la conveniencia del negocio, determinación muy razonable y muy yanqui; y si, como esperaba, la cosa prometía, en el acto entrevistaríase con el director general, poniendo en sus manos un millón o dos de dólares.

El lector hará bien en darse cuenta de que, al relatar literalmente este episodio, dejo toda la responsabilidad de su contenido al protagonista.

Por fin llegó la hora ansiada en que el millonario y Arístides iban a celebrar la importante conferencia. Habíase concertado que nuestro hombre visitaría al capitalista en el hotel de Luxemburgo, en Nimes, a las dos en punto de un miércoles.

Pero, al llegar Arístides a St. Etienne, se tropezó con la triste nueva de que el fabricante de metales se había muerto. Bueno; esto era una pequeña contrariedad. Adelante. Y regresó a Nimes un día antes de su cita con el yanqui, soñando ya con castillos en Perpiñán.

Disponiendo, pues, de veinticuatro horas — una eternidad — se dedicó a pasear por la población, llegando hasta el parque de Versalles, donde, en un banco medio protegido por la sombra de un árbol, se sentó, abanicándose furiosamente con su rancho.

— *¡Mon Dieu!* Cae fuego del cielo — exclamó dirigiendo una sonrisa de cumplimiento y de saludo a otro ocupante del rústico asiento.

Era una mujer, y según pudo apreciar cuando ella volvió la cabeza, un precioso ejemplar del género femenino.

Su ceñido vestido verde y su especie de mantilla de seda negra, cubriéndole la mitad de la cabeza y cayéndole flotante sobre las espaldas, denunciaba en ella su origen arlesiano. Tratábase, en efecto, de una belleza de Arlés con signos evidentes de su ascendencia romana.

Poseía unos brillantes y expresivos ojos castaños que, a la vez, acariciaban y perforaban, y en aquellos momentos — ¡oh, santo cielo! — mostrábanse bañados en lágrimas.

Este detalle era bastante, era demasiado, para conmover la sensibilidad de Arístides.

— ¿Pero estáis llorando, señora? — le preguntó con dolorida sorpresa.

— Evidentemente — murmuró la llorona.

— Derramar lágrimas ardientes con este tiempo es sofocante en extremo. Si al menos las derramarais heladas, ello sería muy refrescante.

— Os burlais, señor — dijo ella secándose los ojos con el pañuelo.

— No; al contrario. Es que se me había ocurrido tal idea. Por lo demás, es una pena contemplar a una mujer hermosa en tales circunstancias.

— ¡Ay! ¡Soy tan desgraciada!

El marsellés, interesado hasta el infinito, se aproximó a la desconocida varios decímetros.

— ¿Quién ha sido, vamos a ver, el desalmado y miserable que os hace sufrir? — insinuó con acento protector.

— Mi marido — replicó la mujer exhalando un profundo suspiro.

— ¡El muy bergante! — comentó el hombre.

La afligida dama, con un pronunciado movimiento de hombros, se quedó contemplando su anillo de bodas, enseñando unas manos que en seguida justipreció de exquisitas y finas nuestro héroe.

— Todavía no hubo un marido que supiera apreciar la belleza de su mujer. Solamente aprecian a las viejas y feas.

— Eso es verdad — balbuceó la arlesiana — porque cuando la esposa es atractiva ellos son celosos.

— ¡Ah! ¿Con qué esas tenemos? ¿Esa es su pena? Contádmelo todo y yo sabré consolaros.

La doliente y suspirante compañera de banco se puso a mirar sus afilados dedos.

— Señor; yo no os conozco — contestó sin levantar la vista.

— Pero pronto me conoceréis—al punto retrucóle Arístides con su tonillo galante, audaz y provocador, echándole una mirada bien envuelta en magnetismo apenas ella alzó sus ojos para examinarle de nuevo, entre curiosa y cohibida.

— Señor — confesó ella: — Hace cuatro años que soy casada y siempre le he sido fiel a mi marido.

— Eso es meritorio — dijo él.

— Y le amo con toda mi alma.

— Eso es deplorable.

— ¿Deplorable?

— *¡Parbleu!* — remachó Arístides.

Ambos se miraron. Ella, abrumada sin duda por su infortunio, de nuevo se echó a llorar escondiendo el rostro entre sus manos.

— Nadie se debe burlar de un corazón dolorido, y el mío sangra por todas sus fibras — sollozó la infeliz. — ¡Oh, yo estoy avergonzada!

Con el busto curvado, el descote de su corpiño veraniego permitía admirar el descenso delantero de sus mórbidos hombros, y su pecho contraíase y dilatábase al compás de su agitada respiración. Una mujer que llora siempre es un espectáculo interesante. Si agregamos juventud y hermosura y ponemos de espectador a un Arístides, el cuadro tomará relieves emocionales.

Arístides — repitámoslo — era del sur, meridional y temperamental hasta decir basta, y las puertas de sus afecciones hallábanse en toda oportunidad abiertas de par en par a los más quijotescos e imprevistos amores.

— Señora — exclamó sin pensarlo, pero sintiéndolo entonces: — sois adorable y yo os amo ya con frenesí.

La arlesiana, haciendo un paréntesis en su llanto, irguió su cabecita para decir:

— Señor; os olvidáis de vos mismo.

— Si os dijera que desde luego todo lo he olvidado en este mundo por vos, sería un débil cumplimiento por mi parte. Instantáneamente me habéis hecho perder la cabeza, hiriendo mi corazón y al mismo tiempo haciendo germinar la esperanza en mi alma.

Al proferir estas frases de carácter apasionado era incuestionable que Arístides las sentía.

— Yo no debiera escucharle — contestó ella — especialmente cuando soy tan infortunada.

— Razón de más para que admitáis mis consuelos — se apresuró a replicarle él.

— Señor — habló la dama después de una breve pausa meditativa: — parecéis agradable y leal, todo un caballero. Ya que os interesáis tanto, os contaré mis aflicciones. Mi marido me acusa equivocadamente de serle infiel, fundándose en ciertas apariencias. El hogar así es un infierno y trata de divorciarse.

— *¡A la bonne heure!* — gritó Arístides tan excitado y contento al escuchar la última frase, que, encontrándose con el sombrero entre las manos, lo lanzó sin más, «cortando» el aire y aplastándolo en la cabeza de un soldado que a la sazón cruzaba por allí.

— *¡A la bonne heure!* Que se divorcie y entonces seréis libre y seréis mía sin más averiguaciones.

— Pero yo adoro a mi marido — sonrió ella melancólicamente.

— ¡Bah! — dijo él con su escepticismo de tenorio provenzal. — Y a propósito: ¿quién es vuestro marido?

— M. Emilio Bocardón, propietario del hotel de la Curadería.



— SEÑORA: ¡ SOIS ADORABLE Y YO OS AMO CON FRENESÍ !

— ¿Y vos?

— Pues yo soy la señora de Bocardón — explicó ella con cierto ruborcillo en las mejillas.

— Pero su nombre de pila. ¿Cómo me ha de ser posible a mí pensar en vos invocando la señora de otro, del Bocardón ése?

La mal casada confesó llamarse Zette y, de confianza en confianza, le desmenuzó el nombre en esta forma: en la pila bautismal le pusieron Louise. Su madre, que había muerto cuando ella era muchachita, la llamaba Louisette, y su tía Leonie, una mujer siempre muy ocupada que nunca disponía de tiempo para pronunciar sílabas superfluas, la redujo a Zette.

— ¡Zette! — exclamó Arístides con singular efusión. — ¡Os adoro!

Para ella resultaba un tremendo compromiso; lo sentía mucho, pero adoraba a su marido el cruel Bocardón, a pesar de todo.

Prosiguieron en su cordial coloquio. Las confesiones continuaron. El era un *agent d'affaires* extremadamente rico y... (¿no tenía en el bolsillo dos mil francos y una cita con un multimillonario yanqui?) ¡serían tan felices los dos!

— Señor Pujol — explanó ella: — sobre todas las cosas de la Tierra yo deseo el amor y la confianza de mi marido.

— Pero el buen Bocardón, querida mía, no lo merece y pronto se quedará solo.

En esto Zette, mirando en dirección a la verja, lanzó este grito:

— *¡Mon Dieu!* ¡Allí viene!

Y levantándose apresurada comenzó a caminar con ligeros pasitos, contoneándose con mucho garbo. El se puso a su lado automáticamente.

Quedóse Arístides contemplándola con sincera admiración.

— Diríase que es la diosa Juno visitando a los mortales. — Así pensó.

— Debo irme, señor. Es mejor que ahora nos separemos. Bastante sufro ya con sus celos y figuraos si nos viera juntos. ¡Ah! ¡Es injusto, injusto!

Y de nuevo el blando corazón de Zette comenzó a liquidarse por sus ojos.

— He hecho mal, caballero; comprendo que no debí entablar conversación, pero no es mía la culpa. Adiós, señor.

De nuevo Arístides sentíase conmovido.

— No, no adiós. Hasta la vista, señora Zette — protestó con vehemencia.

Cerca de sus pies hallábase el sombrero. Tomólo y se lo puso sin cuidarse de sus abolladuras. Para sus adentros, en un instante, juró que volvería a verla, a consolarla... a librarla de las dentelladas de cocodrilo de Bocardón. Por su fe: la defendería

hasta derramar por ella la última gota de su sangre, y así se lo explicó con candente fraseología.

— ¿Pero qué podréis hacer por mí, mi buen señor Pujol? — dijo ella impresionada y agradecida ante tan caballeresca adhesión.

— Usted lo verá — contestó el meriodional con acento persuasivo.

Se despidieron, dándose un estrecho apretón de manos. Arístides se quedó mirándola hasta que Zette desapareció en el recodo de la avenida. Luego, obedeciendo a una súbita inspiración, se fué derecho al hotel de Luxemburgo, donde se hospedaba.

Sentíase enamorado, enamorado con furia provenzal. Un centenar de veces, por lo menos, aconteciérale tal fenómeno; pero éste, según se decía a sí mismo, era el definitivo, el golpe final. La hermosa arlesiana le dejaba sin cabeza y sin corazón. Ella, ella y nada más que ella en todo el endiablado mundo. Ella lo llenaba todo. Por las calles, cocidas por el sol, iba el hombre casi trotando. Media hora después, valija en mano, Arístides se presentaba ante el escritorio del hotel de la Curadería, un modesto establecimiento situado en una estrecha calle del mismo nombre. A la derecha de la no muy clara entrada hallábase instalado el comedor, y a la izquierda el escritorio y una piececita con un letrero al frente que decía: «Salón de correspondencia». Un pasillo de poco más de un metro de ancho conducía a la cocina.

Un hombrazo de rostro vulgar y congestionado, con un casquete capilar abundante, en mangas de camisa, perfilábase sentado a la mesa del escritorio.

— ¿M. Bocardón?

— A vuestro servicio, señor.

— ¿Puedo obtener una habitación?

— Ciertamente.

Con una de sus manazas señaló algunas cajas de muestras de las que usan los comisionistas y agregó:

— El ómnibus las trajo hace poco. ¿Sois M. Lambert?

— M. Bocardón — dijo Arístides con señoriales maneras: — yo soy M. Arístides Pujol y no un viajante. He venido a Nimes para apreciar personalmente sus bellezas y he escogido este hotel porque tengo el honor de ser pariente lejano de vuestra esposa, la señora Zette Bocardón, a la cual hace muchos años que no veo. ¿Cómo está?

— Su salud es buena — replicó el hotelero con sequedad mientras tocaba un timbre.

Un muchachón de pelambre roja, con una especie de delantal verde, apareció y se hizo cargo de la valija del meridional.

— Número 24 — ordenó Bocardón.

Luego, dando unos pasos hacia el boquete que conducía a la cocina, gritó con fuerza:

— ¡Eufemia!

Una voz femenina respondió y en seguida la pálida y macilenta figura de una mujer se presentó ante ambos. No era vieja, pero lo parecía.

— Dígale a su hermana que aquí la busca un pariente que acaba de llegar — explicó Bocardón.

— ¿Un pariente? — inquirió ella con curiosidad, fijando sus ojos en Arístides, cuyo cerebro trabajaba a toda máquina para salir del paso ante esta hermana inesperada.

— ¿Por qué no? Sí, pariente. Arístides, el sobrino de vuestra buena tía Leonie. ¡Ah! Pero usted era demasiado pequeña entonces para recordarme ahora.

— Muy bien; se lo diré a Zette — contestó ella volviendo a meterse pasillo adelante.

Nuestro protagonista esperó, entreteniéndose en observar desde la puerta la provinciana calle.

Los pasos de alguien, que se sentían detrás de él, le hicieron volver la cara. Allí estaba Zette con los ojos todavía enrojecidos por el llanto.

— ¿Vos?

Sonriente, aplomado, tendió sus manos y estrechó las vacilantes de ella.

— Soy Arístides. ¡Oh! ¡Pero cómo has crecido! ¡Picarona! ¡Qué manera de desarrollarte! ¡Pensar que aquella pequeña Zette zancuda había de convertirse en una mujer hecha y derecha, fresca y hermosa! ¡Ah!

Y dirigiéndose a Bocardón, que a pocos metros contemplaba la escena:

— Os felicito por tener una esposa tan agradable.

El felicitado no contestó una palabra. Los ojos de lince de Arístides advirtieron cierta significativa contracción en su faz.

— Tía Leonie murió dos años hace — pudo decir Zette, ya un poco repuesta del susto.

— ¡La pobre! No lo sabía, porque como llevo viajando tanto tiempo. Dime, dime cómo ocurrió la desgracia.

La puerta del comedor estaba abierta y Arístides, suavemente, se deslizó hacia dentro, obligando a Zette a seguirle y cerrándola de un empujón.

— ¡Heme aquí! — exclamó, ya libre de importunas miradas. — ¿No os prometí que nos veríamos otra vez?

— ¡Pero vaya un famoso tupé que tenéis! — reprendió ella bastante molesta. — Si se lo contara a mi marido os mataría en el acto.

Arístides, risueño y afable, habiéndose visto en situaciones análogas docenas de veces, replicó con toda tranquilidad.

— Precisamente es de lo que estoy seguro; de que no iréis a contárselo. Os adoro y he venido a protegeros, por mi fe de provenzal.

— La única manera de protegerme es probar mi inocencia — murmuró ella pensativa.

— Eso pretendo — afirmó la voz varonil de Arístides.

Zette, mirándole con fijeza y con evidente simpatía, díjole:

— Yo reconozco que tenéis un excelente corazón y espero que seremos buenos amigos. ¡Ah! Si lograrais el milagro de...

— Señora Zette — interrumpió con su acostumbrada vehemencia el hombre. — Dedicaré toda mi vida a vuestro servicio. Decidme y obraré.

— Preguntad a mi marido, es lo mejor.

Y dejándolo solo, salió del comedor y pasó por delante del escritorio con la cabeza orgullosamente levantada.

El provenzal, en bastante menos de un segundo, concibió la idea de probar la inocencia de Zette. Su imaginación, su optimismo, la fecundidad de sus recursos imaginativos, todo, todo lo pondría en continuo movimiento para devolver la paz al alma atormentada de la hermosa arlesiana.

Quedaba jurado.

M. Bocardón, sentado en su escritorio, hacía cuentas y más cuentas, trazando guarismos y más guarismos que sumaba y luego restaba para en seguida hacer otras complicadas operaciones.

Arístides, al pasar a su lado, comprendió que no era aquella la ocasión; esperaría a que se desocupara el hombre. Y decidido a matar el tiempo a la ventura, salió para recorrer las calles de la hermosa ciudad; anduvo vagando por la Maison Carrée, detúvose ante el Temple, admirando una vez más sus columnas de estilo corintio; después cruzó el boulevard Víctor Hugo, pasó por frente al Liceo y la Bolsa y recaló en el hotel. Como presumía, M. Bocardón ya no estaba entregado a sus operaciones de contabilidad, sino que, siendo la hora del ajenjo, habíase instalado en el café adjunto, ante una mesilla de la esquina, teniendo entre sus manazas una pequeña copa del verde licor.

Apenas le vió nuestro meridional se dirigió a él, y luego de tenderle la mano y de pedirle permiso

para sentarse a su lado, hablóle así, mientras con esmero efectuaba la mezcla de rigor en el vaso que le habían traído:

—M. Bocardón: tengo entendido, según conversaciones que tuve con mi simpática prima, que entre ella y vos existen deplorables disgustos, lo que muy sinceramente lamento.

—¿Disgustos los llama ella? — replicó con sonrisa sarcástica el hombrazo. — Las mujeres tienen sin duda su propio vocabulario. Escuchadme, mi buen señor: no son disgustos: es una infamia la que nos separa. Cuando una mujer traiciona a un hombre como yo, que es bondadoso por naturaleza, indulgente y confiado y que, además, la ha sabido elevar de condición social, la palabra disgusto no encaja: se trata de una infamia, ese es el nombre. Si ella tuviera dónde recostar la cabeza fuera de mi casa, esta misma noche la echaría; pero la miserable a nadie tiene. Tampoco tenía dote alguno. Más aún: hube de ayudar a su familia.

En la punta de la lengua de Arístides estuvo la frase de que él la recogería con todo gusto, pero, por fortuna, logró contener sus impulsivismos.

—Ha roto para siempre mi corazón— exclamó el hotelero.

El huésped, deseoso de conocer detalles de la monstruosa ingratitud de Zette, faltando a un marido tan completo, inquirió detalles.

El enorme Bocardón vaciló unos momentos, mirando con cierta desconfianza al pariente de la infiel; luego, ante la franca y fascinadora mirada del provenzal, dió explosión a sus confidencias con la característica vehemencia de su tierra.



—¡EL VILLANO FUÉ UN CORREDOR DE BOTONES, EL MISERABLE!...

—El villano fué un viajante en botones... ¡en botones! Ser burlado por un comisionista en diamantes puede tener sus compensaciones, pero ¡por un corredor de botones... botones de hueso, botones de latón, botones de pasta para calzoncillos y camisetas!... eso lo considero la más baja de todas las degradaciones. Además se llama Bondón, lo cual lo hace más execrable — remachó indignado el robusto hotelero como si su apellido fuera aristocrático.

—Nunca, siendo regular cliente del hotel, ordenó una botella de buen vino, ni café con copa de cognac. ¡Miserable criatura! Por algún tiempo sospeché de él, vigilándole, hasta que obtuve la certeza.

Al decir esto vació su vaso y lo golpeó contra la mesa para que Dubonnet lo llenara, y con frases incoherentes, bajando la voz y carraspeando con rabia, refirióse a una prueba decisiva: una carta escondida en la habitación de Zette y descubierta por él.

Y echando mano al bolsillo interior del chaleco extrajo un papel doblado, que entregó en manos de su confidente.

En efecto; era una misiva amorosa; era más: era algo evidente, notorio e incuestionable acerca de la clasificación que correspondía a tales relaciones. Sus párrafos íntimos no dejaban lugar a duda.

Arístides sintió un frío interior, un chorro de agua helada al considerar a su querida Zette envuelta en las redes sensuales de tal abominación. Comenzó a odiar con toda el alma a Bondón, con odio homicida. Bebió de un trago el ajenjo, deseando que fuera la sangre del abominable seductor. En tanto, dos lagrimones se desprendían cuesta abajo por los macizos carrillos de Bocardón, deteniéndose entre los pelos del bigote para luego caer y aplastarse sobre la mesa.

—Y, sin embargo, la amo intensamente, señor — confesó.

Esta confesión, por tan humana, fué derecha al corazón de Arístides. Una lágrima fraternizadora hizo su húmeda aparición en uno de sus ojos, estableciendo comunicación simpática con el angustiado gigante. Simultáneamente a estos sentimientos, un resquemor contra Zette invadía su sensible naturaleza.

Tendió su mano con noble impulso.

—¿Os vais?—preguntóle Bocardón.

—No. Le doy la mano en demostración de estrecha amistad. Bocardón, escúcheme: soy su sincero servidor. ¿Qué puedo hacer por usted? — habló emocionado y gesticulando con su mímica peculiar.

—¡Ay, nada! — murmuró el otro con mísero desmayo.

—¿Y Zette? ¿Qué dice ella a todo esto?

Los enormes hombros del hotelero se encogieron.

—Lo niega todo. Porfía que no ha recibido tal carta y no se explica cómo se hallaba en su pieza. ¿Qué otro recurso le queda? Imposible otra suposición.

—Al menos improbable — dijo Arístides tristemente.

Siguieron hablando. Bocardón, con voz estrangulada, fué contando la sencilla historia de sus amores, de su casamiento y de la felicidad de sus primeros años. Ni una nube había empañado el limpio cielo de su dicha hasta ahora. Como que eran llamados los dos tórtolos del vecindario, y para que los vecinos, que son siempre maliciosos, concedan semejante apodo... Pues bien; así pasó el tiempo felizmente para ambos, sin más contratiempo que un hijo muerto apenas nacido. Eso fué todo. Y ahora un cualquiera, un sinvergüenza vendebotones... ¡Ah! La hoja filosa de un cuchillo metida en el corazón no le haría tanto daño. Era una agonía perpetua vivir así.

Regresaron al hotel silenciosamente. Zette, que se hallaba en el escritorio, se levantó sin decir palabra para ceder el sitio al amo, y Arístides se dirigió a una de las mesas del comedor para hacerse servir su cena. Con toda seguridad que Zette cenaría en la cocina. Una atmósfera de desolación flotaba en el establecimiento. Apenas ingerida la modesta colación, el provenzal salió para tomar café. Su cabeza era un revoltillo de ideas; su corazón amaba a Zette y, por otra parte, sentía un vivo interés por el marido engañado, a quien juzgaba una víc-

tima inocente. La única solución, el remedio único que en seguida se le ocurrió, siendo como era hombre de inmediatas resoluciones, fué reconciliarlos sobre la base de, si no asesinar al canalla de Bondón, al menos herirlo para toda la vida.

Regresó al hotel. En el escritorio, charlando con un huésped recién llegado, estaba Zette, y el hombre se aproximó a ella deplorando con toda el alma que tan hermoso ejemplar femenino hubiera cometido tal desliz... con otro, con otro que no era su marido.

— ¿Y qué? — le preguntó la presunta infiel apenas el cliente se alejó.

— Señora Zette — dijo con cierta solemnidad Arístides: — yo he llamado a vuestro marido bergante y cocodrilo y estaba equivocado, lo confieso. M. Bocardón es un hombre de excelente natural.

— No necesitáis decirme eso, M. Arístides.

— Habéis destrozado su corazón.

— ¿Y él no destroza el mío? Supongo, ya que habláis así, que él le ha confesado que yo soy la culpable de un asunto del cual no tengo la menor idea. Lo juro. ¿No me creéis? ¿Estáis cambiado? ¿Y vuestras promesas de esta tarde? Humo y viento, como todas las palabras de los hombres.

— Señora Zette — eclamó Arístides. — Os dije que consagraría toda mi vida a vuestro servicio y así lo haré. Iré en busca de Bondón y le mataré.

Al decir esta última frase sus ojos se clavaron en ella por si descubría en su rostro esa mortal palidez que invade a las mujeres cuando se les anuncia que corre peligro su adorado.

Fríamente contestó ella:

— Está bien; pero será mejor que antes tengáis con él algunas explicaciones.

— ¿Dónde le podría encontrar?

— ¿Cómo lo voy a saber yo? — contestó ella encogiéndose de hombros. — Esta mañana temprano tomó el tren para Tarascón; eso es cuanto sé.

— Entonces mañana — dijo el meridional, que conocía todas las rutas de los viajantes — estará en Tarascón o en Aviñón o en Arlés.

— Me parece que dijo, al despedirse, que se dirigía a trabajar la plaza de Arlés.

— Tanto mejor. Daré con él en Aviñón o en Arlés y acaso desde cualquier punto de esos podré enviar su cabeza para que la pongáis de muestra en el hotel, que desde entonces se podrá llamar «Hotel de la Tête de Bondón».

Al otro día de madrugada, sin informar a nadie, fuése derecho a Aviñon, cuyos hoteles recorrió sin encontrar a su futura víctima. Lo buscaba sin haberse todavía formado un plan completo de lo que haría con ella. Nuevamente en su asiento de primera clase del tren que ahora le conducía a Tarascón, Arístides, de repente y como si se hubiera vuelto loco, dió en reir, en bracear y en pernear en forma tan ruidosa y descompasada que una vieja inglesa, de aspecto monjil, su única compañera de viaje, se alarmó hasta el extremo de tocar el timbre de alarma. Al momento, y no sin tomar ciertas precauciones, apareció en la ventanilla, de la parte de afuera, el semblante sorprendido de un inspector, el cual preguntó con voz severamente cortés:

— ¿Qué os pasa, caballero?

El travieso provenzal aludido estableció una pausa en sus alocados movimientos de alegría y contestó con naturalidad:

— Señor: acabo de resolver lo que voy a hacer con M. Bondón.

Al apearse en Tarascón y caminar media cuadra, seguro de que su hombre no andaría lejos, detúvose frente a un escaparate de antigüedades. Algo vió que le hizo poner los ojos en blanco de puro contento.

— No — se dijo a media voz, como de costumbre: — esto no es un sueño; esto es lo que yo necesitaba. El buen Dios está conmigo.

Penetró en la tienda y a poco salía con un par de esposas de acero.

Luego dirigiéndose a cierto sitio, comprendió que su misión iba a realizarse.

* * *

Serían apenas las cuatro de aquella tarde cuando Arístides Pujol, apeándose del ómnibus del hotel de la Curadería, en Nimes, hacía que sus ojos danzaran más brillantes que nunca. Tras él, casi pegado a él, bajóse un menudo hombrín de barbas de chivo y nariz puntiaguda, el cual, pálido y temblón, parecía estar poseído de un gran miedo. Era Bondón.

Juntos entraron en el pequeño hall, y tan pronto como Bocardón vió al destructor de su dicha y mortal enemigo, su mirada despidió rayos y su boca profirió un sórdido gruñido, e iba a abalanzarse sobre el indefenso vendedor de botones, tal que un elefante celoso, cuando intervino Arístides, interponiéndose entre ambos, semejante a un ángel de paz, sonriente, con los brazos extendidos como en actitud de bendecir.

— ¡Calmaos, mi querido Bocardón, calmaos, os lo ruego!

Mas Bocardón era imposible que se calmara, y engrosando progresivamente la voz:

— ¡Ah, canalla, miserable, traidor, pequeño imbécil! — ronqueó como un órgano descompuesto: — ¡te voy a comer los hígados! ¡Ah!

Y cuando, ya fatigado por los muchos vituperios proferidos, agotado y sin aliento, hubo de callarse para poder respirar, Bondón, el botonero, humilde y acobardado, avanzó algunos pasos del rincón en que se había refugiado y dijo con plañidera entonación:

— Yo reconozco, caballero, que todas las apariencias están contra mí. Vuestra irritación es justa, pero yo nunca pensé que mi conducta llegara a tan desastrosos resultados. Permítame verla, señor Bocardón, os lo suplico.

— ¿Cómo? ¿Verla a ella? ¡Oh! — rugió el hotelero con el rostro empurpurado.

En estos instantes apareció Zette, desembocando por el estrecho pasillo.

— ¿Qué barullo es ésto? — inquirió.

— ¡Oh, señora — exclamó Bondón todo anhelante. — Tengo el corazón lacerado. Vos que sois tan buena, dejádmela ver a ella.

— ¿Ella? — gritó estupefacto Bocardón.

— ¿Ver a quién? — preguntó Zette.

— A mi querida del alma, a mi infeliz Eufemia que se suicidó esta mañana.

— Este hombre está loco — aulló el hombrazo.

Y con voz estentórea:

— ¡Eufemia! ¡Eufemia! ¡Ven aquí!

A la casi inmediata aparición de ésta, que llegó pálida y medrosa, Bondón se recostó desfalleciente contra la pared, mirándola como se mira a los fantasmas.

— No comprendo, no comprendo — murmuró próximo al colapso, lívido y desorbitado, con las manos sujetas por las esposas y paseando sus ojos por Arístides y los demás.

— Ni yo tampoco — gesticuló Bocardón.

Iluminóse el lindo rostro de Zette.

— Yo sí comprendo — exclamó.

Y cambió una mirada de inteligencia con Arístides, el cual, plácidamente, teatralmente, risueño y a la vez altivo, con aire de redentor que dispensa mercedes a tutiplén, habló así:

— Es muy sencillo todo. Esta mañana me fuí a buscar a Bondón para matarlo. En el tren me aco-

metió una súbita inspiración, una revelación venida del cielo. No es Zette — pensé — sino Eufemia la buena amiga de Bondón. Y por cierto que con mis gestos alarmé a una señora británica, que me creyó loco. En el acto concebí mi plan, y cuando yo hago planes los realizo con rapidez. Me apeo en Tarascón; compro unas esposas; busco al bicho éste; lo encuentro en un hotel colocando muestras en una de sus cajas; lo detengo; le digo que soy un detective; le muestro los grilletes; le anuncio que Eufemia se ha suicidado por él; lo aturullo; lo conduzco; balbucea; declara, y... aquí está «convicto y confeso».

— ¿Entonces la carta no era para mi mujer? — preguntó Bocardón, que era tardío de entendederas.

— No, imbécil, no — gritó Arístides.

El hotelero, como movido por cien mil resortes, se abalanzó sobre Zette y la estrechó contra su corpachón, deshecho en lagrimones.

— ¡Ah, mi pequeña, mi querida, mi sufrida esposa! ¿Me perdonarás mis...?

— Sí, yo te perdono, gordote celoso, yo te perdono con toda el alma.

— ¿Y vos? ¡Vos! — ronqueó emocionado. — ¡Ah! ¡Yo quiero abrazaros!

Y el gran cebollón abrazó y besó en ambas mejillas al gran Arístides.

Luego, con expansivo ademán, rebosante de gratitud, le ordenó:

— Podéis besar a mi mujer. Soy yo, Bocardón, quien os lo ordena.

Fué un momento solemne, unos segundos de prueba para el provenzal. Y la besó como se besa a una santa, y ella lo mismo. Arístides se sintió héroe, estaba persuadido, allí, sobre aquel terreno, de que su capacidad heroica resultaba indiscutible.



Y BOCARDÓN ABRAZÓ Y BESÓ EN AMBAS MEJILLAS A M. ARÍSTIDES PUJOL

Por fin llegó el instante de ocuparse de la olvidada pareja Bondón-Eufemia. ¡Pobre gente! Las explicaciones que dieron no podían ser más comunes, más simples; se querían mucho, pero ella no tenía dote y los parientes de él no le consentían que se casara. ¡Triste historia! Por su parte ella no quiso confesarse receptora de la carta por temor de que Bocardón la despidiera.

— ¿Qué dote satisfaría a vuestros parientes? — preguntó Bocardón.

— Doce mil francos, cuando menos — depuso el botonero.

— Yo los doy. Casaos con ella.

Cuatro campanadas sonaron en el reloj de pared.

— *¡Saperlipopette!* — gritó Arístides mientras se disparaba como una flecha puertas afuera.

— ¿Qué le pasará? — inquirió a Zette su marido.

Esta se fué a la puerta.

— Corre como si llevara alas en los tacones — dijo.

— ¿Siempre fué así?

— ¿Cómo siempre?

— *¡Parbleu!* Cuando era pequeño y tú lo veías en casa de la tía Leonie.

Tornóse colorado el rostro de Zette. Le daba vergüenza la mentirilla, pero no era cosa de repudiar al salvador de toda la familia negándole un lejano parentesco.

— ¡Ah! sí. Es cierto, ahora recuerdo. Como que le llamábamos el primo Ganagalgos.

En tanto, ya en plena avenida, Arístides hacía señas a un cochero y se metía en el coche gritando:

— A galope, al hotel Luxemburgo. Triple propina.

Durante las excitaciones que le sacudieron el ánimo en las veinte y cuatro horas pasadas, Arístides, niño grande, corazón derretible, quijotesco y castañuelero, habíase olvidado por completo de la cita concertada para las dos en punto de aquel día, la famosa cita con el opulento yanqui, de la cual dependía su fortuna y sus *castillos en Perpiñán*. Se puso a inventar una excusa razonable mientras se tiraba del carruaje, arrojaba al cochero una moneda de cinco francos y se acercaba al escritorio del hotel.

— ¿Míster Congleton? — inquirió a medio aliento.

— ¿Un caballero norteamericano? Se ha ido para tomar el tren de las tres y media. ¿Sois vos M. Arístides Pujol? En ese caso, aquí está una carta a vuestro nombre.

La abrió con el corazón palpitante.

«Estimado señor: Yo estuve en el hotel a las dos en punto, esperándole de acuerdo con nuestra cita, y como mi último tren para el Japón sale a las tres y media, siento manifestarle que no puedo aguardar a su conveniencia. Los terrenos para emplazar el hotel me parecieron satisfactorios. Sus métodos de tratar los negocios, no. Lamento no poder atenderle más. — Sinceramente. — *William B. Congleton.*»

De una pieza se quedó nuestro hombre, con la misiva en la mano. Miró al estucado techo del vestíbulo, se rascó la aguzada barba y de nuevo, recobrando su aplomo y su sonrisa, guardó el papel en el bolsillo exclamando:

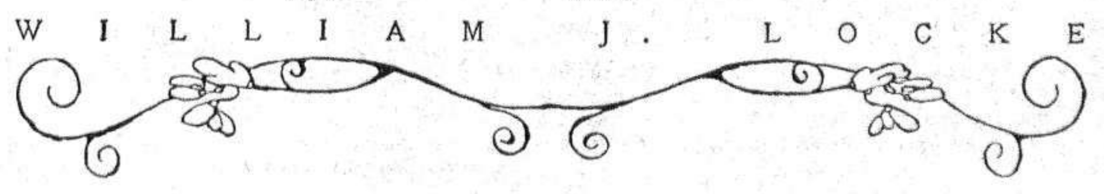
— ¡Zut!

Una expresión inelegante, según todas las reglas francesas, pero que le borbotó de los labios sin poderlo remediar.

— ¡Zut! — repitió. — He perdido una fortuna y he ganado dos buenos amigos, de modo que mi ganancia es evidente.

Y regresó tranquilo al hotel de la Curadería, donde, desde entonces, Arístides Pujol, o sea el primo Ganagalgos, fué considerado como de la familia.

W I L L I A M J . L O C K E



Comentarios

— ¿Le Breton renunció?
— En renunciar pensó;
pero se volvió atrás
y en su cargo siguió.
Fué un proyecto.
— ¿Otro más?

* * *

Cierto danzante novel
que no consigue bailar
sin hacer daño, al notar
que la que baila con él
¡pobre mártir! no se queja,
grita:
— Progreso atrozmente;
he pisado solamente
diez veces a mi pareja.

* * *



Escribiente modelo,
que hay que recomendar a don Marcelo,
es Pérez Glicerina,
pues su reloj atrasa,
lentamente al empleo se encamina,
saliendo sin apuro de su casa,
¡y llega adelantado a la oficina!

* * *

«Bien. Ya le escucho. Me quedan dos
minutos sólo. Vaya al Congreso.
Vuelva a buscarme si le va mal.
Yo no me olvido. Conforme. Adiós.»
— ¿Pero qué es eso?
— Es una audiencia presidencial.

* * *

— Venía a solicitar
una entrada de favor,
pues me han dicho que el doctor
Matienzo se va a enojar.
Sería algo terrorífico,
si a gritar se decidiese.
Me gustaría ver ese
espectáculo magnífico.

* * *



Cuando era un hombre fuerte,
a Felipe, al llegar la primavera,
los granos le brotaban de tal suerte
que, por mucho que hiciera,
su cara parecía una frutera
colmada de frutilla.
Felipe protestaba, fastidiado,
pareciéndole aquello demasiado.
Hoy, ya viejo, con una vocecilla
cascada e insegura
que da pena, murmura:
— Es cosa triste en primavera, ancianos,
una cara sin granos.

* * *

El vate dice a la mujer ingrata:
— Fuera una maravilla
que entre el fino botín de cabritilla
y la humilde alpargata
mutuo amor existiera.
Desdéñame, altanera,
puesto que soy ahora
la alpargata que llora.

* * *

— ¿Pero el tal senador va a faltar
de continuo? ¡Qué poca conciencia!
— Debe estar aprendiendo a tocar
el serrucho.
— Se explica su ausencia.

* * *



— Es desprendida, sensible,
entusiasta y soñadora;
pero la pobre señora
tiene una boca terrible.
— ¡Es la boca del abismo!
— ¿Y te llama la atención
que tenga gran corazón
y gran boca a un tiempo mismo?

* * *



— No tiene una pera como otro cualquiera.
¡Qué pera, Dios mío!
Parece la pera
de un macho cabrío.
Se dice que es hombre de pocas palabras,
quizás por lo mismo que es hombre de acción.
Y aunque habla muy poco, si va donde hay cabras
las cabras le miran con mucha atención.

MONOS DE REDONDO

NUESTRO NUMERO PROXIMO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, novelas y notas: Avellaneda de lejos, por **Joaquín Castellanos.** Disertación sobre una palabra sola, por **Enrique M. Rúas.** La herencia del padre, por **F. Defilippis Novoa.** Don Juan de las casas blancas: el overo y el labrador, por **Ciro Torres López.** Hombres nativos, por **Julio Aramburu.** Acotaciones estudiantiles, por **Julio César Dabove.** Parábolas por **Bartolomé Galíndez.** Dónde comienza el hombre, por **A. Hernández Cid.** La madre, por **Carolina Adelia Alió.** El espejo, por **Eduardo Zamacois.** Pan de pascuas, por **Arcadio Avérchenko.** Hizo carrera, por **N. Neffi.** La mascota de la bella Margaret, por **Barry Fain.** Dadnos agua, Majestad, por **Raimundo Casellas.** La tortura de la esperanza, por **Villiers d'Lisle Adam.** Fragmentos del dolor de llegar, por **Emilio Carrere.** Un caballero legítimo, por **Guy Peron.** Lamentos de una doncella, por **Schiller.** Medicina operatoria, por **Eduardo Wilde.** Hombres célebres: Clavé, por **Eduardo del Saz.**